Política y Sociedad vol. 60, n. 3 (2023):

Monografía

La guerra santa del Russkiymir: Religión y guerra en Ucrania.
Tatiana Vagramenko , Francisco Arqueros Fernández

Transnistria: orígenes, evolución, consecuencias y escenarios futuros de un Estado de facto
José Ángel López Jiménez

La guerra entre Rusia y Ucrania desde el realismo neoclásico
Antonio Sánchez Ortega

Tres décadas de intervencionismo ruso en el espacio postsoviético: de la geopolítica al neoimperialismo
José Ángel López Jiménez

El nacionalismo ruso de Putin ¿un legado soviético?
José María Faraldo

Miscelánea

La institucionalización del pensamiento transhumanista. Propuestas y críticas
David Quevedo Martín

Ondas largas: una revisión de la interpretación de Ernest Mandel tras 50 años de El capitalismo tardío
Daniel Albarracín Sánchez

Usos, desusos, abusos. La encrucijada del populismo y su comprensión desde la teoría política
Cristian Acosta Olaya

Salud y espiritualidad en las sociedades postseculares de trascendencia inmanente
Pablo Echeverría Esparza

Participación Política y Activismo de las personas mayores en España a través de la acción colectiva
Raúl Álvarez Pérez

Parto o muerte: la extinción de España. Una revisión sistematizada de la literatura sobre la construcción de "pánicos demográficos"
Alba María Aragón Morales, Antonia María Ruiz Jiménez

Reseñas

AA.VV. (Azaola, B.; Desrues, T..; Larramendi, M. H. de; Planet, A. I. y Ramírez, A.) (eds.) (2022): Cambio, crisis y movilizaciones en el Mediterráneo Occidental, Granada, Comares, 441 pp.
Laura Feliu Martinez

Andrés de Francisco y Francisco Herreros, 2022: Podemos. Izquierda y "nueva política", España, El viejo topo, 200 pp.
Camilo Andrés Soto Suárez

Castelló-Cogollos, R. (2022): Camins d'incertesa i frustració. Les classes mitjanes valencianes (2004-2018), València: Institució Alfons el Magnànim, 196 pp.
Sandra Obiol Francés

CC BY

MONOGRÁFICO

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.84415

EDICIONES COMPLUTENSE

La guerra santa del *Russkiy mir*: religión y guerra en Ucrania

Tatiana Vagramenko[1] y Francisco Arqueros Fernández[2]

Recibido: 25-10-2022 // Aprobado: 28-06-2023

Resumen. La guerra ruso-ucraniana es el mayor conflicto militar en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, y, aunque hunde sus raíces en el legado de la era soviética, es también una guerra religiosa debido al uso que se ha hecho de la religión para justificarla. La Iglesia ortodoxa rusa, cada vez más militarizada, lleva ya tiempo ofreciendo justificaciones teológicas e ideológicas a la política nacional e internacional del régimen ruso, y ha respaldado la guerra. La politización y militarización de la religión en Rusia se puede entender en el contexto de la ideología del "mundo ruso", bajo la cual Rusia está destinada a liderar política y espiritualmente el mundo eslavo oriental, incluida Ucrania. Aun compartiendo el pasado soviético, Ucrania es un país históricamente multiconfesional, con un escenario religioso caracterizado por el pluralismo y el "denominacionalismo". Sin embargo, la invasión rusa ha fomentado una mayor participación de la religión en la vida política en Ucrania, provocando conflictos inter e intrarreligiosos que han fortalecido el papel del Estado en las relaciones interconfesionales.
Dentro del marco del análisis histórico y de discursos, y desde el punto de vista de la antropología cultural, este artículo se centra en las implicaciones religiosas de la guerra en Ucrania y en sus raíces históricas. Examinamos cómo se han transformado las narrativas religiosas tanto en Rusia como en Ucrania, cómo se legitima el uso de la violencia y la influencia de la religión en el activismo social.
Palabras claves: religión; conflicto; guerra; Ucrania; Rusia; Iglesia ortodoxa; militarización de la religión; nacionalismo religioso; el "mundo ruso".

[en] The Holy War of the *Russkiy mir*: Religion and the war in Ukraine

Abstract. The Russo-Ukrainian war is the biggest armed conflict since the World War II in Europe. Although deeply rooted in the Soviet legacy, the war, however, has prominent religious dimension that allows for some scholars to call it the first religious war of the 21st century. The increasingly militarized Russian Orthodox Church has strongly backed Putin's war and has long provided theological and ideological justifications for his domestic and international actions. The politicization and militarization of religion in Russia has resulted in the promotion of the ideology of *Russky mir*, or "Russian world," under which Russia is destined to lead the eastern Slavic world, including Ukraine, politically and spiritually. While sharing the Soviet past, Ukraine has developed a different religious landscape in the post-Soviet period, leaning towards religious pluralism and religious "denominationalism". However, the Ukrainian political crisis in 2014 and the following Russia's invasion have deepened religious involvement in political life in Ukraine, caused interreligious conflicts, strengthening of the role of the state in interreligious relations.
Based on anthropological research, discourse analysis and historical analysis, this article focuses on the religious implications of the war in Ukraine and their historical roots. We examine how religious narratives transformed in both countries, drawing on the manifold ways in which religion can pervade and constitute all aspects of warfare and on religion's relations to development of social militancy and the legitimate use of force.
Keywords: religion; conflict; war; Ukraine; Russia; Orthodox church; militarization of religion; religious nationalism; the "Russian world"

Sumario. 1. Introducción. 2. "Por la fe, el fuego y la espada": La dimensión religiosa de la ideología del *Russkiy mir.* 3. La militarización de la historia y los fantasmas del pasado soviético. 4. La militarización de la religión en Rusia. 5. Religión y guerra en Ucrania. 6. Fe y paz en Ucrania. 7. Conclusión. 8. Agradecimientos. 9. Bibliografía.

Como citar: Vagramenko, T. y Arqueros Fernández, F. (2023). La guerra santa del *Russkiy mir*: religión y guerra en Ucrania. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84415. https://dx.doi.org/10.5209/poso.84415

[1] University College Cork (Irlanda)
ORCID: 0000-0003-0696-7629
E-mail: vagramenko@gmail.com

[2] Universidad de Almería (España)
ORCID: 0000-0001-7084-9147
E-mail: francisco.arqueros@nuim.ie

1. Introducción

La guerra ruso-ucraniana, que comenzó en 2014, se ha convertido en el mayor conflicto militar en Europa desde la Segunda Guerra Mundial tras la escalada de febrero de 2022. Debido a las profundas transformaciones políticas, económicas e ideológicas que está generando, lo más probable es que esta guerra ponga fin al periodo postsoviético (Ishchenko, 2022). En este artículo buscamos las raíces del conflicto en el legado histórico conjunto del pasado soviético y las tradiciones religiosas de ambos países. Siguiendo a Leustean (2022), consideramos este conflicto como la primera guerra religiosa del siglo XXI, y un campo de batalla en el que se enfrentan diversas narrativas religiosas (Surzhko y Harned, 2022: 3). Paradójicamente, la población de ambos países es predominantemente cristiana ortodoxa oriental —75% en Ucrania y 71% en Rusia—[3], y antes de la guerra el 31% de las parroquias ortodoxas ucranianas pertenecían al Patriarcado de Moscú[4].

Basado en trabajo de campo etnográfico en Rusia y Ucrania, el análisis de los discursos de las publicaciones de los medios de comunicación y los actores políticos y religiosos (desde el punto de vista de la antropología), en este artículo nos centramos en el papel que los líderes de las instituciones religiosas y políticas, y sus narrativas religiosas, han desempeñado en la guerra ruso-ucraniana. Prestamos atención a la transformación de las narrativas religiosas en ambos países y analizamos las múltiples formas en las que la religión puede impregnar y justificar el uso legítimo de la violencia. Por otro lado, exploramos el potencial que tienen las comunidades religiosas minoritarias en Ucrania para la construcción de la paz.

La relación entre religión, instituciones religiosas y violencia es compleja. En situaciones de conflicto armado, la religión puede actuar como fuente y justificación ("religión fuerte"), o puede ser una variable dependiente, cuya fuente principal es de origen secular ("religión débil") (Appleby, 2015: 34). Inicialmente, tanto en Rusia como en Ucrania, la religión se manifestó como "débil" en la materialización del conflicto; es decir, no fue la causa principal. En Ucrania, su papel ha sido ambiguo: ha influido tanto en la escalada del conflicto como en los intentos de construir la paz (Brylov *et al.*, 2021). En Rusia, el modelo de política religiosa heredado del pasado soviético —a través de las prácticas de control del Estado sobre la Iglesia— ha conducido a una "religión fuerte". Desde febrero de 2022, las narrativas religiosas inspiran y legitiman la guerra en Rusia.

La religión resurgió en la esfera pública y adquirió gran importancia en la vida cotidiana de ucranianos y rusos en los últimos años de la era soviética. En el espacio postsoviético, la religión se ha visto cada vez más vinculada a las identidades nacionales y étnicas, y a los valores morales, lo que ha llevado a la formación de un nacionalismo religioso como parte de un fenómeno global (Van der Veer, 1994; Juergensmeyer, 1998; Rieffer, 2003; Elsner y Köllner, 2022). "La religión, en múltiples formas, es y ha sido una poderosa fuerza que ha dado forma a la manera en que la gente explica el sufrimiento, elabora valores e identidades, e imagina cambios" (Steinberg y Wanner 2008: 3). En Rusia, destacan las corrientes nacionalistas y patrióticas dentro de la Iglesia ortodoxa rusa, conectando nación y ortodoxia en un fenómeno descrito como "etnodoxia" (Karpov, Lisovskaya y Barry, 2013; Elsner y Köllner, 2022).

Este fenómeno se ha reforzado aún más, con el patrocinio del Estado, en la Rusia de Putin (Kolstø y Blakkisrud, 2017). Las narrativas religiosas y nacionalistas se han fusionado con narrativas heredadas de la época soviética; en particular, de la Segunda Guerra Mundial, que destacan el papel mesiánico y salvador de Rusia en la historia de Europa. Esta base ecléctica se encuentra tras el creciente militarismo, antiliberalismo, y el giro conservador del régimen de Putin. La invasión de Ucrania saca a relucir la estrecha relación entre el Estado y la Iglesia, y, personalmente, entre Vladimir Putin y el líder de la Iglesia ortodoxa rusa, el patriarca Kirill de Moscú. Kirill ha respaldo espiritualmente la invasión, caracterizándola como una misión sagrada para proteger los valores ortodoxos tradicionales amenazados por el "Occidente decadente". Esta alianza no refleja una ortodoxia oriental de sintonía entre los poderes secular y religioso; más bien, las antiguas prácticas soviéticas de control estatal sobre las instituciones religiosas: el Patriarcado de Moscú simplemente se hace eco de la geopolítica del Kremlin. La politización y militarización de la religión en Rusia se funde, por otro lado, con la ideología del *Russkiy mir*, o "mundo ruso": Rusia está destinada a liderar política y espiritualmente el mundo eslavo oriental, incluida Ucrania. Esta ideología, aunque alimentada por la Iglesia ortodoxa rusa y la intelectualidad rusa durante siglos, está también arraigada en el pasado soviético, cuando la Iglesia ortodoxa rusa estaba bajo el estrecho control de la policía secreta y era un instrumento de la política internacional soviética (Vagramenko, 2021). Este artículo analiza los aspectos históricos, religiosos y antropológicos de la ideología del "mundo ruso", su forma actual y el peligro que presenta para la paz mundial y el derecho a la independencia de Ucrania.

La agresión militar rusa también ha desencadenado procesos similares de militarización de la religión y nacionalismo religioso en Ucrania (Brylov, 2019; Elsner, 2019; Wanner, 2015). Como resultado, diferentes formas nacionales de nacionalismo y militarismo religioso (rusa y ucraniana) compiten entre sí en un campo de batalla tanto metafórico como real. La politización e instrumentalización de la religión en Ucrania ha afec-

[3] Datos del Centro Levada en Rusia https://www.levada.ru/2022/05/16/religioznye-predstavleniya/; y del Centro Razumkov en Ucrania https://razumkov.org.ua/napriamky/sotsiologichni-doslidzhennia/konfesiina-ta-tserkovna-nalezhnist-gromadian-ukrainy-sichen-2020r

[4] Datos oficiales del Patriarcado http://www.patriarchia.ru/db/print/5359105.html y de la Iglesia ortodoxa ucraniana https://news.church.ua/2021/12/27/zvit-keruyuchogo-spravami-upc-za-2021-rik/

tado especialmente al ámbito ortodoxo con la creación de la Iglesia ortodoxa de Ucrania en 2019, gracias a la intervención política directa en la "cuestión eclesiástica". Estas transformaciones han tenido dos resultados: por un lado, han fomentado la movilización y cohesión de una parte importante de la sociedad ucraniana; por otro, han conducido a una creciente polarización religiosa en la sociedad.

Sin embargo, Ucrania se ha caracterizado históricamente por un pluralismo religioso y un alto grado de competencia entre organizaciones religiosas. Esta diversidad, históricamente arraigada, ha permitido el desarrollo de formas alternativas —no violentas y no militarizadas— de activismo religioso en tiempos de guerra. Estas voces, a pesar de ser minoritarias, buscan alternativas para la construcción de la paz —un orden en el que la violencia dé paso a relaciones pacíficas entre los pueblos— y la reconciliación en una sociedad desgarrada por la guerra.

El artículo comienza con el análisis de la dimensión religiosa de la ideología que se encuentra detrás de la invasión rusa de Ucrania. Notamos el carácter híbrido de la doctrina del "mundo ruso", ya que presenta una mezcla de narrativas nacionalistas (basadas en un pasado imperial expansionista, el legado ideológico y territorial soviético, y una misma lengua) y religiosas (la fe ortodoxa). Revisada y actualizada en las últimas décadas por la Iglesia ortodoxa y la clase política rusa, esta doctrina ha desarrollado el proceso de militarización de la religión. Después pasamos al análisis de las transformaciones dentro del campo religioso en Ucrania desde el comienzo de la guerra en 2014. La crisis política ucraniana de 2014, la revolución del Maidán, la agudización de las diferencias regionales y la posterior invasión rusa han profundizado la influencia de la religión en la vida política. Pero también se han configurado nuevas disidencias y formas de oposición religiosa. Con la transformación de la religión en "política por otros medios" (Wanner, 2014), la nueva "Iglesia nacional" ha desempeñado un papel fundamental en la movilización y cohesión de la sociedad ucraniana en tiempos de guerra. El artículo finaliza con un estudio de caso. Basado en trabajo de campo reciente en Ucrania, ilustramos cómo creyentes de grupos religiosos minoritarios, desde la base, intentan construir la paz en una sociedad cada vez más militarizada.

2. "Por la fe, el fuego y la espada": La dimensión religiosa de la ideología del *Russkiy mir*

> "La piel, la carne y los huesos de la Iglesia han sido usados por el Kremlin para justificar esta agresión".
>
> Archimandrita Cirilo Hovorun, profesor de Teología, 2022.

En vísperas de la invasión (21 de febrero), el presidente Vladimir Putin se dirigió al pueblo ruso —en un discurso televisado de una hora— evocando los fantasmas de la historia soviética y de la Segunda Guerra Mundial. Dijo que Ucrania era un Estado ilegítimo, un mero error del proyecto soviético. Hizo un resumen de su artículo "Sobre la unidad histórica de rusos y ucranianos", publicado en julio de 2021[5] y lectura obligatoria en los cuarteles del Ejército ruso[6]. En ese artículo, Putin dice que los rusos y los ucranianos son y siempre han sido un solo pueblo, "un todo único … el mismo espacio histórico y espiritual". En su opinión, Ucrania siempre ha sido la periferia del Imperio ruso. La palabra "Ucrania" se utilizaba con el sentido de "periferia" (*okraina* en ruso). Por tanto, "ucraniano" nunca hizo referencia a un grupo étnico. Putin concluye que la Ucrania contemporánea es enteramente un producto de la era soviética. Este punto de vista ignora la historia y cultura de Ucrania, y su tradición de lucha por la independencia (que son fundamentales para su identidad nacional actual), y niega, además, su derecho a la independencia. "Un hecho está muy claro: Rusia fue robada", dice Putin. Por ello, reclama que se le devuelva lo que "generosamente fue dado" por su país.

Esto no constituye un discurso aislado. Un ejército de propagandistas —líderes políticos y religiosos, y académicos— está reescribiendo la historia para usarla con fines políticos. El pasado —la memoria del siglo XX y de las guerras mundiales, y hasta la historia de la Rus de Kyiv en el siglo X— se ha convertido en otra arma en manos del régimen ruso. Madina Tlostanova (2022) lo llama el "síndrome de la memoria severamente editada": las sociedades que han pasado por múltiples experiencias de regímenes represivos se ven en la necesidad de reimaginarse y reconstituirse a través de procesos de "reexistencia" (*re-existence*):

> La colonialidad de la memoria es un eficaz e intrínsecamente violento instrumento de la modernidad. Como sistema ontoepistémico represivo, sirve para controlar a las personas mediante la imposición de modelos de memoria colectiva y narrativas históricas específicamente construidas y legitimadas, a la vez que excluye o descalifica todas las demás formas y maneras de recordar. En última instancia, este proceso puede conducir a formas extremas de zombificación y control biopolítico que disciplinan y suprimen las expresiones más personales, afectivas y corporales de la memoria (Tlostanova, 2022, nuestra traducción).

[5] http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181
[6] https://www.svoboda.org/a/31360570.html

La ideología explícitamente religiosa en la visión de la historia de Putin, sin embargo, no suele recibir atención mediática ni académica. En su discurso de anexión del Donbas, Kherson y Zaporizhzhia en septiembre de 2022, Putin presentó la agresión a Ucrania como una guerra santa contra el satanismo, que supuestamente inspira tanto a los ucranianos como al "Occidente colectivo". Consideró —en una ceremonia oficial celebrada el 30 de septiembre de 2022 en el Kremlin— que la misión de su país era proteger "la fe y los valores tradicionales": "Estamos luchando por la Rusia histórica, para proteger a nuestros hijos y nietos de quienes quieren cambiar sus almas".

El aparato ideológico del régimen ruso, creado a lo largo de varias décadas, está impregnado de símbolos y significados religiosos, y la religión desempeña un papel importante en la política de Vladimir Putin. La justificación ideológica de la violencia que el régimen ha desatado y la devastación que ha causado en Ucrania muestra la fuerte conexión entre la Iglesia ortodoxa rusa y el Estado ruso (Blitt, 2011; Suslov, 2014; Stoeckl, 2016). Putin resumió esta estrecha relación en su artículo de 2021 (antes referido): "No es simplemente un país vecino, sino una parte inalienable de nuestra propia historia, cultura y espacio espiritual". Esta alusión al espacio histórico, cultural y espiritual común constituye una referencia a la ideología del *Russkiy mir* (mundo ruso). De acuerdo con esta doctrina, la gran civilización rusa se basa en una unidad espiritual entre bielorrusos, ucranianos y rusos, con la misma fe ortodoxa y la misma lengua (el ruso).

Aunque la ideología del "mundo ruso" es antigua, ha vuelto a entrar en el discurso político de la mano del régimen de Putin y, en particular, desde la anexión de Crimea en 2014, engendrando nuevas formas de imaginación geopolítica. Se basa en el revisionismo histórico, ya que las complejas y distintas historias de Ucrania, Bielorrusia y Rusia se pasan por alto para construir el mito histórico del ascenso del "mundo ruso", que hunde sus raíces en la antigua Rus de Kyiv, la ciudad santa de Kyiv, y el Imperio bizantino.

Aparte de los significados lingüístico-cultural y político (a menudo asociados con la política exterior rusa), la ideología del "mundo ruso" tiene una dimensión religiosa distintiva. El paradigma postsoviético dominante en el estudio de las relaciones postcoloniales (Korek, 2007; Owczarzak, 2009) entre Kyiv y Moscú, sin embargo, ha restado importancia o ha ignorado el papel de la religión en el conflicto ruso-ucraniano, centrándose en cambio en las consecuencias económicas y geopolíticas del colapso de la Unión Soviética (Surzhko y Harned 2022). El inicio de la agresión militar rusa en Ucrania en 2014 y, sobre todo, su escalada en 2022, han demostrado que la narrativa religiosa es una parte inherente de la ideología del "Mundo ruso", y que esta subyace en la negación de la independencia y la soberanía de Ucrania por parte de Rusia (Kozelsky, 2014). La doctrina (actualizada) del "mundo ruso" presenta una mezcla de narrativas religiosas y nacionalistas con aspiraciones neocoloniales y antiliberales que se utiliza para justificar un poder autoritario en el interior y políticas mesiánicas en el exterior (Surzhko y Harned, 2022).

La doctrina tiene sus raíces en el concepto religioso de la "Santa Rus" —junto con la idea de Moscú como la Tercera Roma— , alimentado durante siglos por la Iglesia ortodoxa rusa. Históricamente, la "Santa Rus" se refería al ideal religioso, una metáfora asociada al espacio sagrado de los monasterios e iglesias rusas (Suslov, 2014: 81). El concepto de la "Santa Rus" ha sido restaurado por la Iglesia ortodoxa rusa bajo el liderazgo del Patriarca Kirill (Gundiaev), quien "geopolitizó" y "deshistorizó" el concepto, impregnándolo de un significado político práctico (Suslov, 2014: 81). Este renovado imaginario geopolítico ha generado nuevas identidades y materializado configuraciones espaciales. En su sermón de 2010, el Patriarca Kirill dijo que la "Santa Rus" no era una especulación ni una mera parte de la historia rusa, sino "nuestro presente". En otra ocasión, dijo: "La Santa Rus tiene su propio territorio y fronteras; esto es, incluye a Rusia, Ucrania, Bielorrusia y, además, se ha mencionado que puede abarcar a Moldavia y, menos frecuentemente, a Kazajistán" (cit. por Suslov, 2014: 85). Esta noción, territorialmente delimitada, se refiere a lo que la Iglesia ortodoxa rusa ha llamado históricamente su "territorio canónico", de su jurisdicción exclusiva, y que se solapa con la noción culturalmente delimitada del "mundo ruso". Esta idea está detrás de la afirmación del Patriarca Kirill de que todos los ucranianos ortodoxos son hijos de la Iglesia ortodoxa rusa.

En este marco, la religión está conectada con la identidad nacional más allá de las afiliaciones étnicas. Ni la "Santa Rus" ni el "mundo ruso" funcionan como conceptos étnicos; más bien, neocoloniales y neoimperiales. Los grupos étnicos no rusos ("pueblos menores") recurren a la protección de su "hermano mayor"; es decir, el Kremlin como centro político y la Iglesia ortodoxa rusa como el centro religioso (Suslov, 2014: 87). Ambos conceptos, la "Santa Rus" y el "mundo ruso", se instrumentalizan en la política interior y exterior: sientan las bases de lo que el patriarca Kirill denomina un "nuevo tipo de integración" —es decir, un tipo neocolonial de centralización política— en el que el "territorio canónico" y el "mundo ruso" se corresponden. Como dice el periódico pro-Kremlin Gazeta.ru:

> La ortodoxia fue el elemento que aglutinó a los pueblos que rodeaban a Rusia, y que aceptaron esta religión siguiendo al pueblo ruso. Durante toda la historia del Estado [ruso], la necesidad de proteger la fe ortodoxa unió y cohesionó a todos... Asimismo, la participación en la operación militar especial [en Ucrania] de todos los pueblos que viven en Rusia ha reforzado aún más la unidad multiétnica[7]. (Nuestra traducción).

[7] https://www.gazeta.ru/comments/2022/07/28_a_15195332.shtml?updated

La utopía territorial se basa en una visión de la historia que unifica a rusos, ucranianos y bielorrusos a través del mito fundacional del bautismo de la Rus de Kyiv por San Vladimir. Según esta visión, rusos y ucranianos son un solo pueblo que procede del mismo reino cristiano que surgió en el siglo x. Las historias nacionales de ambos países reconocen el papel histórico del príncipe Volodymyr (Vladimir en ruso) el Grande de Kyiv, venerado como santo tanto en Rusia como en Ucrania. Tras su bautismo en Quersonesos (actual Crimea) en 988, el príncipe Volodymyr llevó la nueva fe —cristianismo ortodoxo bizantino— al reino de la Rus de Kyiv (predecesor de los modernos Estados de Ucrania, Rusia y Bielorrusia) convirtiendo a Kyiv en la cuna del cristianismo ortodoxo de ambos países.

Esta historia compartida constituye el núcleo de las reivindicaciones territoriales poscoloniales rusas. Si el cristianismo ortodoxo constituye los cimientos del Estado ruso, entonces Kyiv y Crimea son una parte inherente del legado religioso e histórico ruso y, por tanto, deben volver al mundo ruso (Kozelsky, 2014). Putin instrumentalizó esta visión de la historia para sus propias necesidades políticas y para justificar la guerra. El Bautismo de la Rus, como indicó en julio de 2018, constituye tanto el origen del Estado ruso como la base de la unidad de los pueblos ruso y ucraniano:

> El Bautismo es uno de los puntos de inflexión en la historia rusa; determinó la dirección del desarrollo de Rusia, un acontecimiento que nos recuerda la unidad de los pueblos de Rusia y Ucrania. La ortodoxia ha influido en la visión del mundo y en las bases morales de la entidad multinacional rusa... Estos valores sustentan la civilización rusa y han permitido a Rusia unir a cientos de pueblos. Hoy, los representantes de todos los pueblos de Rusia vuelven a unirse contra los impíos, para proteger los valores tradicionales..[8]

"Por la fe, el fuego y la espada: del bautismo de Rus a la operación militar especial", comenzaba un artículo publicado en el portal FederalPress el 28 de julio de 2022[9]. El texto establecía un firme vínculo entre San Vladimir, fundador y unificador de los territorios ruso y ucraniano, y Vladimir Putin, el nuevo redentor de esta "unidad histórica". Guerra y religión se funden en un campo narrativo común. Como escribió Alexandr Rudakov, politólogo ruso:

> Dentro de las coordenadas espirituales de nuestra civilización, la operación militar especial representa la batalla contra las concepciones del mundo agresivas y despiadadas de quienes rechazan los ideales cristianos. Es una batalla contra los mismos ídolos oscuros que Vladimir derrocó en los días del Bautismo de Rusia[10].

La Iglesia ortodoxa rusa, con su cabeza, el patriarca Kirill, es un poderoso aliado ideológico del Estado ruso. El patriarca, haciendo uso de todo su prestigio espiritual, ha caracterizado la invasión como una empresa sagrada cuya misión es proteger los valores ortodoxos tradicionales de la influencia del decadente Occidente. En su carta abierta al Consejo Mundial de Iglesias, dijo que ucranianos y rusos "proceden de una misma pila bautismal [Kyiv] (...) y comparten un destino histórico común"[11].

La dimensión religiosa se hace también patente en un artículo publicado en FederalPress: "Se puede afirmar que la operación militar especial se basa en las mismas bases espirituales [*dukhovnye skrepy*] de las que Rusia carece, según Vladimir Putin"[12]. La extraña frase *dukhovnye skrepy, que* significa literalmente "refuerzos/puntales espirituales", era una alusión a su discurso de diciembre de 2012, cuando lamentó que "la sociedad rusa actual experimenta una clara falta de *dukhovnye skrepy*[13].

En resumen, apreciamos una fuerte presencia de referencias religiosas en el discurso sobre la guerra ruso-ucraniana; en particular, una forma militarizada de la tradición ortodoxa rusa que enfrenta a la Santa Rus contra el Occidente impío. Tal y como se analiza en la siguiente sección, el imaginario de la Santa Rusia, forjado por la Iglesia ortodoxa rusa, se ha fusionado con un creciente nacionalismo y una militarización de la narrativa histórica.

3. La militarización de la historia y los fantasmas del pasado soviético

> "El pasado se reescribe tan rápido que no es posible saber qué ocurrirá ayer".
>
> Chiste soviético

El "mundo ruso", tal como se interpreta actualmente desde el Kremlin, es una ideología militarizada que mezcla ideas cristianas ortodoxas con la glorificación del período soviético —un período de represión de

8 https://crimea.ria.ru/20180728/1114921912.html
9 https://fedpress.ru/article/3064269
10 https://www.gazeta.ru/comments/2022/07/28_a_15195332.shtml?updated
11 http://www.patriarchia.ru/db/text/5907942.html
12 https://fedpress.ru/article/3064269
13 https://ria.ru/20121212/914453619.html

grupos religiosos— y, en particular, las narrativas soviéticas de la Segunda Guerra Mundial. Putin glorifica la Unión Soviética, aunque no consiguió logros progresistas como la educación y la sanidad universales, el pleno empleo y el derecho a una vivienda. El presidente dice que Rusia luchó victoriosamente contra el nazismo alemán, que salvó a Europa de esa "infección", y que la caída de la Unión Soviética fue la mayor catástrofe del siglo xx. Los medios de comunicación rusos recuerdan constantemente la culpa que tuvo Occidente en la propagación del nazismo, que provocó la Segunda Guerra Mundial en 1939, y recuerdan que "millones y decenas de millones de [europeos occidentales] colaboraron con los nazis"[14]. Esos hechos históricos se usan para describir al actual régimen de Kiev como nazi y a Occidente, otra vez, como propagador del nazismo[15]. Además, la historia oficial en Rusia proclama que solo la Unión Soviética luchó contra el ejército nazi y salvó a todo el continente, en una lucha titánica en la que perecieron más de 26 millones de personas y la mayor parte de la Rusia europea fue arrasada. En este contexto, Stalin se presenta a menudo como el salvador de Rusia. Hechos reales mezclados con tergiversaciones producen una "historia" oficial que se propaga en medios de comunicación e instituciones educativas. Esencialmente, Rusia está librando la misma "guerra patriótica" que libró en la Segunda Guerra Mundial.

Esta interpretación del pasado — "el síndrome de la memoria editada" (Tlostanova, 2022)— constituye el único relato histórico legítimo en la actualidad. A través de la represión de versiones alternativas en la última década, la historia se ha convertido en una disciplina vigilada e intervenida por el Estado en la Rusia actual. Cualquier crítica abierta a la política de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial es suprimida. Referencias a crímenes cometidos por el régimen soviético durante esa época pueden ser castigadas con hasta 5 años de cárcel[16]. La historia de la represión, terror, deportaciones masivas de grupos étnicos y religiosos, hambrunas patrocinadas por el Estado y asesinatos en masa que acabaron con la vida de millones de civiles durante el período soviético se oculta en el espacio público y se suprime en los libros de texto. Los archivos estatales de la época soviética —en particular los archivos del KGB, necesarios para aportar datos que permitan escribir una historia alternativa— se han vuelto a clasificar. El Memorial —la mayor sociedad histórica y de defensa de los derechos humanos en Rusia— que había creado la mayor base de datos de las víctimas del terror de Stalin fue liquidado en diciembre de 2021 porque "desacreditaba al Estado ruso"[17].

El vínculo narrativo entre la guerra ruso-ucraniana y la política de la memoria de la Segunda Guerra Mundial se manifiesta a través del eslogan "Podemos hacerlo de nuevo" junto con la letra V (de victoria), que se encuentra por doquier en Rusia tras la invasión de Ucrania. No por casualidad, la escalada militar de 2022 se presenta como "desnazificación", en referencia a la lucha contra el régimen nazi en la Segunda Guerra Mundial. "Nunca se ha dado una verdadera desnazificación de Europa... una real, profunda y exhaustiva", relata el noticiero progubernamental ruso RIA[18]. Al igual que Stalin durante la Segunda Guerra Mundial, Putin se presenta como el salvador de la cultura y la fe rusas, ofreciendo protección militar y estatal a todo el imaginado "mundo Ruso".

Se trata de una intricada imagen híbrida de la Santa Rus ortodoxa y el glorioso poder militar soviético, una mezcla de pretensiones expansionistas soviéticas y connotaciones religiosas tradicionalistas. Sin embargo, al mismo tiempo que Putin resucita a la Unión Soviética de las cenizas del pasado, emascula su trasfondo socialista, llenando el nuevo molde con la ideología antiliberal, tradicionalista y profundamente religiosa del Mundo ruso/Santa Rusi. De hecho, una parte significativa de la clase política dirigente actual se inclina por una ideología de extrema derecha en un contexto de creciente resentimiento hacia Europa y lo que se llama el "Occidente colectivo", que no aprecia el mesianismo histórico de Rusia ni la importancia de su papel en el panorama geopolítico actual. Por tanto, el discurso político ruso ha adoptado formas cada vez más agresivas, antioccidentales y, por tanto, antiucranianas. "Los ucranianos están tan relacionados con Ucrania como el wahabismo con el islam", se dijo en una radio pública de San Petersburgo. "Como ha demostrado la historia, Ucrania es inviable como Estado-nación, y cualquier intento de construirla conduce naturalmente al nazismo — escribió el entonces primer ministro ruso, Dmitri Medvedev—. Ucrania es una construcción artificial antirrusa ... [por parte] de una civilización ajena. Y, como tal, la desnazificación de Ucrania significa su inevitable deseuropeización y desucrainización"[19].

---

14 https://www.gazeta.ru/comments/2022/07/28_a_15195332.shtml?updated

15 Uno de ejemplos, la película de propaganda de News Front *Nazificación de Ucrania* (2022).

16 El artículo 354.1 del Código Penal de la Federación Rusa tipifica como delito la "exoneración del nazismo" con hasta 5 años de prisión. Este artículo incluye los siguientes apartados: "difusión con conocimiento y deliberación de información falsa sobre las actividades de la URSS durante la Segunda Guerra Mundial"; y "difusión de información manifiestamente irrespetuosa sobre las fechas de gloria militar y las relacionadas con la defensa de la Patria, así como profanación de símbolos de la gloria militar de Rusia". Estas cláusulas permiten al Estado perseguir a quienes compartan opiniones desaprobadas (léase "falsas") por el Gobierno sobre la política y actuaciones de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial (véase Nuzov 2022; también el informe de la Federación Internacional por los Derechos Humanos https://www.fidh.org/IMG/pdf/russie-_pad-uk-web.pdf).

17 https://ria.ru/20220305/evropa-1776578956.html

18 https://ria.ru/20220305/evropa-1776578956.html

19 https://ria.ru/20220403/ukraina-1781469605.html

La siguiente sección describe en más detalle cómo la Iglesia ortodoxa rusa se ha convertido en una plataforma ideológica para la guerra, "respondiendo no solo a la cuestión de qué enemigo se debe defender Rusia sino también cómo se debe llevar a cabo esa defensa, por quién y por qué medios" (Elsner, 2022a).

4. La militarización de la religión en Rusia

El 9 de mayo de 2020, como parte de las celebraciones del 75 aniversario de la Gran Victoria, el patriarca Kirill consagró en Moscú la Catedral Principal de las Fuerzas Armadas de Rusia. Con un coste de 86 millones de dólares, esta enorme y opulenta iglesia ortodoxa se convirtió en el símbolo sacro del poder militar y del victorioso Estado ruso a lo largo de los siglos, incluyendo la Gran Guerra Patria en 1945 y la anexión de Crimea en 2014[20]. La ideología de la "guerra santa" contra los enemigos de Rusia proviene directamente del tipo específico de ortodoxia promovido por Kirill, como ya hemos notado. Al igual que en otras religiones mayoritarias, el componente militar siempre ha estado presente en la ortodoxia rusa; el pacifismo nunca ha sido una tradición dominante (Elsner, 2022b; Adamsky, 2019). Pero, en los últimos años, la militarización se ha agudizado. El acercamiento entre la Iglesia ortodoxa rusa y los militares se ha materializado en acuerdos de colaboración entre la institución eclesiástica y el Ministerio de Defensa (Knorre y Zygmund, 2020; Elsner, 2022a). La Catedral Principal de las Fuerzas Armadas rusas encarna esos vínculos.

Las tendencias nacionalistas y fundamentalistas en el seno de la corriente mayoritaria del cristianismo ortodoxo en Rusia han crecido en las dos últimas décadas (Kostiuk, 2000; Verkhovsky, 2002; Mitrofanova, 2002). Vinculada a la ideología del "mundo ruso", y reforzada por la fuerte conexión entre el Estado y la Iglesia, esta corriente ha apoyado la militarización de la religión en la Rusia. El "giro conservador" (Shnirelman, 2020) en la política rusa desde finales de la década de 2000 ha colocado a la Iglesia ortodoxa rusa como principal defensora de los "valores tradicionales" y la frontera sagrada del "mundo ruso" tanto en el plano nacional como en el internacional (Suslov y Uzlaner, 2020). Esta "narrativa de la defensa" ha pasado de ser una concepción teológica y espiritual a convertirse en una realidad material que legitima incursiones militares concretas (sagradas e incuestionables) más allá de las fronteras, no ya para defenderlas (Elsner y Köllner, 2022).

Los hechos hablan por sí solos. En un servicio dominical, el 13 de marzo de 2022, en la catedral principal de Moscú del Cristo Salvador, el patriarca regaló el icono de la madre de Dios al jefe de la Guardia Nacional de Rusia —una tropa que participa activamente en la guerra contra Ucrania—, diciéndole que el icono protegería al Ejército ruso y traería una rápida victoria sobre los ucranianos. El regalo se erige en uno de los símbolos tangibles de la sacralización de la guerra.

Poco antes de este acontecimiento, el domingo del perdón del 6 de marzo de 2022, el patriarca bendijo la guerra en términos espirituales, calificándola como una guerra contra "la falsa libertad" de los países democráticos: "Hemos iniciado una lucha que no tiene un significado físico, sino metafísico". A continuación, la describió como una lucha "por la salvación eterna" de los rusos. Dijo que era una guerra metafísica contra el poder mundial que está poniendo a prueba la lealtad de Ucrania: "¿Saben cuál es la prueba? La prueba es muy simple y al mismo tiempo terrible: es un desfile gay". El "mundo ruso" es una sociedad de valores tradicionales. Esta forma de nacionalismo religioso se opone a un Occidente liberal percibido como decadente, con una cultura de consumo y actitudes liberales hacia la identidad de género y el papel de la familia. Esta ideología sustenta teológica y políticamente la guerra de Rusia en Ucrania. Los acercamientos políticos a Europa y Occidente, con sus valores liberales, se consideran amenazas directas a la misión sagrada de Rusia, que consiste, entre otras cosas, en salvar a Ucrania de los desfiles gay y de la decadente influencia del Occidente liberal. "El cosmopolitismo no es más que una forma encubierta e hipócrita de expresar simpatía y disposición para servir no al país donde uno vive, sino a otro país, a otro pueblo", dice un libro de texto escolar[21].

Esta forma extrema de tradicionalismo mezclada con nacionalismo religioso conduce a la aparición de una nueva forma de cristianismo: "[Esto] podría llevar a otras iglesias [ortodoxas] a abstenerse de utilizar el término 'ortodoxia' en su comunicación con la Iglesia ortodoxa rusa. La implicación inmediata sería que el cristianismo, como religión mundial, se dividiría aún más al surgir una nueva rama, a saber, el catolicismo romano, el protestantismo, la ortodoxia oriental y el 'tradicionalismo cristiano' de la Iglesia rusa y las iglesias que apoyen la postura de esta última en Ucrania" (Leustean, 2022). Leustean cree, además, que la Iglesia ortodoxa de Ucrania reemplazaría a la Iglesia ortodoxa rusa en el mundo ortodoxo oriental, y que el Patriarcado de Moscú se alejaría de la comunión con las Iglesias ortodoxas. Esta predicción puede resultar prematura, pero es cierto que la ortodoxia ucraniana está intentando tomar un camino diferente. Paradójicamente, es la tradición de una misma fe, compartida por Ucrania y Rusia, la que ha separado a estos dos países (Wanner, 2015).

[20] https://hram.mil.ru/
[21] https://razgovor.edsoo.ru/

5. Religión y guerra en Ucrania

> "El mero hecho de que haya negociaciones es una traición".
>
> Entrevistado del proyecto PAX22

Durante gran parte de la historia, las tierras que actualmente conforman Ucrania pertenecieron a diferentes entidades políticas; un hecho que se encuentra detrás de las particularidades regionales, incluyendo la diversidad religiosa. Mientras que el este de Ucrania fue parte del Imperio ruso; el oeste, del Imperio austrohúngaro, y el sur, del Imperio otomano. En términos religiosos, el territorio de la Ucrania actual se encontraba en la frontera entre el catolicismo, el protestantismo, la ortodoxia y el islam (Brylov *et al.*, 2021). Ucrania, por otra parte, comparte con Rusia el periodo soviético de ateísmo, represión de grupos religiosos y propaganda antirreligiosa. Sin embargo, en el periodo postsoviético, el complejo legado histórico de Ucrania y su diversidad religiosa han contribuido a un alejamiento del modelo político ruso/soviético de control estatal sobre las instituciones religiosas. Debido a que el Estado ucraniano no ha respaldado formalmente a ninguna de las Iglesias grandes (por lo menos hasta el 2017, cuando el presidente Poroshenko apoyó abiertamente a la Iglesia ortodoxa ucraniana), se ha establecido en Ucrania un sistema en el que todas las religiones tienen los mismos derechos y compiten entre sí.

En ese sentido, el pluralismo religioso y el carácter liberal de la relación entre el Estado y las Iglesias se parecen al modelo norteamericano (Brylov *et al.*, 2021). Ucrania —por el número y tamaño de sus comunidades evangélicas— fue llamada "el cinturón bíblico de la Unión Soviética" (Wanner 2007:1). En la actualidad, según las estadísticas del centro Razumkov, el grupo más numeroso es el ortodoxo (62,7%), seguido por el greco-católico y católico romano (12,1%) y el protestante (3,7%). Los musulmanes —en su mayoría de ascendencia tártara y habitantes de Crimea— representan alrededor del 1% de la población de Ucrania. La comunidad judía, históricamente importante, ronda los 200.000 habitantes[23]. El grado de religiosidad entre los ucranianos, por otra parte, tiene un carácter regional. Según los datos sociológicos del Centro Razumkov (*think-tank* ucraniano), en 2018 el 91% de los residentes en las regiones occidentales (con presencia de greco-católicos) —donde el nacionalismo ucraniano predomina, al igual que el uso de la lengua ucraniana— se consideraban creyentes, mientras que ese era el caso de solo el 59% de los residentes en las regiones del sur (cit. por Brylov *et al.*, 2021: 9).

La agresión militar rusa en 2014 —apoyada públicamente por el Patriarcado de Moscú— desencadenó los primeros conflictos religiosos serios en Ucrania, y se convirtió en el principal catalizador de cambios en el ámbito religioso. La religión se utilizó para avalar y reforzar el creciente patriotismo y nacionalismo ucranianos, funcionando como un factor de cohesión social en una sociedad desgarrada por el conflicto (Wanner, 2015: 5). En ese contexto, la identidad nacional ha desempeñado un papel fundamental en las transformaciones religiosas, ya que se espera que las Iglesias demuestren una postura proucraniana.

Al igual que en Rusia, la guerra ha reforzado el papel del Estado en las relaciones interconfesionales en Ucrania. La creciente polarización y militarización en las comunidades religiosas ha afectado principalmente a la ortodoxia ucraniana a través de la creación de la imagen de un enemigo externo (Brylov, 2019). La escalada del conflicto bélico en 2022 ha politizado aún más la "cuestión eclesiástica".

Aunque la mayoría de la población ucraniana (67 %) se adhiere a una u otra corriente de la ortodoxia, la ortodoxia ucraniana ha sufrido históricamente tensiones internas. En la actualidad se encuentra dividida en varias iglesias que compiten entre sí, siendo la Iglesia ortodoxa ucraniana del Patriarcado de Moscú (UOC MP) la mayor de ellas, con un seguimiento del 66% de los ortodoxos ucranianos en 2016[24]. En 1992, tras un cisma dentro de la UOC MP, se creó la Iglesia ortodoxa ucraniana del Patriarcado de Kyiv (UOC KP). Aunque no es reconocida por otras Iglesias ortodoxas orientales, es una Iglesia en crecimiento, y cada vez más parroquias cambian su afiliación a la UOC KP. Mientras que en 2000 el 12% de las parroquias ortodoxas se declaraban seguidoras de la UOC KP, en 2018 el porcentaje había subido hasta el 29%. También existen varias Iglesias ortodoxas autocéfalas (independientes), como la de los Antiguos Creyentes. La tensión interortodoxa alcanzó su punto álgido con la creación de la nueva Iglesia ortodoxa de Ucrania en 2019 tras la confluencia de la COU KP, la Iglesia Autocéfala ucraniana y una parte de la COU MP. Con el respaldo de las autoridades políticas ucranianas —que deseaban la creación de una Iglesia ortodoxa nacional— el Patriarcado Ecuménico de Constantinopla reconoció en 2019 la autocefalía (independencia del Patriarcado de Moscú) de la Iglesia ortodoxa de ucrania, aunque no está reconocida por todas las Iglesias ortodoxas.

Con frecuencia, Ucrania ha sido el escenario de luchas de poder dentro de la ortodoxia. Con la caída de Constantinopla a finales del siglo XV —último bastión del Imperio bizantino y de la ortodoxia oriental—,

---

22 PAX es la organización de paz más grande de los Países Bajos. Está activa en Ucrania desde 2014. Cit. por Brylov *et al., 2021: 16.*

23 https://razumkov.org.ua/images/2023/02/13/2022_Religiya_SITE.pdf

24 https://risu.ua/religiyni-organizaciji-v-ukrajini-stanom-na-1-sichnya-2016-r_n79084

Moscú intentó aglutinar todas las parroquias ortodoxas ucranianas bajo su jurisdicción. La Iglesia ortodoxa rusa —durante una primera etapa de protectorado— invirtió muchos esfuerzos en la unificación cultural y teológica de las ortodoxias rusa y ucraniana, a menudo discriminando a los sacerdotes y jerarcas de origen ucraniano[25] controlando la educación teológica en Ucrania y prohibiendo la publicación de libros litúrgicos y otra literatura religiosa en lengua ucraniana (Sahan, 2021: 123). Como resultado de esta política, en el siglo XIX había pocas diferencias teológicas, doctrinales y culturales entre las tradiciones ortodoxas rusas y ucranianas. La revolución bolchevique de 1917 y la posterior lucha de liberación nacional ucraniana (1917-1921) trajeron consigo el resurgimiento de algunas formas culturales de la ortodoxia ucraniana tras la creación de la Iglesia ortodoxa ucraniana Autocéfala en 1919 (Sahan, 2021: 123-124). Estos intentos de restauración fueron ahogados en sangre durante la época del Gran Terror estalinista en los años 30 del siglo pasado. Restos de esta Iglesia sobrevivieron de manera clandestina durante el periodo soviético. Sin embargo, tras la desintegración de la Unión Soviética y la independencia de Ucrania, la identidades nacional y religiosa en ucraniana han encontrado expresión a través de la Iglesia ortodoxa ucraniana independiente.

Tras la Revolución de Maidán y la invasión rusa de Ucrania (2014), se produjo un auge del nacionalismo y del fervor religioso. En ese contexto, la religión pasó del ámbito privado al público y ganó influencia social y política (Kalenychenko, 2018; Fylypovych y Horkusha, 2015; Zorgdrager, 2019). La religiosidad de muchos activistas en la plaza de Maidán, sin embargo, no reflejó un "giro postsecular"; más bien, su uso instrumental reflejó la aparición de condiciones en las que la religión es capaz de desempeñar un papel en el proceso de forja de un nuevo orden (Wanner 2015: 5).

La politización y militarización de la religión se profundizó durante la presidencia de Petro Poroshenko (2014-2019), que realizó su campaña electoral bajo el lema "Ejército, Lengua y Fe", haciendo hincapié en la importancia política de la religión y en la lucha de poder entre las Iglesias ortodoxas ucraniana y rusa. Poroshenko eligió precisamente la cuestión de la autocefalia como un asunto clave en su campaña electoral (la "Tomos Tour")[26], que arrastró el conflicto interortodoxo al terreno político. En su discurso sobre el estado de la nación ante el Parlamento, dijo: "'Ejército. Lengua. Fe' no era un eslogan, sino la fórmula de la identidad ucraniana contemporánea. El Ejército protege nuestra tierra. La lengua protege nuestro corazón. La Iglesia protege nuestra alma". En 2018, Poroshenko solicitó al patriarca Ecuménico Bartolomé I la autocefalia en Ucrania. Bartolomé la aprobó, y bendijo el establecimiento de una Iglesia ortodoxa independiente de Ucrania en 2019[27]. Como resultado, las parroquias ortodoxas en Ucrania fueron cambiando gradualmente su jurisdicción a la nueva Iglesia ortodoxa de Ucrania independiente. En vísperas de la invasión, en febrero de 2022 comprendía aproximadamente 7.000 parroquias en comparación con más de 11.000 parroquias que permanecían bajo la jurisdicción de la Iglesia ortodoxa ucraniana del Patriarcado de Moscú[28]. La reacción del Kremlin fue inmediata. En su discurso de 2018, el presidente ruso Vladimir Putin lamentó la creación de una Iglesia ortodoxa de Ucrania, independiente y nacionalista, que había decidido separarse —a raíz de la anexión de Crimea— de la Iglesia ortodoxa ucraniana tradicional y leal a Moscú. Putin también aludió a la intromisión de Occidente y dijo que podría producirse un "derramamiento de sangre" si la propiedad del Patriarcado de Moscú se redistribuía a la nueva Iglesia[29].

En el discurso público en Ucrania, la Iglesia ortodoxa ucraniana (Patriarcado de Moscú) se comenzó a presentar como una amenaza creciente para la seguridad nacional: una quinta columna y un agente pro-Kremlin (Brylov, 2019). El Servicio de Seguridad de Ucrania llevó a cabo redadas en iglesias del Patriarcado de Moscú e interrogó a sacerdotes acusados de ser agentes del Gobierno ruso[30]. Mezclando connotaciones religiosas y militares, el presidente Poroshenko dijo: "*Tomos* significa alejarse de Moscú. Un ejército ucraniano fuerte significa alejarse de Moscú" (cit. por Brylov, 2019). De una manera tan simple y directa, se caracterizó la creación de una Iglesia independiente, nacional y unificadora. Sin embargo, los creyentes de base se mostraban reacios a cambios tan rápidos en su práctica religiosa, y muchas parroquias siguieron bajo la jurisdicción del Patriarcado de Moscú. Pero los cambios han supuesto una mayor profundización de la división entre los creyentes ucranianos. La "cuestión eclesiástica" sigue siendo un reto para el diálogo interconfesional y la reconciliación en la sociedad ucraniana. En resumen, la aparición de la Iglesia ortodoxa de Ucrania y su oposición a la Iglesia ortodoxa ucraniana del Patriarcado de Moscú ha conducido a una creciente polarización de la cuestión religiosa en la sociedad, a la vez que a una mayor militarización de la religión en Ucrania.

La escalada del conflicto bélico en 2022 ha provocado destrucción y muerte a gran escala en todo el país; además, ha causado grandes daños al patrimonio religioso ucraniano. Al menos 270 edificios religiosos y lugares sagrados han sido dañados o destruidos (datos de octubre 2022). La mitad de estos lugares eran

---

25 Aunque también hubo importantes jerarcas ortodoxos de origen ucraniano en la época del Pedro el Grande, como Feofan Prokopovich y Stafan Iavorskii.

26 En este contexto "tomos" significa el documento eclesiástico que proclama la autocefalia.

27 Ya que la Iglesia del Patriarcado de Kyiv no es reconocida oficialmente por otras Iglesias ortodoxas.

28 https://risu.ua/religiyni-organizaciji-v-ukrajini-stanom-na-1-sichnya-2019-r_n97463

29 http://en.kremlin.ru/events/president/news/59455

30 Higgins, Andrew. "As Ukraine and Russia Battle Over Orthodoxy, Schism Looms", *The New York Times*, 31 de diciembre de 2018; Rudenko, Ievhen, Eldar Sarakhman. "Dmytro Iarosh: Putin mozhe pomerty v bud'-iakyi moment", *Ukraïns'ka Pravda*, 15 de enero de 2019. https://www.pravda.com.ua/articles/2019/01/15/7203757/

iglesias y monasterios ortodoxos. Entre las víctimas mortales se encuentran sacerdotes y monjes ortodoxos. Paradójicamente, la mayoría de los lugares religiosos destruidos o dañados (108) pertenecen a la Iglesia ortodoxa ucraniana del Patriarcado de Moscú[31]. Sin embargo, esta calamidad se encontró al principio con el silencio de los jerarcas eclesiásticos rusos, y más tarde con su aprobación. Como resultado, cada vez más parroquias de toda Ucrania omiten el nombre del patriarca Kirill en la liturgia, condenando abiertamente la violencia rusa en el país. El jefe de la Iglesia ortodoxa autocéfala de Ucrania, el obispo metropolitano Epifanio, atacó abiertamente a Putin y al patriarca de Moscú. Dijo: "El tirano del Kremlin se presenta como un nuevo San Volodymyr, pero en realidad es Sviatopolk el Maldito[32], el nuevo Caín, el fratricida traicionero..., cuyos actos son condenados por Dios, cuya memoria será maldita para siempre... Como el Anticristo, siembra el mal y la muerte...". "El patriarca Kirill —dijo en otra ocasión— hizo su elección poniéndose del lado del Anticristo"[33].

En ese contexto, la nueva Iglesia independiente proporciona una nueva forma de nacionalismo religioso, que puede movilizarse como factor de cohesión nacional en tiempos de guerra. En otras palabras, Putin probablemente ha sido el mayor catalizador para acelerar el proceso de formación del Estado-nación ucraniano al desatar la invasión. Asimismo, la guerra ha acelerado la formación de la religión nacional en Ucrania a través de la creación de una fuerte Iglesia independiente. Como dijo el historiador canadiense-ucraniano Frank Sysyn: "Cuantas más bajas haya en el ejército ucraniano, cuantos más lleguen en ataúdes para ser enterrados en sus pueblos y aldeas, más congregaciones —y, sobre todo, padres y familias— se van a movilizar contra el clero del Patriarcado de Moscú si este no muestra una solución"[34].

Por tanto, la creación de la "Iglesia nacional" ucraniana está entrelazada con dos factores: la guerra y el proceso de construcción nacional. Este entrelazamiento puede conducir al desarrollo de una forma militarizada de nacionalismo religioso[35]. Si bien funciona como un elemento de cohesión y movilización en tiempos de guerra, esta forma de nacionalismo religioso no puede servir para construir la paz, ni para el diálogo interreligioso, ni para la creación de una sociedad inclusiva en un país multicultural y multirreligioso (Zorgdrager, 2019). El establecimiento de una "Iglesia nacional" podría conducir a una libertad religiosa reducida y un menor pluralismo religioso, lo que supondría un obstáculo para la mediación pacífica del conflicto (Brylov, 2019). Además, el establecimiento de una nueva Iglesia nacional en Ucrania probablemente irá acompañado del aumento de actitudes conservadoras tanto dentro de las estructuras eclesiásticas como en el conjunto de la sociedad (Shchotkina, 2018). El giro conservador y la defensa de valores tradicionales, por tanto, se producirían tanto en la ortodoxia ucraniana (en Ucrania) como en la rusa (en Rusia).

En la sección final, damos voz a los grupos religiosos minoritarios, silenciados y subrepresentados en la Ucrania contemporánea, que buscan fundaciones alternativas para la paz y la reconciliación.

6. Fe y paz en Ucrania

> "Rezamos y cantamos himnos, y fue tan grande la paz y la belleza que nos olvidamos de la guerra, de los ataques aéreos y de las pocas esperanzas de paz en este país".
>
> Creyente ucraniano

La invasión rusa de Ucrania puede ser descrita como una "guerra religiosa del siglo XXI" (Leustean 2022), pero organizaciones religiosas europeas están intentando mediar y promover una resolución pacífica del conflicto desde el punto de vista de una diplomacia basada en la fe. En febrero de 2020, el Parlamento Europeo reconoció el papel fundamental que las organizaciones religiosas desempeñan en la resolución de conflictos (Perchoc, 2020) al adoptar una nueva política encaminada a aumentar el compromiso de la diplomacia de la UE con estas organizaciones. Tras la invasión en febrero de 2022, el arzobispo de Canterbury —cabeza de la Iglesia anglicana mundial— y el papa Francisco —máxima autoridad de la Iglesia católica romana— se reunieron en línea con el patriarca Kirill de la Iglesia ortodoxa rusa el 16 de marzo (O'Beara, 2022). La Comisión de Conferencias Episcopales de la UE (COMECE) pidió al patriarca Kirill que mediara con las autoridades rusas para el cese inmediato de las hostilidades contra el pueblo ucraniano, destacando su influencia sobre el pueblo ruso

[31] Véase el proyecto "Religion on Fire" https://www.mar.in.ua/en/religion-on-fire/; también los datos del el Instituto para la Libertad Religiosa en Ucrania https://irf.in.ua/p/96

[32] Sviatopolk el Maldito: gran príncipe de Kyiv del siglo XI, que supuestamente asesinó a sus hermanos.

[33] https://www.facebook.com/epifaniy/posts/543987080429151

[34] Presentación oral en la mesa redonda *Religion and Russia's Invasion of Ukraine*. UCLA Center for European and Russian Studies, 4/25/2022 https://www.international.ucla.edu/euro/article/253818

[35] Este caso ya se dio en Ucrania en el periodo de entreguerras (véase Shekhovtsov, 2007).

(cit. por O'Beara, 2022). El Consejo Mundial de Iglesias escribió al patriarca Kirill el 2 de marzo pidiéndole su mediación para detener la guerra[36].

Aparte de organizaciones de renombre internacional y líderes oficialmente reconocidos como tales, sin embargo, sabemos muy poco sobre el papel que organizaciones religiosas minoritarias de base en Ucrania tienen en la búsqueda de la paz y la reconciliación en su país. Esta sección da voz a los actores religiosos que movilizan a sus comunidades en tiempos de guerra para promover la paz y resistir la creciente militarización de la sociedad en Ucrania. El análisis que sigue se basa en trabajo de campo realizado en Ucrania en agosto de 2022 entre grupos protestantes: bautistas, pentecostales, adventistas del séptimo día y testigos de Jehová. En el contexto de la guerra, estas comunidades están redefiniendo sus identidades, repensando su pasado y revisando su papel en la sociedad actual.

El teólogo ucraniano Mikhailo Cherenkov (2015: 42) sostiene que antes de Maidan (2014), los protestantes de Ucrania se consideraban "postsoviéticos": ni soviéticos ni ucranianos, sino apolíticos o neutrales. Tras Maidán y la guerra, se convirtieron en "protestantes ucranianos", descubriendo que son parte inseparable del pueblo ucraniano, de su historia, de su presente y de su futuro. El proceso, por supuesto, no fue sencillo y provocó resistencia local y nuevas divisiones, ya que muchas uniones protestantes postsoviéticas (denominadas euroasiáticas) se construyeron sobre la base de vínculos pasados soviéticas, con vínculos especialmente fuertes con las comunidades en Rusia. Además, en este último periodo, se han dado los primeros intentos de diálogo interconfesional, lo que Cherenkov (2015:42) llama "ecumenismo práctico".

Tras la invasión rusa en febrero de 2022, muchos creyentes protestantes han organizado o tomado parte en campañas de ayuda a los desplazados internos, entrega de alimentos y medicinas a los afectados en zonas de combates armados, etc. Sin embargo, su participación, aunque activa, ha sido de carácter pacifista. Habiendo sido testigos de los desastrosos resultados de la guerra, de matanzas y de la pérdida de seres queridos, han rechazado tomar las armas, defendiendo firmemente sus principios pacifistas. Este rechazo a luchar en la guerra y su actitud históricamente apolítica suscitan rechazo social y puede conducir a la marginación de las minorías religiosas. Eso, sin embargo, no impide que muchos grupos protestantes intenten la paz y la reconciliación sobre bases alternativas.

Andrii [los nombres de todos los informantes en esta sección han sido cambiados], 20, es bautista. Creció en Kyiv, en una familia de bautistas. Sus padres sufrieron represión durante la época soviética por sus actividades religiosas. Eran 9, y casi todos los hijos, apasionados y fieles creyentes en Cristo, siguieron el camino de sus padres. Su vida cambió cuando los primeros misiles impactaron en la región de Kyiv la madrugada del 24 de febrero. Tras evacuar a sus padres y a otros miembros de la familia a un lugar seguro, Andrii y dos hermanos decidieron regresar a Kyiv. No sabían qué les esperaba de vuelta en la ciudad. Quizás la muerte, quizás no volverían a ver a sus padres. Pero se sentían unidos al pueblo ucraniano en guerra. Solo que a su manera.

> Entendemos que nuestra misión es servir a la gente. No, no luchamos con ametralladoras en las manos, no lo hacemos... Tuvimos que elegir: quedarnos en un lugar seguro o ir y ayudar a la gente. Para eso nací. Eso me mandó Cristo... Tengo una misión, un deber... Quiero hablar de Cristo a los soldados, porque pueden morir mañana. No voy a luchar, ni voy a disparar. No quiero que se derramen lágrimas en algún lugar de Rusia. No quiero matar rusos. Simplemente quiero ayudar a la gente. Si fuese necesario, ayudaría a un ruso.

Volodymyr, compañero de Andrii, lo apoya: "Podemos participar en la guerra de muchas otras maneras. No matamos a la gente, la salvamos". En colaboración con otros creyentes, Andrii ha organizado campañas de evangelización, predicando, rezando y cantando en el metro y en los refugios antiaéreos durante los bombardeos. Ha participado en obras de caridad, distribuyendo alimentos, medicinas y otros productos esenciales en los lugares más inseguros de la región de Kyiv, y en la línea del frente. La red de caridad en la que participa ha sido creada por comunidades de diferentes confesiones, trabajando juntas. Los pentecostales de una región organizan la preparación de alimentos envasados listos para comer; los bautistas de otra región los distribuyen en el frente. Los ortodoxos y los bautistas organizaron la evacuación desde Irpen', Bucha, Hostomel y Borodianka (suburbios de Kyiv afectados por los combates en febrero y marzo de 2022). La guerra no ha dividido sino que ha hecho que las comunidades protestantes piensen y actúen fuera, y más allá de sus congregaciones. Al mismo tiempo, han repensado su identidad como protestantes ucranianos y su papel histórico en la sociedad ucraniana (Vagramenko en prensa).

Cuando, en una ocasión, Andrii y un hermano suyo fueron sorprendidos por un bombardeo de la artillería rusa, vieron cómo un coche se quemaba a pocos metros con una familia dentro. Unos minutos antes habían estado discutiendo con ellos un plan de evacuación. Tumbados en el suelo, rezaban mientras los proyectiles caían y explotaban. Han visto cadáveres en las calles de Bucha, casas quemadas en Irpen', y han escuchado historias desgarradoras de quienes han sobrevivido a la ocupación. Andrii ha sido testigo de la destrucción devastadora que la guerra ha traído a sus tierras. Sin embargo, sabía que, aunque lo llamaran a filas, se negaría a luchar: "En la guerra, unos fabrican munición, otros hacen cócteles molotov, pero nosotros usamos nuestras mejores armas: la palabra de Dios y la oración".

[36] https://www.oikoumene.org/news/wcc-acting-general-secretary-to-patriarch-kirill-of-moscow-raise-up-your-voice-so-that-the-war-can-be-stopped

Aunque se identifican como protestantes ucranianos, sujetos y producto de la historia de Ucrania y, por lo tanto, de la guerra, estos creyentes se oponen a la militarización de la sociedad y a la cultura militar. Ante el predominio de carteles militarizados y agresivos en todo el país (como el famoso "Barco de guerra ruso, vete a tomar por culo") y la militarización del espacio público, varios grupos protestantes firmaron en Kyiv una petición en protesta. Incluso en el contexto de la agresión rusa, el protestantismo ucraniano no fomenta formas de nacionalismo religioso como el uso de narrativas religiosas para la construcción de un enemigo externo. Muchas comunidades protestantes de todo el país mantienen el ruso como segunda lengua en sus servicios religiosos, y algunas regiones como primera lengua.

En el seno de estas comunidades de creyentes, la confluencia de la guerra y su postura pacifista tradicional ha creado espacios para el conflicto con las autoridades y los nacionalistas ucranianos, pero también para abrir la puerta a cambios en la forma de predicar para evitar esos conflictos. Volodymyr, ministro bautista de Kyiv, relata la historia de una mujer que se unió recientemente a su iglesia. Ella y su marido solían ir a una iglesia carismática, pero ambos la abandonaron cuando sus correligionarios golpearon al marido por su posición prorrusa. La mujer le dijo a Volodymyr: "Hemos decidido venir a su iglesia porque usted adopta una posición neutral". Esto ha hecho reflexionar a Volodymyr:

> Vienen a mí personas cuyos familiares fueron reclutados por el Ejército y ahora están en el frente. Vienen personas que fueron golpeadas en la cara, en otra iglesia, por su postura prorrusa. ¿Por qué creen que tengo una posición neutral? Creo que soy claramente proucraniano. Pero [la historia de esa mujer] me ha hecho pensar. Mateo también vino a Cristo. Era un colaboracionista y trabajaba para Roma. Simeón el Zelote también vino a Cristo. Eran muy diferentes, pero se unieron en Cristo. Solo en Cristo encontraron la reconciliación y la paz.

Serhii, Testigo de Jehová de L'viv, también cree que su rechazo a participar en la vida política y militar es el camino para la paz y la reconciliación:

> Porque no luchamos con armas, la gente nos culpa de no proteger el país. Pero sé con certeza que no hay ni un solo testigo de Jehová en Ucrania que vaya a matar a alguien en esta guerra. También sé con certeza que no hay ni un solo testigo de Jehová en Rusia que vaya a tomar un arma en sus manos, que nadie en Ucrania va a ser asesinado a manos de un testigo de Jehová.

Lo que les une es su firme creencia de que la sociedad ucraniana está experimentando un despertar religioso como resultado de la guerra[37]. En todo el país, pero en especial en las regiones más afectadas por la guerra, los informantes notan oleadas de entusiasmo religioso: cada vez más personas se reúnen en las iglesias, reciben el bautismo y buscan refugio en la fe. Muchos protestantes lo ven como el comienzo de un nuevo periodo en la historia del cristianismo evangélico ucraniano, una muestra de esperanza, de paz y redención. En palabras de un predicador bautista:

> El gran renacimiento está ocurriendo ahora. No tenemos suficiente espacio en nuestra iglesia. Muchas otras iglesias se llenan de gente que nunca había ido a la iglesia. Unas 200 personas acuden ahora a una iglesia en Bucha. La guerra es el momento del despertar espiritual. Esto no ocurrió en 2014, por lo que Dios lo repitió de nuevo. La guerra volvió a ocurrir porque la gente no se acercó a Dios.

Las voces y posturas discordantes y pacifistas de las minorías religiosas son socialmente inconvenientes en el contexto actual de guerra y militarización de la sociedad, cuando el país lucha por su integridad territorial y por su misma supervivencia como nación contra uno de los ejércitos más fuertes del mundo. En esta difícil situación, hay sectores de la sociedad, basados en la fe, que luchan por la solidaridad y por forjar el camino hacia la paz y la reconciliación cuando las armas callen. Su futura influencia depende de la aceptación o rechazo que esas ideas y acciones tengan en la sociedad en su conjunto, incluyendo la sociedad rusa.

7. Conclusión

"Aunque prácticamente todas las religiones predican las virtudes de la no violencia, es su capacidad de autorizar la violencia lo que les da poder político", dijo el sociólogo estadounidense Mark Juergensmeyer (1993: 164) cuando en 1993 predijo "una nueva Guerra Fría" que enfrentaría al nacionalismo religioso con el Estado laico. La invasión de Ucrania —el mayor conflicto militar en la región postsoviética— ha provocado una nueva Guerra Fría. Y las autoridades religiosas desempeña un papel fundamental en la sanción de la violencia, a la vez que obtienen poder político al respaldar la guerra. El militarismo de la Rusia postsoviética ha conducido a la aparición de una "piedad militante" y una "teología de la guerra" en el discurso ortodoxo (Knorre y Zygmunt, 2020). Esta militarización de la ortodoxia ha pasado a primer plano en la guerra contra Ucrania, ayudada por el discurso político-religioso del presidente de Rusia. Este ha supuesto el punto culminante, al convergir

[37] La envergadura de este despertar es un fenómeno que se debe estudiar sobre el terreno a través de estudios cualitativos y cuantitativos.

las ideas religiosas con las prioridades políticas y militares del Estado. Aunque estas formas militantes de religiosidad son inherentes a la tradición ortodoxa, el resurgimiento de las ideas neoimperiales y neosoviéticas en Rusia —manifestadas a través de la ideología híbrida del "mundo ruso" (*Russkiy Mir*)— ha dado lugar a un fundamentalismo religioso que justifica la "guerra santa" contra lo que se concibe como el Occidente "impío" y "satánico".

La dimensión religiosa que ha caracterizado la invasión de Ucrania ha fortalecido el vínculo entre el Estado y la religión en Ucrania. Sin embargo, la instrumentalización de la tradición religiosa compartida rusa y ucraniana por parte del Gobierno ruso para desencadenar la agresión ha perjudicado a las iglesias ortodoxas ucranianas. Al principio, estas condenaron la guerra y rompieron los lazos con la Iglesia ortodoxa rusa y el patriarca Kirill, pero al final también se han militarizado y politizado para movilizar a la sociedad ucraniana contra el invasor. En ese contexto, los intentos de crear una Iglesia nacional unificada siguen siendo una fuente de controversia y de división en la sociedad ucraniana.

En este artículo hemos abordado las diferentes formas en que la religión se puede usar tanto para legitimar el conflicto armado y la violencia como para promover la paz y la reconciliación. Aunque el conflicto entre Ucrania y Rusia se ha convertido en una batalla de narrativas religiosas enfrentadas, la tradición histórica de Ucrania como país multiconfesional permite que diversas voces religiosas equilibren la creciente militarización del país. Esto ofrece un potencial a la religión y a las instituciones religiosas para mantener la solidaridad y preservar el tejido social pacífico en una sociedad desgarrada por la guerra.

8. Agradecimientos

La investigación realizada para esta publicación fue financiada por el Irish Research Council (21/PATH-A/9310) y es el resultado del proyecto SFI-IRC Pathway "History Declassified: The KGB and the Religious Underground in Soviet Ukraine" https://www.ucc.ie/en/history-declassified/

9. Bibliografía

Adamsky, D. (2019): *Russian Nuclear Orthodoxy: Religion, Politics and Strategy,* Stanford, Stanford University Press.

Appleby, R. S. (2012): "Religious Violence: The Strong, the Weak, and the Pathological", *Practical Matters*, 5, pp. 1-25.

Blitt, R. C. (2011): "Russia's 'Orthodox' Foreign Policy: The Growing Influence of the Russian Orthodox Church in Shaping Russia's Policies Abroad", *University of Pennsylvania Journal of International Law,* 33 (2), pp. 363-460.

Brylov, D. (2019): *Challenges of religious situation in Ukraine: PAX Report*, Utrecht, PAX.

Brylov D., T. Kalenychenko y A. Kryshtal (2021): *The Religious Factor in Conflict Research on the Peacebuilding Potential of Religious Communities in Ukraine*, Utrecht, PAX Report.

Cherenkov, M. (2015): "Protestant Churches After the Maidan", *Euxeinos*, Religion and Political Crisis in Ukraine, 17, pp. 42-48.

Elsner, R. (2019): "Orthodox Church of Ukraine: Challenges and Risks of a New Beginning", *Russian Analytical Digest*, 231 (25 enero), pp. 9-13.

Elsner, R. (2022a): "The Russian Orthodox Church and the Military: Defenders of Sacred Borders", *ZOiS Spotlight*, 23 febrero. Disponible en: https://www.zois-berlin.de/en/publications/zois-spotlight/the-russian-orthodox-church-and-the-military-defenders-of-sacred-borders [Consulta: 15 de abril de 2022]

Elsner, R. (2022b): "Dynamics of Russian Orthodox Ethics of Peace and War: Sketching Shifts from the Cold War to the War in Ukraine", en K. Hobér, A. J. Cornell y S. Rabow-Edling, eds., *The Uppsala Yearbook of Eurasian Studies*, Uppsala, Uppsala University Press, pp. 39-56.

Elsner, R. y T. Köllner (2022): "The Role of Religion in Contemporary Russia and for the War in Ukraine", *LSE Religion and Global Society,* 17 marzo. Disponible en: https://blogs.lse.ac.uk/religionglobalsociety/2022/03/the-role-of-religion-in-contemporary-russia-and-for-the-war-in-ukraine/ [Consulta: 18 de junio de 2022].

Fylypovych, L. y O. Horkusha (2015): *Maydan i Tserkva: Khronika podiy ta ekspertna otsinka*, Kyiv, Sammit-Knyha.

Juergensmeyer, M. (1993): *The new cold war? Religious nationalism confronts the secular state*, Berkeley, CA, University of California Press.

Ishchenko, V. (2022): "Russia's War in Ukraine May Finally End the Post-Soviet Condition", *The Parliament Magazine*, 21 marzo. Disponible en: https://www.theparliamentmagazine.eu/news/article/russias-war-in-ukraine-may-finally-end-the-postsoviet-condition [Consulta: 25 de agosto de 2022].

Kalenychenko, T. A. (2017): "Public Religion in Global Scope: The Case of Maidan Protest in Ukraine", *Euxeunios*, Religion and Politics in Ukraine after the Maidan protests, 24, pp. 23-38.

Karpov, V., E. Lisovskaya, y D. Barry (2012): "Ethnodoxy: How Popular Ideologies Fuse Religious and Ethnic Identities", *Journal for the Scientific Study of Religion*, 51 (4), pp. 638-655.

Knorre, B. y A. Zygmont (2020): "'Militant Piety' in 21st-Century Orthodox Christianity: Return to Classical Traditions or Formation of a New Theology of War?", *Religions*, 11(1).

Kolstø, P. y H. Blakkisrud (2017): *The New Russian Nationalism: Imperialism, Ethnicity and Authoritarianism 2000–2015*, Ediburg, Edinburgh University Press.

Korek J. (2007): *From Sovietology to post-coloniality: Poland and Ukraine from a postcolonial perspective,* Stockholm, Södertörn Academic Studies 32.

Kostiuk, K. (2000): "Pravoslavnyi fundamentalizm," *Polis,* 5, pp. 133–154.
Kozelsky, M. (2014): "Religion and the crisis in Ukraine", *International Journal for the Study of the Christian Church*, 14, pp. 219–241.
Leustean, L. N. (2022): "Russia's Invasion of Ukraine: The First Religious War in the 21st Century", *The LSE Religion and Global Society*, 3 marzo. Disponible en: https://blogs.lse.ac.uk/religionglobalsociety/2022/03/russias-invasion-of-ukraine-the-first-religious-war-in-the-21st-century/ [Consulta: 07 de mayo de 2022].
Mitrofanova, A. (2004): *Politizatsiia "pravoslavnogo mira"*, Moskva, Nauka.
Nuzov, I. (2022): "Legislating Propaganda: Russia's Memory Laws Justify Aggression Against Ukraine", *Journal of International Criminal Justice*, 20 (4), pp. 805–818.
O'Beara, F. (2022): "Russia's war on Ukraine: The religious dimension", *EPRS: European Parliamentary Research Service,* 17 abril. Disponible en: https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/ATAG/2022/729355/EPRS_ATA(2022)729355_EN.pdf [Consulta: 13 de julio de 2022].
Owczarzak J. (2009): "Introduction: Postcolonial studies and postsocialism in Eastern Europe", *Focaal*, 53, pp. 3-19.
Perchoc, P. (2020): "Religion and the EU's external policies: Increasing engagement", *EPRS: European Parliamentary Research Service*, 17 febrero. Disponible en: https://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/IDAN/2020/646173/EPRS_IDA(2020)646173_EN.pdf [Consulta: 13 de julio de 2022].
Rieffer, B. A. J. (2003): "Religion and Nationalism: Understanding the Consequences of a Complex Relationship", *Ethnicities*, 3 (2), pp. 215–242.
Sahan, O. (2021): "Ukraïns'ke pravoslav'a v konteksti ioho identyfikatsiinykh oznak", en A. Kolodnyi, L. Fylypovych y A. Aristova, eds., *Relihiini identychnosti v ïkh sytnosti i konfesiinykh vyiavakh: ukraïns'kyi kontekst*, Kyiv, UAR, pp. 122-130.
Shchotkina K. (2018): "Pislia Tomosu: shcho chekae na Tserkvu i suspil'stvo", *Relihiina informatsiina sluzhba Ukraïny*, 24 septiembre. Disponible en: https://risu.org.ua/ua/index/expert_thought/authors_columns/kshchotkina_column/72760/ [Consulta: 4 de agosto de 2022].
Shekhovtsov A. (2007): "By Cross and Sword: 'Clerical Fascism' in Interwar Western Ukraine", *Totalitarian Movements and Political Religions,* 8 (2), pp. 271-285.
Shnirelman, V. (2019): "Russian Neoconservatism and Apocalyptic Imperialism", en M. Suslov y D. Uzlaner, eds., *Contemporary Russian Conservatism,* Leiden, Brill, pp. 347–378.
Steinberg, M. y C. Wanner (2008): *Religion, Morality, and Community in Post-Soviet Societies*, Washington D. C., Woodrow Wilson Center y Bloomington, Indiana, Indiana University Press.
Stoeckl, K. (2016): "The Russian Orthodox Church as moral norm entrepreneur", *Religion, State and Society*, 44 (2), pp. 132-151.
Surzhko Harned, L. (2022): "Russian World and Ukrainian Autocephaly: Religious Narratives in Anti-Colonial Nationalism of Ukraine", *Religions*, 13, pp. 349.
Suslov, M. (2014): "The Utopia of 'Holy Russia' in Today's Geopolitical Imagination of the Russian Orthodox Church: A Case Study of Patriarch Kirill", *Plural*, 2 (1-2), pp. 81-97.
Suslov, M. y D. Uzlaner (2019): "Dilemmas and Paradoxes of Contemporary Russian Conservatism: Introduction", en M. Suslov y D. Uzlaner, eds., *Contemporary Russian Conservatism,* Leiden, Brill, pp. 3-35.
Tlostanova, M. (2022): "(De)coloniality of Memory: Intersections of Colonial and Totalitarian Trajectories and Creative Memory Work as a Way to 'Re-existence'", En *Madina Tlostanova lecture "(De)coloniality of Memory*, Tallinn, Tallinn University.
Vagramenko, T. (2023): "Faith and War: Grassroots Ukrainian Protestantism in the Context of the Russian Invasion," en C. Wanner, ed., *Dispossession: Anthropological Perspectives on Russia's War against Ukraine,* Londres, Routledge.
Vagramenko, T. (2021): "Visualizing Invisible Dissent: Red-Dragonists, Conspiracy and the Soviet Security Police", en J. Kapaló y K. Povedák, eds., *The Religious Underground and the Secret Police in Communist and Post-communist Central and Eastern Europe*. London, Routledge, pp. 60-82.
Van der Veer, P. (1994): *Religious Nationalism: Hindus and Muslims in India*, Berkeley, CA, University of California Press.
Verkhovsky, A. (2002): "The Role of the Russian Orthodox Church in Nationalist, Xenophobic and Anti-Western Tendencies in Russia Today: Not Nationalism, but Fundamentalism", *Religion, State and Society,* 30, pp. 333–45.
Wanner, C. (2015): "Orthodoxy and the Future of Secularism after the Maidan", *Euxeinos*, Religion and Political Crisis in Ukraine, 17, pp. 8-12.
Wanner, C. (2014): "Religion as Politics by Other Means", *Hot Spots*, *Fieldsights*, 28 octubre. Disponible en: https://culanth.org/fieldsights/religion-as-politics-by-other-means [Consulta: 25 de mayo de 2019].
Wanner, C. (2007): *Communities of the Converted: Ukrainians and Global Evangelism,* Ithaca, NY, Cornell University Press.
Zorgdrager, H. (2019): "Shaping public Orthodoxy Women's peace activism and the Orthodox Churches in the Ukrainian crisis", en H. Kupari, y E. Vuola, eds., *Orthodox Christianity and Gender: Dynamics of Tradition, Culture and Lived Practice*, London, Routledge, pp. 149-170.

CC BY

MONOGRÁFICO

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.84412

EDICIONES COMPLUTENSE

Transnistria: orígenes, evolución, consecuencias y escenarios futuros de un Estado *de facto*

José Ángel López Jiménez[1]

Recibido: 25-10-2022 // Aceptado: 27-03-2023

Resumen. El presente artículo analiza un modelo de conflicto en el antiguo espacio soviético cuyo origen se sitúa en el periodo final de la Unión Soviética. La prolongación durante el proceso de construcción estatal de la República independiente de Moldavia —con un conflicto bélico durante el año 1992—, así como la ausencia de una solución definitiva desde el punto de vista político-diplomático y el múltiple apoyo otorgado por Rusia al enclave secesionista, acabó con su conversión en un Estado *de facto*. No constituye un fenómeno aislado en esta amplia zona geopolítica, a la que Rusia ha convertido en su esfera de interés esencial. Sin embargo, presenta ciertas particularidades que alcanzan a la construcción, consolidación o destrucción de identidades étnico-nacionales —incluida la mayoritaria en el nuevo Estado—, sin olvidar el carácter del propio conflicto. Las consecuencias derivadas de la agresión continuada de Rusia a Ucrania desde 2014 puede derivar en escenarios imprevisibles en torno a Transnistria: desde la ampliación de los objetivos territoriales del Kremlin hasta el desbloqueo final del conflicto hacia cualquier escenario posible, en un contexto regional de extrema inseguridad.
Palabras clave: rumanismo; moldovanismo; Moldavia; Transnistria; constructivismo; neorrealismo.

[en] Transnistria: origins, evolution, consequences and future scenarios of a *de facto* state

Abstract. This article analyzes a model of conflict in the former Soviet space whose origin is located in the final period of the Soviet Union. The prolongation of the independent Republic of Moldova during the state building process —with a war conflict in 1992— as well as the absence of a definitive resolution from the political-diplomatic point of view and the multiple support given by Russia to the enclave secessionist ended with its conversion into a *de facto* State. It is not an isolated phenomenon in this vast geopolitical area, which Russia has made its essential sphere of interest. However, it presents certain particularities that reach the construction, consolidation or destruction of ethnic national identities —including the majority in the new State— without forgetting the nature of the conflict itself. The consequences derived from Russia´s continued aggression against Ukraine since 2014 can lead to unpredictable scenarios around Transnistria: from the expansion of the Kremlin´s territorial objectives to the final unblocking of the conflict towards any possible scenario, in a regional context of extreme insecurity.
Keywords: romanianism; moldovanism; Moldova; Transnistria; constructivism; neorealism.

Sumario. 1. Introducción: Unión Soviética, Moldavia y nacionalismo. 2. Orígenes del conflicto, caracterización y consolidación de la identidad cívica moldava. 3. Intentos de resolución político-diplomática del conflicto. 4. El intervencionismo ruso y sus principales instrumentos. La interpretación "creativa" del derecho internacional 5. La agresión rusa a Ucrania y sus implicaciones para Transnistria y Moldavia: ¿*Novoróssiya* en marcha? 6. Conclusiones. 7. Bibliografía.

Como citar: López Jiménez, J. A. (2023). Transnistria: orígenes, evolución, consecuencias y escenarios futuros de un Estado *de facto*. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84412. https://dx.doi.org/10.5209/poso.84412

1. Introducción: Unión Soviética, Moldavia y nacionalismo

La agresión rusa a Ucrania evidencia la importancia que la cuestión identitaria ha tenido en los procesos de construcción estatal tras la disolución del experimento soviético, y su utilización como herramienta geopolítica de la política exterior rusa en su "extranjero próximo". El objetivo planteado en el presente artículo se centra en analizar las causas que contribuyeron a la creación de un Estado *de facto* en Transnistria que —a lo largo de tres décadas— se ha consolidado con el soporte de Rusia, así como plantear qué elementos novedosos aporta el conflicto bélico ruso-ucraniano. Todo ello, a pesar de los numerosos intentos de resolución definitiva

[1] Universidad Pontificia Comillas (España).
ORCID: 0000-0002-5787-552
E-mail: jalopez@comillas.edu

del estatus territorial del enclave, que han fracasado. Si los instrumentos desplegados desde el Kremlin para "congelar" el conflicto son objeto de análisis y comparación —con otros modelos intervencionistas en el espacio postsoviético—, la cuestión principal que nos planteamos reside en conocer qué escenarios se pueden dar a partir de la agresión rusa a Ucrania. La hipótesis principal que presentamos es que, lejos de facilitar la resolución del conflicto de Transnistria, la acción militar en curso va a congelar indefinidamente la solución política-diplomática del enclave, consolidando el actual Estado *de facto* e imposibilitando su reintegración en la soberanía territorial de Moldavia.

La metodología cualitativa adoptada en el artículo se desarrolla en un periodo cronológico delimitado: las tres décadas de estatalidad independiente de Moldavia. No obstante, las referencias al marco histórico previo a la disolución de la Unión Soviética resultan imprescindibles para entender la gestación del conflicto secesionista. El análisis comparativo también aporta claves relevantes sobre el *modus operandi* del modelo intervencionista de Rusia en su esfera de influencia durante el mismo periodo. Además, la aplicación del paradigma constructivista en el ámbito de la Ciencia Política y del neorrealismo (ofensivo/defensivo) en el marco de las relaciones internacionales nos permite abordar cuestiones esenciales para explicar el modelo diferencial moldavo, respecto a la construcción de identidades étnico-nacionales, y su despliegue en las respectivas políticas exteriores de Moldavia y, especialmente, de Rusia con respecto a las antiguas repúblicas soviéticas.

El papel jugado por el nacionalismo en la consolidación de un Estado federal de configuración multiétnica como la Unión Soviética (URSS) ha sido analizado desde muy diversas perspectivas de carácter interdisciplinar. Desde la institucionalización dentro del sistema soviético de las relaciones entre las minorías nacionales republicanas y la mayoría étnico-nacional, hasta la articulación administrativo territorial y el encaje de las primeras en los diferentes niveles jerarquizados (repúblicas federadas, repúblicas autónomas, óblasts, óblasts autónomos; y en el caso de Rusia, también con krais y distritos autónomos), las políticas del Kremlin intentaban la contención del potencial reivindicativo nacionalista (Gorenburg, 2001: 75). La cuestión nacional ocupó los debates teóricos en el seno del marxismo-leninismo desde la obra del propio Karl Marx, aunque no estableció una definición de nación, ni tampoco desarrolló un análisis sistemático del tema (Traverso y Lowy, 1990: 134). Lejos de resolverse las cuestiones identitarias en el marco del régimen soviético, que vinculaba las disputas a una diferencia de clases sociales y su dilución en el sistema (Kemp, 1999), los esfuerzos realizados por Gorbachov a través de su programa reformista (*perestroika*) y su política de transparencia (*glásnost*) acentuaron la crisis de los nacionalismos periféricos. Las apelaciones al internacionalismo y al patriotismo, intensificados con instrumentos como la propaganda, la educación, la acción de los partidos comunistas republicanos, o el servicio militar no consiguieron desmovilizar a las nuevas élites nacionalistas republicanas (Burg, 1989: 341).

No obstante, la atribución al factor nacional como una de las causas más decisivas de la crisis final de la URSS no es unánime. A un nivel compartido con otros potentes elementos disgregadores —crisis económica generalizada, fracaso ideológico, descomposición institucional, la corrupción del sistema *nomenklaturista*, y la derrota en la carrera armamentística con Estados Unidos— (Kotkin: 2001), algunos autores abogan por considerar la aparición de los nacionalismos más bien como una consecuencia de la generalización de la crisis que de una causa de la misma (Beissinger, 2009: 331). Otra corriente de análisis incide en la forma en la que procesos como los de la industrialización y urbanización consiguieron aplazar temporalmente la eclosión nacional, pero, en ningún caso, evitarla en un contexto de crisis generalizada (Roeder, 1991: 196).

Desde la aparición de los nacionalismos republicanos, bajo la forma de los Frentes Populares Bálticos —cuyo modelo fue seguido por el resto—, la confrontación entre los nacionalismos cívicos y los de corte eminentemente étnico se fueron reproduciendo por el conjunto del espacio soviético (Roshwald, 2015: 1-4), escenario que se mantuvo durante los diversos procesos de construcción estatal. Ello ocurrió hasta el momento presente en el que la contestación frente a nacionalismos estatales de corte iliberal y escasamente cívicos, protagonizados por diferentes minorías étnicas, se articula mediante nacionalismos periféricos en el seno de la propia Federación Rusa (Yusupova, 2018: 625). La conexión entre el protagonismo del nacionalismo cívico y los regímenes políticos democráticos y, por el contrario, de los nacionalismos étnicos y contextos autoritarios ofrece una vía de interpretación entre la concordia buscada por el primero frente al carácter de mayor violencia interestatal de los segundos.

Este tipo de enfrentamientos explican, en buena medida, los conflictos separatistas en el período final de la URSS y más allá, llegando en algunos casos hasta el presente. El poder disgregador del etnofederalismo (Hale, 2004), la movilización de diversas élites nacionales (Suny *et al*., 1992: 24), la cascada de secesionismos de matrioshka (Bremmer, 1993: 5), la crisis de los Estados-nación y las guerras separatistas acabaron por configurar un escenario que todavía nos acompaña en el espacio postsoviético (Smith, 2013: 351).

El complejo proceso de conversión de la identidad étnica —como pertenencia a una comunidad lingüística, histórica, cultural— en una construcción nacional, al margen de la pertenencia a un nuevo Estado independiente, se encuentra en el trasfondo de alguno de los conflictos postsoviéticos, cuyos intentos de resolución han sido reactivos y sumamente ineficientes (Lynch, 2002: 832). La renuncia a la nacionalidad, como vínculo jurídico con el Estado y su nación titular, se convirtió en un fenómeno en todas las repúblicas federadas étnicamente poco homogéneas, con independencia de su extensión territorial, y que la propia Rusia no consiguió eludir (Hughes, 2001: 12).

La construcción de identidades nacionales llevada a cabo de forma institucional durante el período soviético propició que, en un momento de crisis sistémica, fuese movilizado este elemento como instrumento de las élites políticas. La contienda teórica ha enfrentado a los partidarios de la existencia previa de comunidades étnicas, frente a los partidarios del instrumentalismo y constructivismo (Bacova, 1998: 29), como marco de análisis del escenario desarrollado durante el período pre y postsoviético. Precisamente los dos últimos paradigmas son los que se aplicarán durante el presente trabajo para interpretar la consolidación de una identidad moldava —diferenciada de la rumana con la que se entronca—, creada por el sistema soviético y justificación última de la Moldavia independiente.

Sin embargo, los movimientos secesionistas iniciados en Moldavia en el año 1990 —Gagauzia y Transnistria— adoptaron unos perfiles político-ideológicos que trascendieron la reivindicación puramente étnico-nacional. Los temores expresados en ese momento al eventual proceso de reunificación con Rumanía articularon una respuesta potencialmente defensiva por parte de las minorías radicadas en los distritos del sur de la república y en la franja territorial más allá del río Nistru-Dniéster. Para analizar la génesis, evolución y consecuencias hasta el momento presente de este último conflicto desarrollado durante más de tres décadas, el paradigma neorrealista (en sus vertientes defensiva y ofensiva) constituye, a mi juicio, un instrumento muy relevante para interpretar el comportamiento de los diferentes actores protagonistas en el mismo (Moldavia, Rusia, Transnistria y, en menor medida, Ucrania y Rumanía). Además, considero que el solapamiento de una metodología propia de la Ciencia Política respecto al análisis del nacionalismo y de los procesos de creación de las identidades etnonacionales, con otra específica de las relaciones internacionales en torno a la política exterior e interna de los Estados, puede aportar resultados muy interesantes sobre la consolidación o el fracaso de las identidades étnico-nacionales presentes en el caso moldavo. En último término, la política exterior del Kremlin ofrece una evolución desde los anuncios iniciales de incorporación de Rusia a las instituciones internacionales hasta la aplicación de unos elementos neorrealistas ofensivos presentados como argumento defensivo —como la ampliación sucesiva de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)—, lo que nos permite aventurar como clave la hipótesis de este factor (los intereses geopolíticos de Moscú en su extranjero próximo), sin el cual sería muy difícil explicar los conflictos en esta amplia región y, en particular en Moldavia. Teorizar inductiva e interpretativamente, planteando hipótesis de investigación, es más común en el constructivismo que las posiciones deductivas y explicativas (Salomón, 2001: 31).

La movilización étnica durante la fase final de la URSS adquirió en Moldavia una intensidad que se reflejó en la constitución del último Soviet Supremo en 1990. La población moldavo-rumana (63,9 % vs. 69,2%) y la minoría rusa (12,8% vs. 15,5 %) alcanzaron una representación parlamentaria superior a su porcentaje poblacional; el nacionalismo étnico parecía imponerse al nacionalismo cívico (Crowther, 1997: 294). Sin embargo, como veremos más adelante, la autoidentificación mayoritaria apelaba a la comunión y el retorno a "lo rumano". En paralelo asistimos a un proceso de movilización político-ideológica de otros grupos étnicos que, con el argumento de su defensa identitaria frente a un eventual irredentismo que se concretase en una futura reunificación con Rumanía —tras la declaración de soberanía republicana—, desembocó en procesos separatistas y de construcción nacional.

La construcción discursiva de la identidad se articuló sobre el papel de discriminación o subordinación frente a otra cultura o lengua mayoritaria —como el ruso o el moldavo-rumano, según la identidad étnica— y constituyó un elemento movilizador muy potente en Moldavia (Wodak *et al*., 2009). Mientras los grupos étnico-nacionales mayoritarios se convertían en Estados independientes, los minoritarios —como los rusos en Moldavia— iniciaron sus demandas frente a los nuevos poderes republicanos, originando diversos tipos de secesionismos (Osetia del sur, Abjasia, Nagorno-Karabaj, Transnistria) (O´Loughlin *et al.*, 2014). En el caso de Ucrania (Crimea, Donbás), aunque no detonaron de forma abrupta, ya presentaban algunos elementos potenciales que se evidenciaron durante el proceso de construcción estatal independiente.

La creación de una Moldavia en la URSS fragmentada de su tronco común rumano (Besarabia), que era la mitad oriental del Principado de Moldavia —y que con Transilvania y Valaquia constituyeron la Gran Rumanía después de la Primera Guerra Mundial—, forzó una diferenciación artificial de su sustrato cultural, de su evolución histórica y de su lengua común, como han demostrado (Dyer y Comrie, 1996). El instrumento esencial fue la conversión del alfabeto latino al cirílico, con la supresión de letras y signos específicos del rumano, aunque para algunos autores el papel de la distinción entre las dos lenguas ha sido altamente sobrestimado, constituyendo un rasgo diferencial en la realidad moldava (Dusacova, 2013: 104). La construcción étnica moldava se completó con una historiografía conectada con Rusia y la URSS (Van Meurs, 1994), con un proceso intensivo de rusificación (Bruchis, 1984) y con la ruptura definitiva con Rumanía (Dima, 1991) desde varias perspectivas: política, cultural, estatal y territorialmente.

2. Orígenes del conflicto, caracterización y consolidación de la identidad cívica moldava

La transición que se inició en la Moldavia soviética intentaba fraguarse desde la nación hacia el Estado adoptando una base esencialmente étnica (Fowkes, 1997: 4). La creación de identidades étnico-nacionales inexis-

tentes con anterioridad al período soviético encuentra en el caso moldavo un producto genuino de lo que muchos autores han denominado como ingeniería étnica (Tishkov, 1997: 41). Hay que recordar que la incorporación forzosa de la Besarabia rumana a la URSS —como consecuencia del Pacto Molotov-Ribbentrop suscrito entre la Alemania nazi y la Unión Soviética de Stalin— exigió una ruptura de los lazos identitarios con el Estado matriz (Solchanyk, 2019: 194), y desarrolló una compleja batalla en torno a la recuperación de una identidad nacional que había sido falseada y sustituida por otra construida de forma artificial (King, 1994: 345). Pero, al mismo tiempo, se iniciaba una reivindicación defensiva frente a una potencial reunificación con Rumanía por parte de las minorías eslavas residentes en Transnistria y la minoría gagauza en el sur republicano (Sato, 2009: 146).

Aunque comparten unos orígenes muy similares, ambos procesos secesionistas acabaron por tener una evolución diferenciada, de tal forma que Gagauzia encontró un encaje constitucional en el nuevo Estado independiente, mientras que Transnistria se convirtió en un Estado *de* facto progresivamente, desde el conflicto militar desarrollado en 1992 (Patlis, 2018: 89). La adquisición de un estatus territorial diferenciado y unas competencias autonómicas que garantizaban sus reivindicaciones lingüísticas consiguió canalizar el proceso de Gagauzia en los cauces participativos del nuevo Estado desde 1995 (Protsyk, 2012: 249); sin embargo, Transnistria se convirtió en un enclave mayoritariamente eslavo y sostenido desde el Kremlin, abandonando cualquier tipo de expectativa de acomodo en la Moldavia independiente (Roper, 2001: 121).

El 20 de mayo de 1989 se celebró el congreso fundacional del Frente Popular de Moldavia (FPM), cuyas reivindicaciones programáticas giraban alrededor de la recuperación identitaria genuinamente rumana de la república —artificialmente construida como consecuencia del Pacto germano-soviético de 1939—. La memoria histórica rumana, la identificación del moldavo con el rumano, creado a través de su conversión del alfabeto latino al cirílico mediante una aberración filológica (Deletant, 1990: 189) y, en definitiva, la construcción de una identidad artificial —la moldava— para forzar la incorporación de Besarabia como la República Socialista Soviética de Moldavia formaban parte del programa de denuncia del "constructo soviético" con el que irrumpió en las elecciones de 1989 al Soviet Supremo de la URSS y se consolidó en las estructuras de poder republicanas en 1990 (Büscher, 1998: 69). La agenda rumanista del FPM fue contestada desde Transnistria y Gagauzia: Unitatea-Edinstvo en Transnistria y Gagauz Khalky en cinco distritos del sur de Moldavia se movilizaron políticamente frente a lo que consideraban como una agresión a sus derechos étnico-nacionales. La primera organización era la versión republicana de Interfront en el conjunto de la URSS; un movimiento reaccionario ultraconservador de ideología comunista prosoviética. De hecho, ambos movimientos se mostraron favorables al golpe de Estado del mes de agosto de 1991, lo que evidenciaba que por encima de cualquier reivindicación puramente identitaria predominaba un componente político-ideológico muy claro, de carácter conservador y proclive al mantenimiento del *statu quo* soviético (Kolsto y Malgin, 1998: 106).

El nacionalismo ruso postsoviético apoyado en el eurasianismo plantea una reconstrucción parcial de la URSS (Laruelle, 2004: 130). Sin embargo, radicalizó el discurso político de la minoría rusa residente en las repúblicas periféricas —más de 25 millones de habitantes— obstaculizando los procesos de construcción de las estatalidades independientes, y siendo una herramienta de neocolonialismo en la política exterior de Rusia en la configuración de su nuevo "extranjero próximo" (Kolsto, 2018: 42). Su movilización como "salvadores del imperio" sería instrumentalizada durante el periodo postsoviético sosteniendo una cadena de secesionismos en los nuevos Estados que ha permitido al Kremlin la práctica de una activa injerencia en sus políticas internas y exteriores (Kolsto, 2011: 153). La declaración de soberanía de la autoproclamada República Socialista Soviética del Dniéster —el 2 de septiembre de 1990— mostraba con claridad el carácter político-ideológico del secesionismo en pleno periodo soviético, cuando todavía no se había disuelto la URSS, y no identitario (Kolossov y O´Loughlin, 1998: 162), con el apoyo del XIV Ejército ruso allí estacionado.

El inicio del conflicto militar en Transnistria durante el mes de marzo de 1992 significó la injerencia definitiva de Rusia en la evolución política, económica y militar en el enclave separatista, así como su conversión en un conflicto congelado (King, 1995: 120). Desde el neorrealismo defensivo encaja la posición de las autoridades de Transnistria: la defensa de un secesionismo frente a un Estado que, según su posición ideológica, construía una estatalidad independiente provisional para reunificarse con Rumanía, dejando a las minorías eslavas en una situación muy compleja (Troebst, 2003: 463). Los gagauzes, como minoría túrquica de religión cristiano-ortodoxa, transformaron sus demandas lingüísticas en el reconocimiento de una autonomía político-territorial, ya que estaban muy influidos por el grupo *Edintsvo* y, aunque muy rusificados, no ofrecían especial interés para Moscú. No obstante, la movilización étnica de las diferentes minorías y del propio moldovanismo no rumano, es decir, aquel que defendieron las élites políticas que protagonizaron los primeros años de construcción estatal tras el conflicto de Transnistria, conformó un conjunto de nacionalismos reactivos en Moldavia (Chinn y Roper, 1995: 323). La finalización del conflicto militar, con el Acuerdo de Estambul el 21 de julio de 1992, confirmó la victoria de las autoridades secesionistas con el congelamiento definitivo de la fragmentación territorial, la creación de instituciones al margen de Moldavia y la conversión de Transnistria en un enclave geopolítico y geoestratégico de interés preferente ruso. Además, contribuyó al descalabro y casi desaparición del nacionalismo prorrumano del FPM, eliminando de la agenda política cualquier posibilidad de reunificación con Rumanía (López Jiménez, 2020: 372). El moldovanismo, como ideología alternativa al rumanismo, pro-

pugnó entre las élites de los principales partidos políticos la consolidación de un Estado independiente sustentado en una identidad genuinamente moldava. De tal forma que, tras utilizar al rumanismo como instrumento rupturista en el periodo final de la URSS, buena parte de la antigua *nomenklatura* —como el presidente Snegur— abogaron por defender un nacionalismo cívico alrededor de un idioma y cultura moldava, diferenciada artificialmente de su matriz rumana (Crowther, 1998: 163). La identidad entre la lengua moldava y rumana, recuperado el alfabeto latino con la aprobación de las leyes lingüísticas de 1989, tuvo un breve recorrido, tanto como la recuperación de otros símbolos del rumanismo como la bandera, el himno nacional (*Desteapta-te, române*), o las fiestas nacionales, esencialmente hasta que el conflicto militar en Transnistria forzó la decisión entre las posiciones irredentistas del FPM y los secesionismos periféricos, abriéndose la posición intermedia de la consolidación estatal sobre la base del moldovanismo para recuperar su integridad territorial (Kolsto *et al.*, 1993: 973).

La confrontación entre el rumanismo y los secesionismos "defensivos" identitarios minoritarios en la Moldavia en transición acabaron por consolidar paulatinamente una creación artificial soviética como el moldovanismo (Baar y Jakubek, 2017: 88). Propuestas como la del FPM de crear la República Rumana de Moldavia no ayudaron a la concordia interétnica (López Jiménez, 2020: 372). En paralelo, Rusia comenzaba a articular un proceso neocolonial apoyando a diferentes secesionismos (Kuzio, 2002: 262).

Las peticiones de reconocimiento de la identidad gagauze, mediante la protección de su lengua, y sus demandas de autonomía político-territorial fueron instrumentalizadas ideológicamente (López Jiménez, 2019: 408), de tal forma que una reivindicación etnonacionalista acabó transformándose en un secesionismo "defensivo" frente a una eventual reunificación de Moldavia con Rumanía (Chinn y Roper, 1998). Un movimiento mucho más disruptivo que el protagonizado por Gagauz Khalky en Gagauzia, pero también menos reivindicativo desde el plano estrictamente identitario, es el movimiento Edinstvo-Interfront en Transnistria. La autoproclamación de la República Socialista Soviética del Dniéster fue la constatación de la orientación ideológica del movimiento político que la sustentaba. La procedencia de sus miembros (directores de koljoses y sovjoses y miembros del ala más radical del PCM y del PCUS) mostraba que su objetivo era el mantenimiento del *statu quo* soviético y la situación privilegiada que ocupaban en el sistema (Troebst, 2003: 27).

Los dos proyectos constructivistas étnico-nacionales reactivos (Gagauzia y Transnistria) confrontaban con el nacionalismo prorrumano y con la construcción de una Moldavia independiente desde finales de 1991. La minoría rusa en Transnistria era la *nomenklatura* soviética apoyada por el XIV Ejército ruso, y acabó por desencadenar un conflicto bélico con las autoridades centrales de la república (Kolsto *et al.*, 1993: 984). La evolución posterior del mismo desde el Acuerdo de Estambul (julio de 1992) ratificó su conexión ideológica e instrumental con el Kremlin y la ausencia de reivindicaciones étnico culturales más allá de la imposición del ruso como lengua en el territorio secesionista. Se constató, además, una peculiar evolución: primero, favorable al mantenimiento de la URSS; después, contrario a una eventual reunificación con Rumania, y, por último, en oposición a una Moldavia independiente (Blakisrud y Kolsto, 2011).

La política exterior de la Federación Rusa estuvo dirigida al apoyo del secesionismo de Transnistria desde sus orígenes en 1990, pero con particular intensidad desde la declaración de independencia de Moldavia (Laitin, 1998). Desde Rumanía, que fue el primer Estado en otorgar el reconocimiento internacional al nuevo Estado, se desplegaron todo un conjunto de acciones tendentes a facilitar las relaciones bilaterales y la recuperación de la conexión identitaria, pero sin realizar presiones reunificadoras. El apoyo se circunscribió a la realización de intercambios culturales, programas de estudios, exención de tasas al comercio bilateral, exención de visados entre los dos Estados y las facilidades otorgadas en la ley de ciudadanía rumana para recuperarla en una serie de supuestos de los que los ciudadanos moldavo-rumanos podrían beneficiarse (Iordachi, 2004).

La paulatina sustitución e imposición del moldovanismo sobre el rumanismo comenzó después del conflicto bélico de Transnistria, y se consolidó después de las elecciones parlamentarias del 27 de febrero de 1994. El triunfo del Partido Agrario Democrático (PAD), con más del 43% de los votos, de carácter esencialmente multiétnico y cuyos líderes habían ocupado puestos directivos en los koljoses (granjas colectivas estatales) significó el derrumbe del FPM, con apenas el 7% de los votos.

El instrumentalismo que las élites políticas habían realizado de la cuestión identitaria se tradujo en un trasvase del comunismo al rumanismo y desde aquí al moldovanismo, con el único propósito de la consolidación de un Estado independiente de nueva creación asegurándose el liderazgo del mismo (Iavorschi, 2012: 35). Articulado como un nacionalismo cívico que permitiese la convivencia interétnica, que resolviese los secesionismos y apartase definitivamente el miedo a la reunificación con Rumanía —principal argumento de los líderes de Transnistria cuando realizaron su declaración independentista en 1990—, no titubeó en realizar una transición identitaria en cinco años desde el rumanismo al moldovanismo (Roper, 2005). La manipulación, creación o destrucción de identidades étnico-nacionales ha sido una constante entre los años 1989 y 1995 en Moldavia (Van Meurs, 2015: 194), con el sistema educativo como herramienta esencial (Ihrig, 2009: 380).

La evolución desde la doctrina de "Un pueblo y dos Estados" del moldovanismo, hasta "Nuestra casa: la República de Moldavia" apenas dura dos años —entre 1992 y 1994—. El referéndum celebrado el 6 de marzo de 1994 sancionó con un 97,9% a Moldavia como un Estado independiente, unitario, basado en la integridad territorial republicana y en un estatus de neutralidad. Finalmente, la aprobación de la Constitución moldava

el 29 de julio de 1994 terminó por eliminar la conexión lingüística moldavo-rumana; el moldavo pasaba a ser la lengua oficial del Estado —en alfabeto latino— recogido en el artículo13.1.[2] A partir de este momento el programa del moldovanismo en el poder se orientó hacia la eliminación de cualquier identificación entre las identidades rumana y moldava (Van Meurs, 1998: 49), estableciendo la doctrina soviética sobre Besarabia como origen del movimiento moldovanista (Hegarty, 2001: 149). A pesar de establecer unas relaciones más estrechas con Rusia, la presión secesionista de Transnistria no cedió (Johansson, 2011: 117), mostrando claramente cómo los objetivos políticos de las élites secesionistas no obedecían a criterios étnicos, sino a los intereses geopolíticos del Kremlin, aunque hubiese triunfado el moldovanismo (López Jiménez, 1999: 51).

3. Intentos de resolución político-diplomática del conflicto

La Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que se convirtió en organización internacional de carácter regional desde 1995 (OSCE), se constituyó desde 1992 como el principal mecanismo de resolución del conflicto de Transnistria. Las bases de la negociación entre las partes (Rusia y Moldavia) se sentaron en el Acuerdo de Estambul —21 de julio de 1992—, del que quedaron excluidas Ucrania y Rumanía, que participaron en el formato cuatripartito creado a principios de abril, recién iniciado el conflicto. La Misión de la CSCE creada en Moldavia inició su funcionamiento el 4 de febrero de 1993. En su informe número trece quedaban recogidos los principales puntos de la propuesta de resolución que, con pocas variaciones, van a mantenerse durante estas tres décadas: el mantenimiento de la integridad territorial de Moldavia, la retirada del XIV Ejército ruso de Transnistria, la protección de los derechos de las minorías eslavas en el enclave —garantizando un estatuto territorial diferenciado con competencias específicas integradas en el marco constitucional— y la desmilitarización de la región[3].

La aprobación de la Constitución moldava en 1994 significó el fin de cualquier posibilidad de reunificación con Rumanía. El moldovanismo triunfó sobre el rumanismo, consolidando la estatalidad independiente de la nueva república y la construcción de una identidad nacional moldava diferenciada. Garantizado un Estado basado en el nacionalismo cívico que replicaba el modelo soviético, pero en un sistema democrático, el texto constitucional reservaba en sus artículos 110 y 111 la inserción del nuevo estatus territorial para Gagauzia y Transnistria. El artículo 11 recogía que Moldavia era un Estado neutral, otorgando una doble garantía a Transnistria y al Kremlin de dejar al margen cualquier impulso irredentista y occidentalista. En definitiva, anulaba los argumentos utilizados por los secesionistas para mantener el pulso independentista y los del Kremlin para mantener sus fuerzas armadas y su "protección" de la minoría rusa en el enclave —mantra repetido en los otros conflictos sostenidos en el antiguo espacio soviético y en la actual agresión contra Ucrania—.

La sucesión de acuerdos incumplidos entre Moldavia y Rusia para la retirada definitiva de sus fuerzas armadas del enclave (1994, 1999, 2001) ha mostrado con claridad la posición de Moscú en el conflicto: ha negociado bilateralmente con Moldavia como si Transnistria fuese parte de su integridad territorial (Pacher, 2020); su posición negociadora no hace concesiones y, más bien, intenta con éxito notable prolongar indefinidamente el conflicto sin alcanzar ningún acuerdo sustancial en torno a la integridad territorial de Moldavia y, en definitiva, ha conseguido que la OSCE no haya roto un bucle que, con numerosas rondas y formatos negociadores, esté en el mismo punto treinta años después de la finalización de la fase militar del mismo, como lo atestiguan los informes de uno de los jefes de la Misión OSCE en Moldavia (Neukirch, 2001).

Entre los numerosos acuerdos suscritos entre Moldavia y Rusia que, sin embargo, no han conseguido desbloquear el inmovilismo, cabe citar la Declaración Conjunta sobre la Integridad Territorial de Moldavia (1996) suscrita por Rusia, Moldavia y Ucrania, nuevamente incorporada como mediadora con Rusia y la propia OSCE; el Memorándum de Moscú sobre la normalización de relaciones Moldavia-Transnistria (1997); el Acuerdo de Odessa (1998); o la Declaración Conjunta de Kíev (1999). La única propuesta novedosa por parte de Rusia fue el Memorándum Kozak[4] que, unilateralmente, rompía el marco negociador de la OSCE y planteaba para Moldavia un federalismo asimétrico en el que las autoridades de Tiráspol tendrían un poder de veto que podría bloquear el funcionamiento del Estado. El rechazo de la OSCE y de Moldavia interrumpió durante dos años las rondas negociadoras.

La introducción a petición de Moldavia del formato 5+2 (Moldavia y Transnistria, con Rusia, Ucrania y OSCE como mediadores y la incorporación de Estados Unidos y la UE como observadores) constituyó el último intento de desbloqueo de las negociaciones. Desarrollado desde 2004, aunque con diferentes interrupciones, como la provocada entre 2014 y 2016 como consecuencia de la intervención rusa en Crimea y el Donbás, ha terminado por perpetuar la situación del enclave como Estado *de facto* (con la aprobación de la Constitución de 1995 de la autoproclamada República del Dniéster, las sucesivas declaraciones de independencia del enclave y la celebración de un referéndum para su eventual unión con Rusia) y consolidar los intereses geopolíticos

[2] *Constitutia Republicii Moldavia*, disponible en http://www.parlament.md/CadrulLegal/Constitution/tabid/151/language/ro-RO/Default.aspx; consultado el 16 de marzo de 2023.

[3] CSCE, Report nº 13 by the CSCE Mission to Moldova, 13 de noviembre de 1993; disponible en https://www.osce.org/files/f/documents/4/b/42307.pdf

[4] Presentado el 17 de noviembre de 2003 por el representante de Putin; está disponible en http://stefanwolff.com/files/Kozak-Memorandum.pdf

de Moscú (Kosienkowski, 2019: 205). El balance sobre la intervención de la OSCE es muy negativo, tanto por su incapacidad para situar a Rusia como mediador —en lugar de parte del conflicto—, como por la habilidad diplomática para congelarlo y mantener un *statu quo* favorable a sus intereses (López Jiménez, 2021: 13).

4. El intervencionismo ruso y sus principales instrumentos. La interpretación "creativa" del derecho internacional

La instrumentalización de la OSCE y de los procedimientos de solución pacífica de controversias de tipo político-diplomático —porque las jurisdiccionales no se lo han permitido— no constituyen la única herramienta que Rusia ha puesto al servicio de sus intereses geopolíticos desplegados en el ámbito de su política exterior. El intervencionismo ruso en el espacio postsoviético ha desplegado todo un abanico de elementos que, de manera muy similar, se han ido repitiendo, perfeccionando e intensificando en los diversos conflictos en los que Moscú ha participado de forma más o menos directa. La más inmediata fue la configuración de todo un conjunto de organizaciones internacionales regionales que permitiesen mantener cierto nivel de control en las decisiones de los Estados de reciente independencia en un marco formal de cooperación respetando —teóricamente— el principio de igualdad soberana de los Estados. Desde 1992 la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y el Tratado de Seguridad Colectiva (TSC), convertido en Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) en 2002, trataron de recomponer un mecanismo de control político, institucional y militar ruso sobre las repúblicas menos reactivas a Moscú. En el plano económico se concretó en la Comunidad Económica Euroasiática (CEE), posterior Unión Económica Euroasiática (UEE), desde 2015.

Aunque Moldavia solo perteneció a la primera, el intervencionismo militar de Rusia estaba presente en Transnistria desde antes de su independencia. El argumento esgrimido para continuar —o establecer— fuerzas armadas en el territorio de otro Estado, en abierta violación de los principios de no injerencia en sus asuntos internos y de soberanía e independencia, no se ha ajustado a la realidad: la protección de la minoría rusa o rusófona potencialmente perseguida por las políticas centrales de las diversas repúblicas. En ocasiones ocurrió de manera preventiva (Moldavia) o reactiva (Georgia, Ucrania, Kazajistán —en el marco de la OTSC—) y sin mandatos legales de Naciones Unidas, aunque el Kremlin sostuviese que en Transnistria operaban como operaciones de mantenimiento de paz de la CEI —figura legal inexistente— (Kanet, 2012: 21).

Moldavia fue la primera república exsoviética sobre la que Rusia utilizó la presión energética como arma geopolítica. Los suministros de gas y petróleo fueron interrumpidos con frecuencia y la política de precios oscilaba en función del grado de colaboración de Chisinau con Moscú (Bruce, 2007: 30). Esta herramienta continúa combinándose en la actualidad —durante la intervención rusa en Ucrania— con otros instrumentos de *soft power* y *hard power*, mostrando el carácter híbrido del conflicto con Moldavia por Transnistria (Cebotari y Gutu, 2015: 130).

La hibridación y la congelación de los conflictos en el antiguo espacio soviético siguió el modelo inicial de Transnistria. Las acciones de desinformación, el uso de los medios de comunicación rusos, la enseñanza y la política lingüística discriminatoria a favor del ruso, la manipulación de la historia y de forma más reciente —desde el ataque generalizado a las estructuras del gobierno estonio en 2007— y los ciberataques, han formado parte de la estrategia rusa de guerra híbrida (Fabian, 2019). Cabe diferenciar dos fases o periodos diferenciados en la política intervencionista de Rusia en su vecindario próximo: hasta 2008, caracterizada por instrumentos propios del *soft power* (presión energética, congelación de los formatos diplomáticos y negociadores), y con posterioridad a la intervención en Georgia —Osetia del sur y Abjasia—, más próximo al *hard power* (uso de la fuerza armada, ciberguerra) (Marsili, 2021).

La "interpretación creativa" que Rusia ha venido realizando del derecho internacional ha sido también un instrumento básico al servicio de su política exterior y su despliegue en el antiguo espacio soviético, posición que se ha acentuado para justificar la agresión contra Ucrania. La actitud de una potencia refractaria al ordenamiento jurídico internacional y al multilateralismo —como Rusia— contrasta con el relato que trata de transmitir a la comunidad internacional, en un nuevo ejercicio de desinformación. Sus acciones exteriores son justificadas permanentemente como ajustadas a los principios y normas cuando, de manera simultánea, se comparan con ilícitos previos como el intervencionismo de la OTAN contra Serbia en el año 1999. Este marco neorrevisionista que Estados Unidos y Occidente han planteado con escenarios como la intervención en Irak, a favor de la independencia de Kosovo o en Libia ha supuesto la coartada instrumental para justificar ilícitos posteriores por parte de Moscú (Sakwa, 2021: 343).

Mencionemos algunos ejemplos de este amplio acomodo normativo *ad hoc*. El derecho de autodeterminación es el soporte jurídico internacional para los diversos secesionismos, incluido el de Transnistria. En abierta oposición al principio de soberanía e integridad territorial de los Estados, su aplicación en contextos muy diferentes a los recogidos por la Carta de Naciones Unidas y, en particular, la resolución 1514 (1960) de 14 de diciembre de la Asamblea General, ha sido la herramienta jurídica para amparar la anexión de Crimea en 2014 y el reconocimiento de la validez de los referéndums de autodeterminación —como el de 2006 en Transnistria—. En conexión con esta norma de *ius cogens* (derecho reforzado de obligado cumplimiento y rango

jerárquico superior), la protección de las minorías rusas residentes en otros Estados también se ha presentado por el Kremlin como un elemento justificativo de sus acciones militares (conflicto bélico en Transnistria en 1992). Una variante interpretativa es la más reciente doctrina internacionalista de la responsabilidad de proteger, amparándose en un eventual peligro de esta población a manos de las autoridades estatales. El ejemplo de Ucrania y la teoría del genocidio sobre la población rusa del Donbás y de Crimea ha constituido uno de los argumentos esgrimidos para la agresión armada, vulnerando el principio de no intervención y la prohibición general de la amenaza o uso de la fuerza. Un ejemplo más lo constituye el uso de contingentes armados rusos bajo la cobertura de supuestas operaciones de mantenimiento de paz, sin ningún mandato legal por parte de Naciones Unidas (Transnistria, Osetia del sur, Crimea, y Kazajistán en enero de 2022). La instrumentalización de los formatos de resolución política-diplomática de los conflictos en los que Moscú aparece en paralelo como observador, mediador y parte del mismo ha sido fundamental como elemento de congelación de los diversos procesos. La concesión ilimitada de pasaportes rusos a las minorías residentes en los enclaves secesionistas, o la figura del reconocimiento internacional de Gobiernos y de Estados contraviniendo los requisitos del ordenamiento jurídico internacional (doctrina Tobar) de entidades surgidas de forma violenta y vulnerando sus principios estructurales (Osetia del sur, Abjasia) son algunos procedimientos que se han complementado con los utilizados en Ucrania, como la realización de operaciones militares sin bandera (utilizando tropas sin distintivos de identificación). La aplicación de los tratados internacionales, como el de Unión entre Bielorrusia y Rusia de 1999 que ha convertido a la primera república en un Estado cooperador con la agresión a Ucrania, la revocación de la firma de la Corte Penal Internacional, la retirada del Consejo de Europa y de la jurisdicción del Tribunal de Derechos Humanos, o el abuso de su membresía permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para vetar cualquier resolución contraria a sus intereses completan un amplio abanico de instrumentos jurídicos al servicio del Kremlin que, además, se apoya en un derecho interno que desde la última reforma constitucional de 2020 sitúa al derecho internacional supeditado al ordenamiento interno ruso (Aksenova y Marchuk, 2018: 1345).

En definitiva, más allá de las flagrantes violaciones que se están cometiendo en Ucrania por parte del Kremlin (derecho internacional, derechos humanos, derecho de los conflictos armados, comisión de crímenes de guerra y de lesa humanidad), la política exterior rusa se ha movido durante estas tres décadas desde la disolución de la URSS en las denominadas zonas grises (Baqués Quesada, 2021; Jordán, 2018), tanto territoriales como jurídicas, que caracterizan a los conflictos híbridos desplegados por una potencia revisionista como Rusia en todo un espacio geopolítico que considera dentro de su esfera de interés prioritario en todos sus documentos estratégicos (Concepto de Política Exterior de Rusia, 2016).

5. La agresión rusa a Ucrania y sus implicaciones para Transnistria y Moldavia: ¿*Novoróssiya* en marcha?

Desde una perspectiva histórica Rusia ha tenido la percepción del rechazo occidental al reconocimiento de su carácter como genuinamente europeo (Sergunin, 2016: 15). Sin embargo, con Putin se ha acentuado desde el Kremlin esa diferenciación unilateral reclamando una especificidad de principios y valores que demandan que sean respetados, aunque cuestionen abiertamente el marco de los derechos humanos fundamentales. La política exterior rusa se ha ido impregnando paulatinamente de un discurso civilizatorio que reivindica la recuperación de su "espacio natural" a través del denominado síndrome del nacionalismo imperial (Pain, 2016: 47).

En la agresión contra Ucrania están presentes alguno de esos rasgos: un nacionalismo de base étnico-cultural que reclama el retorno al núcleo duro eslavo (ruso, ucraniano y bielorruso); un proceso recolonizador (ruso, soviético) que recupere las fronteras de la civilización rusa; un discurso teórico que encarna en el liberalismo de Occidente todos los peligros, sustentado en una mezcolanza ideológica: el eurasianismo de Alexander Duguin (neotradicionalista, ultraconservador, imperialista), el totalitarismo de Iván Ilyín, el misticismo cristiano-ortodoxo, o las ideas del historiador Lev Gumilev, así como el fantasma neonazi y su presencia en Ucrania (Clover, 2016). Durante 2014, tras los acontecimientos de Maidán y la anexión ilegal de Crimea, la intervención en la región del Donbás resucitó el proyecto de *Novoróssiya* (Nueva Rusia) entre los grupos insurgentes prorrusos y los círculos ultranacionalistas rusos. Recrear el expansionismo ruso de Catalina II, que conectó esta región con Crimea y Odesa con la frontera más occidental del imperio, a finales del siglo XVIII, sobrevoló hasta la aprobación de los Acuerdos de Minsk I y II. Sin embargo, con las operaciones militares en curso, este proyecto geopolítico y geoestratégico parece factible, extendiendo el amplio corredor hasta el enclave secesionista de Transnistria. El control de los mares Azov y Negro estrangularía la salida de Ucrania y asfixia económica y comercialmente a Kiev. Además, proporcionaría al Kremlin el control fronterizo casi total de Ucrania —en el norte a través de un Estado marioneta, como Bielorrusia—.

La teórica exclusión de la población rusa de los centros de decisión de los nuevos Estados independientes ha creado un mito como el de *Novoróssiya*, construido sobre una base que mezcla elementos muy conectados entre sí: imperialismo, conservadurismo y autoritarismo, reparación de injusticias históricas, sentimiento de humillación y revanchismo neosoviético (Minakov, 2018: 283). La inclusión de Transnistria en esta ofensiva militar es factible (Budurina, 2022: 154), ya que reforzaría la nueva frontera occidental de Rusia, ampliando

notablemente su búfer securitario. Completaría un corredor muy amplio que uniría diversas entidades secesionistas (Osetia del sur, Abjasia, Donbás, Crimea y la propia Transnistria) y accedería a las pretensiones de Tiráspol de reconocimiento internacional de su independencia y de su eventual unión con Rusia. No obstante, exigiría como paso previo el control militar ruso de Odesa, lo que no es sencillo. No parece que el Gobierno prooccidental de Maia Sandu —presidenta de Moldavia— facilite ninguna acción que provoque a Moscú en Transnistria. Tampoco la reciente enmienda constitucional del 16 de marzo de 2023, que sustituye la denominación lingüística del moldavo por rumano, tiene como intención revertir la independencia del Estado o una eventual reunificación de la república moldava con Rumanía. Tan solo traslada la aplicación de una sentencia del Tribunal Constitucional de Moldavia, de 5 de diciembre de 2013, en la que se recogía que ningún acto jurídico, incluida la propia Constitución de 1994 en su artículo 13, podía contradecir el texto de la Declaración de Independencia del 27 de agosto de 1991, que reconocía al rumano como idioma del nuevo Estado. El Partido que lidera (Acción y Solidaridad) no tiene en su programa político ninguna propuesta al respecto, y su ideología es liberal y europeísta, muy apartada del nacionalismo radical (Programa del PAS, 2019). Aunque su candidatura a la membresía en la Unión Europea (UE) no se extienda a la OTAN —salvo cambio en su neutralidad constitucionalmente recogida— sigue dependiendo energéticamente de Rusia. A pesar de ser un escenario improbable y complejo, el eventual descongelamiento del conflicto de Transnistria desde 1992 podría estar cercano, y no parece que sea mediante un acuerdo político-diplomático entre las partes que significase su reintegración en la integridad territorial de Moldavia (Potter, 2022: 186).

En estos momentos asistimos con fuerza a lo que algún autor ha denominado como "la reverberación de las narrativas de la era soviética" (Lutterjohann, 2022: 3). En virtud de este fenómeno las partes en conflicto en Transnistria niegan mutuamente la existencia identitaria del otro, lo que conduce a un enquistamiento crónico de las posiciones y a un bloqueo de cualquier solución negociada. Desde 2014, con la experiencia de la intervención rusa en Ucrania, las autoridades secesionistas han intentado articular otros ámbitos de cooperación (UE principalmente) que redujesen su relación clientelar con el Estado patrón que garantiza su supervivencia como Estado *de facto*, al margen de Moldavia. Sin embargo, el grado de asimetría entre ambos ámbitos de relaciones, conectado por la extrema dependencia de Moscú, hace inviable cualquier intento de relaciones multivectoriales por parte de Transnistria. La combinación de los múltiples apoyos rusos (suministro de gas y petróleo prácticamente gratis, pago de pensiones a la población rusa del enclave, ayudas financieras directas para sostener a la moneda local, proyectos comerciales, en la construcción-hospitales, escuelas, viviendas sociales) con políticas como la pasaportización —cerca de 200.000 habitantes de Transnistria poseen pasaporte ruso— pueden ser fundamentales en el curso actual de la agresión a Ucrania. Así, el deseo expresado en el referéndum de 2006 de unirse a la Federación Rusa podría activarse, continuando el proceso de integración euroasiática enunciado por el presidente de Transnistria —Yevgueni Shevchuk— en 2011, y siguiendo el modelo de Crimea en 2014 (Istomin, 2015). De esta manera el Kremlin podría concretar sus aspiraciones geoestratégicas que mantiene sobre la franja territorial desde la independencia de Moldavia, conectando el enclave con el resto de secesionismos en el espacio postsoviético y las conquistas derivadas de su invasión militar a Ucrania, mostrando la vertiente imperialista de la política exterior de Putin (Telenko y Prysiazhniuk, 2021: 229).

6. Conclusiones

Moldavia, como privilegiado espectador de la agresión rusa a Ucrania, está experimentando una inseguridad máxima con respecto a una potencial extensión del conflicto hasta su territorio. Durante los primeros meses de 2022 parecía que Rusia intentaba recrear el proyecto de *Novoróssiya*, incluyendo a Transnistria entre sus objetivos. En un intento de maximizar su poder y su búfer securitario, el Kremlin ha aplicado a la política exterior sobre Ucrania un modelo paradigmático propio del neorrealismo ofensivo. Por el contrario, Moldavia ha optado por un modelo netamente defensivo en el que el mantenimiento del actual *statu quo* en Transnistria se aprecia como un mal menor. Mientras tanto está buscando fortalecer los lazos con la UE, más allá del Acuerdo de Asociación en vigor. En estas circunstancias, las posibilidades de descongelar el conflicto a través de una resolución político-diplomática que acabase con el Estado *de facto* y del secesionismo apoyado por Moscú resulta un escenario poco factible.

Desde el paradigma constructivista, la consolidación de la identidad étnico-nacional moldava, que respondía a un constructo soviético para justificar la incorporación de la Besarabia rumana como una república federada en la Unión Soviética, constituyó un instrumento en manos de las élites políticas republicanas para consolidar la estatalidad independiente y su posición jerárquica. El rumanismo fue un elemento rupturista con la URSS; el moldovanismo fue la respuesta del etnonacionalismo cívico para responder a los secesionismos de Gagauzia y Transnistria. Constituyó una alternativa a los argumentos que, frente al irredentismo prorrumano, presentaban los líderes separatistas de Transnistria. La consolidación del nuevo Estado independiente moldavo anulaba cualquier potencial intento de reunificación con Rumanía y, como consecuencia, intentaba ofrecer un modelo republicano inclusivo en el que las minorías étniconacionales pudiesen encontrar un encaje administrativo territorial en la Constitución de 1994, respetando la soberanía e integridad territorial de Moldavia.

La construcción identitaria del moldovanismo recogía así el testigo soviético, tras un breve interregno de recuperación de la memoria histórica rumana y de su abrupta ruptura desde 1940 protagonizado por el FPM y su etnonacionalismo de corte irredentista. Este movimiento protagonizado por las élites políticas republicanas en la fase inicial de construcción estatal independiente respondía a un doble objetivo. En primer término, la consolidación de la posición hegemónica de su liderazgo político en las nuevas instituciones estatales. Ante una potencial reunificación con Rumanía, la asunción de los resortes del poder hubiera recaído en las élites del Estado matriz, diluyéndose la antigua *nomenklatura* republicana en las estructuras unificadas. Sin embargo, la consolidación de un Estado independiente sobre la base de una identidad cívica moldava podría reconducir el secesionismo de Transnistria, aunque para ello se realizó un complejo proceso de transición identitaria de la nación mediante la defensa progresiva de identidades alternativas en poco más de cinco años (soviética, rumana y moldava).

El proceso de destrucción del rumanismo y de construcción del moldovanismo intentó también restablecer la convivencia interétnica que, más desde un punto de vista político-ideológico y circunscrito a Transnistria, no había sido muy conflictiva. En un corto periodo de tiempo se pasó de la política lingüística de diferenciación entre el moldavo y el rumano en el sistema educativo, el retorno a la manipulación de la historia a través de los libros de texto y las diversas políticas articuladas por la nueva *nomenklatura* en torno a la mayoría parlamentaria del PAD y del presidente Snegur, que ejemplifica a la perfección la evolución político-ideológico del PCM y la defensa del sistema soviético, al nacionalismo rumanista, rupturista e irredentista y —finalmente— a la defensa del moldovanismo. El referéndum celebrado en 1994 consolidó el triunfo de la tesis moldovanista y de la independencia definitiva de Moldavia como Estado diferenciado de Rumanía. Sin embargo, no consiguió la resolución del conflicto de Transnistria que consolidó sus dos rasgos esenciales. En primer lugar, su carácter esencialmente político-ideológico en detrimento de su potencial enfrentamiento identitario. En segundo término, su conexión directa con los intereses en el ámbito de la política exterior rusa, que comparte con el resto de conflictos que se están desarrollando en el espacio postsoviético desde hace tres décadas.

Resulta en cierto modo una paradoja histórica que la disolución de la federación soviética, producto de la implosión y desmembramiento de las quince repúblicas, haya finalizado en el caso de Moldavia con el triunfo de una creación identitaria como la moldava, inexistente con anterioridad a la URSS y fruto del constructivismo étnico-nacional del sistema político. Para el estalinismo —igual que ahora para el putinismo con la identidad ucraniana—, la única manera de justificar la anexión de Besarabia en 1939 fue mediante la creación de distinciones lingüísticas, históricas o territoriales con el objetivo de construir identidades étnico-nacionales que avalasen la creación de naciones y su encaje en la estructura política y administrativo-territorial de la URSS. Este proceso propició la deconstrucción de identidades y la construcción o recuperación de otras en el contexto de transición hacia la estatalidad independiente de la República de Moldavia y su compleja construcción nacional y estatal. Así, la pugna entre los partidarios del sovietismo, los nacionalistas prorrumanos, los defensores de las identidades minoritarias (gagauzes, rusos, ucranianos) y hasta aquellos que, por cuestiones puramente ideológicas, defendieron una eventual identidad transnistriana, acabaron por apuntalar al moldovanismo cívico como nacionalismo de Estado.

En el actual escenario de expansión militar de Rusia en Ucrania, se muestra con claridad el despliegue de un paradigma neorrealista de carácter ofensivo en su política exterior hacia el "extranjero próximo" que pretende ser incorporado directamente a su soberanía territorial (como en el caso de Crimea) o tutelado con la creación de territorios neocoloniales o Estados *de facto* títeres al servicio del Kremlin. Además, la fusión por absorción de Bielorrusia utilizando las estructuras del Tratado de Unión entre ambas repúblicas de 1999 y el vasallaje de Lukashenko hacia Putin, sin cuyo apoyo habría caído después de las protestas masivas tras las elecciones de agosto de 2020, le permite a Rusia recuperar el control del núcleo eslavo que pretende completar con Ucrania. No hay que olvidar la venganza histórica que supondría devolver a Kiev —aunque fuese parcialmente— a la supervisión de Moscú después del papel esencial que jugó el nacionalismo ucraniano en la disolución de la URSS mediante el Tratado de Belavezha, el 8 de diciembre de 1991 (los mismos bosques bielorrusos que presidieron los primeros y fracasados intentos de alcanzar un acuerdo que paralizase la agresión rusa en Ucrania).

El Kremlin ha intentado, sin embargo, trasladar a la comunidad internacional una visión defensiva (que intentaba encajar igualmente en el paradigma neorrealista) de su intervención militar. El expansionismo de la OTAN en su esfera de interés y de seguridad ontológica han sido los principales argumentos. No obstante, de forma simultánea, ha incluido razones político-ideológicas (la desnazificación del régimen) e identitarias (el paneslavismo ruso que incluye la identidad ucraniana como una mera variante cultural y lingüística) para terminar con lo que Putin considera un error histórico (la desaparición de la URSS y, entre sus consecuencias, la creación de un Estado ucraniano independiente cuya existencia no obedece a ninguna lógica).

¿Qué escenario se dibuja en torno a Transnistria? La evolución del secesionismo se torna compleja. La transición desde un conflicto enquistado, congelado, sin una solución definitiva en cuanto a la definición de su estatus territorial solo puede darse hacia alguna de estas opciones, que no ha conseguido eludir la posición defensiva (que encaja igualmente en el neorrealismo en política exterior) de Moldavia: el encaje constitucional —como Gagauzia— en la soberanía de Moldavia con una amplia autonomía. Resulta la salida más compleja porque no se ha consolidado durante tres décadas, con una política exterior rusa menos agresiva. El manteni-

miento de tropas rusas en el enclave lo impide y, además, anularía las sinergias que podría conseguir la candidatura de adhesión de Moldavia a la UE entre Chisinau y Tiráspol. El mantenimiento del *statu quo* actual sería otra de las posibilidades, aunque conseguir que tanto Moldavia como Transnistria no se vean afectadas por las consecuencias de la agresión armada de Rusia a Ucrania es muy complejo. Un tercer escenario podría suponer que Moscú reforzase el control de Transnistria mediante diferentes mecanismos: propiciando una declaración de independencia y otorgando su reconocimiento internacional al enclave (como en Osetia del sur y Abjasia); reforzando el contingente militar ruso en el territorio secesionista, o bien prolongando las acciones militares hasta Odesa y conectando todo un corredor territorial desde el Donbás y el sur de Ucrania hasta Transnistria (*Novoróssiya*). En este periodo tan convulso y plagado de incertidumbre lo que sí parece evidente es que la renuncia identitaria del rumanismo y la consolidación de la creación de una identidad cívica moldava (reforzando el constructivismo identitario soviético) no ha sido suficiente para resolver el conflicto de Transnistria, ni para garantizar la soberanía e integridad territorial del nuevo Estado independiente moldavo.

7. Bibliografía

Aksenova, M. e I. Marchuk (2018): "Reinventing or rediscovering international law? The Russian Constitutional Court's uneasy dialogue with the European Court of Human Rights", *International Journal of Constitutional Law*, 16(4), pp. 1322—1346. https://doi.org/10.1093/icon/moy088.

Baar, V. y D. Jakubek (2017): "Divided national identity in Moldova", *Journal of Nationalism Memory&Language Politics*, 11(1), pp. 58-92.

Bacova, V. (1998): "The construction of national identity-on primordialism and instrumentalism", *Human Affairs*, 8(1), pp. 29-43.

Baqués Quesada, J. (2021): *De las Guerras Híbridas a la Zona Gris. La Metamorfosis de los Conflictos en el Siglo XXI*, Madrid, Uned.

Beissinger, M. (2009): "Nationalism and the collapse of Soviet communism", *Contemporary European History*, 18(3), pp. 331-347.

Blakkisrud, H. y P. Kolstø (2011): "From secessionist conflict toward a functioning state: processes of state-and nation-building in Transnistria", *Post-Soviet Affairs*, 27(2), pp.178-210.

Bremmer, I. (1993): "Reasserting soviet nationalities theory", en I. Bremmer y R. Taras, eds., *Nations, Politics in the Soviet Successor States*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 3-28.

Bruchis, M. (1984): "The language policy of the CPSU and the linguistic situation in Soviet Moldavia", *Soviet Studies*, 36(1), pp.108-126.

Budurina, C. (2022): "The Foreign Policy of the Republic of Moldova in the Context of New Geopolitical Realities", en VV. AA., *Teoria și practica administrării publice*, Ediţia 26, Chişinău, pp. 150-155.

Büscher, K. (1998): "Moldavia after the Parliamentary elections: A second chance for reform", *Journal for Labour and Social Affairs in Eastern Europe*, 1(3), pp. 69-79.

Cebotari, S. y I. Gutu (2015): "Elements of the hybrid war in the Republic of Moldova and Ukraine", en V. Teosa y C. Morari, eds., *Moldovan peace dialogues: Societal integration accommodation policies and strategies, from an academic perspective*, Chisinau, CEP USM, pp. 126-133.

Chinn, J. y S. Roper (1995): "Ethnic Mobilization and Reactive Nationalism: The Case of Moldova", *Nationalities Papers,* 23(2), pp. 291-325.

Chinn, J. y S. Roper (1998): "Territorial Autonomy in Gagauzia", *Nationalities Papers*, 26(1), pp. 87-101.

Clover, Ch. (2016): *Black Wind,White Snow: The Rise of Russia´s New Nationalism*, New Haven, Yale University Press.

Concepto de Política Exterior de Rusia (2016): Aprobado por Decreto del Presidente de la Federación de Rusia el 30 de noviembre. Disponible en: https://interkomitet.com/foreign-policy/basic-documents/foreign-policy-concept-of-the-russian-federation-approved-by-president-of-the-russian-federation-vladimir-putin-on-november-30-2016/ [Consulta: 10 de octubre de 2023]. Actualizado por el Decreto del Presidente de la Federación de Rusia el 31 de marzo de 2023. Disponible en: https://mid.ru/es/foreign_policy/official_documents/1860586/ [Consulta: 10 de octubre de 2023].

Crowther, W. (1997): "The Politics of Democratization in Post-communist Moldavia", en K. Dawisha y B. Parrott, eds., *Democratic changes and authoritarian reactions in Russia, Ukraine, Belarus, and Moldavia*, Londres, Cambridge University Press, pp. 289-329.

Crowther, W. (1998): "Ethnic Politics and the Post-Communist Transition in Moldova", *Nationalities Papers,* 26(1), pp. 147-164.

Deletant, D. (1990): "Language policy and linguistic trends in Soviet Moldavia", en M. Kirkwood, ed., *Language planning in the Soviet Union*, Londres, Palgrave Macmillan, pp.189-216.

Dima, N. (1991): *From Moldavia to Moldavia,* Nueva York, Columbia University Press.

Dusacova, N. (2013): "Ethnic and civic identity in the Republic of Moldavia: The view of occidental experts", *Revista de Etnologie si Culturologie*, 13-14, pp.102-107.

Dyer, D. y B. Comrie (1996): *Studies in Moldavian: History, Culture, Language and Contemporary Politics of the People of Moldavia*, Nueva York, Columbia University Press.

Fabian, S. (2019): "The Russian hybrid warfare strategy—Neither Russian nor strategy", *Defense and Security Analysis,* 35(3), pp. 308—323. https://doi.org/10.1080/14751798.2019.1640424

Fowkes, B. (1997): *The Disintegration of the Soviet Union. A Study in the rise and triumph of nationalism*, Londres, Macmillan Press.

Gorenburg D. (2001): "Nationalism for Masses: Popular Support for Nationalism in Russia's Ethnic Republics", *Europe-Asia Studies*, 53(1), pp. 73-104.

Hale, H. (2004): "Divided we stand: Institutional sources of ethnofederal state survival and collapse", *World politics*, 56(2), pp. 165-193.
Haynes, R. ed., (2003): *Moldavia, Besarabia, Transnistria,* Londres, School of Slavonic and East European Studies, University College London.
Hegarty, T. (2001): "The Politics of Language in Moldavia", en C. O´Reilly, ed., *Language, Ethnicity and the State*, (2), *Minority Languages in Eastern Europe post-1989*, Nueva York, Palgrave Macmillan, pp. 123-154.
Hugues, J. (2001): "Chechnya: the causes of a protracted post-soviet conflict", *Civil Wars*, 4(4), pp. 11-48.
Iavorschi, A. (2012): "The Problem of National Identity in the Republic of Moldova: Moldovanism and Romanianism", *Oikonomia: Journal of Ethics and Social Sciences*, 3, pp. 33-37.
Ihrig, S. (2009): "Moldavian Nightmares, or: "Historiographic Deadlock at Birth" History, identity, and history teaching in the Republic of Moldavia, 1991 — 2008", en A. Dimou, ed., *"Transition" and the Politics of History Education in Southeast Europe*, Göttingen, V&R Unipress, pp. 357-396.
Iordachi, C. (2004): "Dual Citizenship and Policies toward kin Minorities in East Central Europe: A Comparison between Hungary, Romania and the Republic of Moldavia", en Z. Kantor, B. Majtényi, O. Ieda, B. Vizi e I. Halász, eds., *The Hungarian Status Law: Nation Building and/or Minority Protection*, Sapporo, Hokaido University, pp. 239-269.
Istomin, I. (2015): "Ukraine is intensifying the Transnistria conflict", *Russian International Affairs Council*, 3 de agosto. Disponible en: https://russiancouncil.ru/en/analytics-and-comments/analytics/ukraine-is-intensifying-the-transnistria-conflict/[Consulta: 26 de septiembre de 2023].
Johansson, A. (2011): *Dissenting Democrats. Nation and Democracy in the Republic of Moldova*, Estocolmo, Stockholm University.
Jordán, J. (2018): "El conflicto internacional en la zona gris: una propuesta teórica desde la perspectiva del realismo ofensivo", *Revista Española de Ciencia Política*, 48, pp. 129-151.
Kanet, R. (2012): "The return of imperial Russia", en M. Sussex, ed., *Conflict in the former USSR*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 15-34.
King, Ch. (1994): "Moldavian identity and the politics of Pan-Romanianism", *Slavic Review*, 53(2), pp. 345-368.
King, Ch. (1995): "Eurasia Letter: Moldova with a Russian Face", *Foreign Policy*, 97, pp. 106-121.
Kolossov, V. y J. O'Loughlin (1998): "Pseudo-states as Harbingers of a new geopolitics: the example of the trans-Dniester Moldovan republic (TMR)", *Geopolitics*, 3(1), pp. 151-176.
Kolstø, P., A. Edemsky, A. y N. Kalashnikova (1993): "The Dniester conflict: Between irredentism and separatism", *Europe-Asia Studies*, 45(6), pp. 973-1000.
Kolstø, P. (2011): "Beyond Russia, becoming local: Trajectories of adaption to the fall of the Soviet Union among ethnic Russians in the former Soviet Republics", *Journal of Eurasian Studies*, 2(2), pp. 153-163.
Kolsto, P. (2018): "The Ethnification of Russian Nationalism", en P. Kolsto y H. Blakkisrud, eds., *The New Russian Nationalism: Imperialism, Ethnicity and Authoritarianism, 2000-15,* Edimburgo, Edinburgh University Press, pp. 18-45.
Kolstø, P. y A. Malgin (1998): "The Transnistrian republic: a case of politicized regionalism", *Nationalities Papers*, 26(1), pp. 103—128.
Kosienkowski, M. (2019): "The patron-client relationship between Russia and Transnistria", en T. Hoch y V. Kopeček, eds., *De facto states in Eurasia*, Nueva York, Routledge, pp. 183-207.
Kotkin, S. (2001): *Armageddon averted: The Soviet collapse, 1970-2000*, Oxford, Oxford University Press.
Kuzio, T. (2002): "History, Memory and Nation Building in the Post-Soviet Colonial Space", *Nationalities Papers*, 30(2), pp. 241-264.
Laitin, D. (1998): *Identity in Formation: The Russian-Speaking Populations in the Near Abroad*, Londres, Cornell University Press.
Laruelle, M. (2004): "The Two faces of Contemporary Eurasianism. An Imperial Version of the Russian Nationalism", *Nationalities Papers* 32(1), pp. 115-136.
López Jiménez, J. A. (1999): "Las relaciones interétnicas en la Moldavia postsoviética: Gagauzia y Transnistria (1990-1994)", *Cuadernos de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, 28-29, pp. 23-50.
López Jiménez, J. A. (2019): "The dissolution of the Soviet Union and complex state construction processes. Two differentiated secession models in the Republic of Moldavia: Gagauzia and Transnistria", *Spanish Yearbook of International Law*, 22, pp. 403-414.
López Jiménez, J. A. (2020):"El factor nacional en la implosión de la Unión Soviética: El caso moldavo (1989-1994)", en A. Mayayo, J. M. Rúa y A. Segura, eds., *Centenari de la revolució russa*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, pp. 365-376.
López Jiménez, J. A. (2021): "La OSCE y el Espacio Post-Soviético: Treinta años de Prevención y Resolución de Conflictos. Una Valoración Crítica", *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 41, pp. 1-35.
Lutterjohann, N. (2023): "The depth of the deadlock? Underlying themes in the Georgian-Abkhaz and Moldovan-Transnistrian Post-Soviet conflicts", *National Identities* 25(1), pp. 53-74. https://doi.org/10.1080/14608944.2022.2050197
Lynch, D. (2002): "Separatist states and post-Soviet conflicts", *International Affairs*, 78(4), pp. 831-848.
Marsili, M. (2021): "The Russian Influence Strategy in Its Contested Neighbourhood", en H. Mölder, V. Sazonov, A. Chochia, T. Kerikmäe, eds., *The Russian Federation in Global Knowledge Warfare. Contributions to International Relations*, Nueva York, Springer, pp. 149—172. https://doi.org/10.1007/978-3-030-73955-3_8
Minakov, M. (2018): *Development and Dystopia. Studies in Post-Soviet Ukraine and Eastern Europe*, Stuttgart, Ibidem-Verlag.
Neukirch, C. (2001): "Russia and the OSCE: The Influence of Interested Third and Disinterested Fourth Parties on the Conflicts in Estonia and Moldova", *Journal on Ethnopolitics and Minority Issues in Europe,* 2. Disponible en: https://www.ecmi.de/fileadmin/redakteure/publications/JEMIE_Datens%C3%A4tze/JEMIE07Neukirch1 1-07-01.pdf [Consulta: 26 de septiembre de 2023].
O'Loughlin, J., V. Kolossov, y G. Toal (2014): "Inside the post-Soviet de facto states: a comparison of attitudes in Abkhazia, Nagorny Karabakh, South Ossetia, and Transnistria", *Eurasian Geography and Economics*, 55(5), pp. 423-456.

Pacher, A. (2020): "Transnistria´s Order of Friendship: Legitimacy through Diplomatic Practice", *Europe-Asia Studies*, 72(7), pp. 1209-1231.
Pain, E. (2016): "The imperial syndrome and its influence on Russian nationalism", en P. Kolsto y H. Blakkisrud, eds., *The new Russian nationalism*, Edimburgo, Edinburg University Press, pp. 46-74.
Patlis, L. (2018): "The Discourse on Asymmetrical Devolution in Moldova: Gagauzia and Transnistria in Focus", *Journal on Ethnopolitics and Minority Issues in Europe*, 17(3), pp. 87-111.
Potter, B. (2022): "Unrecognized Republic, Recognizable Consequences: Russian Troops in 'Frozen' Transnistria", *Journal of Advanced Military Studies*, 13(1), pp. 168-188.
Programa del Partido de Acción y Solidaridad (2019): Disponible en: https://unpaspentru.md/wp-content/uploads/2016/08/PROGRAM_PAS_EN.pdf [Consulta: 26 de septiembre de 2023].
Protsyk, O. (2012): "Gagauz Autonomy in Moldavia: The Real and the Virtual in Post-Soviet State design", en M. Weller y K. Nobbs, eds., *Asymmetric Autonomy and the Settlement of Ethnic Conflicts*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, pp. 231-251.
Roeder, Ph. (1991): "Soviet Federalism and Ethnic Mobilization", *World Politics*, 43(2), pp. 196-232.
Roper, S. (2001): "Regionalism in Moldova: The Case of Transnistria and Gagauzia", *Regional & Federal Studies*, 11(3), pp. 101-122.
Roper, S. (2005): "The Politicization of Education: Identity formation in Moldavia and Transnistria", *Communist and Post-Communist Studies*, 38(4), pp. 501-514.
Roshwald, A. (2015): "Civic and ethnic nationalism", en *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Race, Ethnicity, and Nationalism*, pp.1-4. https://doi.org/10.1002/9781118663202.wberen436
Salomón González, M. (2001): "La Teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencias, aproximaciones", *Revista Cidob d´Afers Internacionals*, 56, pp. 7-52.
Sakwa, R. (2021): "Greater Russia: Is Moscow out to Subvert the West?", *International Politics*, 58, pp. 334-362.
Sato, K. (2009): "Mobilization of non-titular ethnicities during the last years of the Soviet Union: Gagauzia, Transnistria, and the Lithuanian poles", *Acta Slavica Iaponica*, (26), pp. 141-157.
Sergunin, A. (2016): *Explaining Russian Foreign Policy Behavior. Theory and Practice*, Stuttgart, Ibidem-Verlag.
Smith, B. (2013): "Separatist conflict in the former Soviet Union and beyond: How different was communism?", *World Politics*, 65(2), pp. 350-381.
Solchanyk, R. (2019): "Ukraine, Belorussia, and Moldavia: Imperial integration, Russification, and the struggle for national survival", en L. Hajda y M. Beissinger, eds., *The nationalities factor in Soviet politics and society*, Nueva York, Routledge, pp. 175-203.
Telenko, O. y Y. Prysiazhniuk (2021): "Cursory Viewpoint on Transnistria as the Focus of the Russian Federation Policy", *Przegląd Strategiczny*, 14, pp. 215-234.
Tishkov, V. (1997): *Ethnicity, nationalism and conflict in and after the Soviet Union: The mind aflame*, Nueva York, Sage Publications.
Traverso, E. y M. Löwy (1990): "The marxist approach to the national question: A critique of Nimni´s interpretation", *Science & Society*, 54(2), pp. 132-146.
Troebst, S. (2003): "We Are Transnistrians!", Post-Soviet Identity Management in the Dniester Valley", *Ab Imperio*, *2003* (1), pp. 437-466.
Van Meurs, W. P. (1994): *The Bessarabian question in communist historiography. Nationalist and communist politics and history writing*, Nueva York, Columbia University Press.
Van Meurs, W. P. (1998): "Carving a Moldavian Identity out of History", *Nationalities Papers*, 26(1), pp. 39-56.
Van Meurs, W. P. (2015): "Moldavia: Nested Cases of Belated Nation-building", *Revue D´Études Comparatives Est-Ouest*, 46, pp. 185-209.
Wodak, R., R. De Cilia, M. Reisigl y K. Liebhart, eds., (2009): *The discursive construction of national identity*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
Yusupova, G. (2018): "Cultural nationalism and everyday resistance in an iliberal nationalising state: ethnic minority nationalism in Russia", *Nations and Nationalism,* 24(3), pp. 624-647.
Zimmermann, K. (2008): "Política lingüística e identidad: Una visión constructivista", en K. Süselbeck, U. Mühlschlegel y P. Masson, coords., *Lengua, Nación e Identidad*, Madrid, Iberoamericana Editorial Vervuert, pp. 21-42.

CC BY

MONOGRÁFICO

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.84419

EDICIONES COMPLUTENSE

La guerra entre Rusia y Ucrania desde el realismo neoclásico

Antonio Sánchez Ortega[1]

Recibido: 25-10-2022 // Aprobado: 10-04-2023

Resumen. Las relaciones entre Ucrania y Rusia pueden ser explicadas desde el paradigma realista de las relaciones internacionales. Ahora bien, lo cierto es que en un análisis de la política exterior de Rusia se puede observar cómo no siempre ha reaccionado de la misma forma ante los cambios estructurales que afectan a sus relaciones con Ucrania. Por tanto, desde este trabajo se analizarán las relaciones entre ambos Estados y su actual situación de guerra según los postulados del realismo neoclásico, puesto que ofrece un marco teórico mucho más adecuado para entender cómo las cuestiones internas de la política rusa condicionan las respuestas ante los imperativos sistémicos, a la vez que nos ofrece una base consistente sobre la que identificar futuras tendencias.
Palabras clave: Rusia; Ucrania; realismo neoclásico; relaciones internacionales; orden internacional.

[en] Russian-Ukrainian war from neoclassical realism

Abstract. Relations between Ukraine and Russia can be analysed from the realist paradigm of International Relations. However, Russia's foreign policy has not always reacted similarly to the structural stimuli affecting its relations with Ukraine. Therefore, this paper will analyse the relations between the two states and their current war according to the postulates of neoclassical realism. We believe it offers a much more adequate theoretical framework for understanding how Russia's domestic political issues affected its responses to systemic imperatives, while also providing a consistent base for identifying future trends.
Keywords: Russia; Ukraine; Neoclassical Realism; International Relations; International Order.

Sumario. 1. Introducción. 2. Marco teórico. 3. Rusia y Ucrania. Una colisión inevitable. 4. Análisis prospectivo de la guerra de Ucrania y sus implicaciones sistémicas. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía.

Como citar: Sánchez Ortega, A. (2023). La guerra entre Rusia y Ucrania desde el realismo neoclásico. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84419. https://dx.doi.org/10.5209/poso.84419

1. Introducción

La desaparición de la Unión Soviética (URSS) conllevó una modificación de las fronteras internacionales similares a las del desmantelamiento del Imperio otomano. Al igual que los acontecimientos de aquel periodo nos siguen acompañando hoy en día, todo parece indicar que los conflictos surgidos en el espacio postsoviético se proyectarán en el futuro y condicionarán por décadas el panorama internacional, trayendo además de nuevo el espectro de la guerra interestatal y la amenaza nuclear a la primera plana de la seguridad internacional.

Para entender el por qué es necesario analizar dos fenómenos derivados de la disolución de la URSS. En primer lugar, y por primera vez, el espacio ocupado por Rusia durante siglos se mostraba abierto a la penetración de los intereses extranjeros. Además, la configuración geográfica de dicho proceso y la aparición de quince nuevos países dejaba a Rusia atrapada tras una sucesión de Estados tapón que la alejaban de sus tradicionales ámbitos de expansión; algo que hubiese sido del agrado del propio Metternich. En segundo lugar, el fin de la URSS implicó a su vez la práctica desaparición del orden internacional revolucionario que había defendido el coloso soviético y que había regido una parte importante del sistema internacional. Por ello, a la merma del territorio y su arrinconamiento geopolítico, se le unía la pérdida de su capacidad en el liderazgo internacional. Por tanto, la "mayor catástrofe

[1] Universidad de Granada
ORCID: 0000-0003-0984-0965
E-mail: santega@ugr.es

geopolítica del siglo xx" (Putin, 2005) resultó en una de las alteraciones más bruscas e inesperadas de la estructura de poder internacional.

Partiendo de los postulados del realismo ofensivo de Mearsheimer (2014)[2], estas circunstancias no fueron desaprovechadas por Occidente y especialmente por Estados Unidos (EE.UU.), que vio la oportunidad de incrementar su poder a expensas de su anterior rival en una clara apuesta por la hegemonía, y ello a pesar de que la existencia de un hegemón global es altamente improbable (Mearsheimer, 2001: 34). Para ello, EE.UU. trató de impulsar una nueva concepción de orden internacional que sirviese mejor a sus intereses y le permitiese extender su influencia a lugares antes vedados. El orden liberal al final de la Guerra Fría adquiere una voluntad transformadora internacional que busca la extensión de los valores liberales —librecambismo capitalista y democracia— como modelo de organización de los Estados a nivel interno (Sánchez, 2022).

Esta extensión del orden liberal ha tenido consecuencias muy negativas para Rusia, especialmente en el ámbito europeo. En primer lugar, en la medida que dicha extensión se ha realizado a través de organizaciones occidentales como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y la Unión Europea (UE), ha supuesto un desplazamiento de su influencia en su tradicional área de interés a favor de otros actores. Pero además, su proximidad supone un peligro considerado como existencial por el Gobierno ruso. La OTAN es una alianza militar creada para contener a Rusia, mientras que la UE es una organización de integración política que tiene como elementos característicos la democracia, el estado de derecho y el progreso y bienestar económico de sus sociedades, lo que supone un duro ejemplo para un sistema de gobierno autoritario y corrupto. El resultado de la expansión de Occidente hacia las fronteras rusas es la negación de su condición de potencia y una amenaza tanto para su seguridad como para la legitimidad de su forma de gobierno.

A pesar de ello, la actitud de Rusia no ha sido siempre de oposición hacia Occidente y las ampliaciones de sus organizaciones internacionales, existiendo durante destacados momentos históricos una cierta aquiescencia con dichos procesos y un buen entendimiento con Occidente. Ahora bien, especialmente desde la vuelta de Putin a la presidencia de Rusia en 2012, las relaciones entre este país y Occidente se deterioraron progresivamente hasta llegar a la situación de ruptura actual. Para entender la actual guerra de Ucrania es necesario analizar cómo el progresivo cambio en la estructura de poder internacional ha afectado de manera determinante a los intereses de Rusia. Pero, para explicar el cambio de actitud de Rusia hacia Occidente y su postura cada vez más asertiva, así como, especialmente, los tiempos de actuación en el conflicto de Ucrania, es necesario introducir en el análisis cuestiones internas de Rusia.

Es por ello que este trabajo tiene como marco analítico el realismo neoclásico ya que, a nuestro juicio, es la aportación más interesante para explicar cómo los cambios en la estructura de poder internacional pueden producir respuestas dispares por parte de diferentes, e incluso, del mismo Estado. Es, por tanto, su vertiente de teoría de política exterior la que nos permitirá analizar el conflicto de Ucrania, pero también, la que permitirá poder inferir algunas cuestiones sobre sus consecuencias en la estructura internacional.

2. Marco teórico

Aunque pueda ser cuestionado, no se puede argüir como descabellado tratar de explicar la actual guerra de Ucrania desde postulados realistas, más bien todo lo contrario, si se tiene en cuenta además el predicamento que el realismo tiene entre los académicos y políticos rusos (Morales, 2019; Romanova y Pavlova, 2012). Las consecuencias de la anarquía internacional, el egoísmo, la concepción antropológica pesimista del ser humano y la lucha por el poder mediante el uso del poder duro son elementos definitorios de la crisis. A pesar de la globalización, los grandes avances científico-técnicos, sociales, políticos y económicos, nuevamente estamos presenciando una guerra interestatal clásica y que, a pesar de sus modos, sería plenamente reconocible en su forma y motivaciones por Tucídides.

Sin duda, el realismo estructural y más concretamente el realismo ofensivo ofrecen un buen marco teórico donde encuadrar el conflicto de Ucrania como proceso internacional. Sin caer en la retórica rusa, es fácil observar cómo desde la desaparición de la URSS se ha producido una expansión de Occidente como polo de poder hacia la antigua área de influencia de Rusia (Mearsheimer, 2014; Mearsheimer, 2019). Las tensiones generadas por la resistencia de esta a verse privada de uno de los elementos fundamentales para seguir siendo una gran potencia y que pueden incluso poner en peligro su soberanía, o por lo menos la continuidad de su régimen, han tenido durante años a muchas de las antiguas exrepúblicas soviéticas, pero especialmente a Ucrania, como frente político, hoy militar, en esta lucha de poder.

Ahora bien, para entender la modulación de Rusia en su respuesta e incluso la misma decisión adoptada de invadir Ucrania, debemos introducir lo que el padre del neorrealismo denominaba despectivamente como teorías reduccionistas (Waltz, 1979: 64), esto es "la tendencia a explicar el conjunto con referencias a los atri-

[2] Resulta cuando menos curiosa la postura de Mearsheimer en el conflicto de Ucrania. Mientras que la actuación de EE.UU. con respecto a Rusia es perfectamente explicada y predicha en su teoría realista ofensiva, a la misma vez acusa a Occidente de ser el mayor responsable del conflicto que se inicia en Ucrania en 2014. Es por tanto paradójico que acuse a la gran potencia de comportarse como él afirma que estas se ven obligadas a actuar (Smith y Dawson, 2022: 7).

butos internos y el comportamiento individual de las unidades" (Lobell *et al.*, 2009: 13). En efecto, el realismo estructural tiene como gran virtud la de ofrecer una explicación del funcionamiento del sistema internacional en su conjunto (Moure, 2015: 82), pero como bien ha quedado de manifiesto, tiene importantes limitaciones a la hora de explicar por qué a pesar de los existir los mismos imperativos sistémicos —entendidos como todas aquellas circunstancias que pueden alterar la estructura (distribución) de poder internacional, ya sea como una oportunidad o amenaza y que por tanto deben provocar una reacción—, los Estados pueden actuar de manera diferente o, a juicio de los realistas estructurales, de manera no racional o subóptima (Ripsman *et al.,* 2016).

Antes de comenzar a abordar los elementos que nos hacen decantarnos por el realismo neoclásico como marco teórico, sería necesario indicar que no existe un consenso a la hora de encuadrarlo como una corriente dentro del neorrealismo o como una nueva aproximación. Si bien podría serlo por una mera cuestión temporal, en sus razonamientos se aleja de los fundamentos del mismo —teorías reduccionistas—. Adoptando un punto de vista ecléctico, usaremos realismo estructural para referirnos a todas aquellas corrientes que se centran en la estructura del sistema internacional como elemento explicativo, sin analizar cuestiones de política interna, frente al realismo neoclásico. Esto es así puesto que este, aunque al igual que el realismo estructural entiende que el medio internacional y la estructura del mismo son los elementos principales a la hora de explicar la actuación del Estado, no comparte que los Estados vayan a responder siempre igual, sino que defienden que su comportamiento depende también de una serie de factores internos. Ahí coinciden con los realistas clásicos, que modularán su respuesta.

Por tanto, esta aproximación trata de combinar los aspectos más interesantes del realismo clásico y del realismo estructural en su metodología (Götz, 2021) para una mejor comprensión de la política internacional añadiendo otro nivel de análisis (Mijares, 2015: 593). Así, los realistas neoclásicos incorporan variables internas y externas, defendiendo que el alcance y ambición de un Estado en el medio internacional se deriva primero y principalmente del lugar que ocupa en el mismo y especialmente de su poder. Pero, y aquí es donde difieren de los neorrealistas, el impacto de su poder en la acción exterior es indirecto y complejo puesto que las presiones que ejerce el medio internacional pueden verse afectadas por variables de carácter interno (Gideon, 1998: 46). Según los realistas neoclásicos, los Estados, para hacer frente a las consecuencias de la incertidumbre provocada por la anarquía internacional, tratarán de controlar y modificar su medio exterior de acuerdo con sus objetivos y preferencias. "La predicción empírica central del realismo neoclásico es (…) que a largo plazo, la cantidad relativa de recursos de poder material que poseen los países configurará la magnitud y la ambición (…) de su política exterior: a medida que aumente su poder relativo, los Estados buscarán más influencia en el exterior y a medida que decaiga, sus acciones y ambiciones se reducirán". El problema que se plantea es que para ellos la anarquía internacional "no es ni hobbesiana ni benigna, sino más bien turbia y difícil de leer" por lo que, además del poder relativo del Estado dentro del sistema internacional, las percepciones de los líderes políticos y las características de la política interna afectan a la comprensión y a las respuestas a los imperativos sistémicos (Gideon, 1998: 152).

Ahora bien, lo que conocemos como realismo neoclásico dista mucho de ser una única aproximación teórica. En uno de los mejores intentos por sistematizarla y desarrollarla se han identificado tres tipos de realismo neoclásico (Ripsman *et al.,* 2016). El tipo I trata de explicar las anomalías en las respuestas de los Estados ante claros imperativos sistémicos. Para ello se basan en los problemas derivados de la percepción imperfecta de la realidad de los líderes políticos y condicionantes derivados de la política interna. Por su parte, el tipo II tiene como objetivo ser una teoría de política exterior. Esto es, no solo pretende explicar dichas anomalías, sino que entiende que, en circunstancias en las que los Estados no se enfrentan a decisiones de vida o muerte, podrán adoptar diferentes cursos de acción ante imperativos sistémicos. En estas decisiones, la visión de los líderes, la cultura estratégica y los equilibrios políticos internos y otros imperativos políticos internos serán lo que nos permitan entender la decisión adoptada, por lo que ambos tipos refuerzan el poder explicativo del realismo estructural ya que pueden "explicar las variaciones en la política exterior de un Estado a lo largo del tiempo o de diferentes Estados haciendo frente a similares imperativos externos". No es, por tanto, una teoría del funcionamiento del sistema internacional, sino, más bien, de política exterior, ya que trata de explicar cómo será la actuación "de un Estado en particular ante los imperativos del sistema internacional", pero sin explicar el resultado de esas acciones sobre el sistema (Lobell *et al.,* 2009: 20).

Es por ello que estas aproximaciones han sido muy criticadas (Waltz, 1996) ya que se alejan de lo que debe ser una teoría de relaciones internacionales, eliminando su capacidad de predecir el comportamiento del sistema para convertirse en teorías de política exterior sin capacidad para explicar cómo la actuación de los Estados y sus interacciones condicionan el medio, siendo consideradas, más que teorías, instrumentos explicativos *a posteriori* del comportamiento de los Estados (Smith, 2018: 746). También han sido criticadas por la inclusión de un número elevado, e interno, de variables (Waltz, 1996: 57), pero además porque estas no son sistematizadas, resultando en una cuestión *ad hoc* su inclusión en los análisis, por lo que niega su carácter científico (Walt, 2002: 211). Todos estos elementos han provocado incluso que llegue a dudarse de que el realismo neoclásico pertenezca a la tradición realista —acercándola al liberalismo o incluso al constructivismo— (Ripsman, 2017: 11; Narizny, 2017) o más bien a la neorrealista, puesto que las cuestiones internas sí han formado parte del realismo clásico (Meibauer, 2020: 6).

En un claro intento por superar estas críticas, tratando de convertirse en una suerte de teoría del todo y satisfaciendo con ello las aspiraciones de Waltz de "proporcionar una teoría única capaz de explicar el comportamiento de los Estados, sus interacciones y resultados internacionales", esto es, "una teoría unificada de las relaciones políticas internas y externas" (Waltz, 1996: 57), encontramos una de las aportaciones, a nuestro juicio, más relevantes no solo dentro del realismo sino también de las teorías de las relaciones internacionales y que jalona el desarrollo teórico del realismo junto con las obras de Morgenthau, Waltz y Mearsheimer. Nos estamos refiriendo a la aparición del tipo III del realismo neoclásico desarrollado por los profesores Ripsman, Taliafero y Lobbell (Ripsman *et al.,* 2016). A diferencia de las otras visiones neoclásicas, pretende ser una teoría propia y diferenciada del realismo estructural que, por un lado y al igual que los tipos I y II, corrija algunas deficiencias identificadas en el realismo estructural pero que además explique el comportamiento de los Estados ante los imperativos sistémicos, la política exterior y, en última instancia y aquí su novedad, la estructura internacional. Esta es el resultado de imperativos sistémicos —donde coinciden con los realistas estructurales—, pero también y en gran medida de las estrategias seguidas en el largo plazo —gran estrategia— por las grandes potencias que tratarán de dar respuestas a esos imperativos pero según sus propios condicionantes internos (Ripsman *et al.,* 2016; Kitchen, 2010).

Así, mientras que el realismo estructural sitúa los imperativos sistémicos y más concretamente los cambios en la estructura de poder como el elemento principal de su análisis -o si se prefiere variable independiente- ya que son estos los que van a explicar la actuación de los estados -variable dependiente-, pero con la tendencia a verla como un automatismo, los realistas neoclásicos entienden que existen una serie de cuestiones que van a influir en dicho proceso (Ripsman *et al.,* 2016). En primer lugar destacan los problemas que los imperativos sistémicos presentan en cuanto a su digestión por los estados, clasificándolos como percepción y percepción errónea; la claridad de las señales; los problemas de racionalidad y la necesidad de movilizar recursos estatales. Esto es, dudan de que los imperativos sistémicos sean siempre bien entendidos o entendibles, de la racionalidad de los líderes y también de la capacidad de los decisores para desarrollar el *poder estatal* (Zakaria, 2012; Taliaferro, 2006) necesario para responder. Además entienden, en una simbiosis de los postulados de los realistas defensivos y ofensivos, que el medio internacional puede ser restrictivo o permisivo —dependiendo de la inmediatez y gravedad de las amenazas y oportunidades—, y que existen una serie de *modificadores estructurales* —geografía, tecnología, armas nucleares y otros— que pueden alterar el efecto de los imperativos sistémicos. En segundo lugar, y frente a las acusaciones del uso de variables *ad hoc* en su análisis, introducen las variables intervinientes que son las que explican la correlación entre las otras dos variables. Estos factores serían, la percepción del o de los líderes, la cultura estratégica, las relaciones entre el Estado y la sociedad y el papel de las instituciones domésticas.

El objetivo de esta investigación será analizar la evolución de las relaciones entre Rusia y Ucrania y la actual guerra entre ambos Estados usando los postulados del realismo neoclásico. En este sentido, la evolución política internacional de Ucrania desde su independencia hasta el día de hoy será tratada como parte de los cambios en la estructura de poder y como un imperativo sistémico para Rusia. En cambio, las acciones de Rusia serán analizadas teniendo en cuenta las variables intervinientes que nos permitan explicar sus diferentes respuestas a lo largo del tiempo a la vez que la oportunidad de las mismas. Por último, analizaremos cómo los imperativos sistémicos se pueden ver afectados por las variables intervinientes rusas para hacer realizar alguna inferencia sobre la evolución de la actual guerra.

3. Rusia y Ucrania. Una colisión inevitable

3.1. Desde la independencia de Ucrania hasta el Euromaidán

A lo largo de la historia, Ucrania ha sido un territorio con una importancia nuclear para Rusia, además de la república que nunca pensaron perder (Rywkin, 2003: 6). De hecho, es muy difícil desglosar la historia de Rusia y Ucrania hasta épocas muy recientes. La Rus de Kiev, como se conocía a Rusia en la edad media, apareció en la actual Ucrania, quedando desde entonces ligada, de una u otra forma, a Rusia. Pero además de su pasado y de los componentes étnicos, lingüísticos y de credo, existen otros elementos de proximidad entre ellas. Así, casi un cuarto de la población ucraniana es de origen ruso, lo que a diferencia de otras exrepúblicas durante mucho tiempo no supuso un motivo de conflictos (Pirani, 2007). El ruso es el segundo idioma en Ucrania, e incluso después de los acontecimientos de 2014, han existido importantes relaciones comerciales y otros vínculos económicos (CIA, 2022), aunque también existían elementos de fricción derivados del Holodomor y otras cuestiones históricas y territoriales.

A la hora de analizar las relaciones entre las dos naciones se puede trazar una línea divisoria a partir de 2014. Antes de esa fecha estas habían basculado entre el acercamiento y el distanciamiento de las relaciones políticas. Los elementos de fricción habían girado en torno a tres factores principales. El primero y más importante, puesto que iba a condicionar la evolución de los otros dos, era el alineamiento político entre Occidente o Rusia de los Gobiernos de Kiev (Sánchez, 2014: 93). Así durante los primeros años, con las presidencias

de Leonid Kravchuk y Leonid Kuchmá, Ucrania había tratado de mantener una postura ecléctica entre ambos polos. Buscaba, por un lado, incrementar sus relaciones comerciales con Occidente y reforzar su independencia como Estado. Estos dos elementos le llevarían a chocar periódicamente con Moscú, puesto que tanto en los aspectos económicos como en los políticos, culturales y sociales, implicaban un distanciamiento de Rusia.

Estos difíciles equilibrios del primer periodo terminaron bruscamente con lo que se conoció como Revolución Naranja, que se desencadenó por el fraude electoral en las elecciones presidenciales de 2004 y culminó en enero de 2005 con la elección del prooccidental Víktor Yushchenko. Esta polarización de la política ucraniana fue el resultado del importante desencanto de una gran masa social con la corrupción imperante y que veía en la aproximación a Occidente un remedio a los problemas del país, frente a otra parte de la población más cercana a Rusia (Bugajski *et al.,* 2008: 9). Esta decisión además coincidía con una distribución territorial entre el occidente y el oriente ucraniano (Katchanovski, 2006). Sin duda, esto supuso el mayor cambio en la política ucraniana respecto a su vecino. Si hasta entonces se había buscado mantener cierta autonomía e independencia respecto de Rusia, el Gobierno surgido tras la Revolución Naranja optó por una política más desafiante con Moscú, planteando incluso la incorporación de Ucrania a la OTAN y a la UE.

En 2010 la situación cambiaría de nuevo con la elección del prorruso Víktor Yanukóvich y el *wende* de la política ucraniana hacia Rusia, puesto que gran parte de la población no entendía que el acercamiento a Occidente tuviese que realizarse forzosamente a costa del distanciamiento con Moscú (Taras, 2010: 9), mientras que las medidas de presión que Moscú aplicó durante estos años rindieron sus frutos (Sánchez, 2014). El nuevo entendimiento político se plasmó en una renuncia de Kiev a unirse a la OTAN, la renovación hasta 2042 del arrendamiento de la base naval de Sebastopol y una nueva ley sobre el estatuto del idioma ruso (Tsygankov, 2015).

Los otros dos elementos de fricción entre Rusia y Ucrania y que evolucionaron al son de las relaciones políticas estuvieron relacionados con las cuestiones territoriales, principalmente la península de Crimea —cuya cesión en 1954 a Ucrania fue declarada ilegal por el legislativo ruso en 1992— y su importante base de la flota rusa en Sebastopol, por la cuenca del Donbás, así como en el estrecho de Kerch, el mar de Azov y la isla de Tuzla (Massansalvador, 2005: 173). También por cuestiones económicas derivadas de los impagos de Ucrania del gas ruso consumido y por los intentos de Rusia de hacerse con el control de importantes activos económicos ucranianos, especialmente de sus ductos.

Ahora bien, a pesar de las importantes crisis que se produjeron, especialmente con la Revolución Naranja y las guerras del gas de 2006 y 2009, la actitud de Rusia distó mucho de lo que hemos visto desde 2014 hasta la actualidad. Como es bien conocido, en noviembre de 2013 estalló una importante crisis en Ucrania que supondría una profunda alteración de las relaciones entre ambas. La crisis tuvo como detonante la negativa del presidente Yanukóvich a firmar el Acuerdo de Asociación entre la UE y Ucrania, apostando, en su lugar, por la integración del país en la Comunidad Económica Euroasiática, una unión aduanera impulsada por Rusia. Esta decisión motivó una serie de protestas cuyo epicentro tuvieron lugar en la plaza Maidán de Kiev y que fueron reprimidas ferozmente por parte del Gobierno. Ante la escalada de la violencia, el 21 de febrero de 2014 con la intermediación de la UE y de Rusia se llegó a un acuerdo entre el Gobierno y la oposición, pero antes de que pudiese aplicarse el presidente Yanukóvich abandonó el país temiendo por su propia seguridad.

Desde el comienzo de la crisis de Ucrania no hubo dudas de que, además de responder a un problema interno del país, el conflicto tenía una destacada dimensión internacional. La crisis estalló por una cuestión de política exterior que iba a determinar la alineación del país con la UE o con Rusia. Esto quedó de manifiesto durante las protestas en las que EE.UU. y la UE alentaron a la oposición, mientras que Moscú trataba de sostener en el poder a Yanukóvich (Nalbandov, 2018: 218; Charap, *et al.,* 2014). Rusia llevó a cabo una serie de acciones de una contundencia inusitada. La primera fue la anexión de Crimea mediante una operación militar poco convencional y un posterior referéndum de autodeterminación La segunda, apoyando —o más bien creando— un conflicto interno en la zona más oriental de Ucrania (Remiro, 2018).

Los postulados del realismo neoclásico nos pueden ser de extrema utilidad a la hora de explicar el cambio tan importante en la política rusa. Lo primero a destacar sería que este tipo de actuación responde a la premisa básica e inicial de este paradigma según la cual la cantidad relativa de recursos de poder material que poseen los países configurará la magnitud y la ambición de su política exterior. En este sentido las ambiciones de Rusia en Ucrania, pero también en todo su *extranjero cercano,* se han incrementado como consecuencia de los cambios operados en Rusia a nivel interno. Así, la llegada al poder de Vladimir Putin permitió un reforzamiento del poder central que pudo aumentar de manera significativa la capacidad de extraer recursos de poder material de su sociedad, lo que fue posible gracias a la toma del control de sector energético y a los altos precios de los hidrocarburos, lo que favoreció una mayor presencia internacional de Rusia. El incremento de sus ambiciones en Ucrania y la escalada en la injerencia en los asuntos internos y los medios de presión utilizados están directamente conectados con ese proceso.

Ahora bien, lo que acabamos de decir sería el resultado. Lo más relevante sería discernir los elementos que explicarían las decisiones adoptadas. En primer lugar aparece el cambio en la estructura de poder. Desde los primeros años de la caída de la URSS, Occidente y en un sentido más específico sus organizaciones internacionales, la OTAN y la UE, comenzaron un proceso paulatino pero continuo de expansión hacia las fronteras

rusas, a lo que se sumó la actitud de EE.UU. especialmente después de los atentados del 11 de septiembre hacia posiciones hegemónicas y revisionistas del orden de Naciones Unidas tratando de suplantarlo por el orden liberal. No olvidemos que este es un orden ideológico que en última instancia afecta a la soberanía de los Estados puesto que, además de establecer las reglas del juego internacionales, persigue un modelo de organización interna de estos en torno a ideales capitalistas y democráticos (Sánchez, 2022: 10). Aunque Rusia siempre mantuvo una política de oposición clara a la ampliación de la OTAN, no mostró una especial beligerancia con este cambio tan destacado en la estructura de poder hasta 2014 —exceptuamos la intervención militar en Georgia de 2008 por ser una operación destinada a mantener el *statu quo* (Sánchez, 2020: 175)—. Por ello, como defienden los realistas neoclásicos, los imperativos sistémicos, pese a ser bien entendidos y digeridos, no siempre producen los mismos resultados, incluso en un mismo país.

Para entender el cambio operado en la política rusa hacia Ucrania tenemos que introducir las variables intervinientes. De las cuatro identificadas anteriormente descartaremos, en este primer análisis, el papel de las instituciones domésticas, puesto que sin llegar a ser el *Autócrata de todas la Rusias*, parece claro que Putin ejercía un poder tal que sus decisiones no dependían del "grado en el que debía consultar o respetar los intereses de los principales sectores de su población como militares, la aristocracia o las élites económicas" (Ripsman, *et al.,* 2016) ya que muy desde el principio de su mandato estos quedaron domesticados (Goldman, 2008: 97).

En cambio, una variable muy destacada para entender las actuaciones de Rusia son las percepciones del líder. Existen destacados trabajos sobre la personalidad de Putin (Gessen 2012; Goldman, 2008) e incluso una suerte de autobiografía (Putin *et al.*, 2000) que nos permiten entender elementos fundamentales de su carácter e ideología así como el impacto que tuvo su pertenencia al KGB, la caída de la URSS y su paso por la política de San Petersburgo en las mismas. No obstante, nuestro propósito no es explicar sus decisiones por cuestiones subjetivas de su personalidad, algo que nos llevaría más hacia el constructivismo que al realismo, sino que, tomando como punto de partida algunas de ellas, nos centraremos en el cambio de su percepción y actitud hacia Occidente y el impacto de este proceso en sus decisiones.

Es posible afirmar que Putin, aunque conocido por su tendencia a correr riesgos, su nacionalismo expansionista, nostalgia de la grandeza rusa, sus tendencias autoritarias y dado a entender el mundo en una concepción polarizada entre ellos —Occidente— frente a nosotros ha sufrido un proceso de distanciamiento y de profunda desconfianza hacia Occidente a la vez que ha virado hacia posiciones más nacionalistas y conservadoras (Immelman y Trenzeluk, 2017). Se podría pensar que este viraje se debe a movimientos tendentes a fortalecer su poder en el interior de Rusia. El nacionalismo y la ideología han sido instrumentos usados por muchos líderes para reforzar sus posiciones e incrementar su *poder estatal,* y es más que probable que estos cálculos formen parte de la actuación de Putin para reforzar su régimen (Bukkvoll, 2016). A pesar de ello, existen una serie de cuestiones que han contribuido a producir una profunda desconfianza y recelo de Putin hacia Occidente y sus intenciones, y que explican las actuaciones de Rusia en Ucrania desde 2014.

Estos no son más que una serie de acontecimientos internacionales que han sido entendidos por el líder ruso como imperativos sistémicos que suponen amenazas contra Rusia. En primer lugar aparecen todos aquellos que afectan a su poder en la escena internacional y que estarían relacionados con el desmantelamiento de la arquitectura de seguridad surgida tras la II Guerra Mundial y la Guerra Fría. Los más relevantes han sido las vulneraciones del principio de prohibición de la amenaza o el uso o de la fuerza armada recogido en el artículo 2.4. de la Carta de San Francisco cometidas por EE.UU. y sus aliados occidentales. La primera de ellas contra Serbia en 1999 supuso la apropiación por parte de la OTAN de la función principal del Consejo de Seguridad, dinamitando, de paso, la capacidad de Rusia de usar su derecho de veto, instrumento que representa el respeto de la configuración de poder resultante de la II Guerra Mundial. Pero además, sus consecuencias supusieron una violación de los acuerdos de Helsinki, elemento fundamental de distensión durante la Guerra Fría y la piedra angular de la seguridad europea (Bilandzic, 2015). Esta tendencia no hizo sino aumentar con la llegada del siglo XXI y la aparición de lo que ha venido en denominarse liberalismo ofensivo, esto es la estrategia para garantizar la paz y sobre todo la seguridad internacional llevada a cabo unilateralmente por EE.UU. y sus aliados imponiendo la democracia por todos los medios, incluido el uso de la fuerza armada al margen de las Naciones Unidas si fuese necesario (Miller, 2010; Gilmore, 2014; Cardinale, 2017) y que está detrás de las intervenciones militares de Irak y Siria, aunque también explican los cambios de régimen en Afganistán y Libia. Esta última tuvo un impacto muy destacado sobre la política interna de Rusia y en la percepción de Putin (Tsygankov, 2016).

A pesar de que la abstención de Rusia hizo posible la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el abuso en la interpretación del mandato fue entendido como un ataque directo contra los intereses de Moscú en la región y una rendición ante el expansionismo de Occidente, definido por Putin como los nuevos cruzados, que no hacían más que desestabilizar otro país impulsando de paso movimientos islamistas (Sakwa, 2019: 8). Esto provocó el fin de la política del *reset* con EE.UU. y la pérdida de confianza de Putin en el proyecto más occidentalista de Medvedev (Sánchez, 2020: 178; Abu-Tarbush, y Granados, 2018). Pero además, el final de Gadafi tuvo un enorme impacto psicológico en Putin que teme sufrir el mismo final (Ghattas, 2022).

Otro elemento destacado en el cambio de percepción de Putin respecto de Occidente y vinculado con el cambio de la arquitectura de seguridad internacional sería la ampliación de la OTAN. Independientemente de que fuesen reales o no las garantías que se le dieron a la URSS sobre la no extensión al este de la organización, lo cierto es que Putin siempre se ha mostrado contrario a ellas, especialmente desde la gran ampliación de 2004, de tal forma que la evolución de la doctrina rusa de política exterior y seguridad cada vez ha tendido a una mayor identificación de esta organización y a los EE.UU. como la principal amenaza contra Rusia (Morales, 2018; Morales 2017b). En segundo lugar, este acercamiento de la OTAN hacia sus fronteras ha coincidido con el desmantelamiento de importantes acuerdos en control de armas. Nos estamos refiriendo principalmente a la retirada de EE.UU. en el año 2001 del Tratado sobre Misiles Antibalísticos para desarrollar su escudo antimisiles que, aunque tenía a Irán como pretexto, supone una alteración radical de la estructura de seguridad europea y una clara amenaza al poder nuclear de Rusia (Sanahuja, 2022: 43). A esta retirada, y como consecuencia a la misma, se sumó la de Rusia en 2002 del Tratado de Reducción de Armas Estratégicas II de 1993 y la suspensión en 2007 de su participación en el Tratado de Fuerzas Armadas Convencionales en Europa de 1990, aunque también es cierto que lo estaba violando desde 2002 (Ciobanu, 2004).

El último imperativo sistémico que explica el cambio de actitud de Putin hacia Occidente es aún más complejo, puesto que aunque en primera instancia podría pensarse que solo afectaría al poder internacional de Rusia, tiene un impacto sobre su soberanía o, mejor dicho, sobre la capacidad de supervivencia del régimen. Este estaría relacionado con el liberalismo ofensivo o el internacionalismo democrático, esto es la capacidad del orden liberal de expandirse y producir cambios en Gobiernos de diferentes países (Sakwa, 2019: 13). En este sentido, destacan las denominadas "revoluciones de colores", una serie de movilizaciones políticas que consiguieron reemplazar en algunas exrepúblicas soviéticas a dirigentes próximos a Moscú —y amenazar a otros— por otros más favorables a Occidente y, por tanto, partidarios de la integración en la OTAN y la UE. Estas acciones, alentadas y apoyadas por EE.UU. y la UE, fueron vistas como una amenaza directa por parte de Rusia. En primer lugar, estos cambios políticos significaban una merma de la influencia de Rusia en la región en detrimento de Occidente, lo que venía a cuestionar directamente sus aspiraciones de seguir siendo considerada como una gran potencia del sistema internacional y la potencia dominante en el espacio postsoviético (Kramer, 2008). Tras la intervención de Libia en 2011 las "primaveras árabes" van a ser vistas como parte del mismo proceso, y explicarían la intervención militar de Rusia en Siria (Dannreuther, 2019). Estas no solo suponían una amenaza contra los intereses de Rusia. Cuando entre 2011 y 2013 se produjeron manifestaciones en Rusia en contra de los resultados de las elecciones legislativas y la vuelta de Putin a la presidencia de la Federación, fueron percibidas por este más que como una muestra del descontento de la población contra el Gobierno, como un nuevo intento de Occidente de interferir en los asuntos internos de terceros, alentando un cambio de gobierno esta vez en la propia Rusia (Morales, 2017a: 93). Por tanto, percibía que de no intervenir contra esos procesos revolucionarios, dado un posible efecto contagio, su propio régimen corría peligro (Larrabee *et al.* 2015: 3).

En este contexto, el cambio de gobierno y de orientación política de Ucrania en 2014 fue entendido como una amenaza por Putin. En primer lugar, no identificó la crisis con los problemas económicos de corrupción o identitarios que el país arrastraba desde su independencia, sino que lo entendió como un cambio político auspiciado por Occidente con el objetivo de aislar a Rusia. En segundo lugar, podría conllevar una integración de Ucrania en la UE o en la OTAN, lo que en sí mismo planteaba tres escenarios preocupantes. La propia colindancia de dichas organizaciones era una amenaza contra su seguridad e independencia política, ponía en riesgo la continuidad de su principal base marítima en el mar Negro y, además, sin Ucrania, el proyecto de integración económica impulsado por Rusia quedaba herido de muerte.

Hasta ahora hemos podido explicar cómo los imperativos sistémicos habían sido digeridos por Putin como amenazas que afectaban a la supervivencia de Rusia. Las acciones que llevó a cabo en Ucrania pueden ser entendidas plenamente si usamos la tercera de las variables intervinientes: la cultura estratégica que incluiría tanto las creencias, cosmovisiones y expectativas de la sociedad como el comportamiento de las fuerzas armadas como cuerpo burocrático y que explica cómo se perciben los imperativos sistémicos y, lo que es más importante, cómo se adaptan y responden a ellos (Ripsman *et al.,* 2016).

Lo primero que destaca es el cambio operado desde 2012 en la cultura estratégica. Ya hemos comentado cómo la doctrina oficial rusa se había vuelto más beligerante contra Occidente, pero además desde su tercer mandato Putin introdujo importantes cambios en su política interna. Así, se apoyó e impulsó la defensa de los valores tradicionales rusos. Estos son un fuerte nacionalismo, la comunión Estado-Iglesia ortodoxa, un destacado discurso antioccidental y la idea de Rusia como civilización euroasiática, a la vez que se ha producido un retroceso importante en las libertades fundamentales (Matlary y Heier, 2016: 197; Tsygankov, 2015: 13). Estas ideas vuelven sobre una temática tradicional rusa, su excepcionalidad y cierta paranoia recurrente sobre los intentos de contenerla y/o exterminarla provenientes del exterior y que tradicionalmente han impulsado el imperialismo ruso (Galeotti y Bowe, 2014). Como la tercera Roma que afirma ser, hereda de la primera la noción del expansionismo como mecanismo de autodefensa, por lo que la respuesta dada en Ucrania en 2014 responde claramente a esta forma de pensar.

La anexión de Crimea garantizaba la permanencia de la base de Sebastopol y recuperaba un territorio de una importancia estratégica e histórica de gran relevancia para Rusia, mientras que la forma de actuar en el Donbás y la desestabilización de Ucrania impedía su integración en la OTAN o la UE. Aunque se distanciase de la órbita rusa seguía cumpliendo con la función de Estado amortiguador. Esta táctica de desestabilización mediante la creación de un conflicto interno en un país de su antigua órbita, con el objetivo de impedir su independencia política, es una técnica en la que los rusos han demostrado una gran maestría y que han practicado en Nagorno Karabaj, Transnistria y Abjasia-Osetia del Sur entre otros lugares (Sánchez, 2014: 162).

Además, estas acciones —cambio en la cultura estratégica y la actuación en Ucrania— permitían modificar según la conveniencia de los intereses de Putin la última de las variables intervinientes —relaciones entre el Estado y la sociedad—. Esta explica, entre otras cosas, la capacidad para extraer recursos de la sociedad y movilizar el *poder estatal* (Ripsman, *et al.,* 2016). De una parte, la vuelta de los valores tradicionales rusos hacía que la recuperación de Crimea y la contención de Occidente contribuyesen a aliviar la "pérdida" de Ucrania a la vez que catapultaba la popularidad de Putin, muy afectada desde las protestas de 2011 (Bukkvoll, 2016; Cannady, 2014). Con ello se favorecía una mayor cohesión social, lo que le permitía desplegar una política internacional más ambiciosa, como quedó de manifiesto desde 2014 con las intervenciones en Ucrania y Siria y el incremento de la presencia rusa en nuevos lugares como África. Todo ello nos ayuda a entender la actual guerra de Ucrania. De otra, y lo que es más importante, en su relación coste beneficio, esta actuación no suponía una ruptura del *pacto de no participación, "*el modelo de Putin de relación entre Estado y sociedad (…): cada uno se ocupa de sus propios asuntos y no interfiere en el ámbito del otro. (…) Puede que el Kremlin haya monopolizado la toma de decisiones, pero en gran parte no interfiere en la vida de los ciudadanos, permitiéndoles vivir sus propias vidas y buscar la satisfacción de sus propios intereses, siempre y cuando no interfieran en el ámbito del gobierno*"* (Lipman, 2011).

3.2. Rumores de guerra

El objetivo de este apartado no es el de analizar el complicado periodo de las relaciones entre Rusia y Ucrania desde el año 2014 hasta la actualidad, sino el de explicar según nuestro marco teórico la decisión rusa de invadir Ucrania el 24 de febrero de 2022. Para ello nuevamente nos centraremos en los imperativos sistémicos y en el impacto de las variables intervinientes en la adopción de decisiones.

Partiendo de los cambios estructurales, y a diferencia de lo que había sucedido con anterioridad, en la última década es posible identificar cómo los imperativos sistémicos han sido favorables a los intereses rusos. La práctica totalidad de este cambio a nivel estructural está relacionado con lo que se ha identificado con una crisis del orden liberal. Si en las secciones anteriores hemos vinculado la expansión del orden liberal, sus instituciones y en última instancia su capacidad transformadora internacional como una amenaza contra los intereses rusos, en los últimos años estamos asistiendo a una profunda crisis de este orden como resultado de una merma de su legitimidad y el cambio en la estructura de poder. Identificaremos solo algunas cuestiones derivadas de esta situación relacionadas con nuestro objeto de estudio.

Lo primero que aparece es el desgaste sufrido por EE.UU. como potencia con aspiraciones hegemónicas y principal defensora del orden liberal incluso por procedimientos "ofensivos". Las guerras y los fracasos en las invasiones de Irak y Afganistán y la progresiva *vietnamización* de dichos conflictos, junto con la reorientación estratégica de EE.UU. hacia el Pacífico y cuestiones internas relacionadas con la crisis económica y la polarización de su sociedad, le restaron capacidad para seguir impulsando dicho proceso. Este cambio se vio acrecentado tras la elección de Donald Trump como presidente en 2016. Su mandato, a pesar de que en un principio estuvo marcado por una simpatía hacia Putin y un acercamiento a Rusia, cambió hacia un curso de colisión principalmente por la intervención en Siria, la ayuda militar estadounidense a Ucrania y una nueva carrera armamentística (Nieto, 2018). En cambio, la Administración Trump supuso un cierto desmantelamiento del orden liberal y sus instituciones como la defensa y potenciación de la OTAN, el libre comercio y la promoción de los derechos humanos que, por otra parte, habían sido tradicionalmente principios fundamentales de la política exterior estadounidense (Rutland, 2017: 41). Todo ello, entre otros motivos, favoreció uno de los mayores distanciamientos entre EE.UU. y sus socios europeos desde el final de la II Guerra Mundial.

Pero las grietas en el bloque occidental no solo estuvieron entre ambos lados del Atlántico. Estas aparecieron también entre los socios europeos; una dinámica que ya venía produciéndose desde la guerra de Irak, la crisis financiera de 2008 y que se acentuó tras la migratoria provocada por el conflicto sirio. Así, la respuesta que los socios de la UE dieron ante las actuaciones de Rusia en Ucrania en 2014 no destacaron por su contundencia, más bien todo lo contrario, como quedó de manifiesto ante los problemas a los que se enfrentaron a la hora de acordar las sanciones contra Rusia —que además para 2016 su economía ya había superado— (Ashford, 2016; Ramirez, 2016). Pero también, durante esos años aparecieron partidos políticos de corte populista en Europa que han manifestado su oposición al proyecto europeo, un destacado antiamericanismo, rechazo a la OTAN y que han visto en el modelo ruso de *democracia soberana* una alternativa atractiva a los problemas derivados de la globalización y la pérdida de soberanía de sus Estados, manifestando muchos de ellos sus simpatías y admiración por Putin, e incluso algunos han llegado al poder, como en el caso de Hungría (Romanova,

2016: 380; Dalibor, *et al.,* 2017: 11; Chryssogelos, 2010). Esta situación de división y crisis interna, aunque no directamente conectada con las simpatías rusas, no hizo sino acrecentarse con el BREXIT.

Por último, la crisis del orden liberal coincide, como no podía ser de otra forma, con el surgimiento de un bloque iliberal de Estados liderados por Rusia y China, pero al que se han sumado un número destacado de países del denominado *sur global*, contrarios a los valores del orden liberal y a su instrumentalización por parte de Occidente, y que están impulsando un modelo alternativo a este de orden internacional —*internacionalismo soberano*— (Sakwa, 2019).

Esta crisis de Occidente puede haber tenido un importante impacto en el cambio en la percepción de Putin —variable interviniente— sobre la respuesta a la que podría enfrentarse ante una invasión de Ucrania. A la relajación progresiva del sistema internacional ante las violaciones del principio de prohibición del uso de la fuerza se le unía la propia debilidad de la alianza atlántica en su sentido más amplio (Sherr, 2013). Pero además, en estos años, Putin ha consolidado su viraje personal y político hacia posiciones más antioccidentales y nacionalistas e imperialistas, culpando directamente a Occidente de la desmembración de la Rusia histórica (Putin, 2021). La vertiente interna de estas percepciones ha ahondado en el reforzamiento de sus valores, Iglesia ortodoxa, la singularidad de su civilización frente a Occidente —eurasianismo— y la tendencia a ver cualquier manifestación de oposición contra su régimen o el de sus aliados como una quinta columna de Occidente contra Rusia, como quedó en evidencia en las manifestaciones de 2021 tras la detención de Navalny (Amarasinghe, 2021; Frye, 2021).

La percepción de debilidad de Occidente y el antagonismo con sus objetivos le ha llevado además a una actuación internacional mucho más asertiva en la que no ha dudado en usar la fuerza armada de forma directa o indirecta para defender los intereses de Rusia en el extranjero, como demuestran las intervenciones militares en Siria, Kazajistán e incluso en Libia (Echeverría, 2020). Podemos suponer que la patética retirada occidental de Kabul en agosto de 2021 solo haría ahondar en estas percepciones.

Por último, otro elemento que, aunque especulativo, nos parece necesario mencionar estaría relacionado con el impacto del aislamiento de Putin como consecuencia de la COVID-19, que parece haberlo vuelto más desconfiado, aislado y desconectado de la realidad (Sanger y Troianovski, 2022, Moore*,* 2022). Por tanto, la percepción de la realidad internacional de Putin se ve condicionada por una posición más nacionalista, antioccidental, asertiva y alejada de la realidad. Además, en lo que respecta a Ucrania, esta se ha caracterizado por una soberbia y desprecio absoluto por el país, sus líderes y sus fuerzas armadas (Sonne *et al.,* 2022). Como ha quedado de manifiesto después de casi dos años de guerra, estas interpretaciones de claros imperativos sistémicos han resultado un buen ejemplo de *percepción errónea*.

En cuanto a la cultura estratégica rusa se puede apreciar la acentuación del cambio operado desde 2014 y que hacía prácticamente inevitable la invasión de Ucrania. Esto es, el cambio de un paradigma de seguridad material a uno de seguridad ontológica. En él, ya no solo están en juego los intereses de Rusia en un contexto de competición geopolítica, sino que lo que peligra es su propia existencia e identidad (Morales, 2018). Ha continuado el desmantelamiento de la arquitectura de seguridad europea y la vuelta a prácticas de la Guerra Fría. El despliegue del escudo antimisiles en Rumanía y especialmente en Polonia en 2016 y 2022 respectivamente, la retirada de EE.UU. del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio en 2018 (Sanahuja, 2022: 44) y el despliegue de importantes capacidades de la OTAN en el este de Europa para hacer frente a Rusia han contribuido a este cambio en el paradigma de seguridad ruso y a potenciar la idea de cerco, como queda recogido en su estrategia de seguridad nacional de 2021, donde la OTAN y EE.UU. son su principal amenaza, sin visos de cooperación posible (Russian Federation, 2021).

Pero además, el giro nacionalista e imperialista de la política rusa viene a reconocer su derecho a expandirse, negando de paso la existencia de Ucrania —y de Bielorrusia— (Putin, 2021). El hecho de que la primera fuese un Estado independiente que desde 2014 basculaba más intensamente hacia Occidente en términos políticos y económicos, pero no olvidemos también militares, suponía un atentado contra la identidad y existencia de Rusia. Por último, la intervención en Siria pareció mostrar la culminación exitosa del proceso de reforma y modernización de sus fuerzas armadas iniciado en 2008 tras el pobre desempeño en Georgia, otorgándole además una magnífica oportunidad de probar y mejorar sus capacidades y doctrina de combate.

En lo que respecta a las relaciones Estado-sociedad, se puede apreciar cómo según los datos disponibles en Levada-Center, el discurso antioccidental de Putin parece haber calado en su sociedad, mostrando una actitud muy negativa hacia Occidente en los meses previos a las dos intervenciones en Ucrania en 2014 y 2022. En cambio, y paradójicamente, esta actitud no significaba una aprobación de Putin que desde el año 2011 había visto cómo entraba en una senda descendente hasta alcanzar mínimos históricos —60 puntos— durante los meses previos a la anexión de Crimea. Por el contrario, esta junto con la intervención en Siria provocaron que su popularidad alcanzase máximos históricos en 2015 —89 puntos—. Esta misma dinámica se repitió a partir de 2018 llegando a los 59 puntos en 2020. Pero de nuevo, y a pesar de los reveses militares sufridos, la guerra de Ucrania la ha vuelto a disparar por encima de los 80 puntos, por lo que se puede deducir que el pueblo ruso comparte las ambiciones expansionistas de su líder y que él es consciente del revulsivo que estas acciones tienen sobre su aceptación y lo que ello supone sobre la capacidad de desplegar el *poder estatal.*

Es por ello que si tenemos en cuenta que en la última década la estructura internacional había basculado hacia los intereses rusos, que la percepción de Putin es más antioccidental, ambiciosa, expansionista y posiblemente ajena a la realidad, junto con el cambio operado en el paradigma de seguridad ruso y sus mayores capacidades y con la aceptación que entre los rusos tienen las ambiciones imperiales, la intervención militar en Ucrania podría entenderse como una decisión lógica. Putin había sido convencido de que sería una operación de descabezamiento rápida de Ucrania —presuponiendo que Zelensky haría lo mismo que Yanukóvich— y que en unos pocos días les permitiría recuperar el control sobre el país y reintegrarlo en la órbita rusa tal y como se desprende de los planes operacionales del Ejército ruso.

4. Análisis prospectivo de la guerra de Ucrania y sus implicaciones sistémicas

De la misma forma que el realismo neoclásico ha sido un instrumento útil para entender la actual situación, puede ofrecernos claves sobre su devenir. Así, partiendo de un escenario de guerra prolongada en el que Rusia pueda sufrir, como hasta ahora, derrotas significativas —imperativo sistémico—, sería necesario analizar cómo influyen en sus decisiones las variables intervinientes. La primera de ellas —las percepciones del líder— son poco halagüeñas, pues parece que el hecho de plantear la guerra como una lucha existencial indicaría la voluntad de seguir con ella hasta conseguir si no los objetivos iniciales, sí el control de los territorios formalmente anexionados. Si además pudiese creer que su propia continuidad en el poder estuviese en riesgo, sus decisiones podrían ser mucho más desproporcionadas, como se desprende de sus continuas amenazas nucleares. No hay que olvidar que estas son un *modificador estructural* que en última ratio le permitirían hacer frente a un cambio muy significativo en la estructura de poder en su contra. La cultura estratégica de Rusia podría favorecer las actuaciones identificadas antes, puesto que el país ha demostrado una capacidad de sacrificio y de esfuerzo muy destacada a lo largo de su historia y sí, además, se tiene en cuenta el fin que tuvieron Jrushchov y Gorbachov, se entiende que el fracaso no es una opción muy valorada en las élites rusas.

Por otro lado, sería necesario ver qué sucede con las otras dos variables intervinientes. Así, una guerra prolongada con reveses militares podría romper con el *pacto de no participación* —si no lo ha hecho ya—. El impacto económico de las sanciones, la movilización de ciudadanos para luchar en la guerra y el aumento de las bajas puede cambiar la tendencia de los rusos a no entrometerse en los asuntos del Estado. Tres veces en el siglo XX guerras en el exterior causaron el colapso de Rusia. Pero, como se ha señalado, los ciudadanos rusos tendrían más tendencia a abandonar Rusia que a rebelarse contra el régimen, tal y como ha venido sucediendo (Lipman, 2011). Además, y ahora sí, introducimos el interrogante que podría suponer el papel de las instituciones domésticas. Si hasta ahora lo habíamos descartado como elemento explicativo, el deterioro de la situación militar, económica y social podría favorecer una mayor disidencia, algo que ya hemos visto entre diferentes sectores políticos y económicos —y que quizás explique la incomprensible ola de suicidios entre oligarcas rusos—. Ahora bien, hasta ahora, las principales críticas a la "operación militar especial" provienen de *halcones*, por lo que de influir en las decisiones exteriores, lo harían en el sentido que ya lo han hecho hasta ahora, esto es, favoreciendo la continuidad del conflicto.

Es por ello que desde este análisis se desprende que lo más esperable sea una guerra prolongada en el tiempo donde Putin y Rusia estén dispuestos a hacer importantes sacrificios esperando que sean sus adversarios los que busquen algún tipo de acuerdo. Además, esta conclusión concuerda con las previsiones del realismo neoclásico. Si el entorno estratégico se torna más restrictivo para Rusia —más amenazas y menos oportunidades—, como está sucediendo desde el inicio de la guerra, las variables intervinientes más relevantes en su política serán la percepción del líder y la cultura estratégica (Ripsman *et al.,* 2016), que como hemos señalado apuntan hacia la continuidad de la guerra y su escalada, tal y como muestran las numerosas bajas soportadas por Rusia y la voladura de la presa de Nova Kajovka. Para cambiar esto —quedando descartado un golpe de timón en el Kremlin— y favorecer un acuerdo, habría que intervenir sobre dichas variables para producir un cambio de la percepción y la posición de seguridad de Rusia, lo que implicaría una nueva arquitectura de seguridad en Europa. Esto parece muy improbable puesto que, en última instancia, sería un reconocimiento y premio a la agresión de Rusia.

Por último, también hemos afirmado que el realismo neoclásico en su tipo III pretende explicar los cambios en la estructura internacional a través del impacto de las actuaciones de las grandes potencias en el medio internacional. En este sentido, desde estas líneas sostenemos que la invasión de Ucrania representa el último acto de la caída de la URSS. Independientemente de cómo termine la guerra de Ucrania, parece claro que lo que quede del país pivotará hacia Occidente, mientras que el desempeño del Ejército ruso ha hecho que muchas de las antiguas repúblicas soviéticas o bien se sientan más libres de la influencia rusa o busquen nuevos aliados. Una última demolición de lo que supuso la URSS sería la pérdida de la neutralidad de Suecia y Finlandia y su incorporación a la OTAN.

Pero ¿Y a un nivel superior? ¿Qué impacto tendría la guerra de Ucrania sobre la estructura de poder internacional? Aunque es pronto aún, sí parece claro que en el corto plazo ha supuesto un verdadero espaldarazo para EE.UU. Además de demostrar una certeza absoluta en sus previsiones sobre el comienzo de la guerra, ha probado que es capaz de seguir liderando el bloque occidental y demostrarse como su

única garantía viable de seguridad, mientras que su ayuda militar ha infringido un daño muy considerable al segundo ejército del mundo a distancia, a través de intermediarios y usando solo equipos militares limitados. Además, esta vez sí y por ahora, los europeos han actuado de manera unívoca en contra de la agresión rusa.

En el largo plazo sería necesario ver el papel que adopta China y otros Estados y hasta donde apoyarán a Rusia, así como la robustez de la alianza occidental. Lo que sí parece claro es que la globalización tal y como la conocíamos antes de la COVID-19 parece algo del pasado. El resultado de estos procesos que estamos viviendo quizás nos aproxime a un mundo multipolar con dos grandes sistemas de alianzas (Owen, 2021).

5. Conclusiones

El realismo neoclásico demuestra un destacado rendimiento explicativo, siendo especialmente útil para el caso de la política exterior rusa. A medida que ha crecido su poder relativo, sus ambiciones lo han hecho de la misma forma. Pero, para entender las acciones adoptadas y los tiempos es necesario filtrar los imperativos sistémicos por el tamiz de ciertos elementos internos de la política rusa. Gracias a ellos podemos comprender cómo ante imperativos sistémicos similares la actuación de Rusia ha ido modificándose a lo largo del tiempo y nos ayudan a entender la guerra de Ucrania.

Además nos aporta claves interpretativas sólidas para predecir —con todas la cautelas posibles— posibles escenarios futuros no solo en el contexto de la guerra de Ucrania, sino también del impacto que las actuaciones de las principales potencias pueden tener sobre la estructura del sistema internacional. En definitiva, el realismo neoclásico en sus últimas revisiones se muestra como un instrumento de análisis de política exterior y además como una teoría de las relaciones internacionales, contribuyendo con ello de manera destacada al desarrollo de los análisis realistas.

6. Bibliografía

Abu-Tarbush, J. y J. Granados (2018): "La política exterior de Rusia en Oriente Medio: su intervención en Siria", *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 35. Disponible en: http://www.reei.org/index.php/revista/num35/articulos/politica-exterior-rusia-oriente-medio-su-intervencion-siria [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Amarasinghe, P. (2021): "The depiction of 'Orthodoxy' in Post-Soviet Space: How Vladimir Putin uses the Church in his anti-Western campaign?", *Open Political Science*, 4 (1), pp. 74-82.

Ashford, E. (2016): "Not-So-Smart Sanctions. The Failure of Western Restrictions, Against Russia", *Foreign Affairs,* 95 (1), pp. 114-123.

Bilandzic, V. (2015): *"*El proceso de gestación del Acta Final de Helsinki: Un testimonio desde Belgrado"*, Comunidad de la Seguridad*, 3 (4). Disponible en: https://www.osce.org/es/magazine/226506 [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Bugajski, J., P. Steven, K. Smith y C. Wallander (2008): *Ukraine. A net assessment of 16 years of independence*, Center for Strategic and International Studies. Disponible en: https://www.csis.org/analysis/ukraine-net-assessment-16-years-independence [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Bukkvoll, T. (2016): "Why Putin went to war: ideology, interests and decision making in the Russian use of force in Crimea and Donbas", *Contemporary Politics*, 22 (3), pp. 267-282.

Cannady, S. y P. Kubicek (2014): "Nationalism and Legitimation for Authoritarianism: A Comparison of Nicholas I and Putin", *Journal of Eurasian Studies* 1 (5), pp. 1–9.

Cardinale, M. (2017): "Seguridad Internacional y derechos humanos: una reflexión a partir de los aportes del cosmopolitismo crítico y el liberalismo ofensivo", *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, 3 (1), pp. 127-148. http://dx.doi.org/10.18847/1.5.7.

Charap, S. y K. Darden (2014): "Russia and Ukraine", *Survival*, 56 (2), pp. 7-14.

Chryssogelos, A. (2010): "Undermining the west from within: European populists, the US and Russia", *European View*, 9 (2), pp. 267-277.

CIA (2022): *The world factbook. Ukraine*. Disponible en: https://www.cia.gov/the-world-factbook/countries/ukraine/ [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Ciobanu, C. (2004): *NATO/EU enlargement: Moldova and the "frozen and forgotten" Conflicts in Post-Soviet States*, Washington DC, U.S. Institute of Peace. Disponible en: http://www.ipp. md/public/biblioteca/74/en/ReportJuly25,revised.doc [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Dalibor, R., E. Zgut y L. Győri (2017): *Populism in Europe and Its Russian Love Affair*, American Enterprise Institute. Disponible en: https://www.aei.org/wp-content/uploads/2017/01/Populism-in-Europe-and-Its-Russian-Love-Affair.pdf [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Dannreuther, R. (2019): "Understanding Russia's return to the Middle East", *International Politics*, 56 (6), pp. 726–742.

Echeverría, C. (2020): "Libia: Una guerra interminable", *Revista general de marina*, 278 (5), pp. 909-918.

Frye, T. (2021): "Russia's weak strongman: the perilous bargains that keep Putin in power", *Foreign Affairs*, 100 (3), pp. 116-127.

Galeotti, M. y A. Bowen (2014): "Putin's Empire of the Mind", *Foreign Policy*, Disponible en: http://foreignpolicy.com/2014/04/21/putins-empire-of-the-mind/ [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Gessen, M. (2012): *El hombre sin rostro. El sorprendente ascenso de Vladímir Putin*, Madrid, Debate.

Ghattas, K. (2022): "What a Decade-Old Conflict Tells Us About Putin One can trace a straight line from the overthrow of Libya's dictator Muammar Gaddafi to today's devastating war in Ukraine", *The Atlantic*. Disponible en: https://www.theatlantic.com/international/archive/2022/03/libya-russia-ukraine-putin/626571/ [Consulta: 20 de octubre de 2022].
Gideon, R. (1998): "Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy", *World Politics*, 51 (1), pp. 144–172.
Gilmore, J. (2014): "Protecting the Other: Considering the process and practice of cosmopolitanism", *European Journal of International Relations*, 20 (3), pp.694-719.
Goldman, M. (2008): *Petrostate. Putin, power, and the new Russia,* New York, Oxford University Press.
Götz, E. (2021): "Neoclassical Realist Theories, Intervening Variables, and Paradigmatic Boundaries"*, Foreign Policy Analysis,* 17 (2), pp. 1-13.
Immelman, A. y J. Trenzeluk (2017): "The political personality of Russian Federation president Vladimir Putin" (*Working Paper No. 1.4*), Collegeville and St. Joseph, MN: St. John's University and the College of St. Benedict, Unit for the Study of Personality in Politics. Disponible en: https://digitalcommons.csbsju.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1106&context=psychology_pubs [Consulta: 20 de octubre de 2022].
Katchanovsk, I. (2006): "Regional Political Divisions in Ukraine in 1991–2006", *Nationalities Papers*, 34 (5), pp. 507-532.
Kitchen, N. (2010): "Systemic pressures and domestic ideas: a neoclassical realist model of grand strategy formation", *Review of international studies*, 36 (1), pp. 117-143.
Kramer, M. (2008): "Russian policy toward the Commonwealth of Independent States. Recent Trends and future prospects", *Problems of Post-Communism,* 55 (6), pp. 3–19.
Larrabee, F., S. Wilson y J. Gordon (2015): *The Ukrainian Crisis and European Security*, Santa Monica, RAND Coorporation. Disponible en: https://www.rand.org/pubs/research_reports/RR903.html [Consulta: 20 de octubre de 2022].
Lipman, M. (2011): "Russia's No-Participation Pact", *PROJECT SYNDICATE* Carnegie Endowment for International Peace. Disponible en: https://carnegiemoscow.org/2011/03/30/russia-s-no-participation-pact-pub-43366 [Consulta: 20 de octubre de 2022].
Lobell, S., M. Ripsman y J. Taliaferro (2009): *Neoclassical realism, the state, and foreign policy*, Cambridge, Cambridge University Press.
Matlary, J. y T. Heier (eds.) (2016): *Ukraine and Beyond. Russia's Strategic Security Challenge to Europe*, Palgrave Macmillan. Disponible en: https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-319-32530-9 [Consulta: 20 de octubre de 2022].
Mearsheimer, J. (2001): *The Tragedy of Great Power Politics*, New York, W. W. Norton.
Mearsheimer, J. (2014): "Why the Ukraine crisis is the west's fault. The liberal delusions that provoked Putin", *Foreign Affairs,* 93 (5), pp. 77-89.
Mearsheimer, J. (2019): "Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order", *International Security*, 43 (4), 2019, pp. 7–50.
Meibauer, G. (2020): "Interests, ideas, and the study of state behaviour in neoclassical realism", *Review of International Studies*, 46 (1), pp. 20-36.
Mijares, V. (2015): "Realismo neoclásico: ¿El retorno de los estudios internacionales a la ciencia política?", *Revista de ciencia política (Santiago)*, 35 (3), pp. 581-603.
Miller, B. (2010): "Democracy promotion: Offensive liberalism versus the rest (of IR theory)", *Millennium* 38 (3), pp. 561–591.
Moore, J. (2022): *"*Macron believes that "Putin's isolation during Covid-19" is a cause of the war in Ukraine"*, UK Daily News.* Disponible en: https://ukdaily.news/macron-believes-that-putins-isolation-during-covid-19-is-a-cause-of-the-war-in-ukraine-104966.html [Consulta: 20 de octubre de 2022].
Morales, J. (2017a): "La doctrina estratégica de Rusia en las presidencias de Putin y Medvedev", en López, J. y J. Morales, *La Política Exterior de Rusia: Los Conflictos Congelados y La Construcción de Un Orden Internacional Multipolar*, 1st ed., pp. 33–60. Madrid, Dykinson, S.L.
Morales, J. (2017b): "Relaciones de Rusia con otras potencias en un mundo multipolar: Estados Unidos, Unión Europea y China", en López, J. y J. Morales, *La Política Exterior de Rusia: Los Conflictos Congelados y La Construcción de Un Orden Internacional Multipolar*, 1st ed., pp. 75-104. Madrid, Dykinson, S.L.
Morales, J. (2018): "Seguridad ontológica y percepciones de amenaza: Rusia ante la ampliación de la OTAN", *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, 4 (2), pp. 1-15.
Morales, J. (2019): "Las relaciones internacionales en Rusia: desarrollo, enfoques y debates", *Revista Española de Derecho Internacional,* 71 (1), pp. 139-162.
Moure, L. (2015): "El realismo en la teoría de las relaciones internacionales: génesis evolución y aportaciones actuales", en Del Arenal, C. y J. A. Sanahuja, *Teorías de las Relaciones Internacionales,* pp. 269-299, Madrid, Tecnos.
Nalbandov, R. (2016): *Not by Bread Alone: Russian Foreign Policy under Putin*, Lincoln, Nebraska, University of Nebraska, Potomac Books.
Narizny, K. (2017). "On Systemic Paradigms and Domestic Politics: A Critique of the Newest Realism", *International Security,* 42 (2), pp. 155–190.
Nieto, M. (2018): "Las relaciones Estados Unidos-Rusia en la era Trump", *UNISCI Discussion Papers*, 48, pp. 91-128.
Owen, J. (2021): "Two emerging international orders? China and the United States", *International Affairs*, 97 (5), pp. 1415–1431.
Pirani, S. (2007): *Ukraine's gas sector, OIES Paper*, Oxford Institute for Energy Studies. Disponible en: https://ora.ox.ac.uk/objects/uuid:e8fbffac-5a9f-4090-918d-06511fd67913/download_file?file_format=application%2Fpdf&safe_filename=Ukraine%27s%2Bgas%2Bsector.pdf&type_of_work=Working+paper [Consulta: 20 de octubre de 2022].
Putin, V., N. Gevorkyan, K. Timakova y A. Kolesnikov, (2000): *First Person: An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President Vladimir Putin*, New York, PublicAffairs.
Putin, V. (2005): *Annual Address to the Federal Assembly of the Russian Federation.* Disponible en: http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/22931 [Consulta: 20 de octubre de 2022].
Putin, V. (2021): *On the Historical Unity of Russians and Ukrainians,* Disponible en: http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181 [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Ramirez, R. (2016): "IMF Staff Concludes Visit to Russian Federation", *International Monetary Fund Press Release,* 16 (529). Disponible en: https://www.imf.org/en/News/Articles/2017/11/17/pr17448-imf-staff-concludes-visit-to-russia [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Remiro, A. (2018): "Derecho y poder en el destino de Crimea", *Anuario Español de Derecho Internacional*, 34, pp. 231-243.

Ripsman, M., J. Taliaferro, y E. Lobell, (2016): *Neoclassical Realist Theory of International Politics*, New York, online edn, Oxford Academic. https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199899234.001.0001.

Ripsman, N. (2017): "Neoclassical Realism", *Oxford Research Encyclopedia of International Studies*. Disponible en: https://oxfordre.com/internationalstudies/view/10.1093/acrefore/9780190846626.001.0001/acrefore-9780190846626-e-36 [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Romanova, T. y E. Pavlova (2012): "Towards Neoclassical Realist Thinking in Russia?" en Toje, A. y B. Kunz, (eds.), *Neo-Classical Realism in European Politics: Bringing Power Back In*, pp., 234-254 Manchester, Manchester University Press.

Romanova, T. (2016): "Russian Challenge to the EU's Normative Power: Change and Continuity", *Europe-Asia Studies*, 68 (3), pp. 371-390.

Russian Federation (2021): *On the National Security Strategy of the Russian Federation*, Disponible en: https://paulofilho.net.br/wp-content/uploads/2021/10/National_Security_Strategy_of_the_Russia.pdf [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Rutland, P. (2017): "Trump, Putin, and the Future of US-Russian Relations", *Slavic Review,* 76 (S1), pp. S41-S56.

Rywkin, M. (2003): "Russia and the near abroad under Putin", *American Foreign Policy Interests*, 25, 2003, pp. 3-12.

Sakwa, R. (2019): "The International System and Models of Global Order", *Russia in Global Affairs*, 17 (3) pp. 8-31.

Sanahuja, J. A. (2022): *"*Guerras del interregno: la invasión rusa de Ucrania y el cambio de época europeo y global*",* en Mesa, M. (cord.) *Anuario CEIPAZ. Cambio de época y coyuntura crítica en la sociedad global*, pp. 41-71, Madrid, Fundación Cultura de Paz, Ciudad Universitaria Cantoblanco.

Sánchez A. (2014): *Rusia, el poder y la energía*, Madrid, Plaza y Valdés.

Sánchez A. (2020): "La política exterior rusa y su relación con Occidente. Una visión desde el realismo neoclásico", *Revista Española de Derecho Internacional*, 72 (1), pp. 163–186.

Sánchez A. (2022): "El orden liberal ante el equilibrio de poder y la redefinición de la legitimidad", *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 43. Disponible en: http://www.reei.org/index.php/revista/num43/notas/orden-liberal-ante-equilibrio-poder-redefinicion-legitimidad [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Sanger, D. y A. Troianovski (2022): U.S. intelligence weighs Putin's two years of extreme pandemic isolation as a factor in his wartime mind-set. *The Washington Post,* Disponible en: https://www.nytimes.com/2022/03/05/world/putin-pandemic-mindset.html [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Sherr, J. (2013): *Hard Diplomacy and Soft Coercion Russia's Influence Abroad,* Washington, Brookings Institution Press.

Smith, N. (2018): "Can Neoclassical Realism Become a Genuine Theory of International Relations?", *The Journal of Politics,* 80, pp. 742-749.

Smith, N. y G. Dawson (2022): "Mearsheimer, Realism, and the Ukraine War", *Analyse & Kritik*, 44, (2), 2022, pp. 175-200.

Sonne, P., E. Nakashima, S. Harris y J. Hudson (2022): "Hubris and isolation led Vladimir Putin to misjudge Ukraine", *The Whasington Post,* Disponible en: https://www.washingtonpost.com/national-security/2022/04/11/putin-misjudged-ukraine-hubris-isolation/ [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Taliaferro, J. (2006) "Noeclassical realism and the resource extraction: State building for future war", en Lobell, S., M. Ripsman, y J. Taliaferro, J. *Neoclassical realism, the state, and foreign policy*, pp. 194-226. Cambridge, Cambridge University Press.

Taras K. (2010): "The Russian factor in Ukraine's 2010 presidential elections", *Eurasia Daily Monitor*, 7 (9), Disponible en: https://jamestown.org/program/the-russian-factor-in-ukraines-2010-presidential-elections/ [Consulta: 20 de octubre de 2022].

Tsygankov, A. (2015): "Vladimir Putin's last stand: the sources of Russia's Ukraine policy", *Post-Soviet Affairs*, 31 (4), pp. 279–303.

Tsygankov, A. (2016): "Foreign Policy and relations with the United States", en Wegren, S. (ed.), *Putin´s Russia. Past imperfect, future uncertain,* sixth edition, pp. 233-256, Lanham, Maryland, Rowman & Littlefield,

Walt, S. (2002): "The Enduring Relevance of the Realist Tradition", en Katznelson, I. y H. Milner (eds.), *Political Science: State of the Discipline*, pp. 197–230, New York, Norton.

Waltz, S. (1979): *Theory of International Politics*, New York, McGraw-Hill.

Waltz, K. (1996): "International Politics is not Foreign Policy", *Security Studies*, 6 (1), pp. 54–57.

Zakaria, F. (2012): *De la riqueza al poder: los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*, Barcelona, Gedisa.

CC BY

PRESENTACIÓN

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.92913

EDICIONES COMPLUTENSE

Tres décadas de intervencionismo ruso en el espacio postsoviético: de la geopolítica al neoimperialismo

José Ángel López Jiménez[1]

Rusia ha supuesto históricamente un desafío estratégico para el sistema regional e internacional en términos de seguridad. Como imperio, o durante el periodo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), ha considerado la expansión de su territorio como la mejor forma de defensa de sus fronteras, y la lejanía de ellas del Kremlin favorecía la preservación del poder político de corte autoritario o totalitario. Ambos rasgos se retroalimentaban; Catalina II justificaba la necesidad de un control férreo en una extensión territorial tan vasta (Figes, 2022). Sin embargo, la URSS también colaboró de manera decisiva —con un coste humano brutal— en la derrota de la Alemania nazi en 1945, lo que alimentó el imaginario de la Gran Guerra Patriótica, que está siendo manejado instrumentalmente por parte de Putin durante estos últimos años (Núñez Seixas, 2022).

La magnitud y virulencia de la agresión armada rusa a Ucrania ha evidenciado un escenario que, durante casi tres décadas, parece haberse querido ignorar deliberadamente por los representantes de la gobernanza mundial: el intervencionismo del Kremlin en el espacio postsoviético. Reducido al ámbito de la especialización académica de carácter interdisciplinar (politológico, económico, histórico o jurídico-internacional), el análisis y estudio de los numerosos conflictos desarrollados en el seno de las nuevas repúblicas independientes ha sido tan prolífico en el plano internacional como casi inexistente en el nacional.

En España, la sovietología fue inexistente. Con la desaparición de la Unión Soviética, un reducido núcleo de investigadores intentó crear el embrión de estudios sobre la evolución y nueva configuración de Europa oriental (Martín y Pérez, 2001), a semejanza de lo que en el ámbito anglosajón y en la Europa central y nórdica ha estado presente desde el pasado siglo XX. Sin embargo, este intento fue producto, más bien, del esfuerzo individual (proyectos de investigación, tesis doctorales) que fruto de una coordinación institucional o académica, por no mencionar la endémica ausencia de financiación —pública o privada— en apoyo a este tipo de iniciativas. El desinterés hacia el vecindario compartido con Rusia y hacia la propia Rusia ha sido una constante histórica en la Academia de nuestro país. Baste con recordar la efímera existencia del Instituto de Ciencia y Cultura Soviéticas —reconvertido en 1992 como Instituto de Europa oriental, e inaugurado el mes de octubre de 1990 por Raísa Gorbachov— en el campus de Somosaguas de la Universidad Complutense. Los Encuentros sobre Europa Oriental celebrados durante diez años en la Universidad Politécnica de Valencia y sus respectivas publicaciones durante una década, entre los años 1999 y 2009 (Flores Juberías, 2006 y 2009) constituyeron una auténtica excepción, al igual que la publicación de la revista *Cuadernos del Este* desde finales de 1990 hasta principios de 1997. Por ello, hay que saludar muy positivamente iniciativas como la reciente creación de redes de investigación como la REIECO (Red Española de Investigación de Europa Central y Oriental) que, desde la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense coordina e informa de los trabajos y de los proyectos e iniciativas de un amplio conjunto de investigadores e investigadoras de carácter multidisciplinar y plurinacional.

Este desconocimiento explica en buena medida la ausencia de rigor en los análisis que, especialmente en los medios de comunicación, se han venido realizando sobre las principales claves del conflicto en Ucrania. Las distorsiones históricas, el alineamiento sistemático con las tesis occidentales o rusas —mucho más escasas— y el mínimo acceso a fuentes que no sean indirectas han imposibilitado las reflexiones más globales en torno a cuestiones como la seguridad regional, la política exterior de Rusia durante las tres décadas de independencia, o la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el antiguo espacio soviético. La lógica posición de defensa hacia el Estado agredido y las denuncias de las reiteradas violaciones del derecho internacional por parte del Kremlin no impiden ampliar el foco analítico y metodológico sin necesidad de caer en la criticada equidistancia.

La agresión rusa no se inició el 24 de febrero de 2022; ni siquiera en el año 2014 tras el Euromaidán. Es el último eslabón de una larga cadena iniciada casi desde el momento de su acceso a la independencia. Con la firma del Memorándum de Budapest —en el mes de diciembre de 1994—, Ucrania aceptaba desmantelar su

[1] Universidad Pontificia Comillas/ICADE (España).
ORCID: 0000-0002-5787-5532
E-mail: jalopez@icade.comillas.edu

arsenal nuclear a cambio del respeto a su independencia e integridad territorial, que fue violada con la anexión de Crimea. Sin embargo, desde la llegada de Putin al poder a finales de 1999, las injerencias en los asuntos de exclusiva jurisdicción interna ucraniana han sido constantes. La denominada Revolución Naranja en el año 2004 y los sucesivos intentos de colocar en la presidencia de esta república a candidatos prorrusos han formado parte de un conjunto de instrumentos utilizados por Moscú característicos de los conflictos híbridos (la desinformación, la presión energética, la lengua rusa y el control de los medios de comunicación, la población mayoritariamente rusa en la mitad oriental de Ucrania, la financiación de grupos políticos afines o la protección de esa minoría rusa residente frente a potenciales violaciones de derechos humanos). El punto de inflexión marcado en el año 2014 con la huida del presidente Yanukóvich a Moscú inició el intervencionismo ruso caracterizado por el *hard power*. La intervención militar encubierta —en sus inicios— en los distritos orientales se sostuvo hasta el comienzo de la guerra a gran escala del año 2022. Ha sido apoyada y justificada con argumentos abiertamente ilegales que violan principios estructurales del ordenamiento jurídico internacional (la prohibición de la amenaza y/o uso de la fuerza, la integridad territorial, la igualdad soberana de los Estados o el principio de no injerencia en asuntos internos), y falaces (el genocidio ucraniano contra la minoría rusa o la desnazificación de Ucrania). En realidad, se trataba de cuestionar la propia existencia independiente del Estado ucraniano y su derecho a decidir autónomamente su futuro, así como su pertenencia a las organizaciones internacionales y regionales que estimase oportuno.

Ucrania no ha sido el único conflicto en el espacio postsoviético, ni tampoco el primero. Durante la fase terminal de la URSS, en la que los nacionalismos periféricos constituyeron uno de los elementos centrales de ruptura del sistema político y de la disolución del Estado federal, se multiplicaron los conflictos de diferente caracterización (interétnicos, secesionistas, territoriales) que se prolongaron después de la independencia de las quince repúblicas. La política exterior de la Rusia independiente, tras una fase inicial de reconfiguración estratégica, se orientó hacia su "extranjero próximo" que había formado parte del territorio soviético. Desde un punto de vista histórico, la seguridad de Rusia durante siglos ha consistido en expandir sus fronteras, alejando las mismas al máximo del núcleo central (Tsygankov, 2014). Esto explica parcialmente la pulsión imperial del Kremlin y un proceso inverso al que suele ser el natural. Rusia ha sido antes un imperio que una nación (Hosking, 2011), lo que se traduce en estos momentos en una conexión entre el nacionalismo ruso contemporáneo y la expansión de carácter neocolonial en su vecindario, considerado como una esfera de interés esencial en sus documentos estratégicos y en su acción exterior (Freire y Simão, 2015).

Desde Moscú, Putin ha vuelto a agitar la confrontación con Occidente —desde su perspectiva, la agresión contra Rusia— como la causa directa de la respuesta en Ucrania mediante una "operación militar especial". La marginación de Rusia y de sus intereses propiciada por Occidente estaría condicionando y marcando, según esta interpretación interesada, el diseño de la política exterior rusa durante las dos últimas décadas (Sergunin, 2016: 15). Sin embargo, hay que destacar el papel que Ucrania juega en el imaginario histórico, político e ideológico del Kremlin. La incorporación de Kiev a los proyectos de cooperación regional liderados por Rusia —como la Unión Económica Euroasiática (UEE) o la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC)— era una necesidad ineludible. Su caracterización como territorio frontera (Schlögel, 2022) y de acceso a las puertas de Europa Occidental (Plokhy, 2016) y la UE son factores clave analizados por diversos trabajos que abordan la relevancia que el Estado ucraniano independiente tiene en el espacio postsoviético (Sakwa, 2022) y el potencial de desestabilización de toda la región que representa (Devyatkov, 2017).

La pulsión neoimperial de la Rusia de Putin, cuyos presupuestos ideológicos se fundamentan en un ultranacionalismo en el que se recoge el tradicionalismo —encarnado por las obras de Alexander Duguin y su proyección a la geopolítica de Rusia— y una alianza estratégica con la Iglesia ortodoxa rusa que ha considerado la agresión a Ucrania como una suerte de guerra santa (Kelaidis, 2023) están intentando socavar la construcción de los Estados-nación en sus fronteras vecinas. Los fundamentos geopolíticos se trasladan a la configuración de un nuevo orden internacional multipolar (Duguin, 2020) en el que el proyecto eurasianista de Rusia (Laruelle, 2012) y la alianza estratégica con China y otras potencias regionales (Irán, Turquía, India) se enfrenta al orden liberal representado por Estados Unidos y Occidente (Tabatabai y Esfandiary, 2018). Teñido de un discurso civilizacional alternativo a la democracia, los derechos humanos y la decadencia moral, propugna una Rusia como gran potencia a través de unos objetivos geopolíticos trufados de populismo (Fernández Leost, 2015).

La manipulación de la historia —una constante desde la creación de la Unión Soviética— es una de las herramientas que el Kremlin ha utilizado más profusamente para justificar el uso de la fuerza contra Ucrania (Plohky, 2023), así como el cuestionamiento de su estatalidad independiente, fruto de una artificial creación que ha dividido a un mismo pueblo (Putin, 2021), y que niega una identidad etnolingüística ucraniana diferenciada.

El concepto de "extranjero próximo" (Toal, 2017) ya surgió durante los momentos finales de la perestroika, cuando la explosión de los nacionalismos republicanos parecía inminente. Rusia ya se planteaba ejercer algún tipo de control —más o menos difuso— sobre el futuro territorio postsoviético antes de que se produjese —en palabras de Putin durante su discurso anual en 2005— la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX y un drama para los rusos, que dejó a decenas de millones de compatriotas fuera de su territorio. La ansiedad de Rusia (Smith, 2020) por reconstruir el pasado imperial a través de la reivindicación del *Russkiy Mir* (mundo ruso) se

va a proyectar a través de un prolongado intervencionismo neocolonial (Mälkso, 2022: 1) en los procesos de construcción estatal de las diversas repúblicas.

Los conflictos más relevantes que se han venido desarrollando durante estas tres décadas en el antiguo territorio de la Unión Soviética se gestaron en el periodo final de la misma. Su activación militar o su congelación han estado conectadas con el instrumentalismo e intervencionismo ruso en cada uno de ellos. En un escenario de construcción de las estatalidades independientes republicanas, la relación entre Moscú y la periferia evidenció una serie de intereses geopolíticos divergentes entre las diversas entidades territoriales. Así sucedió con el conflicto de Transnistria en Moldavia (Wolf, 2011), iniciado en 1990, con una fase militar entre los secesionistas y el Gobierno central (marzo-julio de 1992) y congelado hasta la fecha, a pesar de los numerosos intentos de resolución política-diplomática bajo los auspicios de la OSCE (López, 2021). Aunque de forma genérica y errónea se calificaba a la mayoría de los conflictos como interétnicos, la caracterización era variada: político-ideológicos (Transnistria); de soberanía territorial (Nagorno-Karabaj), sostenido desde 1988 entre Armenia y Azerbaiyán (De Waal, 2013); secesionistas (Osetia del sur y Abjasia), desarrollados en Georgia desde 1989 hasta la intervención militar rusa de 2008 (Wheatley, 2016); guerra civil (Tayikistán, 1992-1997) (Epkenhans, 2016); o conflicto interno, como los dos de Chechenia durante la década de los noventa en Rusia (Galeotti, 2014), así como los desarrollados en Uzbekistán (2010) (Keller, 2022), y Kazajistán (2022) (Zabortseva, 2016). Así, hasta llegar al conflicto internacional entre Ucrania y Rusia desarrollado desde 2014 (Puri, 2022).

Hay una clara distinción existente entre los denominados conflictos de "primera generación" (Kazantsev *et al.*, 2020) —aquellos que se iniciaron en el periodo final de la Unión Soviética y durante los primeros meses de independencia de las quince repúblicas— y los que continuaron posteriormente como consecuencia de una política exterior del Kremlin mucho más asertiva en su esfera de influencia, cuyo argumento esencial fue la expansión de la OTAN a las fronteras rusas, pero también por factores domésticos que pretendían apuntalar el régimen de Putin: el temor a las denominadas revoluciones de colores. Ucrania (naranja), Georgia (rosas) y Kirguistán (tulipanes) que se percibieron por parte de Putin como precedentes muy serios de desestabilización de su extranjero próximo, pero también como un potencial muy peligroso en clave doméstica (Finkel y Brudny, 2012).

Aunque durante la última década del siglo XX, Rusia intentó una aproximación con Occidente, su política exterior se convirtió en abiertamente intervencionista en sus repúblicas vecinas (López y Morales, 2017). La llegada de Putin al Kremlin con el cambio de siglo endureció paulatinamente el discurso hacia Occidente, y hacia Estados Unidos en particular. Si, como recogía el marqués de Custine, "ningún carácter es tan difícil de definir como el del pueblo ruso", el nuevo liderazgo encarnaba a la perfección está descripción (De Custine, 209: 376). La interpretación interesada del derecho internacional en cuestiones tan discutibles como la legítima defensa preventiva (Iraq), el derecho de injerencia humanitaria (Kosovo), el derecho de autodeterminación y el reconocimiento de Estados (Kosovo) y la responsabilidad de proteger (Libia) cargó de argumentos al discurso de Putin, que lanzó su advertencia en la Conferencia de Seguridad de Múnich de 2007. La consolidación de algunos Estados *de facto* se convirtió en uno de los objetivos utilitaristas de Moscú en sus vecinas repúblicas (O´Loughlina, 2015). Su instrumentalización a través de la conversión de las identidades étnico-nacionales en un arma geopolítica (De Waal y Von Twickel, 2020) ha trazado la evolución diferenciada de los distintos conflictos, con escenarios muy diversos que han provocado desde el enquistamiento diplomático (Transnistria) o la secesión definitiva (Osetia del sur y Abjasia) al conflicto bélico a gran escala (Ucrania), pasando por rebrotes de fases bélicas esporádicas y localizadas (Nagorno-Karabaj).

Las intervenciones militares de Rusia en Georgia (2008) y en Ucranias (desde 2014) han culminado el trasvase desde el *soft power* al *hard power* en el espacio postsoviético. Sin embargo, en ambos modelos se ha experimentado con notable éxito la explotación de la "zona gris" por parte del Kremlin. Un espacio de conflicto caracterizado por las amenazas híbridas que permiten conseguir objetivos a potencias iliberales sin traspasar —inicialmente— la línea de la agresión armada. Protagonizada por actores estatales y no estatales (proxy) —grupos insurgentes, paramilitares, milicias privadas—, se han multiplicado en escenarios de interés geopolítico de Moscú (Baqués, 2021: 211). Los instrumentos son bien conocidos y han sido empleados por el Kremlin en todos los conflictos referenciados (los ciberataques, las violaciones del derecho internacional, la presión energética, la desinformación, los asesinatos selectivos, el terrorismo, las operaciones encubiertas, las represalias económicas, y la diplomacia malversando el principio de buena fe). Si los objetivos son alcanzados, la vía militar no se utiliza, aunque en los modelos intervencionistas de Georgia y Ucrania constituyeron la antesala del uso de la fuerza (Muradov, 2022).

Resulta, en cierto modo paradójica, la posición de la Academia en Rusia con respecto al análisis de los conflictos en el espacio compartido con la UE. En un reciente volumen dedicado al análisis de la disciplina de las relaciones internacionales en este Estado, destaca la ausencia de trabajos dedicados a este tema tan relevante en la política exterior rusa. Sin embargo, se desarrollan ámbitos tan dispares como las diversas perspectivas paradigmáticas de la disciplina, la agenda internacional rusa desde la investigación, los estudios por áreas geopolíticas y los aspectos ideológicos desde el sovietismo hasta la actualidad, así como el *mapping* de las principales corrientes de investigación (Lagutina *et al*., 2023). Sí encontramos relevantes aportaciones sobre el inicio y los orígenes del conflicto en Ucrania, incluso con anterioridad al año 2014 (Sergunin, 2014) por parte de los máximos exponentes académicos rusos y anglosajones (Allison, 2014).

La culminación de la agresión rusa contra Ucrania supone el pulso definitivo al orden internacional liberal por parte de una de las potencias refractarias al actual *statu quo* (jurídico, geopolítico y del marco de principios y valores). La posición de otras potencias mundiales y regionales en la Asamblea General de Naciones Unidas rechazando o absteniéndose en la condena a la intervención militar diseñada por Putin anticipa la formación de un orden multiplex (Acharya, 2017), configurado por actores de diversa condición (estatal o no) y en el que Rusia pretende recobrar el nivel de gran potencia. Su comportamiento en la comunidad internacional reviste una curiosa dualidad: un carácter conservador y, a la vez, revisionista (De Gliniasty, 2022: 167). Esta contradicción se manifiesta en cuestiones como el teórico respeto a la integridad territorial de los Estados —en calidad de miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas— y, en paralelo, su intervencionismo apoyando los secesionismos en las repúblicas vecinas, en flagrante violación del mencionado principio estructural, así como el de no injerencia en asuntos internos.

La crisis del multilateralismo afecta a diversos ámbitos institucionales, normativos y no solo con los Estados-nación como actores mayoritarios del sistema internacional (Calvillo Cisneros, 23: 40), sino, como demuestra el espacio postsoviético, también con los nuevos Estados de reciente independencia que son multiétnicos. Los riesgos de fragmentación del orden internacional en sistemas regionales son muy elevados, abocando al sistema a una conexión muy limitada a ámbitos económico-comerciales. En esta deriva de la que ya tenemos suficientes evidencias, los principales damnificados serían el marco securitario (internacional y regional), el aumento de los regímenes iliberales o abiertamente autoritarios y el alarmante incumplimiento del derecho internacional público y, como estamos asistiendo en el conflicto en curso, el derecho internacional humanitario y el derecho internacional de los derechos humanos (López Jiménez, 2021).

Hay autores que califican el actual orden político internacional como híbrido y revisionista (Hynek y Střitecký, 2022) pero, sin un análisis desde una perspectiva histórica, no se pueden entender las dinámicas que configuran este vasto espacio geopolítico. Algún eminente autor sostiene que potencias regionales y globales, como Rusia, China, Turquía o Irán, desafían el orden internacional como herederos de imperios que colapsaron (Mankoff, 2022), lo que explica, en cierta medida, algunos conflictos como los de Crimea, el Donbás o Xinjiang y las relaciones entre este tipo de regímenes políticos.

La unidad de la Unión Europea (UE) en la respuesta al desafío ruso en Ucrania (Krastev y Leonard, 2023) no debe de ocultar una visión muy fragmentada y opuesta a la occidental por parte del sur global (Garton Ash *et al*., 2023). Este numeroso conjunto de Estados de varios continentes ha mostrado su posicionamiento hacia la agresión rusa de Ucrania con una significativa abstención a la resolución de condena de la Asamblea General de Naciones Unidas, de 1 de marzo de 2022 (35 Estados). Es un claro ejercicio de protesta y de insatisfacción pluridimensional: el descontento frente al reparto de vacunas de la COVID-19 en África, América latina y buena parte de Asia cuyos proveedores han sido fundamentalmente China y Rusia; la escasa agenda reformista a expensas de las Cumbres de Naciones Unidas sobre el futuro (2024) y social (2025); la precariedad en el cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS); la evolución de las medidas contra el cambio climático; el desempeño de la Corte Penal Internacional (CPI), de la que las grandes potencias están ausentes o, en último término, los numerosos déficits mostrados por el sistema universal de Naciones Unidas (democráticos, solidarios, en la representación, o en el cumplimiento de los acuerdos).

Putin, en definitiva, ha concretado con su agresión a Ucrania sus tres delirios (Ackerman y Courtois, 2022: 451): el intento de restaurar la grandeza geopolítica de la URSS, la brillantez mitológica de los zares y la unidad eslava en torno a Rusia. Su fortaleza —hasta estos momentos— se ha basado en un potente control de su círculo más próximo de las instituciones, los cuerpos de seguridad, el sistema político, la economía, los medios de comunicación y las fuerzas armadas (Applebaum, 2018: 22). Sin embargo, las incertidumbres que se desprenden del actual escenario bélico pueden acentuar los riesgos de implosión interna de Rusia y dibujar igualmente un horizonte muy complejo para la minoría rusa residente en el conjunto de las repúblicas exsoviéticas (Batta, 2022). De igual forma, las reverberaciones del conflicto pueden extenderse al Cáucaso (Meister, 2023) y a Asia Central (Dadabaev y Sonoda, 2023). Por ello la pertinencia del conjunto de trabajos que integran el presente volumen monográfico.

La actual situación del espacio postsoviético —después de más de tres décadas de la implosión soviética— es muy convulsa y no está exenta de potenciales escenarios abruptos como los que favoreciesen conflictos civiles, incluidos en la propia Rusia, así como la caída del propio régimen de Putin. Un breve repaso de esta área geopolítica esencial para la seguridad regional e internacional nos muestra a Bielorrusia con Lukashenko como cooperador necesario del Kremlin en la agresión a Ucrania, operando como un Estado marioneta, despojado del control soberano de su territorio mediante la aplicación del Tratado de Unión entre las dos repúblicas, y depositario de armamento nuclear en la frontera con Estados integrantes de la OTAN y de la UE (López Jiménez, 2022).

Las repúblicas bálticas, definitivamente incorporadas a los proyectos de cooperación regional occidentales, presentan los perfiles más defensivos frente al desafío ruso en Ucrania dada la proximidad geográfica e histórica a este Estado. Territorios como la franja de Suwalki o el enclave de Kaliningrado (Studzińska y Dunaj, 2023) hacen de su membresía en la OTAN ampliada (con las incorporaciones de Suecia y Finlandia) un *buffer* securitario imprescindible. Moldavia, Georgia y la propia Ucrania son ejemplos de fragmentación

territorial provocados por Moscú como consecuencia directa de sus intereses geoestratégicos en la región (Toal y O´Loughlin, 2016). Transnistria y el conjunto de Ucrania se están viendo afectados — en diferente medida— de la beligerancia rusa y de la incapacidad para escapar del control de su esfera de interés geopolítico.

En la región del Cáucaso, el conflicto de Nagorno-Karabaj escenifica la posición ambivalente del Kremlin. Mientras mantiene una relación estratégica con Armenia, con un tratado bilateral de carácter militar y —desde una perspectiva multilateral— con la pertenencia a la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), con Azerbaiyán —más independiente del Kremlin— tiene una relación continuada de suministro de armamento y se ha negado a activar la cláusula de defensa común requerida por Armenia en el marco de la OTSC (Yavuz y Gunter, 2022).

El Kremlin ha pivotado hacia Asia Central en los últimos años. Apoyado en el eurasianismo como soporte ideológico, Moscú ha considerado que la colaboración estratégica con China impactaba directamente en las cinco repúblicas de Asia Central (Mirza y Ayub, 2022), excediendo el marco de la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS). Entre las cinco repúblicas cabe destacar unas relaciones muy diferenciadas: desde la práctica realizada por Tayikistán del *bandwagonig* (que oscila entre los apoyos de Pekín o Moscú) o de Uzbekistán (Rusia, China o Turquía; con entradas y salidas de la OTSC, UEE o GUUAM), hasta repúblicas que practican una política exterior más multivectorial al margen de Moscú (Turkmenistán y Kirguistán). Kazajistán mantiene una cooperación intensa con Rusia, reforzada con la ayuda del Kremlin al régimen de Tokayev durante la revuelta interna en el mes de enero de 2022, un mes antes del inicio de la guerra en Ucrania (Kudaibergenova y Laruelle, 2022).

El monográfico que se presenta es el fruto de la coordinación del trabajo de un grupo de especialistas que, desde diversas perspectivas y con una vocación eminentemente interdisciplinar (politológicas, jurídicas, históricas, antropológicas, económicas y en el ámbito de las relaciones internacionales) intentan reflexionar en torno a una problemática que, más allá de la agresión armada de Rusia contra su principal vecino — con el que comparte lazos histórico-culturales desde hace once siglos— ofrezca una visión general de un fenómeno poliédrico: la política exterior de Rusia en su vecindario postsoviético, las dinámicas desarrolladas en los distintos conflictos en los que su intervención ha sido clara, aunque de diversos grados, y, por último, las hipótesis que su comportamiento futuro se pueden establecer, así como las consecuencias que comportan para la seguridad regional y del conjunto de la comunidad internacional.

Se inicia el monográfico con el trabajo de Antonio Sánchez Ortega, que analiza la guerra entre Rusia y Ucrania desde la perspectiva del realismo neoclásico (Romanova y Pavlova, 2012). A pesar del reconocimiento por parte del autor de las dificultades que presenta el estudio de la política exterior de Rusia hacia Ucrania —debido a sus oscilaciones y su adaptación a los cambios estructurales—, considera que el carácter instrumental de este paradigma proporciona una correcta aproximación metodológica al tema (Bukkvoll, 2016). La conexión entre la política interior de Rusia con los "imperativos sistémicos" proporciona una interesante herramienta prospectiva sobre los escenarios futuros que se podrían dibujar tras la finalización de la agresión en curso. La periodización de las relaciones bilaterales, desde las independencias republicanas hasta el conflicto en curso, traza esa evolución escasamente lineal en el unilateralismo ruso hacia Kiev dibujando en el horizonte un orden de carácter multipolar con dos grandes sistemas de alianzas (Owen, 2021).

José María Faraldo Jarillo, en el artículo "El nacionalismo ruso de Putin ¿un legado soviético?", realiza una visión retrospectiva de las bases de lo que considera como el proyecto imperial de Putin. Para ello recupera "los discursos de la guerra", es decir, el armazón argumental que ha sostenido para justificar la agresión a Ucrania. Baraja varias hipótesis de investigación: el mencionado neoimperialismo ¿proyecta una reconstrucción de la URSS o de las bases del imperio zarista? (Laruelle, 2015); el sistema putinista ¿es una reformulación del totalitarismo anterior? (Kurzio, 2016); el actual nacionalismo ruso (Shevtsova, 205) ¿presenta perfiles novedosos o mantiene la esencia del sistema soviético? (Faraldo, 2020). El eclecticismo parece definir al actual constructo ideológico del Kremlin que, por lo demás, parece haber fracasado en su transición de imperio a nación en unas fronteras territoriales que integrasen —en un Estado inclusivo— la enorme riqueza y diversidad étnica de la Rusia independiente desde 1992.

En el artículo de José Ángel López Jiménez, dedicado al conflicto de Transnistria en la República de Moldavia, se aborda el conflicto congelado más antiguo de estas más de tres décadas transcurridas desde la disolución de la Unión Soviética. En él se trazan los orígenes, la evolución, las consecuencias de la construcción de un Estado *de facto* y los escenarios de futuro derivados del conflicto bélico desarrollado en Ucrania. Modelo de secesionismo iniciado en 1990 que agitó el fantasma de una eventual reunificación con Rumanía tras la declaración soberanista del Frente Popular de Moldavia y que, a diferencia de las demandas requeridas por Gagauzia —cinco distritos del sur de Moldavia que también presentaron demandas autonomistas—, acabó por detonar un conflicto militar en 1992 con la intervención de Rusia y sus fuerzas armadas establecidas en el enclave separatista (López Jiménez, 2018). El componente étnico-nacional y su impacto general en el contexto de disolución de la Unión Soviética permite trazar en el trabajo los orígenes, la caracterización del conflicto y la construcción y destrucción de identidades hasta la consolidación definitiva del moldovanismo como identidad cívica que sustentase la construcción de una estatalidad independiente en la república (López Jiménez, 2020). También se recogen los principales intentos de resolución político-diplomática del conflicto "conge-

lado" y los instrumentos esenciales del intervencionismo ruso en el enclave, muchos de ellos extrapolables a otros conflictos secesionistas en la región (Allison, 2022). La relación de Rusia con el ordenamiento jurídico internacional y su "interpretación creativa", así como las implicaciones derivadas de la agresión rusa a Ucrania y la potencial reactivación del proyecto de *Novorrósiya* (Laruelle, 2016) completan el trabajo.

El artículo de Xosé Manoel Núñez Seixas se centra en la cuestión de la memoria histórica como uno de los principales debates identitarios de confrontación entre Rusia y Ucrania. Aunque el autor analiza el periodo que abarca desde la independencia de Ucrania hasta el momento actual, durante estas tres décadas subyacen importantes cuestiones que nos remiten a la Segunda Guerra Mundial, como el *Holodomor*, las víctimas ucranianas de la *Shoah* y la polarización entre dos posiciones encontradas: la nacionalización de los mitos soviéticos de la Gran Guerra Patria —durante los Gobiernos nacional-comunistas— o bien el rechazo al pasado soviético y la asunción benévola del pasado colaboracionista durante la ocupación de la Alemania nazi —en los Gobiernos de los partidos nacionalistas ucranianos— (Núñez Seixas, 2022). La revisión de las diversas políticas de la memoria (Plokhy, 2016) y de los argumentos utilizados para justificar la agresión, como el supuesto carácter nazi del régimen ucraniano (Laruelle, 2021), se realiza a través de una amplia periodización: Nacionalistas, comunistas y ocupantes (1941-45); Imaginar Ucrania en casa y en el exilio (1945-90); la Ucrania independiente (1991-2003): el péndulo de la memoria; Radicalización y fragmentación de las memorias colectivas (2004-2013); Narrativas nacionalistas y la sombra del vecino (2014-2019); De la reconciliación a la guerra (2019-2022). Por ello, la contextualización histórica de las complejas relaciones entre Ucrania y Rusia, incluso durante el periodo de la Unión Soviética, constituye un marco imprescindible para entender la deriva que ha culminado con la actual agresión a un Estado como el ucraniano, al que se le niega la posibilidad de una existencia independiente (Brunk y Hakimi, 2022).

Tatiana Vagramenko analiza el relevante papel jugado por la Iglesia ortodoxa rusa en el conflicto de Ucrania —desde una perspectiva teológica e ideológica— dotando del soporte imprescindible al Kremlin en su discurso doméstico y en su despliegue bélico exterior, hasta el punto de calificar el conflicto como la primera guerra de religión del siglo XXI (Leustean, 2022). Bajo la cobertura del denominado mundo ruso, el Kremlin pretende liderar política y espiritualmente todo el conjunto de los pueblos eslavos; por ello, la pluralidad confesional de Ucrania colisiona con el alineamiento sin fisuras de la Iglesia rusa con la agresión en curso. Este monolitismo se estudia en el marco del análisis histórico y de los discursos, así como desde el punto de vista de la antropología cultural, centrándose en las implicaciones religiosas de la guerra en Ucrania (Colosimo, 2022) y en sus raíces históricas. Igualmente se examina cómo se han transformado las narrativas religiosas —tanto en Rusia como en Ucrania—, de qué forma se usa legitimar el uso de la violencia y la influencia de la religión en el activismo social. El trabajo establece, en definitiva, la orientación geopolítica que ha adoptado la Iglesia ortodoxa rusa durante el mandato de Putin (Suslov, 2014).

La conclusión del conflicto en curso en Ucrania pero, de manera muy importante, los términos diplomáticos y las consecuencias que se deriven para ambos Estados y sus respectivas políticas domésticas del escenario postbélico pueden determinar el devenir futuro de esta amplia y convulsa área geopolítica y geoestratégica. La política exterior de Rusia hacia su "extranjero próximo" y los liderazgos alternativos que consoliden o modifiquen el actual sistema político imperante en el Kremlin van a estar estrechamente ligados a la finalización de una agresión que nunca tenía que haberse producido. Como mostró la acción protagonizada por Prigozhin y sus mercenarios del Grupo Wagner. Todos los escenarios están abiertos.

Bibliografía

Acharya, A. (2017): "After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order", *Ethics & International Affairs,* 31(3), pp. 271-285.

Allison, R. (2014): "Russian 'deniable' intervention in Ukraine: how and why Russia broke the rules", *International Affairs* 90(6), pp. 1255-1297.

Allison, R. (2022): "Russia, Ukraine and state survival through neutrality", *International affairs*, 98(6), pp. 1849-1872.

Applebaum, A. (2018): "Putin´s Grand Strategy", *South Central Review*, 35(1), pp. 22-34.

Baqués Quesada, J. (2021): *De las Guerras Híbridas a la Zona Gris. La Metamorfosis de los Conflictos en el siglo XXI*, Madrid, UNED.

Batta, A. (2022): *The Russian Minorities in the Former Soviet Republics: Secession, Integration and the Homeland*, Londres, Routledge.

Brunk, I. y M. Hakimi (2022): "Russia, Ukraine and Future of the World Order", *American Journal of International Law*, 116(4), pp. 687-697.

Bukkvoll, T. (2016): "Why Putin went to war: ideology, interests and decision making in the Russian use of force in Crimea and Donbas", *Contemporary Politics*, 22(3), pp. 267-282.

Calvillo Cisneros, J. M. (2023): "El multilateralismo: nacimiento, desarrollo crisis y ¿resurgir?", en A. Calatrava García y J. M. Calvillo Cisneros, eds., *El Orden Mundial en Transición*, Madrid, Dykinson, pp. 31-48.

Colosimo, J. F. (2022): *La Crucifixion de l´Ukraine. Mille Ans de Guerres de Religions en Europe*, París, Albin Michel.

Courtois, S. y G. Ackerman (2022): "¿Hacia dónde va Rusia?", en S. Courtois y G. Ackerman, dirs., *El Libro Negro de Vladimir Putin*, Madrid, Espasa, pp. 451-456.

Dadabaev, T. y S. Sonoda (2023): "Silence is golden? Silences as strategic narratives in Central Asian states' response to the Ukrainian crisis", *International Journal of Asian Studies*, 20(1), pp. 193-215.
De Custine, A. (2019): *Cartas de Rusia*, Barcelona, Acantilado.
De Gliniasty, J. (2022): *La Russie. Un Nouvel Échiquier*, París, Éditions Eyrolles.
De Waal. T. (2013): *Black Garden: Armenia and Azerbaijan through Peace and War*, Nueva York, New York University Press.
De Waal, T. y N. von Twickel (2020): *Beyond Frozen Conflict. Scenarios for the Separatist Disputes of Eastern Europe*, Londres, Rowman&Littlefield International.
Devyatkov, A. (2017) "The Transnistrian Conflict: A Destabilizing Status Quo?-Analysis", *Eurasia Review*, 18 de julio. Disponible en: https://www.fpri.org/article/2017/07/transnistrian-conflict-destabilizing-status-quo/ [Consulta: 27 de septiembre de 2023]
Duguin, A. (2020): *The Theory of the Multipolar World*, Londres, Arktos.
Epkenhans, T. (2016): *The Origins of the Civil War in Tajikistan: Nationalism, Islamism, and Violent Conflict in Post-Soviet Space*, Washington, Lexington Books.
Faraldo, J. M. (2020): *El nuevo nacionalismo ruso*, Madrid, Báltica
Fernández Leost, J. A. (2015): "La ideología euroasiática de Alexander Duguin: Entre la geopolítica y el populismo", *Nómadas*, 46(2), pp. 1-12. Disponible en: https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18153279003 [Consulta: 20 de septiembre de 2023].
Figes, O. (2022): *Historia de Rusia*, Madrid, Taurus.
Flores Juberías, C., ed., (2006): *De la Europa del Este al este de Europa*, Valencia, Universitat de València.
Flores Juberías, C., ed., (2009): *España y la Europa Oriental: tan lejos, tan cerca*, Valencia, Universitat de València.
Freire, M. R. y L. Simão (2015): "The modernisation agenda in Russian foreign policy.", *European Politics and Society*, 16(1), pp. 126-141.
Frinkel, E. e Y. Brudny (2012): "Russia and the Colour Revolutions", *Democratization* 19(1), pp. 15-36. DOI: 10.1080/13510347.2012.641297
Galeotti, M. (2014): *Russia´s War in Chechnya (1994-2009)*, Oxford, Osprey Publishing.
Garton Ash, T., I. Krastev y M. Leonard (2023): "United West, Divided from the Rest: Global Public Opinion One Year into Russia´s War on Ukraine", *Policy Brief ECFR*, pp. 1-19.
Hynek, N. y V. Střitecký (2022): *Hybridisation of Political Order and Contemporary Revisionism*, Londres, Routledge.
Hosking, G. (2011): *Russia and the Russians: A History*, Cambridge, Harvard University Press.
Kazantsev, A., P. Rutland, S. Medvedeva e I. Safranchuk (2020): "Russia´s policy in the 'frozen conflicts' of the post-Soviet space: from ethno-politics to geopolitics", *Caucasus Survey*, 8(2), pp. 142-162. DOI: https://doi.org/10.1080/23761199.2020.1728499
Kelaidis, K. (2023): *Holy Russia? Holy War: Why the Russian Church is backing Putin against Ukraine*, Londres, SPCK Publishing.
Keller, S. (2022): *Russia and Central Asia: Coexistence, Conquest, Convergence*, Toronto, Toronto University Press.
Krastev, I. y M. Leonard (2023): "Fragile Unity: Why Europeans are coming together on Ukraine (and what might drive them apart)", *Policy Brief ECFR*, pp. 1-25.
Kudaibergenova, D. T. y M. Laruelle (2022): "Making sense of the January 2022 protests in Kazakhstan: failing legitimacy, culture of protests, and elite readjustments", *Post-Soviet Affairs*, 38(6), pp. 441-459.
Kuzio, T. (2016): "Nationalism and authoritarianism in Russia: Introduction to the special issue", *Communist and Post-Communist Studies* 49, pp.1-11.
Lagutina, M., A. Sergunin y N. Tsvetkova (2023): *The Routledge Handbook of Russian International Relation Studies*, Londres, Routledge.
Laruelle, M. (2012): *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*, Baltimore, John Hopkins University Press.
Laruelle, M., ed., (2015): *Between Europe and Asia: The Origins, Theories, and Legacies of Russian Eurasianism*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
Laruelle, M. (2016): "The three colors of Novorossiya, or the Russian nationalist mythmaking of the Ukrainian crisis", *Post-Soviet Affairs*, 32(1), pp. 55-74.
Laruelle, M. (2021): *Is Russia Fascist? Unraveling Propaganda East and West*, Nueva York, Cornell University Press.
Leustean, L. N. (2022): "Russia's Invasion of Ukraine: The First Religious War in the
21st Century", *The LSE Religion and Global Society*, 3. Disponible en: https://blogs.lse.ac.uk/religionglobalsociety/2022/03/russias-invasion-of-ukraine-the first-religious-war-in-the-21st-century/ [Consulta: 25 de septiembre de 2023].
López Jiménez, J. A. y J. Morales Hernández (2017): *La Política Exterior de Rusia: Los Conflictos Congelados y La Construcción de un Orden Internacional Multipolar*, Madrid, Dykinson.
López Jiménez, J. A. (2018): "The dissolution of the Soviet Union and complex state construction processes. Two differentiated secession models in the Republic of Moldova: Gagauzia and Transnistria", *Spanish Yearbook of International Law*, 22, pp. 403-414.
López Jiménez, J. A. (2020): "El factor nacional en la implosión de la Unión Soviética: el caso moldavo (1989-1994", en A. Segura, ed., *Centenario de la Revolución Rusa 1917-2017*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, pp. 365-376.
López Jiménez, J. A. (2021):"La OSCE y el espacio post-soviético: 30 años de prevención y resolución de conflictos. Una valoración crítica", *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 41, pp. 1-35.
López Jiménez. J. A., coord., (2021): *Rusia, UE y Derechos Humanos: 30 años de complejo encaje*, Valencia, Tirant lo Blanch.
López Jiménez, J. A. (2022): *Bielorrusia: La Última República Soviética*, Madrid, Báltica Ensayo.
Mälkso, M. (2022): "The Postcolonial Moment in Russia´s War Against Ukraine", *Journal of Genocide Research,* DOI: 10.1080/14623528.2022.2074947
Mankoff, J. (2022): *Empires of Eurasia*, New Haven, Yale University Press.
Martín de la Guardia, R. y G. A. Pérez Sánchez (2001): "La Europa del Este en la historiografía de las relaciones internacionales", *Revista Ayer*, 41, pp. 125-148. Disponible en: https://revistaayer.com/sites/default/files/articulos/42-5-ayer42_HistoriaRelacionesInternacionales_Pereira.pdf [Consulta: 25 de septiembre de 2023].

Meister, S., ed., (2023): "Russia´s war against Ukraine: connectivity and disruption in the South Caucasus", *Caucasus Analytical Digest*, 132.
Mirza, N. M. y S. Ayub (2022): "Heartland, Rimland, and the grand chessboard deciphering the great power politics in Central Asia", *Journal of Social Sciences*, 5(1), pp. 187-204.
Muradov, I. (2022): "The Russian hybrid warfare: the cases of Ukraine and Georgia", *Defence Studies,* 22(2), pp. 168-191.
Núñez-Seixas, X. M. (2022): *Volver a Stalingrado. El frente del este en la memoria de Europa (1945-2021)*, Madrid, Galaxia-Gutenberg.
Núñez-Seixas, X. M. (2023): "De Stalingrado a Ucrania. Memorias de una guerra de exterminio (1945-2022)", *La Maleta de Portbou*, 58, pp. 14-19.
O'Loughlina, J., V. Kolossov y G. Toal (2015). "Inside the post-Soviet de facto states: a comparison of attitudes in Abkhazia, Nagorny Karabakh, South Ossetia, and Transnistria", *Eurasian Geography and Economics*, 5, pp. 423-456.
Owen, J. (2021): "Two emerging international orders? China and the United States", *International Affairs*, 97(5), pp. 1415–1431. Disponible en: https://doi.org/1o.1093/ia/iiab111 [Consulta: 25 de septiembre de 2023].
Plokhy, S. (2014): *Ukraine&Russia. Representations of the Past*, Toronto, Toronto University Press.
Plokhy, S. (2016): *The Gates of Europe. A History of Ukraine*, Londres, Penguin Books.
Plokhy, S. (2023): *The Russo-Ukrainian War*, Londres, Penguin Random House.
Puri, S. (2022): *Russia´s Road to War with Ukraine: Invasion amidst the Ashes of Empires*, Londres, Biteback Publishing.
Putin, V. (2021): "On the Historical Unity of Russians and Ukrainians", Kremlin.ru, 2 de julio de 2021. Disponible en: http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181?fbclid=IwAR1FPurpeKAsfQh76xvh-MuRGwn2NMIq6y--3uYmA9WfHGFZhupSOHtg7No [Consulta: 25 de septiembre de 2023].
Romanova, T. y E. Pavlova (2012): "Towards Neoclassical Realist Thinking in Russia?" en Toje, A. y Kunz, B. (eds.) *Neo-Classical Realism in European Politics: Bringing Power Back In*, Manchester University Press, pp., 234-254.
Sakwa, R. (2022): *Frontline Ukraine. Crisis in the Borderlands*, Londres, Bloomsbury Academic.
Schlögel, K. (2022): *Ukraine: A Nation on the Borderland*, Londres, Reaktion Books.
Sergunin, A. (2014): *Ukraine: Regards sur la crise*, Lausana, Éditions L´âge d´Homme.
Sergunin, A. (2016): *Explaining Russian Foreign Policy Behavior. Theory and Practice*, Stuttgart, Ibídem-Verlag.
Shevtsova L. (2015): "The authoritarian resurgence: forward to the past in Russia", *Journal of Democracy* 26(2), pp. 22–36.
Smith, M. B. (2020): *The Russia Anxiety: And How History Can Resolve It*, Londres, Penguin Books.
Studzińska, D. y J. Dunaj (2023): "Kaliningrad as an isolated zone: the impact of the war in Ukraine on the daily life of the residents of the Kaliningrad region. An introduction to the discussion", *Journal of Baltic Studies*, 54(2), pp. 395-407.
Suslov, M. (2014): "The Utopia of Holy Russia in Today´s Geopolitical Imagination of the Russian Ortodox Church: A Case of the Patriarch Kirill", *Plural*, 2(1-2), pp. 81-97.
Tabatai, A. y D. Esfandiary (2018): *Triple Axis: Iran´s Relations with Russia and China*, Londres, I. B. Tauris.
Toal, G. y J. O'Loughlin (2016): "Frozen fragments, simmering spaces: The post-soviet de facto states", en Holland, E. C. y M. Derrick, eds., *Questioning post-soviet*, Washington, Wilson Center, pp.103-126.
Toal, G. (2017): *Near Abroad: Putin, the West and the Contest over Ukraine and the Caucasus*, Oxford, Oxford University Press.
Tsygankov, A. (2014): *Russia and the West from Alexander to Putin. Honor in International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
Wheatley, J. (2016): *Georgia from National Awakening to Rose Revolution. Delayed Transition in the Former Soviet Union*, Nueva York, Routledge.
Wolff, S. (2011): "A resolvable Frozen Conflict? The Domestic and International Politics of Self Determination in Moldova and Transnistria", *ECMI Issue Brief,* 26, Flensburg, European Centre for Minority Issues.
Yavuz, M. H. y M. Gunter, eds., (2022): *The Nagorno-Karabakh Conflict: Historical and Political Perspectives*, Londres, Routledge.
Zabortseva, Y. N. (2016): *Russia´s Relations with Kazakhstan: Rethinking ex Soviet Transitions in the Emerging World System*, Nueva York, Routledge.

CC BY

MONOGRÁFICO

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.84414

EDICIONES COMPLUTENSE

El nacionalismo ruso de Putin ¿un legado soviético?

José María Faraldo[1]

Recibido: 25-10-2022 // Aceptado: 28-03-2023

Resumen. El presente artículo parte de los discursos de justificación de la guerra de Ucrania y los sigue en retrospectiva para buscar el origen de buena parte del nuevo proyecto imperial de Vladimir Putin. Las preguntas principales a las que intento responder son: ¿cuánto hay de soviético en este nuevo nacionalismo? ¿El expansionismo imperial pretende volver a la URSS o reconstruir el imperio de los zares? ¿Qué hay de nuevo y original en esta construcción ideológica? En el contexto de la dictadura actual ¿podemos hablar de un nuevo totalitarismo?
Palabras clave: nacionalismo; totalitarismo; Rusia; guerra de Ucrania; Vladimir Putin; Unión Soviética.

[en] Putin's Russian Nationalism. A Soviet Legacy?

Abstract. The present article starts from the discourses justifying the Ukrainian war and follows them in retrospect to look for the origin of much of Vladimir Putin's new imperial project. The main questions I try to answer are: how much is Soviet in this new nationalism? Does imperial expansionism aim to return to the USSR or to rebuild the Empire of the Czars? What is new and original in this ideological construction? In the context of the current dictatorship, can we speak of a new totalitarianism?
Keywords: Nationalism; Totalitarianism; Russia; Ukrainian war; Vladimir Putin; Soviet Union; Soviet Union.

Sumario. 1. El nuevo totalitarismo. 2. El fin de la identidad soviética. 3. De imperio a nación. 4. La construcción de un nacionalismo de Estado. 5. La melancolía de la nación. 6. Putin y el neoimperialismo ruso. 7. Las memorias de la Guerra Patria. 8. Conclusiones. 9 Bibliografía.

Como citar: Faraldo, J. M. (2023). El nacionalismo ruso de Putin ¿un legado soviético?. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84414. https://dx.doi.org/10.5209/poso.84414

1. El nuevo totalitarismo

El día 17 de marzo de 2022, al comienzo de la guerra contra Ucrania, el presidente ruso Vladimir Putin habló en un discurso de la necesidad de limpiar Rusia de enemigos y de aquellos rusos que "tenían la mente en Occidente". (Blanco, 2022). Citó expresamente "la quinta columna", como si estuviera todavía en la época de Stalin. Como de inmediato observaron algunos politólogos e investigadores rusos, esta afirmación corroboraba el paso del régimen de Putin del autoritarismo al totalitarismo. Esto significaba la transición de un régimen con represión y control político, pero cierto margen de libertad general, a uno de imposición de un proyecto social en el marco de una ideocracia (Jesse 1996 y Kapperer, 1995), algo que supera el antiguo modelo —basado en su experiencia del franquismo— de Juan Linz (Linz, 2009) . Mientras la vieja y desacreditada conceptualización de la Guerra Fría comenzaba a recuperar su vigencia de improviso, la sociedad europea lanzaba una nueva mirada hacia una sociedad que, de pronto, retrocedía en apariencia a los tiempos de la Unión Soviética, cuando estaba unida en la sacralidad del comunismo, sometida al control policial y a una represión desmedida. De nuevo, para los europeos, Rusia volvía a convertirse en un enemigo, y sus gentes en desconocidos habitantes de un país misterioso.

Todo había cambiado desde el 24 de febrero de 2022. Aunque los signos estaban claros, el giro había sido radical y sistemático, precipitando una transformación esencial del antiguo mundo globalizado, liberal y progresivo. Todo era nuevo ahora, la incertidumbre acechaba. Y sin embargo, buena parte de los análisis que comenzaron a llevarse a cabo acerca de la invasión rusa de Ucrania, continuaron —y continúan—encerrados en los márgenes de la Guerra Fría (Chomsky 2022). Se sigue pensando que la guerra de Ucrania responde a

[1] Universidad Complutense de Madrid (España).
E-mail: jmfarald@ucm.es
ORCID: 0000-0002-9517-8316

las pautas de acción de una Unión Soviética que se identifica con un imperialismo pasado. Nada más lejos de la realidad. La nueva Rusia no solo es el resultado de la política imperial de Putin y de un nacionalismo reactivo y revanchista, que también. Si las acciones brutales y casi desesperadas del ejército ruso en la guerra de Ucrania han sido recibidas por la sociedad con una actitud que varía del consentimiento a la indiferencia, es porque el camino había sido ya suficientemente preparado (Meduza, 2022). La construcción del mito de los noventa como la época del enorme desastre, la humillación y la postración "de rodillas" de Rusia y la elevación de los 2000 como la época de la resurrección, el rearme moral y la soberanía, con su cumbre en la ocupación de Crimea en 2014 se llevó a cabo consciente y minuciosamente, utilizando todo tipo de herramientas de ingeniería social (Faraldo, 2022). La experiencia bolchevique no era ajena a ello, pero tampoco hay que olvidar la transformación esencial de la tecnología y la economía modernas. Tras el final del sistema, los cuadros medios de la antigua Unión Soviética continuaron su tarea de mantenimiento de una imagen del mundo exterior como enemigo y antagonista (Young, 2020).

Algunas de las reclamaciones rusas son, probablemente, legítimas. La acción arrogante y agresiva de Estados Unidos en la época del "desorden global", el surgimiento de China como potencia global y autónoma, la escasa consideración simbólica de la herencia rusa en la nueva escena global, la agresividad discursiva de algunas de las repúblicas postsoviéticas con respecto al antiguo centro, son puntos que podrían considerarse como el origen de preocupaciones reales (Mearsheimer, 2022). Europa podría haber hecho más por unir a Rusia a su proyecto. Pero el proyecto de Putin, a su vez, excluía los valores europeos y los otros conflictos no son exclusivos de Rusia. El liderazgo ruso podría haber reaccionado de forma distinta.

No es, por tanto, la situación geoestratégica global la que ha llevado al incremento de los controles sociales en Rusia. El autoritarismo inherente al sistema de Putin no ha dejado de incrementarse —con la vaga excepción de la época Medvedev—. La sucesiva escalada de intervenciones militares ha servido para dar el salto hacia un sistema que puede llamarse sin problemas totalitario: ahora hay una ideología, un modelo de sociedad y un modelo de comportamiento individual obligatorio, y los mecanismos policiacos, propagandísticos y sociales necesarios para implementarlos sobre la sociedad. Se cumplen así los aspectos sustanciales del modelo clásico de totalitarismo de Hannah Arendt (Arendt 1974).

2. El fin de la identidad soviética

La disgregación de la Unión Soviética planteó el problema de cómo iban a ser las relaciones entre los nuevos Estados independientes. La principal incógnita la constituía la Federación Rusa. ¿Hasta qué punto iba a ser Rusia capaz de asumir la segregación de territorios que, durante varios cientos de años, incluso más en algunos casos, habían constituido parte de su propio Estado? (Krasnov, 1991).

Lo insólito es que, durante el período inmediatamente posterior al hundimiento de la URSS, los conflictos posibles mantuvieron una sorda presencia sin que, en ningún caso, más allá de puntuales refriegas —intervención del Ejército ruso en Georgia o en Transnistria, por ejemplo— se manifestase una voluntad global de recuperación de dichos territorios (López Jiménez, 2002), lo cual no significa que no hubiera determinados momentos y determinados sectores políticos y militares rusos que esgrimiesen el argumento del retorno al imperialismo tradicional. El caso de Chechenia, por ejemplo, territorio que pretendió la separación no de la URSS sino de la propia Federación Rusa, se encuadra en un contexto distinto. Solo a partir de la breve guerra entre Georgia y Rusia en 2008 y, sobre todo, de la ocupación de Crimea y la intervención en Ucrania de 2014, se puede hablar de un neoimperialismo ruso de importancia en la esfera pública (Van Herpen, 2014).

La respuesta a esta disgregación relativamente incruenta de la patria soviética debiera hallarse por un lado en la depresión económica del sistema postsoviético, que hizo cobrar conciencia a los rusos, fuese o no verdad, del precio que la Federación Rusa había de pagar por mantener dentro de su área de influencia política a tan extensos territorios. Así, Gorbachov comenzó liberando a su economía del peso de la presencia militar en diversos lugares del mundo, luego llegó la retirada de Europa Oriental y, por fin, en manos de Yeltsin, la disgregación del Imperio (Mc Faul, 2006).

En segundo lugar, y como producto de la situación económica y del trauma de la descomposición del propio sistema soviético, se encontraba la incapacidad del Ejército para asumir el coste del rosario de guerras y enfrentamientos que supondría una radical imposición de la soberanía soviética —ahora nuevamente rusa— sobre los independentismos. Asimismo, perduraba la falta de una doctrina imperialista clara, una vez destruido el modelo "internacionalista" y "revolucionario" de dominación.

Y en último lugar y, paradójicamente, un freno al imperialismo postsoviético lo constituyó el propio renacimiento del nacionalismo ruso, que, aislacionista en un primer momento, consiguió evitar la tentación de dirigir la ideología nacional de los rusos hacia un "objeto nacional" más pequeño.

Para comprender lo que sucedió en la URSS, podemos usar el concepto de "metanacionalismo". Se trata de un tipo de discurso nacionalista que intenta encuadrar dentro de él otros nacionalismos asumidos como existentes, pero considerados de un rango inferior, y por tanto subsumidos al nacionalismo general. Se trata de una construcción jerarquizada de una ideología auxiliar propia de imperios en vías de transformación en nación, y

que intenta no recurrir a una nacionalización absoluta de una población diversa. Se renuncia a nacionalizar por medio de un discurso encajado en la etnosimbología nacional del *pueblo* que ha construido territorial y geográficamente a lo largo de la historia el imperio. A cambio se crea un discurso que —aunque pueda y suela tener rasgos culturales enraizados en la historia de esta formación étnica predominante— pretende fusionar también aspectos históricos, mitos y símbolos de estas otras formaciones étnicas que se quiere subsumidas. En general, es un discurso poco estable, dado que suele difuminarse bien ante la nacionalización forzosa unidireccional o ante la fragmentación en diversos discursos nacionalistas contrarios y deslegitimadores.

A la altura del final de la URSS, todavía lo que llamo *metanacionalismo soviético*, y pese a los ataques desde las repúblicas, poseía una elevada potencialidad. (Faraldo, 1996). Por ejemplo, en el referéndum del 17 de marzo de 1991 que Gorbachov organizó para preguntar a los soviéticos acerca del mantenimiento de la Unión —aunque boicoteado parcialmente en seis de las quince repúblicas— se produjo una alta participación (el 80% del censo electoral) que mayoritariamente votó (un 76 %) a favor de la pervivencia de la URSS. Otro ejemplo de un sentimiento perdurable de ligazón a la patria soviética lo constituye el referéndum del 12 de junio de 1991, en Leningrado, cuyo contenido era la propuesta de que la ciudad recuperara el anterior nombre de San Petersburgo: solo un 54 % de votantes lo hizo a favor de recuperar el nombre prerrevolucionario/prebélico (*Jronolojia rossiskoi istorii*, 1994).

Sin embargo, parece bastante cierto que la relativa potencia de la imagen soviética no servía para aglutinar a la población ante la profunda crisis en que se encontró el país durante la década de los ochenta. Al colapsar el sistema, los movimientos nacionales en el espacio de la URSS tuvieron que optar por elaborar una tradición propia que sirviese como rechazo efectivo del metanacionalismo soviético. La mayor parte de los nacionalistas de las diversas repúblicas se decidieron por esta última posibilidad. Y aunque esto incluía a buena parte de los nacionalismos rusos, una corriente de pensamiento muy amplia en la Rusia postsoviética desarrollaba una, por otra parte, completamente lógica, mixtura entre comunismo y nacionalismo ruso, amparada en la pretendida continuidad histórica del pueblo ruso.

Podemos ver, pues, que por un lado, los diversos movimientos nacionalistas de los distintos territorios soviéticos no rusos formalizaban una conciencia de diferenciación con respecto a lo soviético que era considerado como "ruso". Y por otro, buena parte de los mismos rusos llegaba a considerar lo "soviético" como ajeno, e incluso como enemigo, de lo "ruso".

El victimismo ruso se convirtió en algo muy extendido. No importaba que las causas del declive demográfico de los rusos durante finales de los setenta y primeros ochenta fuese, en buena parte, el mayor grado de modernización social de la Federación Rusa. O que la degradación de las condiciones de vida se correspondiera con la cada vez mayor incapacidad del sistema para mantener una cierta eficiencia económica. Los rusos albergaban la convicción de que las otras repúblicas eran unas "parásitas", lo que es una de las principales razones que explican por qué el separatismo de las repúblicas supuso tan escasa reacción negativa por parte de Rusia, incluyendo al propio Ejército Soviético, que estaba controlado por rusos étnicos (Taibo, 1993).

En buena medida, el relativo fracaso del metanacionalismo soviético (federalista en la forma y siempre integrador en el fondo) también contribuye a explicar que la disgregación de la URSS tuviera lugar sin el recurso a grandes dosis de violencia. Al tiempo que iba creciendo la comprensión del fracaso del sistema soviético y el monopolio ideológico del marxismo oficial se volvía cada vez más superficial, los individuos parecían buscar un apoyo sobre el que construir su identidad. El sistema soviético pretendía ser un bloque monolítico, en el que el ejercicio del poder por una burocracia especializada se veía justificado a través de una completa visión del mundo, de la historia y del ser humano. No cabe dudar de la eficacia de los mecanismos productores de realidad en una sociedad organizada en torno a un principio rector claro y con un margen relativamente estrecho de disenso, que además contaba con unos medios de comunicación controlados y limitados por las necesidades del poder ejecutivo.

La URSS tenía como elemento vertebrador y legitimador a ese metanacionalismo soviético que, cuando el Estado comenzó a mostrarse débil y entró en crisis, se reveló incapaz de sostener la autodefinición individual. Se comenzó así a producir una nueva imagen nacional, que recuperaba una conexión con el pasado. La conexión real con la cultura rusa había atravesado todo el régimen, y era lo que posibilitaba que, sobre ella, se construyese el nuevo nacionalismo y los nuevos símbolos de identificación nacional.

Así, como dicha conexión no había desaparecido a lo largo del régimen, tampoco desapareció de pronto el fondo soviético. Los intentos de hacer compatibles ambos extremos, ruso y soviético, desde el "nacional-bolchevismo" de los años treinta y cuarenta, hasta la revista *Molodaya Gvardia* y, por fin, la alianza entre los estalinistas y los ultranacionalistas, dieron origen a una visión continuista de la historia rusa, visión alternativa a la del nacionalismo ruso liberal y espiritualista que negaba esa continuidad precisamente para construir la identidad propia y la imagen del futuro de Rusia (Brudny, 1998).

Esas visiones en realidad no tan diferentes comenzaron, pues, a generarse entre una minoría de la *intelligentsia*: una línea continuista desde una minoría envuelta en el sistema y adepta al partido; una línea rupturista, desde los márgenes de la sociedad a través de la literatura clandestina o las aportaciones de personajes como el expresidiario Solyenitsin. El sentimiento de nacionalidad rusa, generado por unas ciertas élites intelectuales, se convirtió en un factor político indudable a lo largo del proceso que llevó a la desaparición del sistema

soviético. Así, una realidad política, el nuevo nacionalismo ruso, fue producida a partir de la creación cultural de un discurso de identidad. Y ello dentro del contexto de la cultura política de un sistema cuyas características contribuyeron a crearlo (a partir y a la vez en contra del metanacionalismo soviético). Era un sistema cuya debilidad y proceso de democratización permitió que el discurso se alzara y se convirtiera en hegemónico. Que este nacionalismo ruso impulsó el final de la URSS parece claro: fue Boris Yeltsin como presidente de la Federación Rusa el que en 1991 firmó el acta de defunción de la Unión Soviética en el bosque de Bialoweza. Pero que el nacionalismo ruso durante la perestroika no se convirtiera en un extremismo peligroso sucedió, precisamente, porque la Federación Rusa de Yeltsin se hizo con los signos y símbolos de ese nacionalismo y los enmarcó en el modelo democrático-liberal que le parecía necesario para salir de la agonía soviética.

3. De imperio a nación

Todavía tan tarde como 1998, siete años después de la caída de la URSS, había un 52 por ciento de ciudadanos de la Federación Rusa que se reclamaban ciudadanos soviéticos (Plokhy, 2016). Esta consideración, independientemente de las vacilaciones en la identificación con la Unión Soviética, mantendría durante décadas una valoración generalmente positiva del caído imperio, lo que no impediría, como hemos mostrado en las páginas anteriores, que esto se plasmara en un nacionalismo ruso derivado de la idea soviética.

De hecho, el grupo más fuerte de nacionalistas en los primeros años de la transición fue el ya llamado «partido ruso», que heredaba el neostalinismo fusionado con el nacionalismo gran-ruso propio de la nomenclatura comunista. Los nacionalistas tuvieron, en general, un cierto apoyo de las masas en la década de 1990, pero la receptividad a sus mensajes fue disminuyendo constantemente, lo que se reflejaba en los propios resultados electorales (Verkhovskiy, 2007). La sociedad rusa del momento estaba en apariencia inmunizada contra las ideas más extremas del fascismo, de modo que resultaba difícil que apoyaran a los minúsculos grupos de skinheads o de neonazis que iban surgiendo. Por otro lado, en una época de absoluto caos económico y de lucha por la supervivencia en un nuevo sistema, las ideas nacionalistas no parecían importar mucho, más allá de puntuales emociones xenófobas. De hecho, una vez que los primeros conflictos étnicos en la periferia del imperio cedieron, los nacionalistas ni siquiera tenían la excusa de enfrentamientos o pogromos antirrusos.

La primera mitad de los noventa supuso una época de rápido crecimiento en la popularidad del concepto de «eurasianismo» (Laruelle, 2015). En realidad, este eurasianismo era demasiado abstracto, esotérico y abstruso como para convertirse en un fenómeno de masas, y se limitó a aportar una cierta conciencia de la ambigüedad de la construcción identitaria rusa entre Este y Oeste. La convicción de que Rusia no es ni Europa ni Asia, y de que, por tanto, precisa de una solución propia y de un *Sonderweg*, un camino propio, se ha extendido en la sociedad rusa de forma muy amplia. Sin embargo, los neoeurasianistas organizados consideraban que su tercera vía estaba emparentada con el fascismo del período de entreguerras, lo que mermaba sus posibilidades de popularidad y los convertía en marginales. El intelectual ruso más prominente de este movimiento fue Alexander Dugin, combativo ideólogo, a veces muy cercano al Kremlin y creador del Movimiento Eurasiático Internacional. Su figura ha sido reclamada por buena parte de la ultraderecha y el nacional-populismo europeos, en especial en Alemania y Francia, con posterioridad a la crisis económica de 2008.

Hubo también un resurgimiento de los monárquicos nacionalistas anteriores a la revolución, del tipo de las Centurias Negras. Dado que su contenido prerrevolucionario estaba muy ligado a la Iglesia ortodoxa, esta no alzó su voz en contra en ningún momento y permitió que se utilizaran los símbolos religiosos para su acción política. Los grupos que se reclamaban directos herederos de las Centurias fracasaron en atraer a las masas. Eran organizaciones como las propias Centurias Negras, el Frente nacional-patriótico Pamiat (Memoria), la Unión Nacional Rusa (RONS) o la Unión Renacimiento cristiano. Algunas de ellas participaron en la creciente actividad violenta de tono xenófobo, homófobo y antisemita. A veces confundiéndose con ellas, estaban las organizaciones neonazis, que habían tenido un cierto desarrollo al final de la época soviética. Pequeños grupos de militancia agresiva se forjaron en los primeros noventa por medio de marchas y actuaciones callejeras. Su base era sobre todo juvenil, lo que acababa acarreándoles una inestabilidad crónica. Como organización de importancia se puede citar la Unión Nacional Rusa (RNE), de claro mensaje racista y violento.

Quizá el nacionalismo más efectivo haya estado en los nacional-populistas. En 2003 surgió el llamado bloque Rodina (patria), una organización nacionalista con un cierto discurso «de izquierdas» a la que muchos acusaron de estar impulsada por el Kremlin para robarle votos a los comunistas. Sin embargo, su discurso contenía una fuerte xenofobia y un nacionalismo que solo tiempo después fue moderando. Tras una serie de avatares y rupturas, y convertido ya en partido, Rodina impulsó un nacional-populismo bastante eficaz electoralmente, en el que había tonos fascistas e izquierdistas a la vez. Otros dos partidos se significaron por su nacional-populismo en los años noventa y a principios de este siglo: uno fue el Partido Liberal Democrático Ruso (LDPR), de Vladimir Zhirinovski, que mantenía un discurso demagógico, imperialista y a veces de tonos violentos y escandalosos. El otro, el Partido Comunista, que unía a su demagogia social y a su nostalgia soviética, un nacionalismo a veces xenófobo. De hecho, toda la amplia esfera populista de la Rusia actual vacila entre la izquierda y la derecha y entre la nostalgia soviética o su rechazo. Su único cemento son la xenofobia

antiinmigrante —generalmente contra los musulmanes del Cáucaso o de Asia Central—, la homofobia y la lucha contra la corrupción de las élites, a las que —con evidentes tonos antisemitas— acusan de llevar a cabo políticas «antirrusas».

El ascenso al poder de Vladimir Putin en 1999/2000 trajo una verdadera revolución. Tras la dura época de los años noventa, por fin había un «presidente de la esperanza» sobre el que proyectar las necesidades de cambio de la sociedad (Service, 2018). También los nacionalistas rusos saludaron la llegada de Putin, a quien veían como un presidente fuerte, nacional, aunque su primera legislatura los decepcionara. Esto coincidió además con el fuerte aumento de los prejuicios xenófobos (la consigna «¡Rusia para los rusos!» superó el 50% de aceptación entre la población, aunque pronto bajó y no volvió a subir tan alto) y una ola de ataques a inmigrantes, que se ha repetido en algunas situaciones críticas.

Putin se convirtió en poco tiempo en la encarnación de un nuevo tipo de nacionalismo que, recuperando en parte signos y símbolos del pasado soviético (bandera, himno, festividades, pero no el comunismo), fue capaz de crear una síntesis con el pasado zarista y buscar una nueva formulación para el futuro ruso.

4. La construcción de un nacionalismo de Estado

Hasta 2014 y la crisis con Ucrania, la comunidad internacional asumía que la Federación de Rusia constituía una democracia imperfecta, con delincuencia y corrupción, pero que avanzaba hacia una economía liberal y democrática de mercado, como en el resto de Occidente. Rusia formaba parte del G7 (que pasó a denominarse G8), el grupo de países más ricos, desde 1998, y continuó siendo invitada a ese círculo hasta la crisis de Crimea. Con Vladimir Putin en el poder, el país participaba en todos los foros internacionales, y Europa y Estados Unidos lo trataban de igual a igual. De hecho, hasta sus discursos ante la conferencia de seguridad de Múnich de febrero de 2007 y ante el Consejo OTAN-Rusia en la cumbre de la OTAN de Bucarest de abril de 2008, Putin pareció estar de acuerdo y sentirse cómodo entre el resto de mandatarios occidentales. Pero en aquellos discursos, Putin mostró una irritación que, si bien argumentó con razones creíbles —habló del «doble rasero» occidental, de la incomodidad de Rusia con la expansión de la OTAN…—, sacaban a la luz complejos y emociones que iban más allá del mero descontento.

Durante los cuatro años anteriores, ayudado por los precios del petróleo, Putin había conseguido estabilizar Rusia. Poco a poco se había ido formando una cierta clase media que estaba orgullosa de su país, y que podía ir de vacaciones al extranjero y conocía Europa de primera mano. A este crecimiento económico no le vino aparejada una liberalización política, sino un recrudecimiento de las estructuras autoritarias del país. La oposición era unas veces perseguida, otras simplemente ignorada; las libertades ciudadanas se restringían o no según el momento y las necesidades del poder.

El régimen comenzó a perder las características democráticas que se había otorgado el país en los años noventa. Fue surgiendo una mezcla de democracia dirigida con tonos autoritarios y libertades formales, no siempre respetadas. La llamada «democracia iliberal» se veía como la solución a los problemas de una Rusia que no quería seguir el camino de Occidente, al considerarlo «espiritualmente vacío» (como había dicho Solzhenitsyn) y en contradicción con las «tradiciones rusas». Para construir la ideología que sustentaba este sistema, Putin se apoyó en la renacida Iglesia ortodoxa, a la que concedió privilegios económicos (devolviéndole infinidad de posesiones expropiadas por los bolcheviques). Entre 1991 y 2008, el porcentaje de rusos que se identificaban como cristianos ortodoxos (culturalmente) aumentó del 31% al 72%, mientras que el número de personas que decían ser creyentes en el mismo período pasó del 38 al 56 por ciento (Plokhy, 2016).

Pero el sostén de Putin en la Iglesia ortodoxa no ha servido para desarrollar una especie de democracia cristiana ortodoxa, sino que, despegándose de la tradicional filosofía humanista y cristiana de Tolstói y Dostoievski, Putin ha asumido el legado del exiliado ruso Ivan Ilyin, a quien el presidente ha citado en numerosas ocasiones. Ilyn, un filósofo nacionalista expulsado por los bolcheviques en los años veinte y que murió en el exilio en Suiza, fue vehemente creyente en la idea eurasiática. Para él Rusia no era ni Europa ni Asia, sino que tenía una civilización propia y única, producto de la fusión de la cultura bizantina y de la idea mongola del Estado. Ilyn creía también que la tercera vía entre el capitalismo liberal occidental y el comunismo soviético la ofrecía la Iglesia ortodoxa, que era la guardiana de los valores rusos y la fuerza de la renovación espiritual. Aunque cercano por un tiempo al fascismo, el pensamiento de Ilyn era eminentemente defensivo, alejado de sueños de expansión imperial. No parece tampoco que Putin albergue esos sueños tampoco, más allá de restaurar a Rusia como potencia mundial y de recuperar territorios que, como Crimea, están integrados en la concepción histórica de Rusia. El prominente politólogo Taras Kuzio ha condensado las líneas generales de la ideología de Putin —y del nacionalismo de Estado ruso actual— llamando la atención sobre «el complejo de Weimar», es decir, la victimización de Rusia como un país cercado por potencias hostiles y amenazas islámicas (un país, recordemos, con un seis por ciento de musulmanes), a punto de desintegrarse si no se le pone remedio con la fuerza (Kuzio, 2016). Otro pilar de esta visión es la presunta rusofobia de Occidente, en especial de las instituciones internacionales, y de países como Ucrania y los Estados bálticos. Estos peligros se han de conjurar a través de la afirmación de la cultura rusa —que llega al supremacismo en muchas ocasiones— y al

impulso de la idea euroasiática. Esto lleva a hacer permanente campaña por la unidad rusa mediante la reunión de compatriotas y tierras rusas (Crimea, Bielorrusia, Ucrania…) y a perseguir la defensa del *Russkii mir* (mundo ruso), la presunta comunidad de rusos de la diáspora, en principio en las antiguas repúblicas de la URSS, pero a la larga en todo el mundo. Se trata de un programa de paneslavismo con instituciones propias, como la Unión Euroasiática creada por el presidente para rivalizar con la Unión Europea (Tsonchev, 2017).

También hace Putin un uso instrumental de la religión a través de una férrea alianza entre el Estado ruso y la Iglesia ortodoxa rusa que va más allá de la propia Federación Rusa y que ve con desaliento la creación de iglesias autocéfalas como la de Ucrania, rivales del patriarcado moscovita. Hay además un constante ataque a las visiones historiográficas que han surgido en países anteriormente sometidos a la URSS, cuestionando el dogma de la liberación de Europa Oriental por el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial o describiendo los crímenes soviéticos en estos países. Esto lleva consigo el culto a la Gran Guerra Patria y la consideración de Stalin como un gran líder en tiempos de guerra, al que no hay que achacar los crímenes promovidos por él (aunque a veces Putin haga uso de la memoria del terror estalinista para sus fines de resaltar el sufrimiento del pueblo ruso).

Esta ideología en política exterior está trufada de un antiamericanismo propio de la Guerra Fría (algo más calmado durante la presidencia de Donald Trump) y de un antieuropeísmo que liga todos los males de la modernidad con la Unión Europea y sus libertades. En especial, la homofobia se ha convertido en ideología de Estado, como contraposición a los avances europeos en estas libertades. Su antieuropeísmo tiene también un cariz pragmático mediante el apoyo a partidos populistas, nacionalistas y extremistas de derecha e izquierda europeos como estrategia para minar y dividir el continente.

También ha surgido otro peligro: el nacionalismo étnico. En un discurso pronunciado el 18 de marzo de 2014 celebrando la anexión de Crimea, y del que luego volveremos a hablar, Putin se refirió al pueblo ruso como una entidad étnica, algo que no había sido habitual. Su posición era que, con la disolución de la Unión Soviética, «el pueblo ruso se ha convertido en una de las naciones divididas más grandes del mundo, si no la más grande». Era una alusión muy clara no al pueblo plurinacional y multiétnico que compone la Federación de Rusia, sino a los rusos étnicos que pueblan las antiguas repúblicas soviéticas e, incluso, que han emigrado a lo largo y ancho del mundo.

En la época de Yeltsin se había introducido oficialmente el término *rossiiskiinarod* (pueblo rusiano) que se refiere a todos los habitantes de la federación y que era un término político, no étnico. Era habitual para Putin el utilizar cuidadosamente esa expresión, que abarcaba bajo su égida a las numerosas nacionalidades y etnias de la Rusia actual. El uso de *russkii*, palabra que designa en estrecho sentido a los rusos étnicos (pero que etimológicamente tiene su origen en la Rus de Kiev, en el territorio hoy ucraniano), otorga una inquietante pátina etnicista al nuevo nacionalismo ruso (Duncan, 2000), algo que se consolidó durante la pandemia de COVID-19, que fue utilizada por Putin para impulsar su control sobre la sociedad y desarrollar un discurso de cierta xenofobia y victimismo (Gelman, 2023).

5. La melancolía de la nación

El 24 de junio del 2020, cuando la pandemia de COVID-19 aún estaba en su apogeo en Rusia, Vladimir Putin presidió la celebración del 75º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial. El espectáculo, que se llevó a cabo con unas medidas de seguridad frente a la pandemia bastante escasas, rememoraba el desfile final de 1945 delante de Stalin. Tendría que haberse celebrado en realidad el 9 de mayo, como fecha del final de la guerra, y habrían asistido a él buena parte de los prominentes gobernantes europeos que, desde la anexión de Crimea, habían evitado cuidadosamente la relación con el paria ruso. La enfermedad, con su secuela de cierres de fronteras, se interpuso. Pese a ello, fue un día excelso, con un tiempo de verano moscovita. Miles de soldados y cientos de tanques, helicópteros y aviones desfilaron y cruzaron los cielos por encima de la Plaza Roja. Aunque deslucido por las ausencias y por la enfermedad, lo cierto es que Putin consiguió enredar otra vez a la población rusa en un ritual de homenaje a un pasado imperial que, a la vez, se asumía por muchos como una conexión familiar con los caídos y combatientes. Las voces discrepantes, sin embargo, parecían alzarse con más fuerza que otras veces.

Unos días antes, el 18 de junio, Putin había hecho publicar en *The National Interest*, una revista norteamericana de índole conservadora, un artículo escrito por él mismo en el que se refería al papel soviético en la Segunda Guerra Mundial, intentando enmendar los «errores» de la apreciación occidental sobre la guerra (Putin, 2020). El artículo fue difundido luego en todo el mundo por las embajadas soviéticas. En Alemania —el principal objetivo de la campaña—, el propio embajador ruso escribió directamente a diversos historiadores alemanes, llamándoles la atención acerca de la publicación. En esencia, el artículo enlazaba con las tesis revisionistas de los nacionalistas rusos que ponían el foco sobre la traición de las democracias occidentales durante el periodo de entreguerras, y hacían de Polonia poco menos que el culpable de la guerra —situando al país eslavo a la par que a la Alemania de Hitler—. La parte más importante del texto se dedicaba a lavar la imagen del pacto Molotov-Ribbentrop y la invasión soviética de Polonia y los Países Bálticos en 1939 y 1940, respectivamente. Los argumentos eran —curiosamente— idénticos a los usados por el estali-

nismo en su momento: Polonia fue culpable de la disgregación, la Unión Soviética invadió Polonia cuando el Estado polaco ya no existía y solo para defender a la población allí existente; los Bálticos se adhirieron voluntariamente, tras un referéndum… En definitiva: Putin negaba de plano afirmaciones suyas de no hacía tanto tiempo. Todavía en 2009, en un texto escrito para el periódico polaco *Gazeta Wyborcza*, Putin había llamado «inmoral» al pacto. Pero esa época había pasado ya.

También en esas fechas —entre el 25 de junio y el 1 de julio— Rusia celebró un referéndum consultivo acerca de la reforma de la constitución propuesta por Putin y que estaba en principio prevista para el 22 de abril, el 150º aniversario del nacimiento de Lenin. En esencia, la reforma le permitía al presidente volver a presentarse a las elecciones y seguir gobernando. Pero incluía también toda una serie de cambios que incidían en esa nostalgia de un pasado que nunca fue. La reforma incluyó al matrimonio entre hombre y mujer en la constitución —cerrando la puerta a las uniones igualitarias e institucionalizando la homofobia—, y se integraron nociones acerca de la defensa de la patria y de la verdad histórica como valores fundamentales de la nación rusa. Todo ello estaba muy relacionado con la constante vuelta a la heroicidad de la Gran Guerra Patria, que se convirtió en objeto de emulación y de deber de memoria para los descendientes. Más inquietante resultaba la proclamación del ruso como lengua del Estado, lo que, sin ser nada excepcional, implicaba un refuerzo del rusocentrismo en un país multinacional. Y si algo había intentado Putin a lo largo de su prolongado mandato había sido el evitar la marginación a la población no étnicamente rusa. Esto parecía ahora que había perdido importancia para su concepción de Rusia.

La Rusia que se debatía bajo los efectos de la pandemia, con unas cifras de contagios y de fallecidos muy altos, con una crisis económica rampante, en la que se unían además los efectos de la caída del precio del petróleo, era una Rusia que miraba hacia el pasado y no hacia el futuro. Un pasado soviético, rescatado no ya solo por la nostalgia de los que fueron jóvenes en la época dorada del comunismo, sino que, a través de las referencias a la Guerra y al crecimiento de la furia xenófoba, se convertía de pronto en un objetivo.

Al mismo tiempo, Putin planteaba cuestiones a las otras potencias —los Estados Unidos, China y Europa— que resultaban muy relevantes. La incapacidad de la Europa unida de atraerse al gigantesco país euroasiático era un buen ejemplo de los traumas o los agravios sentidos por el presidente ruso y muchos de sus ciudadanos. Como también lo eran la enemistad manifiesta de Estados Unidos o el desprecio de China, que, sin embargo, utilizaba a Putin para enfrentar a los norteamericanos. La solución esbozada por Putin, la de encerrar a Rusia —como durante la pandemia— y la de crear una verdad oficial para enfrentar a unas partes de Europa contra otras —Polonia y Alemania— no parece que puedan llevar al país a puerto ninguno. Por otro lado, mientras persista el conflicto ucraniano y la activa participación rusa en él, no parece que Europa pueda permitirse abrir puertas a Rusia. Y el resultado de todo esto está claro. La melancolía soviética del putinismo tardío no es solución a largo plazo (Shevtsova, 2015). Aunque el presidente se ha asegurado la posibilidad de controlar el país durante más tiempo, el hecho biológico cambiará tarde o temprano ese factor. Y no parece que haya una institución en Rusia análoga al Partido Comunista Chino para asegurar la continuidad.

Las instituciones de propaganda han sido esenciales para configurar la reacción social a la marcha del sistema de Putin, en especial en los momentos clave —crisis como la del COVID o las intervenciones bélicas—. Pero no solo. El control progresivo del espacio público ha ido marginando a los medios independientes, eliminando poco a poco su independencia o utilizando leyes para convertirlos en apestados dentro de la sociedad rusa y, por tanto, haciendo disminuir su influencia. Si a los medios independientes se les tacha constantemente de agentes extranjeros o de locos sin remedio, su potencia para informar quedará totalmente degradada y su credibilidad minimizada. Pero incluso cuando los ciudadanos puedan llegar a creer la información alternativa a la oficial —porque pocos se fían realmente de lo que digan los telediarios oficiales, por ejemplo—, lo cierto es que nadie ve en ellos una amenaza al monopolio estatal. Simplemente, son voces clamando en el desierto.

Los medios controlados por el Estado o por las mafias oligárquicas relacionadas con él han aprovechado todos los medios posibles para adueñarse del discurso público. La propia cultura popular ha sido poco a poco mediatizada y arrastrada a un papel de soporte del sistema: películas fantásticas de gran presupuesto idealizan la armonía entre el Estado y el pueblo, muestran la rusofobia como moneda corriente entre los extranjeros y despliegan catástrofes mundiales de las que las autoridades rusas son capaces de salvar a los ciudadanos. El cine bélico —sobre la Gran Guerra Patria— contiene mayor nivel de propaganda y menos crítica social que en la época de la URSS, y los mecanismos básicos de la memoria histórica oficial se reproducen una y otra vez. El cine histórico patrocinado oficialmente se atreve incluso a reescribir elementos muy asentados del consenso histórico ruso: es el caso por ejemplo de los decembristas, los revolucionarios liberales rusos del siglo XIX que han sido por lo general considerados introductores de la democracia en Rusia y que acabaron trágicamente, pero que ahora, el putinismo considera poco más que como traidores a la patria o locos equivocados por minar el poder establecido e intentar "europeizar" —en sentido negativo— la Rusia eterna (Vázquez Liñan, 2022).

Las estanterías de las librerías rusas y los rincones de internet están llenas de publicaciones populares y muy vendidas —o con millones de visitas— en las que se despliegan arsenales de narrativas paranoicas sobre el acoso histórico a lo ruso, sobre las virtudes de los rusos, sobre la diferencia esencial con Occidente. Utopías de ciencia ficción —a veces presentadas como novelas, a veces como ensayos— hablan de la necesidad de Rusia de tomar el liderazgo mundial y elevar espiritualmente a la humanidad o, más prosaicamente, de utilizar el arsenal nuclear

ruso para destruir toda posibilidad de ataque a Rusia antes de que suceda. La necesidad de una hegemonía rusa, en cualquier caso, es un proyecto de futuro ampliamente compartido.

6. Putin y el neoimperialismo ruso

Un antiguo proverbio ruso dice "pega a los tuyos y los demás te temerán". La cultura política rusa ha heredado de la URSS una xenofobia victimista que impulsa la imagen de un pueblo ruso asediado por todos lados y sometido a constantes humillaciones. La lista de agravios reales o ficticios es larga. El sentimiento de humillación surgido en los noventa ha llegado a ser compartido por una parte importante de los rusos, incluso por aquellos que se han beneficiado de la transición. Esto ha llevado al nacimiento de un ansia de revancha hacia Europa y Estados Unidos que ha acabado canalizado como agresión. Pero para explicar la forma en que esa agresión se ha desplegado, tenemos que entender cómo se ha creado una idea neoimperial que, no lo olvidemos, no es una mera sucesión del impulso hegemónico de la Unión Soviética.

Aunque una larga lista de propagandistas del Kremlin (Trenin, 2010) y de compañeros de viaje occidentales (Sakwa, 2015) han repetido una y otra vez que Rusia no quería emprender un camino imperial, sino solo defender sus intereses, lo cierto es que los discursos de los últimos años muestran una consistente tendencia hacia la construcción de una justificación imperialista para las estrategias geopolíticas recientes.

Pero Vladimir Putin no es un neocomunista que intente revivir la doctrina Brezhnev de la soberanía limitada. Tampoco es un nacionalista sin más. Durante décadas, Putin ha evitado referirse en público a los rusos como etnia. Su discurso fue siempre el de una Rusia multicultural, aunque liderada por los rusos. En eso intentaba conciliar la vieja idea soviética del pueblo ruso como vanguardia de una URSS plural con las percepciones del país que surgieron en la época de la democracia radical de los años noventa. Basta ver el mapa del tiempo en cualquier cadena de televisión rusa para darse cuenta de la enormidad y la complejidad del país. Rusia tiene ahora algo menos del ochenta por ciento de rusos étnicos, y el resto incluye un número bastante elevado de musulmanes, con especial presencia en algunas zonas como el Tartaristán y el Cáucaso. Una ideología nacional que olvidara esta realidad no tenía muchas posibilidades de ser aceptada en el país.

Pero esto ha ido desapareciendo poco a poco de la ideología de Putin. Según crecía la distancia hacia un Occidente considerado cada vez más decadente,, Vladimir Putin iba incorporando a su visión del mundo un nacionalismo integral, con algún recurso étnico, al que ha ido añadiendo diversas coberturas ideológicas. Algunas son contradictorias, como un "antifascismo" que aplica la etiqueta de "fascista" a todo lo que se le enfrenta mientras expresa un patriotismo reaccionario y un culto a la violencia y el militarismo que puede muy bien calificarse como fascista. Otras se encuadran en un rearme ideológico reaccionario, más que conservador, propio de los movimientos populistas antiglobalización. Algunas características de esta ideología, como la persecución de los homosexuales, el ensalzamiento de la familia tradicional o la promoción de un patriotismo exacerbado y con rasgos xenófobos, han formado parte de una visión de recuperación imperial de Rusia. Más allá de una simple tendencia a la extensión territorial y de las habituales exigencias de seguridad exterior, el nuevo imperialismo ruso tiene una pátina ideológica muy clara.

Un factor esencial del nuevo imperialismo ruso ha sido el retorno de la Iglesia ortodoxa del que ya hemos hablado. Bajo la égida del patriarca Cirilo I desde 2009, la Iglesia ortodoxa ha recuperado toda la influencia social perdida durante el régimen comunista (Stoeckel, 2017). Los vínculos con la policía secreta en la época de la URSS parecen haberse mantenido. Putin ha restituido a la Iglesia ortodoxa propiedades en grandes cantidades, y le ha concedido privilegios como el de la educación (vetado a la Iglesia católica). Cirilo I le ha devuelto el favor usando su autoridad para apoyarle, tanto en la anexión de Crimea como con la invasión de Ucrania. En parte, las tesis más oscurantistas de la Iglesia ortodoxa han alimentado la extensión del sentimiento de revancha. La escisión de la Iglesia ortodoxa en Ucrania, hecha efectiva en 2018, ha afectado al patriarca moscovita, que reclama con violencia la supresión del cisma.

El imperialismo que se ha ido construyendo en los últimos veinte años sueña con reconstruir la extensión original del imperio ruso —no solo de la URSS— y con hacer valer a Rusia como una potencia a la altura de los Estados Unidos. Al principio de su mandato, como hemos dicho, Putin ponía como modelo al Chile de Pinochet; un sistema que hiciera compatible el mercado más neoliberal con un control social autoritario y con uso selectivo de la violencia. Pero el régimen de Putin, lastrado por la corrupción, el monopolio rentista de los hidrocarburos y el centralismo autoritario y mafioso, ha sido incapaz de conseguir una recuperación como potencia a través del crecimiento económico. Solo le ha quedado la posibilidad de, mediante la agresión militar, hacer que le teman los demás. Para ello ha usado una serie de prejuicios contra Ucrania que ya estaban allí, pero que han sido impulsados, reforzados y renovados por la propaganda a su mano.

7. Las memorias de la Guerra Patria

El trauma del colapso económico y social en 1991 y el desastre financiero de finales de los años noventa, justo cuando parecía que lo peor había pasado, llevó a la población rusa a hacer un balance positivo de su pasado comunista. Era una opinión que no tenía nada que ver con una nostalgia de naturaleza política, sino con una añoranza de estabilidad económica, de seguridad personal y, al mismo tiempo, de un legítimo sentimiento de orgullo nacional. Este orgullo se conectaba a un país socialista que había surgido, no de la Revolución de Octubre, que había perdido casi todo su atractivo, sino de la victoria en la Gran Guerra Patria contra el invasor nazi.

Este sentimiento fue explotado y fomentado por el cambio en la política rusa desde el ascenso de Vladimir Putin a la presidencia. Se trató de una verdadera revolución en la construcción de una memoria histórica que significaba, por un lado, un retorno a la época de Brézhnev, pero también asumía y se asociaba a fragmentos de la historia de Rusia que habían sido velados y convertidos en tabús por el régimen soviético, como los zares y el cristianismo ortodoxo. En esta construcción de un discurso de la identidad colectiva arraigada en la memoria de un pasado glorioso, se otorgó un papel sustancial a la memoria de la Segunda Guerra Mundial (Seixas 2022). Eso llevó a algunos a rehabilitar al propio Stalin. Ya en 2007, una encuesta realizada por el Centro Levada en Moscú reveló que hasta un 28 por ciento de los rusos estaba de acuerdo con la afirmación «No importan los errores y los crímenes que se atribuyen a Stalin, lo que importa es que durante su liderazgo el pueblo emergió victorioso de la Segunda Guerra Mundial» (Bidder, 2015). Diez años después, en una de sus varias entrevistas con el cineasta norteamericano Oliver Stone, Vladimir Putin hablaba de Stalin como de "figura compleja" y rechazaba su "demonización". Tras la invasión de Crimea en 2014, hubo voces en Rusia que afirmaron que la ciudad rusa de Volgogrado debería cambiar su nombre otra vez a la gloriosa Stalingrado. En 2019, la encuesta del centro Levada arrojó datos escalofriantes: hasta un 51 % de ciudadanos rusos valoraban positivamente a Stalin, el dato más alto desde que el centro empezó a preguntar por ello en 2001 (Levada, 2019).

Bajo el presidente Putin se rehízo la mitología de la Segunda Guerra Mundial y se recuperó el himno nacional estalinista (con un texto diferente). Los aniversarios del final de la guerra se celebraban con solemnes desfiles militares y recreaciones con espectáculos de artillería pesada. Se utilizó también el recuerdo del conflicto como un arma contra otras naciones: a Alemania se le acusaba de tratar de borrar el pasado, a los países bálticos y a Polonia se los calificaba de ingratos por no reconocer que Rusia —identificada con la URSS— les había liberado del fascismo. La identidad política antifascista específica formada en tiempos de Brézhnev siguió siendo esencialmente la base de la memoria histórica rusa (Rossoliński-Liebe y Willems 2022).

8. Conclusiones

Según Taras Kuzio, la ideología del nacionalismo de Estado ruso actual se basa en la victimización de Rusia como un país cercado por potencias hostiles a punto de desintegrarse si no se le pone remedio con la fuerza (Kuzio, 2016). A ello se le añade la presunta rusofobia de Occidente y de otros países aliados suyos. Estos peligros se han de conjurar a través de la afirmación de la cultura rusa y del impulso de la idea euroasiática (Laruelle, 2015).

Pero la ideología que se encuentra detrás de la agresión rusa a Ucrania es una construcción ecléctica, que suma también fragmentos del legado de la memoria de la Segunda Guerra Mundial con la expresión de sentimientos y complejos nacionales muy antiguos. Se puede concluir que Rusia no ha conseguido realizar el paso de imperio a nación y vuelve a exhibir impulsos imperiales. La conversión del país en un territorio con una imagen nacional aceptada y consensuada, sin cuestionamientos graves, pero a la vez con la capacidad de resultar inclusiva de sus diversidades étnicas principales y autocontenida dentro de unas fronteras aceptadas y con proyección futura, ha fracasado. El régimen autoritario de Vladimir Putin ha sido incapaz de gestionar el país adaptándose al sistema internacional y ha acabado por intentar dinamitarlo (Snyder, 2018). La violencia alrededor de sus fronteras surge de un victimismo y una frustración que tienen sus raíces en el final de la Unión Soviética y en la incapacidad de ciertas élites de asumir la pérdida de rango como potencia mundial.

Todos estos discursos tienen orígenes muy antiguos, también soviéticos. Pero en ningún caso se puede considerar que se trate de un retorno al sistema socialista y ni siquiera a la Unión Soviética considerada como una noción identitaria general. Es cierto que el legado —lógicamente— es inevitable. Hay toda una serie de estructuras, discursos y actores que perviven y continúan modelos y tendencias del anterior sistema. Este nuevo totalitarismo de Putin hereda algunos rasgos —los más autoritarios— del sistema anterior, pero está informado por toda una serie de ideologías muy distintas que son, en esencia, enormemente conservadoras, reaccionarias incluso en lo tocante a las relaciones internacionales. Rusia ya no es, no puede ser, un imperio. Pero tampoco es una nación (Miller, 2023). En ese dilema es donde ha surgido, de forma casi

imprevista en su violencia, pero construida poco a poco desde los años noventa, un imperialismo cansado y nostálgico, pero a la vez muy agresivo, vindicativo y revanchista. Es posible que, si la guerra en Ucrania no hunde a Rusia, los próximos años consoliden esa tendencia en el país, incluso abriendo la puerta a la competición imperial con otros Estados.

9. Bibliografía

Arendt, H. (1974): *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus.

Bidder, B. (2015): *Generation Putin. Das neue Russland verstehen*, Munich, Deutsche Verlags-Anstalt.

Blanco, P. R. (2022): "Así construye Putin el discurso victimista de una Rusia rodeada por nazis y rusófobos", *El País*, 28 de marzo. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2022-03-28/asi-construye-putin-el-discurso-victimista-de-una-rusia-rodeada-por-nazis-y-rusofobos.html. [Consulta: 30 de septiembre 2023].

Burtin, S. (2022), "Vojti vo mrak i nashhupat' v nem ljudej Pochemu rossijane podderzhivajut vojnu?", *Meduza*, 24 de abril. Disponible en: https://meduza.io/feature/2022/04/24/voyti-vo-mrak-i-naschupat-v-nem-lyudey?fbclid=IwAR0HwdfLNGtaMGlw1eypH4mL5ze9-uELEqt9jHrWnjzImyEh7lqOm7Xb-FY. [Consulta: 28 de septiembre 2023].

Chomsky, N. (2022): *Por qué Ucrania*, Madrid, Altamarea

Duncan, P. J. (2000): *Russian Messianism: Third Rome, Revolution, Communism and after*, London/NY: Routledge.

Faraldo, J. M. (2022): *Sociedad Z. La Rusia de Vladimir Putin*, Madrid, Báltica.

Faraldo, J. M. (2020): *El nuevo nacionalismo ruso*, Madrid, Báltica.

Faraldo, J. M. (1996): "El fracaso del nacionalismo soviético (1989-1991)", en, *La historia de las relaciones internacionales: una visión desde España*, Madrid, Asociación de Historia de las Relaciones Internacionales, pp. 606-615.

Gel`man V. (2021): *Avtoritarnaja Rossija. Begstvo ot svobody, ili Pochemu u nas ne prizhivaetsja demokratija*, Moscú, Hovard Rork.

Gel'man, V. (2023): "Bad Governance in Times of Exogenous Shocks: The Case of the COVID-19 Pandemic in Russia", en M. Zavadskaya, ed., *The Politics of the Pandemic: Blame Game and Governance in Russia and Central-Eastern Europe* (Studies in Contemporary Russia), London, Routledge, pp. 80-94.

Gessen, M. (2018): *El futuro es historia: Rusia y el regreso del totalitarismo*, Madrid, Turner.

Jesse, E., ed., (1996): *Totalitarismus in 20 J.h. Eine Bilanz der Internationaler Forschung*, Bonn, Bundeszentrum für politische Bildung.

Jronologia rossiiskoi istorii. Entsiklopedicheski slavar (1994): Moscú, Mieshdunarodnoe Otnosheniia.

Kapperer, N. (1995): *Der Totalitarismusbegriff auf dem Prüfstand. Ideengeschichliche, Komparativistiche und Politische Aspekte eines umstrittenen Terminus,* Dresden, Hannah-Arendt-Institut Für Totalitarismusforschung.

Krasnov, V. (1991): *Russia beyond communism: a chronicle of national rebirth*, Boulder, Westview Press.

Kuzio, T. (2016): "Nationalism and authoritarianism in Russia: Introduction to the special issue", *Communist and Post-Communist Studies* 49, pp. 1-11.

Laruelle, M. (2018): *Russian Nationalism: Imaginaries, Doctrines, and Political Battlefields,* London, Routledge.

Laruelle, M., ed., (2015): *Between Europe and Asia: The Origins, Theories, and Legacies of Russian Eurasianism*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

Levada (2019): "Stalin's Perception", Yuri Levada Analytical Center, 19 de abril. Disponible en: https://www.levada.ru/en/2019/04/19/dynamic-of-stalin-s-perception/ [Consulta: 28 de septiembre 2023]

Linz, J. J. (2009): *Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

López Jiménez, J. A. (2002): "Transnistria: evolución de un modelo de secesionismo en el seno de la República de Moldova (1995-2000)", en C. Flores Juberías, ed., *Estudios sobre la Europa Oriental. Actas del II Encuentro Español de Estudios sobre la Europa Oriental,* pp. 307-329.

Lovell, S. (2006): *Destination in Doubt: Russia since 1989*, London, Zed books.

Mc Faul, M. (2006): "The Russian Federation", en R. G. Suny, ed., *The Cambridge History of Russia. Volume III. The Twentieth Century,* Chicago, University of Michigan and University of Chicago, pp. 352-280.

Mearsheimer, J. (2022): "John Mearsheimer on why the West is principally responsible for the Ukrainian crisis", *The Economist*, 19 de mayo. Disponible en: https://www.economist.com/by-invitation/2022/03/11/john-mearsheimer-on-why-the-west-is-principally-responsible-for-the-ukrainian-crisis. [Consulta: 28 septiembre 2023]

Miller, A. (2023): *Comprendre la notion de nation en Russie. Histoire et enjeuxcontemporains,* Paris, L'Harmattan.

Núñez Seixas, X. M. (2022): *Volver a Stalingrado. El Frente del Este en la memoria europea, 1945-2021*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Plokhy, S. (2016): *Lost Kingdom. A History of Russian Nationalism from Ivan the Great to Vladimir Putin*, London, Penguin.

Pomerantsev, P. (2017): *La nueva Rusia. Nada es verdad y todo es posible en la era de Putin,* Barcelona, RBA.

Putin, V. (2020): "The Real Lessons of t^he^ 75^th^ Anniversary of World War II", *The National Interest*,18 de junio. Disponible en: https://nationalinterest.org/feature/vladimir-putin-real-lesso^ns-75th^-anniversary-world-war-ii-162982 [Consulta: 28 septiembre 2023]

Rossoliński-Liebe,G. y B. Willems (2022): "Putin's Abuse of History: Ukrainian'Nazis', 'Genocide' and a Fake Threat Scenario", *Lisa*, 31 marzo. Disponible en: https://lisa.gerda-henkel-stiftung.de/putins_abuse_of_history [Consulta: 28 sepiembre 2023).

Sakwa, R. (2015): *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*, London, I B Tauris.

Service, R. (2019): *Kremlin Winter: Russia and the Second Coming of Vladimir Putin*, London, Picador.

Shevtsova, L. (2015): "The authoritarian resurgence: forward to the past in Russi", *Journal of Democracy* 26(2), pp. 22–36.

Snyder, T. (2018): *El camino hacia la no libertad,* Barcelona, Galaxia Gutemberg.

Stoeckl, K. (2017): "The Russian Orthodox Church's Conservative Crusade", *Current History* ,116 (792), Russia and Eurasia, pp. 271-276.

Taibo, C. (1993): *Las fuerzas armadas en la crisis del sistema soviético,* Madrid, Cyan proyectos y producciones editoriales.

Tsonchev, T. S. (2017): "The Kremlin's new ideology", *The Montreal Review,* enero. Disponible en: https://www.themontrealreview.com/2009/The-Ideology-of-Vladimir-Putin-Regime.php [Consulta: 28 septiembre 2023].

Trenin, D. (2011): *Post-Imperium: A Eurasian Story,* Washington DC, Carnegie Endowment.

Van Herpen, M. (2014): *Putin's Wars. The rise of Russia's new imperialism*, Plymouth, Rowman and Littlefield.

Vázquez Liñán, M. (2022): "Memory and counter-revolutionary propaganda in Russia. A reinterpretation of the Decembrist movement in the film The Union of Salvation", *IC Revista Científica de Información y Comunicación*, 19, pp. 457-477.

Verkhovskiy, A., ed., (2007): *Verkhii i nizy russkogo natsionalizma*, Moscú, SOVA.

Yitzhak M. B. (1998): *Reinventing Russia: Russian Nationalism and the Soviet State, 1953–1991*, Cambridge, Harvard University Press.

Young, G. (2020): "The Soviet collapse as a social revolution", en J. M. Faraldo, ed., *Collapsed empires: the consequences of 1917-26 Mediterranean and the world*, Zurich, Lit Verlag, pp. 13-46.

CC BY

MISCELÁNEA

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.80821

EDICIONES COMPLUTENSE

La institucionalización del pensamiento transhumanista. Propuestas y críticas

David Quevedo Martín[1]

Recibido: 04-03-2022 // Aceptado: 26-09-2023

Resumen. Desde sus inicios, el transhumanismo tecnocientífico ha tenido una relación ambigua con la política, pudiendo amoldarse a multitud de ideologías diferentes e inclusive contrapuestas sobre la base de unos principios y objetivos comunes. Esto no le ha impedido institucionalizarse en las últimas décadas, surgiendo organizaciones y movimientos dentro de su órbita con propuestas propias, de los cuales se analizan el *biohacking* y los partidos políticos identificados como transhumanistas. En este sentido se introducen las críticas principales que ha recibido centradas en las cuestiones sociopolíticas que implica su proyecto (tanto las de los objetivos generales que plantea como los de las instituciones concretas en las que se ha materializado), mostrándolo como un pensamiento con predominio de ideas circunscritas al solucionismo tecnológico y al individualismo. Para terminar se contrasta con las propuestas derivadas de la teoría ciborg bajo la presunción de que demuestran un modelo y conceptualización sociopolítica de nuestro desarrollo tecnológico alternativo al transhumanismo, por lo que se constituye como una propuesta políticamente más pertinente, para lo que se atenderá principalmente a los objetivos que promueven y las cuestiones que priorizan.
Palabras clave: biohacking; ciborg; cuestiones sociopolíticas; desigualdad biocibernética; partidos políticos transhumanistas.

[en] The institutionalization of transhumanist thought. Proposals and reviews

Abstract. Since its beginning, technoscientific transhumanism had an ambiguous relationship with politics, being able to adapt to a multitude of different and even opposing ideologies on the basis of common principles and objectives. This did not prevented it from becoming institutionalized in recent decades, with organizations and movements emerging within its orbit with their own proposals such as biohacking and the political parties identified as transhumanist. In this sense, the main criticisms it has focused on the socio-political issues implied by its project (both those of the general objectives it proposes as well as those of the specific institutions in which it has materialized), showing it as a thought with predominance of ideas circumscribed to technological solutionism and individualism. Finally, it is contrasted with the proposals derived from the cyborg theory under the presumption that they demonstrate a model and socio-political conceptualization of our technological development as an alternative to transhumanism constituting a more politically relevant proposal, for which it will mainly attend to the objectives that they promote and the issues they prioritize.
Keywords: biohacking; biocybernetic inequality; cyborg; socio-political issues; transhumanist parties.

Sumario. 1. Introducción. 2. Contextualizando el transhumanismo tecnocientífico. 3. La institucionalización del movimiento transhumanista: ideología y organizaciones. 4. Las críticas al transhumanismo como proyecto sociopolítico. 5. Contrastes conceptuales: la teoría ciborg. 6. Conclusiones. 7. Bibliografía.

Como citar: Quevedo Martín, D. (2023). La institucionalización del pensamiento transhumanista. Propuestas y críticas. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 80821. https://dx.doi.org/10.5209/poso.80821

1. Introducción

Este artículo ensayístico pretende problematizar el transhumanismo tecnocientífico en términos sociopolíticos. Para ello, se observará el fenómeno de la materialización de este pensamiento en instituciones (tanto políticas como comerciales o académicas), su ideología y propuestas. Seguidamente, se introducirán los análisis críticos realizados por diversos autores (principalmente desde la filosofía y la teoría social) al respecto de este movimiento en su conjunto, comparándolo finalmente con parámetros conceptuales provenientes de la teoría ciborg en estos términos. De esta manera, se pretende aportar una reflexión crítica sobre las carencias en términos sociopolíticos y los modelos alternativos al planteamiento transhumanista mayoritario, que puedan esbozar un proyecto genuinamente emancipador en estas coordenadas. Por otra parte, la metodología que se emplea para

[1] Universidad Complutense de Madrid (España)
ORCID: 0000-0001-5544-7852
E-mail: davidque@ucm.es

analizar esta cuestión será la utilizada tradicionalmente en las humanidades: el método de investigación cualitativa, en concreto su ramificación en investigación analítica, empleando una selección bibliográfica de obras académicas y textos periodísticos que hayan abordado esta temática, con el objetivo de realizar una exposición equilibrada del tema. Esta elección metodológica responde a la dificultad de analizar cuantitativamente las propuestas y consecuencias del transhumanismo, pues se trata de un proyecto que, a día de hoy, no pasa mayoritariamente del plano teórico.

Al tratarse de un movimiento heterogéneo, se han propuesto distintas clasificaciones respecto a las múltiples corrientes presentes en el transhumanismo, como por ejemplo la de Armesilla Conde (2018: 74-75) o la de la propia organización transhumanista Humanity+ (2017). No obstante, esta investigación articulará el movimiento transhumanista siguiendo la caracterización del académico Diéguez (2017: 44-45), una clasificación sintética de referencia que considero práctica para enmarcar las diferentes teorías y etiquetas transhumanistas. De esta manera, se señalan dos vertientes principales: la variante del *singularismo* (más radical en sus planteamientos) y la del *biomejoramiento*, a la que anteriormente se circunscribía el denominado *human enhancement* y que podría considerarse moderada. Esta clasificación puede concretarse recurriendo a la distinción que propone el biólogo Serra (2016: 161-200) en función del estado de desarrollo actual de las tecnologías que se proponen. Desde esta clasificación, el proyecto transhumanista se movería generalmente entre las denominadas tecnologías emergentes y experimentales (al menos una parte de las propuestas de la variante del *biomejoramiento*) y las hipotéticas o especulativas (fundamentalmente la versión *singularista*), en ambos casos sin un respaldo experimental suficiente detrás que sustente sus objetivos o permita su aplicación generalizada en la actualidad, pues pese a que algunas de las tecnologías que proponen están reguladas y contrastadas cuando se usan con indicaciones médicas, no sería así cuando se empleasen con objetivos experimentales de *mejoramiento*[2]. El objetivo que promueven estas vertientes también sería diferente, pues mientras que desde el *biomejoramiento* se suele poner el anhelo del posthumano[3] en un segundo plano, centrándose en la *mejora* de la biología humana actual, la *singularista* buscaría hacer realidad la transición hacia el posthumano o la *superinteligencia* artificial (que supondría la irrupción de la Singularidad tecnológica) lo antes posible, desentendiéndose de lo que ocurra con la especie humana en este proceso (Diéguez, 2021: 14-15; Gayozzo, 2021a: 199-200). En este sentido, se podría decir que, siguiendo el planteamiento de Riechmann (2016: 91), el transhumanismo del *biomejoramiento* estaría más próximo del objetivo de mejorar la salud humana que del de lograr la inmortalidad/amortalidad, aunque en el fondo siga manteniendo el objetivo de alcanzar la posthumanidad como finalidad en su discurso.

Algunos de los conceptos principales presentes en todo el artículo son el de política, tecnología y humanismo (en su relación con el transhumanismo), con lo que una breve explicación de estos servirá de contextualización previa. Siguiendo los análisis respecto a la política recogidos por Gayozzo (2018: 5-8), cabe señalar que la definición del término empleada en este artículo hace referencia a la política entendida *lato sensu* o en términos generales, es decir, como la capacidad individual de generar sociedad mediante acciones, entre las cuales estaría la posibilidad de formar grupos con su propia capacidad de plantear ideologías para alcanzar poder estatal e instaurar sistemas políticos. Respecto a la tecnología, es un concepto amplio que de acuerdo con la definición recogida en la *Encyclopedia of Science, Technology & Ethics* (Briggle *et al*., 2005) podría ser empleado en varios sentidos, pudiendo distinguirse principalmente como objeto, actividad, conocimiento e intención. Para el interés de moverse dentro de los parámetros de argumentación transhumanista de este artículo, bastará una definición generalista de la tecnología (que a su vez implica parte de los otros usos del término), pues desde el pensamiento transhumanista se emplea como un concepto abstracto que engloba todas las demás dimensiones (Chen, 2014). A esto, se le añade una actitud generalmente optimista respecto de la tecnología (*tecnooptimismo*) por parte del transhumanismo, por otra parte deudora de la modernidad y que la retrata básicamente como una extensión del ser humano y de la centralidad de su actuación, concepción renovada desde el planteamiento transhumanista con la novedad de que, con su desarrollo final (ya sea en la forma de Singularidad tecnológica o posthumanidad), será capaz de reemplazar definitivamente al ser humano como actor principal. Por último, la caracterización del humanismo que se emplea se podría definir de manera simplificada como el pensamiento surgido en el Renacimiento europeo que propugna cierta concepción antropocéntrica, considerando al ser humano como una entidad diferenciada y única, capaz de perfeccionarse a sí mismo por diversos medios y en la que todo conocimiento y representación del mundo queda supeditado (Callén Moreu y Tirado Serrano, 2009: 93, n. 1).

Finalmente, es importante señalar en este punto que no debe confundirse el transhumanismo tecnocientífico (y su caracterización particular del posthumano) con el pensamiento teórico posthumanista que supuso un cambio

---

[2] En lo que resta de artículo se podrá observar con cursiva el concepto *mejora*. Esto se hace (cuando no se trate de una cita literal o empleándose en su definición general) con el fin de problematizar el significado con el que se interpreta; el sentido intrínsecamente positivo que se atribuye al concepto puede inducir a error al referirnos a las propuestas transhumanistas de intervención biotecnológica, de las que no se puede deducir inequívocamente que constituyan una mejora en términos absolutos. A este respecto puede consultarse el artículo de López Frías (2014) "Aclaraciones sobre la mejora humana".

[3] La posthumanidad en este contexto sería la característica o situación que acontecería con la irrupción de los posthumanos, que Evans (2015: 380) define como "seres futuros cuyas capacidades básicas superan tan radicalmente las de los humanos actuales que ya no son inequívocamente humanos según nuestros estándares actuales". El transhumano sería el estado o sujeto intermedio en este contexto.

de paradigma en la mayor parte de disciplinas académicas, incluidos los estudios de ciencias sociales. Es cierto que el argumentario transhumanista puede compartir en su base teórica conceptos generalmente presentes en el posthumanismo teórico, tales como cuestionar la centralidad de la especie humana como actor social privilegiado o la reivindicación de la efectividad relacional de los artefactos y otros agentes no-humanos basándose en la cultura tecnocientífica, pero también representaría una exacerbación de la lógica del humanismo occidental. Esta situación paradójica se daría porque, aunque en el transhumanismo tecnocientífico lo humano quedaría aparentemente reducido como paradigma a cuya escala se habían situado desde la modernidad el resto de dimensiones (sociales, políticas…), este hecho no se daría con el objetivo de pluralizar las perspectivas de análisis teórico, agotar la lógica del universalismo abstracto o eliminar la instrumentalización del mundo (García Selgas, 2009), sino para apuntalarlo en lo tecnológico. De esta manera, el transhumanismo tecnocientífico en realidad extendería la instrumentalización del mundo para incluir en ella al propio ser humano, manteniéndolo simultáneamente como cierto sujeto universal constituido por una dualidad entre la trascendencia y la inmanencia. Esta diferencia entre ambos tipos de pensamiento, así como la paradoja que encierra el transhumanismo tecnocientífico al responder más satisfactoriamente a la tradición humanista de la modernidad que al posthumanismo teórico, ya ha sido señalada ampliamente por algunos autores como Martorell Campos (2012) o el propio Diéguez (2021: 15-17). Un ejemplo muy clarificador de esta paradoja lo proporciona el análisis del transhumanismo desde la antropología filosófica que realiza el investigador Vaccari (2013). Este detecta la falacia en la que incurre al retratar cierto tipo de núcleo metafísico o esencia propia en el ser humano (a la que queda circunscrita cierta tendencia inevitable hacia el *mejoramiento*) a la vez que mantiene el argumento existencialista de situar la existencia previa a la esencia (concepción que posibilitaría el darse a sí mismo la esencia o forma que considere). En definitiva, en este artículo se aborda el transhumanismo tecnocientífico desde esta perspectiva, concibiéndolo como un movimiento heredero de la modernidad y su humanismo constituyente, en vez de como una subcorriente del posthumanismo teórico o un derivado de la teoría del actor-red.

2. Contextualizando el transhumanismo tecnocientífico

Incidiendo en la caracterización del pensamiento transhumanista, hay que considerar las tres ideas comunes que de acuerdo con la pensadora transhumanista Vita-More (2020) lo conforman: "El envejecimiento es una enfermedad; el acrecentamiento y la mejora del cuerpo humano y el cerebro son esenciales para la supervivencia, y la vida humana no está limitada a ninguna forma o medio ambiente". Con estas premisas en mente, hay que añadir las que, para David Pearce (2008) (filósofo y cofundador en 1998 de la World Transhumanist Asocciation o WTA por sus siglas, organización que empieza a dar sus primeros pasos un año antes y que en 2008 pasó a su denominación actual Humanity+ o H+), serían las tres áreas principales que abarcan las propuestas del proyecto transhumanista: la *superinteligencia*, la *superlongevidad* y la *superfelicidad*/*superbienestar* (o *tres super*). Pearce (2008) ha señalado la complementariedad entre estas *tres super*, no pudiendo llevarse a cabo, por ejemplo, el máximo desarrollo potencial del *superbienestar* sin un avance similar en el campo de la *superinteligencia* o la *superlongevidad* ni viceversa. A este respecto, otro cofundador de la WTA Bostrom[4] (2002: 11), ha considerado el potencial de la ingeniería genética para conseguir estos objetivos en general. De hecho, la ingeniería genética estaría considerada como el desarrollo tecnológico que, dentro del resto de tecnologías convergentes propuestas para el *mejoramiento* humano (denominadas NBIC por sus siglas en inglés: nanotecnología, biotecnología, tecnologías de la información y la comunicación y neurocognitivas), se estaría implementando con más éxito y que prometería los cambios más radicales de la *naturaleza* humana (Gayozzo, 2021a: 195; Vaccari, 2013: 43).

Desarrollando estas tres áreas de actuación transhumanista, hay que señalar que, en primer lugar, la *superinteligencia* se suele enfocar de dos maneras diferentes dependiendo de la vertiente transhumanista que consideremos. Así, mientras que desde el *biomejoramiento* se buscaría la *mejora* de nuestras capacidades intelectuales a través de la aplicación de tecnologías farmacológicas y bioingenieriles principalmente, la *singularista* haría hincapié en dos métodos principales: el desarrollo exponencial de la Inteligencia Artificial (IA) y el *uploading*, que consistiría en la transferencia, hibridación, reproducción o sustitución completa de nuestra mente o cerebro y sus procesos neuronales asociados en un medio artificial/digital, en el que podríamos ampliar fácilmente sus cualidades, para lo cual la nanotecnología y las ciencias neurocognitivas en general o técnicas como la microscopía 3D en particular adquirirían gran importancia. Siguiendo este planteamiento, se estima que se produciría un bucle de realimentación o "explosión de inteligencia" (ya sea a nivel individual o en la propia IA) en el que la inteligencia mejorada sería capaz de diseñar mejores formas de automejorarse y así *ad infinitum* (Bostrom, 2002: 23-24; O'Connell, 2019: 65-107).

Respecto a la *superlongevidad*, esta se plantea con el objetivo de aumentar nuestra expectativa de vida y prevenir la enorme cantidad de muertes debidas al envejecimiento, para que la mayor cantidad de personas de

[4] En la actualidad, Bostrom sigue manteniendo un discurso transhumanista, aunque lo cierto es que ya no se identifica con el movimiento en sí, siendo bastante crítico con algunos puntos, como la creencia característica en el *solucionismo tecnológico* (O'Connell, 2019: 97).

la generación presente pudieran optar a la posibilidad de convertirse en posthumanos (Cortina y Serra, 2016; Bostrom, 2002: 13). Las ideas para abordar esta área seguramente fueron las primeras que se propusieron desde el transhumanismo para el *mejoramiento* humano en general (Jouve, 2016: 221) y también variarían sensiblemente dependiendo de la corriente que se trate. Dentro de las tesis del *biomejoramiento* a este respecto, cabe mencionar al investigador en gerontología De Grey (2005) y su "teoría del envejecimiento de los radicales libres mitocondriales", que postula un proceso de reparación biológica constante (justificado en los potenciales avances en el campo de la biotecnología y la medicina) que permitirá hacer posible la "velocidad de escape de la longevidad" (o LEV, por sus siglas en inglés), consistente en que por cada año que transcurra nuestra esperanza de vida aumentaría en más de un año, lo que eventualmente producirá la amortalidad de nuestra especie (Parra Sáez, 2017: 64; Diéguez, 2021: 59-60; O'Connell, 2019: 206-207). Por su parte, la propuesta *singularista* del *uploading* manejaría una concepción más cercana a la *inmortalidad cibernética*, en la que se especula con la posibilidad de la inmortalidad mientras no se haya borrado la última copia de nuestra mente en un soporte artificial (Cortina y Serra, 2016; Moravec, 1986: 116). La criopreservación ocuparía un lugar preeminente en ambas vertientes de cara a poder disfrutar esta *superlongevidad* en el futuro.

Por último, la *superfelicidad* (también llamada *superbienestar*) es el pilar desarrollado fundamentalmente por Pearce. El objetivo en esta área sería el de investigar y eliminar el sufrimiento en sus múltiples formas para poder alcanzar un estado generalizado de abundancia y felicidad (Cortina y Serra, 2016). Definiendo la felicidad como el bienestar emocional en su sentido más amplio, Pearce (2008) ha criticado que nuestros patrones de gratificación emocional y nuestra *estabilidad hedónica* sean biológicamente predeterminados, por lo que señala que el transhumanismo debería promover el aumento y control a voluntad de nuestros gradientes emocionales. Para llevar a cabo este rediseño en el corto plazo, sugiere que se podría optar por enriquecer nuestras vidas emocionales mediante fármacos de diseño para el estado de ánimo, mientras que de cara al futuro, postula que será técnicamente factible modificar y rediseñar el ecosistema global y el sufrimiento de todo el mundo viviente, pudiendo sobreexpresar selectivamente los sustratos biológicos de los múltiples correlatos neuronales del bienestar, gracias al desarrollo de una hipotética tecnología denominada *ingeniería-paradisíaca* o las *técnicas de ingeniería hedónica* (aunque a su vez admite su cuestionabilidad). De esta manera, concibe que el modo de sentir y el bienestar que poseerán los posthumanos será genéticamente preprogramado y más enriquecido que el nuestro, hasta el punto de ser irrepresentable bajo nuestra perspectiva actual (Humanity+, 2017).

Respecto a la aplicación de este programa transhumanista, el genetista Jouve (2016: 219) ha señalado lo poco factibles que serían en la actualidad sus propuestas acerca de la modificación genética y, si bien es cierto que su proyecto no se ha materializado de momento, algunos autores han identificado su presencia más o menos implícita en gran parte del programa de investigación biomédico contemporáneo, así como en la promoción de la ingeniería genética (Fukuyama, 2009; Vaccari, 2013: 40-44). En realidad, técnicas que ya se encuentran entre nosotros como la terapia génica o la farmacología, poseerían ese potencial de ser empleadas en un futuro con finalidad *mejoradora*, pues como cita Rodríguez (2012: 308): "todas (o virtualmente todas) las tecnologías que pueden utilizarse para curar pueden utilizarse también para mejorar". Los casos más visibles en torno a lo que podría considerarse como tecnologías con objetivos transhumanistas llevadas a la práctica en la actualidad, sin considerar como tal el Diagnóstico Genético Preimplantacional (DGP) o la selección genética de embriones (Diéguez, 2021: 34; Postigo, 2016: 241), pueden observarse en el *biohacking grinder* o, como ejemplo más concreto, en el experimento de edición genética de tres embriones humanos llevado a cabo por el investigador He Jiankui en 2018. A pesar de que miembros de la comunidad científica y transhumanistas como Savulescu han condenado el experimento de Jiankui, parece inevitable apreciar cierto paralelismo con las propuestas de biomejoramiento del transhumanismo y de hecho, en algunos casos, lo que se le criticaba en el fondo no era la realización de esta intervención en sí, sino la forma, que de momento no estaría lo suficientemente perfeccionada (Diéguez, 2021: 26-27). Por otra parte, respecto a la investigación en torno al aumento de la expectativa de vida, Diéguez (2021: 64-65) ha señalado el ejemplo de un artículo científico publicado en la revista *Aging cell* en 2019 titulado "Reversal of epigenetic aging and imnusenescent trends in humans". Se trataría de un pequeño ensayo preliminar que postula que la administración de un compuesto farmacológico rejuvenecería la "edad biológica" humana (referente al estado celular del organismo, diferente a lo que se denomina "edad cronológica"), demostrando que actualmente ya se estaría investigando por la vía de considerar el envejecimiento como una enfermedad tratable y, en cierto punto, reversible.

Un último punto que debe abordarse a la hora de contextualizar el movimiento transhumanista tecnocientífico sería el de su financiación y los apoyos e instituciones que lo sustentan en la actualidad. Desde su expansión en las décadas de los ochenta y noventa, el movimiento transhumanista ha buscado atraer un tipo de financiación de capital riesgo, un modelo que se ha mantenido hasta la actualidad con el apogeo de las *start-ups* y los fondos de inversión especializados como OS Fund o el Longevity Fund (O'Connell, 2019: 62-215; Winner, 2003: 8). Siguiendo esta forma de inversión y con el auge de la investigación biotecnológica, han surgido empresas y filiales como Calico (el grupo de investigación de Google especializado en combatir el envejecimiento), Altos Labs (que investiga sobre tecnologías de reprogramación biológica) o Neuralink (que buscaría crear una interfaz cerebro-ordenador). También sería habitual la financiación de instituciones en la órbita transhumanista con donativos de simpatizantes y aportaciones privadas provenientes de grandes fortunas

del mundo empresarial como Peter Thiel o Elon Musk. Aquí encontramos a Alcor Life Extension Foundation (centro de referencia en criopreservación/vitrificación de cuerpos dirigido por Max More) o Iniciativa 2045, del multimillonario Dmitri Itskov, y organizaciones sin ánimo de lucro que buscan promover la investigación en campos relativos a las tecnologías transhumanistas, como Carboncopies de Randal Koene (especializado en neurociencia computacional) o SENS de Aubrey de Grey (centrada en la búsqueda de terapias para tratar el envejecimiento y la prolongación radical de la vida, con financiación de Thiel y del propio De Grey, a la par que busca captar nuevos inversores). Finalmente, este pensamiento contaría también con representación en instituciones académicas, como el profesor de Robótica Cognitiva Hans Moravec en la Universidad Carnegie Mellon de Pittsburgh, el Instituto para el Futuro de la Humanidad en Oxford o la Universidad de la Singularidad, una institución privada fundada por el exingeniero de Google Ray Kurzweil y Peter Diamandis (Szabados, 2018: 220; O'Connell, 2019; Istvan, 2014).

Además, a este respecto, diversos autores han apuntado en otra dirección, considerando que una forma de financiación alternativa a la que podría acabar aspirando este proyecto vendría de los distintos sistemas públicos de sanidad, pues al recategorizar el envejecimiento como una enfermedad, las investigaciones anheladas por el transhumanismo pasarían a ser consideradas como terapéuticas, lo que les permitiría acceder a grandes cantidades de recursos públicos (Diéguez, 2021: 84-85; Rodríguez, 2012: 321-323; Szabados, 2018: 217). De esta manera, se establecería una suerte de *lobby* del negocio de la longevidad que podría orientar la industria y los debates políticos que surjan al respecto y que previsiblemente irá al alza en los próximos años debido al envejecimiento progresivo de la población mundial, estimando que este sector, que en 2018 movía cifras cercanas a los 850 millones de dólares, aumente hasta los 271.000 millones para el año 2024 (Zarzalejos, 2020). En este sentido, una de las primeras organizaciones políticas que buscó en cierto sentido ejercer como *lobby* de presión en favor de posturas transhumanistas fue Progress Action Coalition (Pro-Act), fundada en 2001 por Vita-More y cuyo objetivo era apoyar las políticas favorables al desarrollo de las tecnologías disruptivas (principalmente las NBIC, clonación…) frente a las prohibiciones o regulaciones que proponían los grupos críticos, aunque no está claro el alcance real que finalmente tuvo (Hughes, 2002).

3. La institucionalización del movimiento transhumanista: ideología y organizaciones

A modo de contexto introductorio sobre los inicios ideológicos del transhumanismo tecnocientífico en su forma contemporánea, Vaccari (2013: 41) enmarca el nacimiento del movimiento transhumanista en la década de 1980 con el apogeo del tecnoliberalismo en la órbita de Silicon Valley, desarrollando su ciberutopianismo característico (una mezcla de neoliberalismo de libre mercado y teoría de redes) a partir de los noventa. Hay que señalar también como precursor ideológico directo del movimiento transhumanista el llamado extropianismo, que sentó las bases de la política de corte libertaria como tema central de este movimiento desde 1988, creándose en 1992 el Extropy Institute como primera organización formal promotora de esta ideología. Sin embargo, la primacía de esta ideología recibió críticas desde la cultura progresista del propio movimiento en Europa entre los años 1998 y 2000, lo que desembocó en el surgimiento de la WTA, que compartía las ideas extropianas sobre tecnología disruptiva, pero no así la parte ideológica sobre la primacía del neoliberalismo de libre mercado, haciendo que el movimiento extropiano moderara su postura sobre este punto. De esta manera, habría que tener en cuenta que el transhumanismo ha ido creciendo ideológicamente hasta dar cabida a una gama más amplia de opiniones políticas, convirtiéndose en una suerte de *ideología paraguas* que abarca desde el tecnoprogresismo hasta el movimiento criptoanarquista (Diéguez, 2017: 38-39; Hughes, 2002). Lo que puede aseverarse, por tanto, es que el transhumanismo es capaz de adaptarse a prácticamente todas las ideologías políticas existentes, puesto que sus ideas principales no serían políticamente excluyentes. Ejemplos de este hecho los proporciona el expresidente de la WTA entre 2004 y 2006 Hughes (2002), al señalar las distintas variantes políticas que se conformaron en torno a las propuestas transhumanistas, desde los planteamientos explícitamente neonazis del fundador de la web Xenith.com Marcus Eugenicus (rama que fue desterrada definitivamente de la WTA en el año 2002), hasta versiones democráticas que pivotan entre múltiples cuestiones, como la automatización de la producción, los derechos de las personas con discapacidad o el código abierto. Consecuentemente, la caracterización habitual que se ha hecho sería la de ser una ideología que, en sí misma, oscilaría entre lo *antipolítico* (manifestación del recelo hacia la intervención del Estado en la vida pública) y lo *apolítico* (Chen, 2014). Sin embargo, la mayoría de sus simpatizantes siguieron siendo favorables a esos planteamientos originales, por lo que se tomará como referencia esa configuración inicial de inspiración neoliberal (Szabados, 2018: 216-218; Hughes, 2002; Chen, 2014).

La configuración del plano político en la actualidad por parte del transhumanismo ha sido analizada por diversos autores e incluso se han realizado hipótesis al respecto de su irrupción. En primera instancia, los avances tecnocientíficos y biotecnológicos propuestos por el transhumanismo son de tal magnitud, que se ha supuesto que producirán una fuerte polarización sociopolítica y el surgimiento de nuevas corrientes políticas opuestas, como las que postula Cortina (2016: 54) de "bioluditas" o "humanish", las cuales representarían un fuerte rechazo a este tipo de tecnologías. De acuerdo con Diéguez (2017: 153, n. 60), los autores Fuller y

Lipińska han considerado que la actitud que se adopte respecto a las cuestiones de transformación tecnológica radical y *biomejoramiento* del ser humano marcará el debate político futuro, transformando y reconfigurando el eje derecha-izquierda contemporáneo al constituirse dos grupos parlamentarios principales: los *precautionaries* (más cercanos al pensamiento de los tradicionalistas y comunitaristas actuales) y los *proactionaries* (caracterizados por una ideología tecnoliberal más afín a los postulados transhumanistas).

Más allá de estos planteamientos, lo cierto es que a día de hoy ya hay algunos partidos y representantes políticos enmarcados en la ideología transhumanista. Las estrategias que habitualmente han seguido para alcanzar representación política se pueden resumir principalmente en dos: por una parte, mediante la presentación de candidatos a título individual dentro del organigrama de otros partidos previamente constituidos, y por otra, recurriendo a la creación de partidos políticos nuevos. Desde los primeros casos de personas enmarcadas dentro del pensamiento transhumanista, al presentarse como candidatos a las elecciones y ejercer cargos de responsabilidad política —como Vita-More saliendo elegida concejala de Los Ángeles en 1992 por el Green Party o la presencia del diputado Giuseppe Vatinno en el parlamento italiano en 2012 dentro del partido Italia dei Valori, estrategia que también realizaron Gabriel Rothblatt por el Partido Demócrata o Mike Lorrey por el Partido Republicano, aunque con peor fortuna que los anteriores—, la actividad política institucionalizada del transhumanismo ha ido evolucionando hasta fundar partidos políticos propios. Aquí encontraríamos partidos como el Transhumanist Party of the United States, creado por el escritor Istvan (2014) con el objetivo de presentarse a las elecciones estadounidenses del 2016 (aunque su pretensión declarada con este proyecto era que las propuestas transhumanistas ganaran visibilidad dentro del debate electoral y público[5]); el Partido de la Longevidad ruso de María Konovalenko (presumiblemente el primer partido político de ámbito nacional con estas características, surgido en 2012); el Transhumane Partei alemán; la AFT francesa o Alianza Futurista en España. Muchos de ellos fueron incorporados en el Transhumanist Party Global, fundado por el propio Istvan y el tecnólogo Amon Twyman a finales del 2014, con el objetivo de unir los movimientos de base tecnoprogresista de todo el mundo (O'Connell, 2019: 227-243; Hughes, 2002; Rothman, 2014; Diéguez, 2017: 39; Benedikter y Siepmann, 2016: 2-11).

En líneas generales, estos partidos pretenderían trascender las categorías y distinciones políticas tradicionales de izquierda y derecha, configurándose en la forma de partidos de *tercera vía* política que pongan la tecnología radical en el centro político como la única fuerza positiva y *mejoradora* de los individuos, transformación que a la postre se trasladaría a la sociedad en su conjunto (Hughes, 2002; Chen, 2014; Istvan, 2014). De acuerdo con Szabados (2018), todos estos partidos políticos deberían ser considerados más concretamente como *protopartidos de nicho* dentro de un marco teórico relativo a partidos de nicho. Esta caracterización respondería al hecho de que en general se trata de partidos minoritarios que, aun estando en una fase inicial y sin ejercer una influencia directa en el sistema de partidos, estarían especializados en temas muy concretos que introducirían en el panorama político y de los que tendrían en cierto sentido la exclusividad, tales como la cuestión de la prolongación de la vida, el acceso y desarrollo de las tecnologías de *mejora* o el principio proactivo (opuesto al principio de precaución, buscaría incentivar la innovación tecnológica incorporando el coste de oportunidad de la inacción a su regulación, minimizándola en gran parte) como guía de la innovación tecnológica. Estas cuestiones, aún sin ser abordadas de forma significativa por los partidos mayoritarios o la opinión pública, ya se habrían ido introduciendo en los debates políticos de muchos países (como por ejemplo, los estudios del STOA del 2009 del Parlamento Europeo relativos a la *mejora* biológica humana o el informe de Leon Kass *Beyond Therapy* del 2003 para la Fundación Nacional de la Ciencia de Estados Unidos), lo que, sumado que presumiblemente los factores exógenos (principalmente referentes al desarrollo tecnocientífico) en los que los partidos transhumanistas basan su discurso irán ganando visibilidad en el terreno del debate público, daría a estos partidos el potencial de alcanzar mucha mayor influencia en la elaboración de políticas o en el resto de partidos de la que disponen actualmente.

Por otra parte, al hablar del proceso de institucionalización y de las organizaciones que han surgido relacionadas con el pensamiento transhumanista contemporáneo, cabe introducir también el movimiento *biohacker*. Desde los primeros planteamientos precursores de esta corriente en 1988 hasta su constitución como movimiento entre el 2008 y el 2012, el *biohacking* se ha ido especializando, contando en la actualidad con una comunidad organizada y distintos puntos de reunión virtuales como Hackteria, *biohack.me* (una de las más activas), o el foro de internet DIYBio del 2008 (en el que se instruía al incipiente movimiento *biohacker*[6]). También existen *start-up* de *biohackers* (más concretamente *grinders*) como *GrinderTech* o *Grindhouse Wetware*, una organización que buscaría desarrollar implantes tecnológicos de código abierto que puedan emplearse por el público general sin tener que depender de hipotéticos desarrollos tecnológicos futuros y cuya principal fuente de financiación vendría de la organización de conferencias sobre esta temática y la comercialización de sus productos. Los dispositivos en los que trabajan irían desde injertos de chips RFID para interactuar con otros receptores, a aparatos que posibilitan experimentar la sensación corporal de ondas electromagnéticas (Hughes, 2002; O'Connell, 2019: 155-178; Gayozzo, 2021b: 8).

---

[5] Habría que señalar que este partido creado por Istvan generó una gran reticencia dentro del propio movimiento transhumanista por su autoproclamado liderazgo y por politizar los objetivos transhumanistas (O'Connell, 2019: 227-243).

[6] De hecho, la manera más habitual de poner en contacto a los simpatizantes del pensamiento transhumanista en general, ha sido a través de comunidades virtuales y listas de correos electrónicos, como la que puso en funcionamiento el movimiento extropiano en 1991 (Hughes, 2002).

El análisis de Gayozzo (2021b) sobre el *biohacking* (que incluiría otras denominaciones como el *biopunk*) lo retrata como una corriente particular diferenciada pero relacionada con el pensamiento transhumanista general, caracterizándolo como un movimiento civil orientado principalmente a promover el libre acceso a la información (mediante la promoción del código abierto) y la democratización (entendida como el acercamiento de cuestiones especializadas a un público general) de la investigación y la experimentación tecnocientífica mediante actividades de diversa índole, desde el desarrollo de equipos de bajo coste, hasta talleres y proyectos sobre biología o emprendimiento. Este movimiento tendría como raíces el *Do It Yourself* (DIY), el *hacktivismo* y una confluencia de concepciones provenientes del *body art* y del propio transhumanismo. A pesar de las diferentes categorizaciones posibles para definirlo (por disciplinas, por tecnologías empleadas, en vertientes teóricas o prácticas…) y las múltiples propuestas que son susceptibles de ser enmarcadas bajo la etiqueta de *biohacking*, la articulación de Gayozzo que compartiré para la explicación de este fenómeno se basa principalmente en función de sus prácticas, distinguiendo como principales subcorrientes la Biología DIY, el *Grinder* y los *Biohacker* fisiológicos (el *bodyhacking* queda incluido dentro de estas dos últimas subcorrientes). Esta categorización sirve además para señalar la diferencia del *biohacking* respecto de la subcorriente *grinder*, que residiría principalmente en la cuestión de la auto-experimentación individual radical, y respecto del transhumanismo genérico, que estaría en el activismo en favor de la pro-democratización de la ciencia, frente a la exclusiva propiedad del conocimiento por parte del mundo académico y los laboratorios privados.

Estas subcorrientes del *biohacking* tendrían a su vez diferencias entre sí, pues mientras que la Biología DIY abogaría por una ética en la que primaría el colectivismo y la autosuficiencia, la subcorriente *grinder* ha sido tildada por Gayozzo (2021b: 8-13) de *consecuencialismo ingenuo*, al concebir el cuerpo humano desde una visión individualista como objeto de auto-experimentación e investigación casera, alentado prácticas poco estandarizadas y potencialmente peligrosas en las que prima el fin (la optimización del organismo humano) a los medios empleados. Ese individualismo haría que sitúe la libertad individual como un derecho con mayor prevalencia que la regulación de sus prácticas, alineándose en este punto con postulados transhumanistas. Sin embargo, su radicalidad en la auto-experimentación casera y en la adopción de los principios proactivos y de *libertad morfológica* hace del *grinder* una mezcla de las hipótesis *biohacker* y transhumanistas (sin llegar a mimetizarse completamente con ninguna de los dos), constituyéndose como un tipo de transhumanismo *biohacker* por derecho propio. Además, dentro de esta subcorriente *grinder* sería posible diferenciar también dos tipos principales: los *grinders* ciborg (principalmente con modificaciones corporales basadas en injertos cibernéticos subdérmicos) y los *grinders* biotecnológicos (que buscarían la experimentación de biotecnologías —vacunas, terapias genéticas…— de manera semi-autónoma, tanto para curar enfermedades, como para aumentar el funcionamiento biológico humano). Algunos ejemplos de este particular podrían ser en el primer caso la artista Moon Ribas, Lepht Anonym o Kevin Warwick, mientras que en el otro supuesto estaría Tristan Roberts, que probando una hipotética cura para el sida elaborada por él mismo, habría agravado su enfermedad duplicando su carga vírica. Finalmente, los *biohackers* fisiológicos se caracterizarían por el cuidado de su dieta, el uso de complementos nutricionales o diversos fármacos (en su mayoría experimentales o no indicados para los propósitos que persiguen) y la modificación de patrones de comportamiento con el objetivo de generar una transformación en su constitución biológica y/o prolongar su expectativa de vida. Esta subcorriente comparte en su mayoría las características que definen al *grinder*, aunque de manera más moderada y, para este caso concreto, podríamos mencionar el ejemplo de Ray Kurzweil con su consumo de 100 píldoras diarias (Alonso y Arzoz, 2021: 136-138; Gayozzo, 2019: 21).

En síntesis, los principios que guían la subcorriente *grinder* y que son comunes a todo el pensamiento transhumanista en general son: la creencia en el derecho a la *libertad morfológica* (que incluiría la *libertad de experimentación* y defiende el derecho de modificar el propio cuerpo y adaptarlo a cualquier forma a voluntad mediante la tecnología), la optimización en términos ingenieriles del ser humano y el principio proactivo, a lo que esta subcorriente añadiría el *Do It Yourself* propio del *biohacking*, todo lo cual se realiza desde una perspectiva generalmente individualista (Alonso y Arzoz, 2021: 79-80; Szabados, 2018: 216-217; O'Connell, 2019: 167-175; Vita-More, 2020; Gayozzo, 2021b: 11-12). El objetivo último, al igual que en el transhumanismo, sería trascender y perseguir una forma superior, alterando de manera directa lo que denominan como *wetware* (el propio cuerpo entendido en términos metafórico-computacionales, retratando la parte corporal/sistema nervioso como *hardware* y la mente como *software*), con la idea de acelerar la experimentación en este campo lo máximo posible (Cáceres, 2021; O'Connell, 2019: 175; Winner, 2003: 5-6).

4. Las críticas al transhumanismo como proyecto sociopolítico

Tanto sus objetivos como las instituciones surgidas en torno a las ideas transhumanistas han recibido varias críticas, generalmente referentes a la caracterización particular que hace en sus planteamientos de ciertos conceptos como la inteligencia, la longevidad y la felicidad, las previsibles consecuencias de aplicar su programa o el discutible alcance de sus propuestas respecto a cuestiones sociopolíticas de primer orden, como la distribu-

ción y el acceso equitativo a las tecnologías implícitas en su proyecto. A continuación, se presentarán algunas de las objeciones principales en este sentido.

Respecto a las propuestas para alcanzar la *superinteligencia*, especialmente desde la vertiente *singularista* (tanto si se trata del desarrollo exponencial de una IA como del *uploading*), se ha señalado que partirían de algunas premisas poco obvias. El método del *uploading* (presuponiendo que alguna vez fuera técnicamente factible) no garantizaría en ningún momento que la versión descargada supusiera un *continuum* con la identidad personal del sujeto *descargado*, justificándose casi exclusivamente desde una concepción funcionalista de la mente. De esta manera, la inteligencia que se *mejoraría* en realidad sería la de una copia digital que simulase el cerebro del individuo. Por otra parte, la irrupción (ya sea gradual o repentina) de una *superinteligencia* artificial que supere radicalmente a la humana en todos los aspectos (también denominada Inteligencia Artificial General o AGI por sus siglas en inglés) sería una afirmación que se sustenta únicamente en el hecho de considerarla plausible, pues no habría ninguna razón que justificase concluyentemente ese proceso más allá del mero plano especulativo (Diéguez, 2021: 44-45). Aparte, la concepción que se manejaría en ambas corrientes transhumanistas de la inteligencia como un bien absoluto (en la corriente *singularista* retratada exclusivamente como *poder de computación*) cuya ampliación indefinida se considera intrínsecamente positiva sería otro punto cuestionable, pues la inteligencia también podría ser representada como un medio más circunstancial a la situación personal del sujeto y a lo que se valora en una comunidad en un determinado momento para un fin concreto, por lo que no debería establecerse tampoco una equiparación directa entre el aumento de esta capacidad y su resultado en términos de virtud (O'Connell, 2019: 89; Vaccari, 2013: 56-57).

Algunas de las críticas que se han realizado al apartado demográfico transhumanista en relación con el aumento de la expectativa de vida vendrían a coincidir en que la *superlongevidad* propuesta podría conllevar varias consecuencias problemáticas, partiendo de que, como señalaba Fukuyama (2009), nuestra mortalidad juega un papel fundamental para la supervivencia de la especie en su conjunto. La prolongación radical de la vida que se propone (que sería incomparable al aumento de la expectativa de vida que habría acontecido desde el último tercio del siglo xx en los países desarrollados) desembocaría en que haya cada vez más individuos de edad avanzada, lo que agudizaría el problema de la sobrepoblación (Parra Sáez, 2017: 64) y el estrés de las arcas públicas en materia de pensiones (Diéguez, 2021: 72). De hecho, la propia organización Humanity+ (2017) reconoce que esta situación puede acontecer y que causaría varios perjuicios sociales, pero confían en que la conjunción del desarrollo tecnológico (especialmente de la nanotecnología) con alguna forma de control de la población (como ajustarla al aumento *polinómico* de los recursos disponibles) permitirá un crecimiento continuo en estos términos. Pearce (2008) se ha pronunciado en esta línea, considerando que en un mundo de posthumanos *cuasi inmortales* se deberá restringir centralmente la reproducción, al menos mientras nos encontremos aún con los límites físicos de la Tierra. Incluso otra propuesta posible explorada por algunos autores a este problema (aunque referido concretamente al cambio climático) pasaría por la *ingeniería humana*, en la que encontraríamos sugerencias como producir intolerancia a la carne y el *mejoramiento* farmacológico del altruismo y la empatía o hacer más pequeños a los humanos (Liao *et al*., 2012: 206-211). Diéguez (2021: 72) ha señalado que la situación demográfica derivada de la *superlongevidad* acabará desembocando en una especie de sociedad de jóvenes con mente de jubilados en la que se tendrá que imponer controles de natalidad muy estrictos. En este caso sería posible que el control restrictivo central de la reproducción acabara ampliándose para abarcar también el de la salud de la población, todo lo cual con el resultado poco sugerente de prolongar la edad en la que seguir trabajando (Alonso y Arzoz, 2021: 83).

En relación a la *superfelicidad* o *superbienestar* transhumanista, también se han realizado algunas objeciones, más allá de la cuestión sobre si la felicidad debería ser considerada como un bien posicional o absoluto (Pearce, 2008). Se ha acusado al transhumanismo de querer un tipo de *mejoramiento* genético humano con afán planificador de la felicidad de las generaciones futuras (Serra, 2016: 171), aunque siendo más precisos, lo cierto es que la base en que se sustenta este anhelo de *superfelicidad* se podría observar en una concepción contemporánea sobre la felicidad individual. Alonso y Arzoz (2021: 81) han señalado cómo actualmente tanto el bienestar como la felicidad individual se han convertido en una especie de imperativo moral, desde el momento en que se concibe al individuo como *manager* de sí mismo y se le carga con la responsabilidad en exclusiva de su estado personal en última instancia. Desde esta concepción, se podría explicar el concepto de felicidad que se suele manejar desde el prisma transhumanista y que se propone con el *superbienestar*, centrado en los medios fármaco-químicos individuales y las capacidades biofísicas de los sujetos, descuidando la dimensión sociocultural a la que la felicidad estaría profundamente ligada. De esta manera, si se generalizara esta concepción transhumanista del bienestar, esta se circunscribiría casi en exclusiva a la esfera individual, por lo que ya no tendría sentido hablar de estado del bienestar o realizar políticas en esta dirección. Por último, otras observaciones consideran necesario concretar qué se entiende por *mejora* de la felicidad mediante el enriquecimiento de los sustratos biológicos, como proponía Pearce (2008), pues como se expondría desde una postura del desmejoramiento (o *disenhancement*), bien podría suceder que, en determinados contextos, una disminución de las capacidades se tradujera en un beneficio del bienestar del individuo, como podría ocurrir en el caso de la capacidad de memoria para personas que sufran de algún tipo de experiencia traumática inhabilitante (Diéguez, 2021: 172).

El resultado previsible de la consecución de estos tres objetivos ha sido también objeto de crítica. Desde la óptica transhumanista, se postula una futura *civilización posthumana* que Bostrom (2002: 5, n.7) ha definido como "una sociedad de seres tecnológicamente muy mejorados (con capacidades intelectuales y físicas mucho mayores, una duración de vida mucho más larga, etc.) en la que podríamos convertirnos algún día". A este respecto, Riechmann (2016: 116) se ha mostrado escéptico con la posibilidad de que se originara una genuina comunidad de posthumanos, pues desde una perspectiva social de nuestra especie basada en la posibilidad del diálogo intersubjetivo, este no podría darse con un ser cuyas características fueran tan exponencialmente diferentes de las nuestras. Diéguez (2021: 72) también se ha pronunciado en una línea similar, al tener presente la noción de vulnerabilidad, pues sin esta sería probable que acabase surgiendo más que una sociedad mejor, un inmenso club de solitarios autosuficientes. Por su parte, tanto Humanity+ (2017) como el investigador Evans (2015: 378-383), consideran que la irrupción del posthumano en la sociedad bien podría de hecho enriquecer nuestras responsabilidades y relaciones interpersonales como especie, del mismo modo que suponemos que se enriquecen al ampliar nuestra noción de comunidad para incluir a otros seres no-humanos o a personas con distintas capacidades. Aun así, Evans reconoce que los derechos de los posthumanos estarían comprometidos en el caso de que se volvieran demasiado extraños para que las demás personas pudiéramos comprenderlos, similar a la advertencia de Riechmann. Entonces, puede suceder que, como señala Vaccari (2013: 53), los posthumanos adoptaran valores diferentes a los nuestros que desviaran la evolución a direcciones imprevistas. De esta manera, Postigo (2016: 242) ha indicado que la introducción de la especie posthumana constituiría un elemento disruptor para el plano jurídico y político, llegándose a establecer previsiblemente una diferencia entre los derechos de los humanos y los de los posthumanos, situación que plantearía cuestiones acerca de cómo se establecerán esas distinciones de obligaciones y responsabilidades en cada grupo y sobre qué principios.

Las cuestiones relativas al acceso a las tecnologías que promueve y el tipo de desigualdad social que estas generarían también han sido analizadas a la hora de criticar el proyecto transhumanista. Fukuyama (2009) ha señalado que afectaría directamente a la igualdad entre individuos, remarcando la potencial asimetría que se produciría en función de, principalmente, la distribución de los desarrollos cibernéticos y biotecnológicos propuestos. Desde Humanity+ (2017), se entiende que los avances tecnológicos que postulan probablemente beneficien en un primer momento solo a los más ricos, pero consideran que este fenómeno no es nuevo, pues las desigualdades sociales ya pueden verse actualmente en el acceso a la educación donde, por ejemplo, los padres ricos pueden dotar a sus hijos de mejores recursos (lo que se traduciría a la larga en un aumento de sus ingresos respecto al resto que acaba derivando en mayores desigualdades sociales), por lo que exponen que no sería sensato intentar prohibir la innovación tecnológica por esta posibilidad[7]. A este respecto, merece la pena recuperar las palabras de Peter Thiel en *The New Yorker* en 2011 sobre si consideraba que las nuevas tecnologías antienvejecimiento podrían aumentar la desigualdad de acceso por razones económicas: "Probablemente la forma más extrema de desigualdad es la que existe entre las personas que están vivas y las que están muertas" (O'Connell, 2019: 214; Chen, 2014; Hughes, 2002). No obstante, la novedad en este sentido radicaría en que, como señala Torralba (2016: 134), se abriría una distinción de los individuos no tanto en función de la etnia, la ubicación social o la religión, como habría sucedido hasta ahora, sino en virtud de la injerencia del factor tecnológico en estos. Los argumentos críticos consideran que, si el proyecto civilizatorio transhumanista se consumara, cualidades como la inteligencia, el bienestar o la longevidad pasarían a convertirse en una propiedad y que, en este caso y por primera vez en la historia de acuerdo con Harari (2018: 96-99), abriría una brecha real en la capacidad entre los ricos y los pobres. De esta manera, la asimetría en el acceso a la tecnología transhumana no solo ahondaría en las desigualdades económicas preexistentes, sino que crearía una nueva en sentido biológico y genético, a la que algunos autores se han referido como desigualdad basada en *castas biológicas*, fundamentada en la distinción entre "humanos mejorados" y "naturales" (Diéguez, 2021: 72; Jouve, 2016: 228).

Por otra parte, las críticas hacia los partidos transhumanistas se han centrado en señalar su carácter netamente *antipolítico*, al menospreciar de manera generalizada la capacidad de las iniciativas o actividades políticas como fuerzas sociales transformadoras, lo que se traduciría en toda una serie de carencias de propuestas políticas concretas en sus programas para abordar un conjunto de problemáticas sociales. Este hecho quedaría justificado por su solucionismo tecnológico característico y, de hecho, se podría observar ya en la primera "movilización" civil en favor de las propuestas transhumanistas de la que se tiene constancia, organizada por Jason Xu a las puertas de la sede de Google en 2014. En esta se proclamó: "GOOGLE, POR FAVOR, RESUELVE LA MUERTE", un ejemplo que indica la concepción ideológica reproducida en los partidos políticos de inspiración transhumanista: las soluciones a todos nuestros problemas pasan necesariamente por la tecnología y las empresas que la desarrollan (O'Connell, 2019: 196-205; Chen, 2014; Hughes, 2002). Quizás las excepciones más notorias dentro del movimiento pueden ser la de Hughes y la de Christian de Duve, que serían lo más parecido a reflexiones catalogadas como transhumanistas preocupadas por lo social, al poner la defensa de la

[7] Esta argumentación sobre la desigualdad de acceso, recuerda a argumentos de tipo *trickle-down*, al considerar que las innovaciones tecnológicas que hagan las empresas del sector y que en un primer momento solo serán accesibles para los ricos, acabarán redundando en beneficios para el conjunto de la sociedad (O'Connell, 2019: 24), una idea que tendría más que ver con el plano de las hipótesis teóricas que con el de la realidad contrastada.

igualdad en el acceso a la tecnología y la mejora de las condiciones sociales por delante de las tecnologías disruptivas y de la creación de *superorganismos* posthumanos (Vaccari, 2013: 41; Post, 2005: 1459). A pesar de estas excepciones, no son estos pensamientos los que configuran principalmente al transhumanismo, caracterizado por considerar que problemas sociales como las enfermedades, la sobrepoblación o el cambio climático tendrán soluciones tecnológicas como las que nos podría proporcionar una *superinteligencia* artificial (Bostrom, 2002: 23; Diéguez, 2021: 71; O'Connell, 2019: 103-104). En los partidos políticos transhumanistas, esta circunstancia se podría observar fehacientemente en el pensamiento de Istvan (2014) (no así en Twyman, el otro cofundador del Transhumanist Party Global)[8], al considerar que la prioridad política no es la de establecer propuestas respecto a cuestiones sociales clave como la economía, la gestión de la seguridad social o las relaciones internacionales, sino la de escoger hasta qué punto se estará dispuesto a llevar la tecnología disruptiva en la alteración del ser humano (Benedikter y Siepmann, 2016: 6-7; Rothman, 2014). La postura actual de Humanity+ (2017) mantiene un discurso algo diferente, admitiendo que los problemas sociales preexistentes no se solucionarán completamente con los futuros desarrollos tecnológicos, pero se desentienden de esta problemática y consideran que es una cuestión de gestión pública. Por su parte, Pearce (2008) también se muestra sensible con los problemas de cohesión social que las tecnologías transhumanistas pueden ocasionar, aunque lo aborda desde una perspectiva *tecnooptimista* (como la mayoría de autores transhumanistas), al entender que estas mismas tecnologías tendrán la capacidad de reforzar las cosas buenas que queramos, con el mantra del solucionismo tecnológico que rodea a toda propuesta política proveniente del pensamiento transhumanista.

En último lugar respecto al *biohacking*, las críticas se han centrado en algunas subcorrientes de este movimiento, especialmente la *grinder* y, en menor medida, los biohackers fisiológicos. Se ha observado que en estas subcorrientes en las que predomina tanto la *libertad morfológica*/*libertad de experimentación* como el principio proactivo, se estaría dando una situación en la que se promovería un tipo de auto-experimentación de carácter *amateur* sin suficientes investigaciones científicas detrás que les avalen, con los consecuentes riesgos derivados tanto para ellos como para la sociedad en general, circunstancia principalmente observable en la corriente *biopunk*. También se ha señalado que desde este tipo de movimientos y en especial desde la subcorriente *grinder*, se estaría incidiendo en la visión de la biología humana como un problema capaz de resolverse principalmente con soluciones de ingeniería, lo que extendería la concepción transhumanista de desentenderse de toda circunstancia social o personal para la mejora de las condiciones humanas (O'Connell, 2019: 155-178; Alonso y Arzoz, 2021: 137-138; Gayozzo, 2021b: 8).

5. Contrastes conceptuales: la teoría ciborg

Todas estas críticas respecto al proyecto transhumanista han puesto el foco generalmente en las consecuencias previsibles que tendría desarrollar su programa y en sus deficiencias generales como proyecto político e institucional, sin embargo no se han centrado tanto en aportar una conceptualización sociopolítica alternativa acerca de cómo interpretar nuestro desarrollo tecnológico. En este sentido, considero interesante introducir las propuestas que se realizan desde la teoría ciborg para abordar esta cuestión y compararlas directamente con las del transhumanismo, pues establecer esta contraposición puede permitir vislumbrar un modelo de desarrollo alternativo que procure una relación política más horizontal y emancipadora en toda nuestra relación con el desarrollo tecnocientífico.

A primera vista, es cierto que se pueden observar ciertas similitudes entre las figuras del transhumano y el ciborg, pues ambos conceptos hacen hincapié en la difuminación de los límites asumidos, problematizando a su vez la cuestión sobre la esencia humana a la luz de su praxis tecnocientífica, además de remitirse en ambos casos a cuestiones relativas a la intervención tecnológica sobre ciertas capacidades biológicas. No obstante, en la propia etimología de estas palabras, se pueden encontrar nociones diferentes. Así, mientras el transhumano (o *humano transicional*) siempre se encontraría proyectado hacía la innovación y el desarrollo tecnológico futuro (caracterizado a su vez como unívoco) en una continua transformación hacia el posthumano, el ciborg (o *ciber-organismo*) en sentido amplio parte del reconocimiento de los sistemas orgánicos y su imbricación con lo artificial en un sistema, sin postular ninguna evolución futura ni una síntesis humano-máquina final, sino considerando la *ciborgización* como un proceso en el que participamos en diferente grado. En este sentido, el planteamiento ciborg de Gray (2011: 97-100) lo concibe como un sistema limitado cultural, biológica y técnicamente, y representa la imposibilidad del reemplazo absoluto de lo biológico por parte de lo tecnológico (Gray, 2004: 3), mientras que para el transhumano (especialmente desde la vertiente *singularista*) esa finitud y límites son considerados temporales y trascendibles hasta acercarse a lo físicamente posible (Chalmers, 2010: 2-3). Además, el resultado de la difuminación de fronteras que se produce también sería diferente, pues

[8] Concretamente, Twyman proponía resumir su programa político con la iniciativa *Social Futurism* en seis principios básicos: "1. Que abogue por la ciencia, la tecnología y la mejora humana voluntaria; 2. Con una política dirigida por evidencias [principalmente tecnocientíficas], separada del Gran Dinero; 3. Proveer las necesidades básicas de los ciudadanos: nadie que quede abandonado; 4. Un prometedor ambientalismo verde; 5. Antiautoritario y libertario en lo social; 6. Descentralización política total, con militares voluntarios para la defensa" (Benedikter y Siepmann, 2016: 4-5).

mientras que para el transhumano se daría indirectamente como efecto de su anhelo por controlar la naturaleza, en la concepción ciborg esa difuminación quedaría explicitada para, a partir de ese principio, ser capaces de construir mundos amables (Smits, 2005: 460-461) o, como dirían Alonso y Arzoz (2021: 144), sociedades más habitables.

Otra diferencia entre ambos conceptos se ha señalado desde el pensamiento transhumanista de Vita-More (2020), en el apartado "Prefiero ser un transhumano que un ciborg" de su *Manifesto*, en clara contraposición a Haraway (1995: 311) y su *motto* "prefiero ser un *cyborg* que una diosa", al entender que en sus orígenes el ciborg no planteaba la extensión de la expectativa de vida como una cuestión principal ni concebía la transformación adaptativa del ser humano mediante la biotecnología, la IA o la nanotecnología, temas centrales para el transhumano. De esta manera, es posible observar que la responsabilidad y la toma de conciencia que se propone también es diferente, pues mientras que en el transhumanismo se aplica a los avances tecnológicos disruptivos (concebidos generalmente como inevitables) referidos a la creación de una entidad futura radicalmente novedosa, el ciborg se centra en las políticas y las polarizaciones rígidas heredadas (sean tecnológicas o no) que configuran nuestra cotidianeidad en el presente, sin aguardar pasivos un desarrollo tecnológico que nos dé todas las soluciones, de acuerdo con Alonso y Arzoz (2021: 98-99). La transformación evolutiva que se propone también sería diferente, pues, mientras que para el transhumano, se apuesta decididamente por la sustitución de la evolución biológica en favor de un tipo de autoselección *post-darwiniana* (Pearce, 2008) o *evolución dirigida* en la que primaría la planificación basada en las decisiones racionales de los individuos atomizados o de una autoridad centralizada denominada *singleton* (Vaccari, 2013: 43-47; Winner, 2003: 7; Bostrom, 2002: 28), en la teoría ciborg estaría presente un modelo de *evolución participativa*, caracterizada por el énfasis no tanto en el hecho de la transformación en sí, sino en las cuestiones acerca de quién decide y sobre qué en todo el proceso, una concepción más acorde al concepto de comunidad (Gray, 2011: 99; Alonso y Arzoz, 2021: 108).

Por otra parte, mientras que en el pensamiento acerca del transhumano se abordarían principalmente las cuestiones referentes a la superación y transformación del ser humano, la *ciborgización* en sentido amplio no se refiere exclusivamente a la *mejora* de la especie, sino que incluye las cuestiones en torno al resto de organismos o al medioambiente y a la manera en que se hibridan, como por ejemplo las reflexiones al respecto de la contaminación microscópica, la modificación biotecnológica de las bacterias o la alteración de nuestra biosfera provocada por la radioactividad y el empleo de nanopartículas (Alonso y Arzoz, 2021: 143-144; Gray, 2011: 86-88). Es cierto que en algunas reflexiones transhumanistas como la de Pearce (2008), o como se señala en el séptimo punto de la *Transhumanist Declaration* (Humanity+, 2012), se da cabida en este proyecto a otros seres sintientes no-humanos y a cualquier otra forma autoconsciente o sensible que pueda surgir en el futuro (Szabados, 2018: 217). Sin embargo, las consideraciones en torno a esta cuestión han sido comúnmente desatendidas en el conjunto del movimiento transhumanista, sobre todo si las comparamos con las que se han publicado sobre el *mejoramiento* humano y los experimentos de *biohibridación* animal-máquina realizados hasta ahora, que han producido auténticas quimeras muy alejadas de la idea de bienestar animal (Diéguez, 2021: 174-175; O'Connell, 2019: 166). De esta manera, mientras que el objetivo transhumanista supondría fundamentalmente la proliferación de distintos tipos de posthumanos (Humanity+, 2017), la *ciborgización* implicaría, conceptualmente, la combinación de todo tipo de elementos vivos e intervenciones tecnológicas en múltiples niveles de integración, sin necesidad de cambiar radicalmente la totalidad de la especie, produciendo un número infinito de ciborgs posibles (Gray, 2011: 89).

Es cierto que Riechmann (2016: 113-114) ha criticado la teoría ciborg, señalando que el reconocimiento de la alteridad que promueve no aportaría nada nuevo en realidad, pues la teoría psicoanalítica acerca del inconsciente, por ejemplo, ya habría abierto esa vía reflexiva acerca del carácter inacabado y lo otro constitutivo del ser humano, por lo que, a efectos políticos, podría ser más útil emplear una consigna como "TODOS SOMOS MINUSVÁLIDOS" que "TODOS SOMOS CÍBORGS". Sin embargo, después del análisis realizado hasta este punto, considero que la teoría ciborg tendría sus propias ventajas a la hora de abordar ciertas problemáticas, más allá de la cuestión de nuestra alteridad y vulnerabilidad constitutiva (que por otra parte sería una concepción común a varias teorías sociológicas y compartida precisamente por los pensadores transhumanistas, que entienden el cuerpo como algo inherentemente débil y de ahí infieren la necesidad de *mejorarlo* tecnológicamente (O'Connell, 2019: 243)), puesto que permite dar cuenta de la relación tecnología-humano y sus problemas políticos asociados, una concepción crítica de la tecnología como algo no meramente instrumental o moralmente neutro, sino como un configurador de nuestra forma de vida basado en unos valores concretos o la responsabilidad colectiva para decidir acerca de nuestro desarrollo tecnológico (Alonso y Arzoz, 2021: 98-100; Smits, 2005: 460-461).

6. Conclusiones

Después de exponer tanto las propuestas como las críticas en esta aproximación a algunos parámetros que se presentan en el movimiento transhumanista analizado, se concluye que sus coordenadas generales actua-

les reproducen un proyecto fundamentalmente basado en el solucionismo tecnológico. Cuestiones como la desigualdad derivada de las tecnologías que proponen, la gestión de los problemas medioambientales y otras consecuencias de amplio espectro sociopolítico (pensiones, convivencia entre humanos y posthumanos…) no se abordan satisfactoriamente en los planteamientos políticos de los partidos transhumanistas, proponiendo exclusivamente respuestas tecnológicas a estos problemas. Además, se ha constatado que, aunque se presente como un movimiento desentendido de la política o inclusive *antipolítico*, lo cierto es que su proyecto tendría consecuencias que precisan de propuestas políticas que no quedan cubiertas ni en los programas de los partidos transhumanistas, ni en las actividades institucionales que promueven (Hughes, 2002; Chen, 2014).

En este sentido, se revela como un proyecto poco innovador, pues el enfoque empresarial del desarrollo tecnológico o el acceso desigual a la tecnología son situaciones que ya se dan en la actualidad, como se puede observar con algunas de las tecnologías protésicas más avanzadas (Benedikter y Siepmann, 2016: 9). En las organizaciones del *biohacking grinder*, también se han observado coordenadas de pensamiento similares, revelándose como una práctica arriesgada que promueve el desarrollo comercial de un conjunto de *gadgets* y dispositivos tecnológicos implantables, con el anhelo principal de lograr la integración humano-máquina ampliando los sentidos y trascendiendo nuestras limitaciones, en vez de mejorar (en el sentido de hacer más cómoda o fácil) la calidad de vida de las personas (O'Connell, 2019: 178). La auto-optimización de los individuos que proponen estos proyectos transhumanistas incidirían en la vía de la monitorización exhaustiva que se ha generalizado con los distintos dispositivos digitales y que responde a una noción contemporánea conocida como *yo cuantificado* (*Quantified Self*), la cual reduce la individualidad a un asunto exclusivamente de gestión cuantitativa de datos, ignorando otros factores como las circunstancias sociales de los sujetos (Alonso y Arzoz, 2021: 87-88; O'Connell, 2019: 160-161). Estos hechos hacen que, como señalaba Winner (2003: 6-10), se deba "examinar críticamente el apoyo gubernamental a los proyectos dentro de las diversas órbitas de la investigación posthumana", teniendo presente los interrogantes acerca de si este modelo permitirá la participación activa de las partes implicadas, la prioridad de sus potenciales beneficios, los objetivos que refleja, el acceso público y general a estas tecnologías, la transformación de la forma de vida que genera o si se tendrá en cuenta modelos alternativos de desarrollo tecnológico, para lo que las conceptualizaciones derivadas de la teoría ciborg se han demostrado ampliamente capaces frente a las transhumanas.

Establecer esta distinción entre la teoría ciborg y el transhumanismo (así como los conceptos que los respaldan) ha permitido en definitiva ilustrar la diferencia en cuanto a la finalidad que persigue nuestro desarrollo tecnocientífico, los modelos para abordar las consecuencias sociopolíticas de las tecnologías disruptivas o las concepciones que manejamos a la hora de analizar las innovaciones técnicas. El transhumano se enmarcaría en un tipo de desarrollo tecnológico que tendría por objetivo alcanzar la posthumanidad, alejado generalmente de las circunstancias particulares de los individuos, proyectado siempre al futuro y a la superación de los límites biológicos. Este modelo exponencial y acelerado, que simultáneamente se presupone unívoco e inevitable, acabará propiciando una relación jerárquica vertical, donde sus potenciales beneficios se distribuirán de manera desigual, sin tener en consideración al resto de sujetos implicados. Por el contrario, el ideario ciborg no albergaría esos objetivos, sino que propondría un mayor control tecnocientífico partiendo del reconocimiento de las circunstancias que nos limitan y configuran, para poder plantear a su vez los modelos de desarrollo que puedan responder mejor a la construcción de comunidades horizontales más participativas y convivenciales, al concebir la tecnología exclusivamente como una condición necesaria para alcanzar este propósito y no como la razón suficiente.

En conclusión, entiendo que el proyecto transhumanista y sus instituciones derivadas necesitarían ir acompañados de un reordenamiento de sus prioridades si quieren ampliar su enfoque y dar realmente respuesta a problemas sociales de interés general. Para ello, como señala Vaccari (2013: 57), sería fundamental que antepusiera las áreas de competencia moral más restringidas a los escenarios transhumanistas futuros, para lo que, inclusive, algunos de los planteamientos más comprometidos con los aspectos socio-medioambientales dentro del propio transhumanismo, como el de Hughes o De Duve, podrían resultar prometedores, siempre y cuando obtuvieran un mayor peso global en el conjunto del movimiento. Esto implica abandonar las expectativas altamente especulativas acerca de las denominadas por Riechmann (2016: 130-133) *tecnologías superfaústicas* (como la nanotecnología y la biología sintética), propiciando controles y regulaciones más realistas de estos desarrollos que abarquen a su vez problemáticas sociopolíticas, más allá de las cuestiones económicas o los hipotéticos riesgos existenciales que conllevan. Para ello, será preciso incorporar enfoques y modelos alternativos de reflexión sobre el desarrollo tecnocientífico (como los propuestos desde la teoría ciborg) que permitan repensar el desarrollo tecnológico desde un prisma político novedoso y centrado en la mejora de las condiciones de vida humana, no en las posthumanas.

7. Bibliografía

Alonso, A. y I. Arzoz (2021): *El desencanto del Progreso. Para una crítica luddita de la tecnología*, Madrid, Dykinson.
Armesilla Conde, S. J. (2018): "¿Es posible un transhumanismo marxista?", *Eikasía-Revista de filosofía*, 82, pp. 47-86.

Benedikter, R. y K. Siepmann (2016): "'Transhumanism'": A New Global Political Trend?", *Challenge*, Online, pp. 1-13. https://doi.org/10.1080/05775132.2015.1123574
Bostrom, N. (2002): "Existential risks: analyzing human extinction scenarios and related hazards", *Journal of evolution and technology*, 9(1), pp. 1-31.
Briggle, A., C. Mitcham y M. Ryder (2005): "Technology: Overview", en C. Mitcham, ed., *Encyclopedia of Science, Technology, and Ethics* (*vol. 4*), New York, MacMillan Reference USA, pp. 1908-1912.
Cáceres, D. (2021): "La mujer que se ha autoimplantado en el cuerpo 50 chips, imanes y antenas para convertirse en cíborg", *Business insider*, 14 de noviembre. Disponible en: https://www.businessinsider.es/quien-lepht-anonym-biohacker-50-chips-cuerpo-963749 [Consulta: 19 de noviembre de 2021]
Callén Moreu, B. y F. Tirado Serrano (2009): "Sujeción y poder en el posthumanismo", *Política y Sociedad*, 45(3), pp. 93-107.
Campos, F. M. (2012): "Meditaciones sobre el humanismo a propósito del transhumanismo", en *XIX Congrés Valencià de Filosofía*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, pp. 369-380.
Chalmers, D. J. (2010): "The Singularity: A Philosophical Analysis", *Journal of Consciousness Studies*, 17(9-10), pp. 1-56. http://consc.net/papers/singularity.pdf
Chen, T. (2014): "The Political Vacuity of Transhumanism", *Stanford Politics*, 15 de diciembre. Disponible en: https://stanfordpolitics.org/2014/12/15/political-vacuity-transhumanism/ [Consulta: 28 de enero de 2023]
Cortina, A. (2016): "Transhumanismo y singularidad tecnológica. Superinteligencia, superlongevidad y superbienestar", en A. Cortina y M.-À. Serra, coords., *Humanidad ∞. Desafíos éticos de las tecnologías emergentes*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, pp. 47-85.
Cortina, A. y M. À. Serra (2016): "Retos de un futuro posthumano", *El País*, 3 de enero. Disponible en: https://elpais.com/tecnologia/2015/12/29/actualidad/1451389449_117291.html [Consulta: 11 de enero de 2021]
De Grey, A. (2005): "Aubrey de Grey dice que podemos evitar el envejecimiento", *TED Talk*. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=8iYpxRXlboQ [Consulta: 08 de mayo de 2023]
Diéguez, A. (2017): *Transhumanismo. La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*, Barcelona, Herder.
Diéguez, A. (2021): *Cuerpos inadecuados*, Barcelona, Herder.
Evans, W. (2015): "Posthuman Rights: Dimensions of Transhuman Worlds", *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, 12(2), pp. 373-384. https://doi.org/10.5209/rev_TK.2015.v12.n2.49072
Fukuyama, F. (2009): "Transhumanism", *Foreign Policy*, 23 de octubre. Disponible en: https://foreignpolicy.com/2009/10/23/transhumanism/ [Consulta: 29 de enero de 2021]
García Selgas, F. J. (2009): "Posthumanismo(s) y ciencias sociales: una introducción", *Política y Sociedad*, 45(3), pp. 7-15.
Gayozzo, P. (2018): "Teoría Extrapolítica y Postpoliticismo: Sobre la Vía de la Política, la evolución del hombre y la singularidad e inflexión bio-socio-política", *Instituto de Estudios Transhumanistas*, (1), pp. 1-44. https://doi.org/10.52749/iet.v1i1.6.
Gayozzo, P. (2019): "¿Qué es el Transhumanismo?", *Instituto de Estudios Transhumanistas*, 2(3), pp. 1-32. https://doi.org/10.52749/iet.v2i1.9
Gayozzo, P. (2021a): "Singularidad tecnológica y transhumanismo", *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, 18(2), pp. 195-200. https://doi.org/10.5209/tekn.74056
Gayozzo, P. (2021b): "'Biohacking': el transhumanismo de garaje", *Revista Iberoamericana de Bioética*, (16), pp. 1-17. https://doi.org/10.14422/rib.i16.y2021.002
Gray, C. H. (2004): "Character and Caricature, Virtual and Real", *Papeles del CEIC*, 14, pp. 1-21.
Gray, C. H. (2011): "Homo Ciborg: Cincuenta años después", *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, 8(1), pp. 83-104.
Harari, Y. N. (2018): *21 lecciones para el siglo XXI*, Barcelona, Debate.
Haraway, D. (1995): "Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX", en D. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Madrid, Ediciones Cátedra, pp. 251-312.
Hughes, J. (2002): "The Politics of Transhumanism", *2001 Annual Meeting of the Society for Social Studies of Science*. Disponible en: http://www.changesurfer.com/Acad/TranshumPolitics.htm#_ftn1 [Consulta: 31 de enero de 2023].
Humanity+ (2012): The Transhumanist Declaration. Disponible en: https://www.humanityplus.org/the-transhumanist-declaration [Consulta: 26 de diciembre de 2021]
Humanity+ (2017): Transhumanist FAQ. Disponible en: https://humanityplus.org/transhumanist-faq [Consulta: 13 de octubre de 2021]
Istvan, Z. (2014): "Should a Transhumanist Run for US President?", *HuffPost. The Blog. HuffPost Contributor platform*, 8 de octubre (actualizado el 8 de diciembre). Disponible en: https://www.huffpost.com/entry/should-a-transhumanist-be_b_5949688 [Consulta: 02 de febrero de 2023]
Jouve, N. (2016): "De la Eugenesia y la biotecnología al mejoramiento humano. Genética y bioética", en A. Cortina y M.-À. Serra, coords., *Humanidad ∞. Desafíos éticos de las tecnologías emergentes*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, pp. 203-229.
Liao, M., A. Sandberg y R. Roache (2012): "Human Engineering and Climate Change", *Ethics, Policy and the Environment*, 15(2), pp. 206-221. https://doi.org/10.1080/21550085.2012.685574
López Frías, F. J. (2014): "Aclaraciones sobre la mejora humana", *Daimon. Revista Internacional De Filosofía*, 62, pp. 7-23. http://dx.doi.org/10.6018/daimon/163861
Moravec, H. (1986): "Los vagabundos", en M. L. Minsky *et al*., *Robótica: La última frontera de la alta tecnología*, Barcelona, Planeta, pp. 99-119.
O'Connell, M. (2019): *Cómo ser una máquina*, Madrid, Capitán Swing.
Parra Sáez, J. (2017): "La mejora humana. Más allá de la radicalidad", en *Las fronteras de la humanidad. Actas II Congreso internacional de la Red española de Filosofía*, Zaragoza, Red española de Filosofía (REF), pp. 57-70.
Pearce, D. (2008): NEUROCIENCIA UTÓPICA. Disponible en: https://www.superhappiness.com/espanol/index.html [Consulta: 03 de septiembre de 2021]

Post, S. G. (2005): "Posthumanism", en C. Mitcham, ed., *Encyclopedia of Science, Technology, and Ethics* (*vol. 3*), New York, MacMillan Reference USA, pp. 1458-1462.

Postigo, E. (2016): "Naturaleza humana y problemas bioéticos del transhumanismo y el mejoramiento humano", en A. Cortina y M.-À. Serra, coords., *Humanidad ∞. Desafíos éticos de las tecnologías emergentes*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, pp. 233-256.

Riechmann, J. (2016): *¿Derrotó el "smartphone" al movimiento ecologista?*, Madrid, Catarata.

Rodríguez, B. (2012): "Sobre la relevancia moral de la distinción mejora-tratamiento", *Dilemata*, 10, pp. 307-328.

Rothman, P. (2014): "Transhumanism Gets Political". *h+ Magazine*, 08 de octubre. Disponible en: https://hplusmagazine.com/2014/10/08/transhumanism-gets-political/ [Consulta: 20 de abril de 2023]

Serra, M.-À. (2016): "Mejoramiento humano en el tercer milenio. Mitos y realidades", en A. Cortina y M. À. Serra, coords., *Humanidad ∞. Desafíos éticos de las tecnologías emergentes*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, pp. 157-200.

Smits, M. W. (2005): "Cyborgs", en C. Mitcham, ed., *Encyclopedia of Science, Technology, and Ethics* (vol. 1), New York, MacMillan Reference USA, pp. 460-461.

Szabados, K. (2018): "Transhumanist Parties as Niche Parties", *Journal of Posthuman Studies*, 2(2), pp. 213-237.

Torralba, F. (2016): "Deconstrucción del Posthumanismo. Los límites de la identidad humana", en A. Cortina y M. À. Serra, coords., *Humanidad ∞. Desafíos éticos de las tecnologías emergentes*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, pp. 131-152.

Vaccari, A. (2013): "La idea más peligrosa del mundo: hacia una crítica de la antropología transhumanista", *Tecnología y Sociedad*, 1(2), pp. 39-59.

Vita-More, N. (2020): The Transhumanist Manifesto. Disponible en: https://natashavita-more.com/transhumanist-manifesto/ [Consulta: 11 de octubre de 2021]

Winner, L. (2003): "Are human obsolete?", *The Hedgehog Review*, 3(3), pp. 1-10.

Zarzalejos, A. (2020): "Jeff Bezos quiere vivir para siempre: estas son las startups de salud en la que ha invertido el CEO de Amazon", *Business Insider*, 22 de agosto. Disponible en: https://www.businessinsider.es/5-startups-desconocidas-ha-invertido-jeff-bezos-701175 [Consulta: 19 de noviembre de 2021].

CC BY

MISCELÁNEA

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.76119

EDICIONES COMPLUTENSE

Ondas largas: una revisión de la interpretación de Ernest Mandel tras 50 años de *El capitalismo tardío*

Daniel Albarracín Sánchez[1]

Recibido: 20-05-2021 // Aceptado: 16-01-2023

Resumen. Revisamos el modelo de las ondas largas de Ernest Mandel, tras 50 años de su planteamiento en *El capitalismo tardío*, para mostrar el potencial de su esquema, al tiempo que apuntamos las cuestiones a superar a la luz de las evidencias y reflexiones teóricas aportadas por otros autores marxistas posteriores.

Cuestiones no previstas o aún no concebidas por Ernest Mandel han sido abordadas por Anwar Shaikh, Claudio Katz, Francisco Louça, François Chesnais, Michel Husson, Eric Toussaint, Jesús Albarracín o Jacques Governeur, entre otros, revisando y actualizando el modelo. Estos autores han observado y teorizado elementos que mejoran, sin invalidar, los aspectos centrales del modelo de Mandel. Particularmente, entre otros, sobre la evolución precisa de los ciclos, el comercio internacional o aproximaciones mejor definidas del significado y papel de la composición orgánica del capital.

Los fenómenos de financiarización —que muestran su influencia en el proceso de acumulación—, la tendencia a la formación de un mercado mundial en un contexto geopolítico conflictivo, o la nueva hegemonía neoliberal autoritaria merecen su consideración. Además, daremos cuenta sobre la experiencia de la última fase de acumulación, desde los años 80 hasta la actualidad. El artículo, asimismo, aborda la necesaria articulación de la teoría de las ondas largas con la teoría de la dependencia. Por último, se discute la dinámica y el papel del proceso de oligopolización y el papel de la financiarización, en tanto que han dado pie a numerosas controversias, que apuntó Mandel, con algunas respuestas de interés, que no terminaron de cerrar el debate.

Palabras clave: economía política; acumulación capitalista; capitalismo; ciclos económicos; marxismo; Ernest Mandel; teoría de la dependencia.

[en] Long waves: A review of Ernest Mandel's interpretation after 50 years of *Late capitalism*

Abstract. This paper reviews Ernest Mandel's model of long waves, 50 years after its inception in *Late Capitalism*, in order to show its potentialities, as well as the aspects of his work that could have been overcome in the light of the evidence and new theoretical reflections brought by other Marxist authors later on.

Ernest Mandel did not foreseen o conceived several issues addressed subsequently by the contributions of Anwar Shaikh, Claudio Katz, Francisco Louça, François Chesnais, Michel Husson, Eric Toussaint, Jesús Albarracín or Jacques Governeur, among others. These authors pointed out and theorized elements of interest, which improve without invalidating the core aspects of Mandel's model. Particularly, among other items, on the precise evolution of cycles, international trade or better-defined approximations of the meaning and role of the organic composition of capital.

The phenomena of financialisation, displaying their influence on the accumulation process, the trend towards the formation of a world market in a conflicted geo-political context, or the new authoritarian neoliberal hegemony, deserve be considered. Additionally, we reflect on the experience of the last accumulation phase, and its complex and long period after 80's until now. The paper also discusses the necessary articulation of long wave theory with dependency theory. Finally, it deals with the dynamics and role of the oligopolisation process and the role of financialisation, as they have given rise to numerous controversies, which Mandel pointed out, with some interesting responses, but which did not bring the debate to a close.

Keywords: political economy; capitalist accumulation; capitalism; economic cycles; Marxism; Ernest Mandel; dependency theory.

Sumario. 1. ¿Qué sigue vigente de la interpretación de Ernest Mandel? 2. Hacia una revisión del modelo de ondas largas de Ernest Mandel. 3. Conclusiones y perspectivas. 4. Bibliografía.

Como citar: Albarracín Sánchez, D. (2023). Ondas largas: una revisión de la interpretación de Ernest Mandel tras 50 años de *El capitalismo tardío*. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 76119. https://dx.doi.org/10.5209/poso.76119

[1] Universidad de Sevilla (España).
ORCID:0000-0002-6625-1991
E-mail: dalbarracin@us.es

1. ¿Qué sigue vigente de la interpretación de Ernest Mandel?

Ernest Mandel (1923-1995) fue, posiblemente, el intelectual marxista que abordó una mayor amplitud de problemas de relevancia en la segunda mitad del siglo xx. No solo participó en la construcción estratégica y organizada de iniciativas políticas incómodas, también lo hizo actualizando y potenciando un marxismo abierto, sólido y fundamentado, ligado al movimiento de lo real, en un periodo de amplios cambios y novedades.

Su aproximación omnicomprensiva y la fundamentación científica de su obra son los que hacen del autor belga una referencia obligada para comprender el desarrollo capitalista del siglo xx. Sin duda, hay otras referencias. Entre otras, las escuelas basadas en la historia del muy largo plazo, como la Escuela de los Annales (Braudel, 1995); la teoría del desarrollo geográfico social (Harvey, 2004); los grandes cambios hegemónicos en la economía-mundo (Wallerstein, 2006), o los largos ciclos sistémicos de acumulación impulsados por potencias hegemónicas en el campo mercantil y financiero (Arrigui, 2014). Otras escuelas de referencia, como la regulacionista (Aglietta, 1998; Lipietz, 1997; Alonso, 1999), caracterizarán diferentes modos de desarrollo en el capitalismo, atribuyendo una importancia central al Estado y al medio plazo. En este contexto, Mandel nos traerá una perspectiva marxista que refiere al proceso de producción capitalista, y lo hará integrando los aspectos históricos, geoestratégicos, ecológicos, de género o tecnológicos de una manera abierta, amplia y original.

La obra intelectual y política de Mandel coincidió con el convulso periodo en el que las fuerzas antagonistas ponían en tela de juicio al imperialismo y al capitalismo, no solo en la pizarra sino en el terreno real. Fue la época del ascenso del movimiento obrero, los movimientos anticoloniales y del socialismo real. Fue una etapa que coincidió con la aparición de un grupo de intelectuales que ya son clásicos del pensamiento, contribuyendo a que el nivel del análisis, debate y propuestas, elevasen su calidad, al mismo tiempo que calaba en las direcciones políticas y sindicales del movimiento obrero. Mandel fue uno de ellos. Desafortunadamente, fallecía en 1995. La historia, como no puede ser de otro modo, siguió su curso, sorprendiéndonos.

Aquí, daremos cuenta de la vigencia y revisión del modelo de acumulación capitalista que desarrolló Mandel[2]. Elaboró este modelo para dar cuenta del curso y las tensiones de los factores objetivos, que suponen la base material sobre la que los sujetos colectivos operan.

El economista belga (Mandel, 2018) acuñó el término "determinismo paramétrico", inspirado por Karl Marx, que afirmaba que "los sujetos hacen su historia, aunque no escogen las condiciones en que la hacen" (Marx, 1992). Esta forma de análisis da pie a una posible caracterización algebraica de las tensiones socioeconómicas, en virtud de la cual pueden identificarse las relaciones causales de los factores determinantes que sitúan, definen y sobre los que operan los sujetos, entendiendo el resultado de los vectores potenciales como fruto de un campo de fuerzas. Desde este punto de vista, cuando se consolidan las condiciones de desarrollo, los sujetos ven delimitado su margen de acción por las leyes de la mercancía y la ganancia. Ahora, los sujetos colectivos no asumen un papel de títeres. Las bases, tanto concretas como generales, de la dinámica general pueden modificarse, y con ello podría, también, alterarse o superarse la ley del valor. Estas oportunidades de cambio nunca están cerradas si bien son potencialmente más propicias cuando se desatan contradicciones que hacen inestables las formaciones socioeconómicas. Su resolución depende de respuestas sociopolíticas concretas en el curso tenso de la acción histórica. Las viejas reglas pueden acabar derribándose, y con ello la vieja economía política. Ahora bien, constituir las bases de nuevos criterios de asignación, producción y distribución de los recursos depende, en última instancia, del resultado de las luchas de clases.

De ahí la pertinencia de la crítica de la economía política que desarrolla Mandel, y la relevancia del análisis de la acumulación capitalista, de cara a analizar el estado de los factores sociohistóricos y económicos objetivos, sobre los que los sujetos se mueven y construyen su historia.

A continuación, caracterizamos y situaremos la interpretación de Mandel. Vendrá seguida de observaciones críticas o aportaciones posteriores que han permitido revisar su alcance y limitaciones, y mejorar su modelo.

1.1. El modelo de las ondas largas de acumulación

El capitalismo irrumpe con un proceso de acumulación originaria (Marx, 2000: 241, Libro I, Tomo III), ligado al pillaje y al proceso de apropiación y colonización (García, 2019), que explica en gran medida por qué se desarrolla la industrialización en primer lugar en los países imperialistas. Se impone, depredando, sustentándose y apropiándose de la riqueza del planeta y se consolida con la explotación del valor producido por el trabajo. Desde la instauración de las nuevas relaciones sociales, se han extendido el Estado burgués y la lógica de la mercancía, siendo, a partir de entonces, la lógica de acumulación del capital la dinámica económica predominante.

Tras aquello, la dinámica económica se impregna de la lógica en la que se produce la extracción y apropiación del plusvalor, por el que rivalizan, mediante la competencia, los agentes capitalistas. Esta lógica del capital conduce a una inercia, si no tiene corrección, respondiendo a la ley del valor (Marx, 2000).

[2] Obra que se inspira en los trabajos iniciales de León Trotsky (1923).

Estas relaciones sociales de producción, una vez consolidadas, van a verse determinadas y van a encauzar el desarrollo de las fuerzas productivas. La aportación original de Mandel estriba en el análisis de la dinámica de acumulación, guiada a largo plazo en torno a la *tasa de ganancia*[3] (Mandel, 1980), que centra la atención como novedad en lo sucedido tras la II Guerra Mundial. Son la tasa de explotación o plusvalor —como patrón de apropiación y distribución— y la composición orgánica del capital —como factor sociotécnico— las que pautan dicha tasa[4], en un marco de factores multideterminantes, contextualizados y entrelazados. Dicha tasa describe ondas expansivas y depresivas[5], con una dinámica propia condicionada en todo momento por disputas sociales y políticas y posibles contratendencias (Albarracín, 2010a; y Albarracín y Albarracín 2010b).

Así, en la historia del capitalismo se han descrito diferentes etapas de desarrollo coincidentes con ondas largas de acumulación[6]. Estas etapas fueron configuradas por:

a) contextos sociopolíticos específicos y situaciones de tensión internacional —guerras, alianzas diplomáticas, movimientos de liberación, etc.—;
b) la primacía de determinadas potencias hegemónicas;
c) una determinada división internacional del trabajo;
d) la orientación específica de las políticas económicas;
e) el ordenamiento y la amplitud de los mercados y de las formas de competencia de distinta naturaleza;
f) los diseños tecnológicos, la organización del trabajo, las estructuras empresariales;
g) las bases energéticas y las materias primas accesibles, así como el proceso de producción y las formas de consumo, etcétera.

Desde este punto de vista, las *ondas largas* no operan de manera mecánica[7]. Su inauguración y formas de desarrollo están jalonadas por luchas a diferentes niveles —políticas, ideológicas, organizativas, sociales, laborales, etc.—. Su dinámica también responde a una tensión de factores múltiples de naturaleza histórica, social, política, técnica y económica, y que van a verse reunidos y relacionados paramétricamente con efectos en la tasa de plusvalor y la composición orgánica del capital, bases de definición de la tasa de rentabilidad.

Las ondas largas completadas, las tres primeras, fueron de duración pareja. Se iniciaron con un periodo de prosperidad de unos 25 años para luego entrar, de manera endógena, en un periodo de declive por un tiempo similar. Sin embargo, el paso de una fase depresiva a otra de prosperidad requirió de cambios sociales y políticos estructurales, de circunstancias sociohistóricas no estrictamente económicas, para restablecer la tasa de rentabilidad tanto como norma cualitativa como a un nivel cuantitativo y relativo suficiente, que sostuviese de manera vigorosa la acumulación.

Las tres primeras ondas largas se produjeron en el siglo XIX y primera mitad del XX. El trabajo más original de Mandel se centró en la *cuarta onda larga*, o capitalismo tardío, que comenzó tras la reconstrucción posterior a la IIGM**.** Para elevar la tasa de rentabilidad y empujar la acumulación de esta onda larga, tuvo que producirse antes un largo periodo de fascismos, políticas restrictivas y proteccionistas, y una II Guerra Mundial genocida. Todo esto causó un ascenso formidable de la tasa de explotación y una destrucción de aparato industrial importante, y el consiguiente ascenso de la tasa de rentabilidad. De tal modo que facilitó las condiciones de negocio para la reconstrucción industrial y la aplicación de tecnologías nuevas (Albarracín, 2022:438) —cuyo conocimiento se había acumulado durante tiempo— en las nuevas inversiones, como la microelectrónica, la robótica o —después— la telemática, de materias primas como las fibras sintéticas, o nuevos sistemas de extracción energética, como la nuclear. Gracias a este punto de partida, se desplegó la III Revolución científico-tecnológica, dadas las condiciones de mercado y rentabilidad favorables (Albarracín, 2022:442). El mercado capitalista ensanchó en ese periodo, abarcando más de medio planeta.

La economía capitalista mundial, a partir de 1990, tras la simbólica caída del Muro de Berlín, se amplía y completa hacia el oriente (europeo y asiático). Las cadenas de valor productivas a escala global se terminan de consolidar, los países occidentales aplican una gestión neoliberal de Estado con políticas que favorecen la creación de capital ficticio —políticas monetarias expansivas, creación de deuda—, China desarrolla una política de capitalismo de Estado, y en ella una nueva generación de innovaciones en el campo de la III revolución científica se abre paso.

---

[3] Marcelo Carcanholo (Carcanholo, 2017) relativiza este papel y lo sitúa más en el lado del síntoma que de la causa, al considerar que la dinámica de la rentabilidad depende de la tendencia a la sobreproducción. A nuestro juicio, estas dinámicas están mutuamente relacionadas, lo que no invalida el análisis de Mandel, en tanto que la tasa de ganancia es su expresión empírica.

[4] La tasa de rentabilidad= p/(c+v)= tasa de plusvalor /(c.o.c.+1); donde tasa de plusvalor es p/v y c.o.c. es composición orgánica del capital (c/v).

[5] Tomará Trotsky (1923) los trabajos estadísticos de Kondratiev (1995), evitando su lectura mecanicista.

[6] Manuel Garí, en una nota personal, comenta "La concepción mandeliana de las ondas largas no se puede entender de forma aislada del corpus completo de su elaboración en teoría económica. La cuestión de las ondas largas y en concreto *Las ondas largas del desarrollo capitalista* (1980) forma parte de una misma matriz sobre los tiempos de la acumulación y las crisis capitalistas y se puede encontrar la secuencia genética en el *Tratado de economía marxista* (1962), *El capitalismo tardío* (1972), *La crisis* (1978) y su posterior *El capital: Cien años de controversias sobre la obra de Marx* (1985)".

[7] También se observan ciclos de menor duración dentro de aquellas ondas: los ciclos industriales periódicos —resultado de la oscilación de la oferta y demanda agregadas y de la acumulación de existencias (Shaikh, 2011)—, y a medio plazo, fluctuaciones producto del desfase entre ciclo productivo de la industria pesada y capital fijo y el de la industria ligera.

Estos hechos sucedieron tras el fallecimiento del economista belga, y vendrán a corregir el curso previsto de la IV onda larga. Atravesamos, así, desde los años noventa una transición que cuenta con una mutación de las bases del desenvolvimiento capitalista. La interpretación de su carácter y su rumbo plantea una controversia pendiente de abordar.

2. Hacia una revisión del modelo de ondas largas de Ernest Mandel

2.1. Sobre el declive de la cuarta onda larga y su duración

La aportación más novedosa, omnicomprensiva y certera consistió precisamente en el análisis de la fase ascendente de la cuarta onda larga (Mandel, 1980) y la correcta anticipación de la crisis de los años setenta. No obstante, sus previsiones del periodo posterior no podían incluir lo que sucedió después. Tras la crisis de rentabilidad de los años setenta, desde los ochenta la tasa de beneficio asciende otra vez (Louça, 2019) hasta 2005 (Husson, 2013), para caer posteriormente. Esto supuso nuevas preguntas para el propio modelo explicativo.

Tras setenta años desde su comienzo, así, se debate la situación de esta última onda larga. En los países centrales occidentales y en Japón parece constatarse una duración más larga que la de las ondas anteriores. Las crisis de 2000 —en Japón desde 1990—, 2008 y 2020 muestran el agotamiento de su vigor, con un crecimiento débil y errático. El episodio de restauración se limitó a no más de 20 años, con una clara inflexión desde 2008. Mientras, los países asiáticos han sostenido una acumulación fuerte. Sin embargo, no han logrado arrastrar e impulsar al resto del mundo, salvo, parcialmente, a los países periféricos que se han ligado económicamente a dicha área económica emergente.

Esta irrupción ha abierto paso a una nueva potencia central hegemónica que, en cualquier caso, no está desconectada de las contradicciones de la globalización capitalista. Variables claves de su desarrollo dependen de la demanda de importación de los mercados de la vieja Triada, de que EE. UU. devuelva sus deudas a su acreedor principal —China—. También depende a escala ecológica de la crisis ambiental, así como de la disponibilidad barata de materias primas y energía a escala mundial. Para poner en contexto, el espacio económico asiático pesa no más del 20% del mercado mundial. China, ya la primera potencia comercial, para 2018 exportaba el 12,8% de las mercancías a nivel mundial, según la OMC (Vázquez, 2021), y no está en condiciones de sustituir plenamente aún a las potencias clásicas. Tampoco de tirar de la economía mundial por sí sola. Se comprueba así, también, la relativa interdependencia económica entre potencias (Katz, 2011) y de la marcha del capitalismo global, que enmarca los límites de las avances y retrocesos de unas áreas y otras.

En este complejo contexto, se mundializa el capitalismo a escala mercantil y financiera y, lo que es más importante (Katz, 2018), se interconectan plenamente las cadenas de producción y suministro globales. Han quedado en vías de extinción viejas formas de relaciones de producción, ya residuales. Las grandes corporaciones transnacionalizan la producción y compiten con otras grandes empresas globales en un mercado mucho más amplio y abierto, devorando o subordinando al capital local. El gigantismo e internacionalización de las grandes corporaciones se combina con la formación de la empresa-red vertical. Pero la competencia genera un dinamismo incesante, los viejos oligopolios enfrentan una fuerte renovación, en la que las grandes tecnológicas irrumpen y desplazan a las viejas y grandes compañías del ámbito comercial, productivo o energético, y posiblemente, pronto, del sector bancario (Escribano y Jareño, 2020) con la banca *online* y las monedas virtuales.

Se plantea un debate razonable fruto de la observación de la duración y regularidades alteradas y diferenciadas a escala global y según la región. Las ondas largas no pueden entenderse de manera mecánica y automática. En este contexto, para robustecer el modelo, el principio de desarrollo desigual y combinado[8] se torna cada vez más pertinente y necesario, ahora en un nuevo contexto. Además, la combinación de viejas y nuevas formas de relación de producción no juegan el papel de antaño.

Algunos autores admiten que el capitalismo tardío se prolonga más de lo previsto (Louça, 2019; Husson, 2013). Estos apuntan la debilidad de la acumulación, sea por causa de la detracción del rentismo y las finanzas sobre la oscilante rentabilidad, sea por la debilidad de la productividad global. Otros (Roberts, 2016; Harman, 2008; Kliman, 2020; Freeman, 2012), describen, por el contrario, una tendencia declinante, en forma de sierra y persistente[9], de la tasa de rentabilidad durante ya 70 años.

Katz advierte, de una manera diferente a estas dos corrientes, que el término etapa puede ser más oportuno dada la debilidad del modelo de ondas largas a la hora de registrar novedades e impulsos no previstos. De tal modo, que el desarrollo desigual y combinado de un capital mundializado brinda un esquema que enriquece la

[8] Dentro del Seminario sobre "El capitalismo contemporáneo", celebrado en 2019 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (IEALC), a cuyos audios pudimos tener acceso, Katz apuntaba esta sugerente reflexión, inspirando y desarrollando el enfoque de David Harvey con una lectura propia.

[9] Tanto Kliman (2020) como Freeman (2012) se apoyan en la interpretación del sistema único temporal (TSSI), incluyendo en el cálculo de la tasa de beneficio dentro del denominador el capital fijo o los activos financieros, lo que implica una estimación a la baja de su rumbo. Michael Roberts, a su vez, con un trabajo empírico prolífico de referencia obligada, proporciona una lectura mecanicista y estancacionista. Por el contrario, Husson (2013) aplica la teoría de la punción del excedente para explicar cómo, desde los años noventa, la recuperación de la tasa de beneficio fue compatible con una tasa de acumulación débil, dado que las finanzas drenaron la capacidad de reinversión.

interpretación, el único capaz de incorporar la mutación del capitalismo global con la irrupción de China (Katz, 2018) y el cambio tecnológico.

A nuestro juicio, Katz acierta y se equivoca, siempre de manera inspiradora. Se equivoca en considerar que Mandel adoptaba una perspectiva mecanicista y esperaba una regularidad precisa a las ondas largas de acumulación. Acierta, no obstante, en varios puntos: el principio del desarrollo desigual y combinado permite incluir el ascenso, declive y surgimiento de nuevas potencias y formas de producción en el capitalismo global. Coincide, después de todo, con la interpretación mandeliana de que la clave pivota en torno a la lucha de clases en cada periodo.

Desde nuestro punto de vista, si tomamos la lógica de acumulación, sobreproducción y de rentabilidad, e incorporamos la lucha de clases y la historia, podremos comprender mejor el papel de la dinámica, de su continuidad y de sus rupturas. Las ondas largas de acumulación y rentabilidad se comportan con una continuidad, tras ser establecidas las bases institucionales, geopolíticas y productivas de un periodo. Las luchas de clases, en la lógica abierta del determinismo paramétrico, desempeñan una influencia en los factores que animan o desaniman las tendencias de la acumulación. En otros, pueden propiciar incluso cambios y rupturas, transformando las propias bases de la dinámica económica de conjunto —por ejemplo, si hay grandes reformas o introducción de sistemas postcapitalistas que dejan de guiarse por la lógica de la mercancía y la ganancia—. Cambiadas las reglas, sean dentro del capitalismo, o fuera de él, las tendencias se alteran y los análisis abstractos se vacían de sentido.

Desde esta óptica, la incorporación de la historia y la agencia humana entrañan la clave. El resultado de sus conflictos y la formación de respuestas gobierna o altera la dinámica de fondo, aunque no lo hará al margen de las estructuras heredadas, sino a partir de ellas. Solo cuando se consolidan las bases socioeconómicas cabe observar ondas y ciclos, tendencias propias. Ahora, lo sucedido en las últimas décadas son cambios históricos, geopolíticos e institucionales fruto de las luchas de clases y de la competencia tecnológica, comercial y productiva. Son cambios dentro de la lógica capitalista, que hay que analizar. Si esos cambios se han dado, otros podrían producirse en otra dirección, si se diesen las condiciones políticas para ellos.

En este periodo reciente, en la vieja Triada se ha consolidado un neoliberalismo de Estado. En China, la amplitud de los mercados asiáticos, la elevada tasa de explotación, su política comercial internacional en torno a la Ruta de la Seda, la inversión pública dirigida y combinada con la economía de mercado en su interior y los márgenes de maniobra para cierto desarrollo endógeno han resituado a este país cerca de la hegemonía. Podría decirse que el vigor relativo de su acumulación interna y su inserción en la cadena comercial global explica la intensidad diferenciada de su "propia onda larga", que sin romper tendencias sigue un ritmo de proporción diferente. Esto contribuiría a explicar el nuevo marco del periodo, en el que China asciende, la vieja Triada pierde ritmo y, sin embargo, la acumulación global cada vez es más débil.

Lo que se dirime hoy, de seguir el modelo capitalista, es si puede restaurar la rentabilidad o no. La respuesta dada está siendo diferente en cada área regional. Si bien el balance, debido a la sobreproducción, el estancamiento de la productividad global y la crisis ecológica —que se torna el factor de fondo decisivo ante el fin del acceso barato y fácil a materias primas y energías esenciales para el modelo industrial fosilístico—, es claramente negativo. Las perspectivas de pervivencia del capitalismo, en cualquier escenario, solo pueden acompañarse con la degradación de las condiciones de vida y trabajo de las amplias mayorías y de las condiciones de habitabilidad del planeta.

Una restauración global de la tasa de la rentabilidad exige dos precondiciones, o al menos un balance neto ascendente de la combinación de ambas, y que han de contar, además, con un contexto favorable.

La primera precondición es la recuperación de la tasa de plusvalor, cuyas bases podrían estar teniendo un efecto real ascendente (Husson, 2013:8). La segunda precondición, supone una disminución relativa de la composición orgánica del capital. Esto requiere una fuerte destrucción de capital ficticio y productivo, fruto de una crisis empresarial importante. Esta segunda precondición exigiría, cuanto menos, una destrucción empresarial amplia, por una crisis de insolvencia, de deuda o financiera (Toussaint, 2014), u otro fenómeno depresivo duradero[10].

En cuanto al contexto, dos notas para el periodo. El estancamiento de la productividad —salvo para el periodo 1995-2004, gracias a la revolución digital (Chesnais, 2019) en el que hubo un crecimiento medio anual del 5%— no mejora mucho el margen posible. El mundo asiático tampoco ofrece una evolución de la productividad suficiente. Ha reducido su brecha con Occidente, pero está lejos de alcanzar a EE. UU. (Vázquez, 2021). En cuanto a la disponibilidad de energía neta y materias primas, se ha sobrepasado varias veces la capacidad de carga del planeta, desde al menos 1980. Se han sobrepasado picos de extracción en la década de los 10 de varias materias primas clave (Turiel, 2020); en años o décadas venideros sucederá con otras también importantes, y nada augura una mejora con materiales sustitutivos, sino más bien todo lo contrario (Fernández y González, 2018).

[10] Cabe apuntar que la crisis pandémica (Albarracín, 2021) de 2020 interrumpió el final del ciclo de recuperación iniciado en 2014, causada por un modelo depredador del entorno que agrede la biodiversidad y propicia fenómenos de zoonosis cada vez más a menudo, si bien supuso un factor extraeconómico que es ajeno, aunque afecte, al proceso de acumulación, y pudo estar anticipando lo que próximamente sería un nuevo ciclo industrial de estancamiento.

La irrupción de China no puede atribuirse a una mera desconexión (Roberts, 2016:233) de la dinámica de la producción y del mercado mundial. La tendencia que sigue, aunque en proporciones diferentes, es parecida. Sin embargo, su envergadura y vigor se traducen en fuerte influencia en las áreas económicas regionales vinculadas a este polo de desarrollo endógeno, de las que tira y a las que favorece, sin poder hacerlo con el conjunto mundial. En nuestra opinión, no cabe hablar de que China, o la introducción de muchos países del Este en el capitalismo, hayan inaugurado una nueva onda larga. Ahora bien, sí han alterado el desarrollo económico internacional, generando una dinámica regional propia que altera el equilibrio de competencia intercapitalista mundial.

Cabe preguntarse si la irrupción de China, y otros países emergentes como India o Rusia, han configurado una propia onda larga para su región. Nosotros pensamos que ese impulso ha lanzado a China para estar en condiciones de aspirar a ser superpotencia mundial. Podría suponer una condición necesaria para un nuevo periodo de prosperidad en cuanto a la acumulación se refiere. Desde luego, no suficiente. China está ligada, como venimos afirmando, al capitalismo global (Vázquez, 2021). Además, la situación del clima, la energía y las materias primas, o la evolución de la productividad, no prometen precisamente una intensificación de la acumulación, lo que no es obstáculo para que se acentúen las prácticas de la explotación laboral, la depredación natural o el conflicto por los recursos.

En este sentido, el desarrollo capitalista sigue su curso, pero ha adoptado cambios en su seno que debemos tener en cuenta. Se conforman grandes mercados regionales amparados con instituciones y dinámicas propias. Se relocalizan las fases extractivas e industriales hacia una serie de países semiperiféricos —en detrimento de otros—, donde se destinarán crecientemente las inversiones occidentales y chinas. Mientras, el tejido productivo se reestructura en los países centrales, concentrándose en la concepción industrial, las finanzas y la distribución comercial, al mismo tiempo que se racionalizan costes. También despegan algunas economías y China, llegado el siglo XXI, constituye la nueva superpotencia industrial y comercial, capaz de generar sus amplias áreas de influencia global y establecer un esquema de capitalismo de Estado que afianza su capacidad competitiva, de inversión, de producción y de disciplina laboral, empleando, cuando lo requiere, fórmulas autoritarias.

La metamorfosis del capitalismo global muestra su sustancia concreta, que nos impele a caracterizar los cambios y reconocer las potencias de lo que está en transición. La controversia no está cerrada, las viejas contradicciones no están superadas, más bien son más complejas y agudas. Las transiciones y cambios no permiten afirmar, en cualquier caso, la inauguración de una nueva fase ascendente, tampoco descartarla. Ahora, por el momento, no hay indicios más que de un estancamiento neto a escala global, precursor de una degradación general si no se impide. La historia no para, y la acción política, o su ausencia, desempeña un papel clave para decantar las consecuencias de las contradicciones sistémicas.

2.2. Precisiones sobre los factores de la tasa de beneficio: costes financieros y composición orgánica del capital

Ha sido en estas últimas décadas en las que algunos autores (Shaikh, 2011) han realizado precisiones oportunas para el modelo de las ondas largas.

Para Shaikh no bastaría con indagar los componentes globales brutos de la tasa de rentabilidad, equivalentes a la tasa de ganancia o beneficio. Es preciso hilar fino de cara a establecer la relación entre tasa de rentabilidad y tasa de acumulación. A este respecto, no basta con una caída de la rentabilidad para que comience a descender la tasa de acumulación. También ha de producirse una caída en la masa de beneficio global (Shaikh, 1992).

A su vez, la tasa de beneficio que orienta la inversión es la que toman en cuenta las empresas y no la tasa de ganancia general (que suma los beneficios brutos empresariales —el rédito del capital activo—, más los intereses que obtienen del capital financiero). La tasa de beneficio de las empresas —tasa neta de ganancias, o tasa de beneficio efectivo— recoge la diferencia entre la tasa de beneficios antes de impuestos e intereses y lo que le resta la tasa de interés que han de devolver al capital financiero, siempre midiéndolas en términos reales, descontando la inflación.

Otra puntualización para la comprensión de la tasa de rentabilidad la realizan el economista belga Jacques Governeur, o el francés Michel Husson (Husson, 2013), fijándose en el denominador de la ratio. Mandel, en general, va a apuntar que hay una tendencia a su ascenso, pero no agota la reflexión de su análisis, como si fuese fruto de un cambio técnico y la competencia. Sin embargo, la composición orgánica del capital está compuesta de otros factores (Governeur, 2001: 93), algunos de ellos en absoluto mecánicos. Su evolución depende de:

a) El grado de mecanización, que tiende a crecer.
b) La evolución de la relación entre los valores unitarios (valorMP/valorMC[11]), que depende de la marcha de la productividad.
c) El salario real depende de relaciones de fuerzas (y, diríamos nosotros, también del coste de reproducción de la fuerza de trabajo).

[11] Donde MP son medios de producción y MC medios de consumo.

2.3. Teoría de la dependencia, oligopolios y tasas de ganancia diferentes

Mandel aplicó empíricamente el modelo de las ondas largas centrándose sobre todo en los países centrales. Para el estudio de los países del sur, en cambio, tomó el esquema del desarrollo desigual y combinado. El economista argentino Claudio Katz, con originales aportaciones, ha sido su mejor continuador, hasta el punto de invertir la caracterización, poniendo por delante la dinámica de desarrollo desigual a la del rumbo de la rentabilidad.

Mandel estudió el capitalismo a escala mundial. Observaba que el tercer mundo, debido al imperialismo capitalista, caía en la dependencia. Para el grueso de países, se traducía en miseria (Mandel, 1972). Los países del sur se veían conducidos a la primarización agrominera, debido al dominio de los países centrales. También indicó que una serie de países lograron cierto desarrollo industrial (Katz, 2018:45) gracias al proceso de sustitución de importaciones. Su lectura del desarrollo desigual preveía un empobrecimiento absoluto para la mayoría de los países del sur, semiindustrialización dependiente en otros pocos, que podrían entenderse como semiperiferias. Se darían procesos de transferencia de valor del sur al norte permanentes. Solo en casos muy limitados cabrían resquicios para el desarrollo parcial de algunas economías de la periferia superior (Katz, 2018: 46).

Conviene recoger las críticas sobre el debate de las transferencias de valor, que ha dado lugar a no pocos malentendidos. Sin duda, la teoría de la superexplotación (Marini, 1992) cayó en una lectura miserabilista y contradicciones teóricas (Carcanholo, 2017; Katz, 2018) —al admitir que los salarios pueden remunerar de manera duradera[12] por debajo de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo—. Si hay diferenciales de salarios directos o indirectos no es causado, desde luego no únicamente, por transferencias de valor dentro de la clase trabajadora, sino a la formación de salarios que orbitan sobre condiciones de reproducción social de la fuerza de trabajo y de la productividad desigual, respondiendo a la desigual división internacional del trabajo. Para prevenirse de estos problemas, resulta necesario tomar la referencia de los análisis sobre el trabajo potenciado (Astarita, 2010), y considerar que la apropiación de plusvalía global se realiza también a través de la competencia, en la que suelen ser los capitales de países centrales quienes se la apropian en mayor medida, por la mayor productividad del segmento de actividad en el que están, entre otros factores. De lo que cabe duda es de que se produzca una explotación entre clases trabajadoras de diferentes países.

La conclusión, a pesar de las críticas, sería que no conviene abandonar la teoría de la dependencia, sino más bien corregirla (Carcanholo, 2017).

Cabría decir que, aunque resulta firme la tendencia a la dependencia y a la divergencia y desarrollo desigual relativos de aquellos pueblos que no han podido librarse de la dominación, no parece confirmarse un empobrecimiento absoluto general. Se han registrado allí procesos de industrialización, extensión del empleo y del salario real —compatibles, en algunos periodos y territorios, con la caída del salario relativo— y de crecimiento (Astarita, 2009). Esto no impide que dichas economías se vean atrapadas de manera subalterna, que solo salga beneficiada una burguesía local ligada a los intereses del capital internacional, o que la productividad sea inferior —debido al segmento de actividad y la composición del capital en el que se especializan—. Tampoco que sea impracticable romper algunas cadenas que sujetan a algunos territorios con políticas de desarrollo endógeno y cambio político —desde el capitalismo de estado chino, las experiencias de algunos países latinoamericanos (Katz, 2018), o un salto postcapitalista como el que se produjo en la URSS durante décadas— cuyo alcance dependerá de sus características concretas.

Ernest Mandel (1972), para comprender el desarrollo desigual y combinado, fijó la atención en, primero, la acumulación originaria y su violencia, y, segundo, la formación de ganancias extraordinarias[13] de los oligopolios de las empresas de los países imperialistas. Atribuía la presencia de tasas de ganancia duales al papel del capital monopolista occidental. Concebía, asimismo, la teoría del comercio internacional marxista como una derivación especial del esquema de ventajas comparativas de David Ricardo. A nuestro juicio, Anwar Shaikh (2009) supera este enfoque recuperando y adaptando, desde un enfoque marxista, la teoría de las ventajas absolutas[14] de Adam Smith.

El capitalismo tiende a la globalización mercantil, de la producción y de las finanzas. Se mueve para recabar más valor a partir de la explotación del trabajo, y trae consigo la subordinación de las tareas de cuidados y la depredación de la naturaleza. Si el curso de una onda larga se ve pautado por la evolución de la tasa de ganan-

---

[12] Puede producirse de manera temporal, pero una dinámica permanente rompería la lógica del valor según la fuerza de trabajo se remunera según sus condiciones de reproducción. Otra cosa es que esas condiciones sean diferenciales en cada región, poniéndolas en relación con las condiciones de productividad.

[13] Estas surgen, según Mandel (1972: 77 y 78) por factores institucionales o estructurales (monopolio de propiedad de la tierra, por ejemplo), por contar con una ventaja exclusiva de productividad, cuando se reduce el precio pagado por la fuerza de trabajo por debajo de su valor social, porque se pague menos por los componentes del capital constante, o cuando la reproducción del capital circulante se acelera. Todas estas sobreganancias van en detrimento de la tasa de ganancia del resto, al apropiarse el oligopolio del plusvalor globalmente extraído.

[14] La teoría de la ventaja absoluta establece una relación de largo plazo entre el tipo de cambio real y los costos laborales unitarios reales relativos e integrados verticalmente, que conduce a una divergencia de saldos exteriores permanente entre países. Las ventajas absolutas se producen con dos factores principales, el nivel de productividad y el de los costes salariales.

cia, cabe preguntarse por la incidencia de desarrollos dispares o proporciones distintas entre diferentes áreas de mercado —transnacional, nacional, local—.

El curso de la acumulación no presenta una sincronicidad ni ritmos iguales entre regiones económicas. En la práctica, se dan una multiplicidad de tasas de rentabilidad, que, si bien siguen tendencias parecidas, se mueven por escalones y ritmos diversos. Contribuyen esas diferencias a explicar la movilidad de los capitales y, en parte, los flujos de la fuerza de trabajo migrante.

Lo que explicaría las causas de que se produzcan tasas de rentabilidad específicas en cada área económica sería la formación sociohistórica diferenciada de, por un lado,

1) una serie de condiciones determinadas:
   a) Productividad —tecnología, organización sociotécnica del trabajo, cualificación y disponibilidad de mano obra…—.
   b) Disponibilidad de materias primas y energía y su tipología.
2) factores concretos:
   c) La formación y amplitud de los mercados.
   d) La situación de la tasa de plusvalor.
   e) La composición orgánica del capital.

Este proceso se da en un marco de mercados regionales con lazos de mayor o menor conexión interna y externa, espacios monetarios amplios con regulaciones propias y distintas a otros, sistemas impositivos diferenciados, y barreras y condiciones para el comercio de diverso tipo, en periodos en los que las instituciones y sus políticas desempeñan un rol en el medio plazo. Estos factores también influyen en la desnivelación de tasas, afectando al proceso competitivo y de explotación.

Por otro lado, no cuentan con la misma tasa de rentabilidad el capital transnacional que el local, del centro o la periferia o de las semiperiferias, la de las grandes corporaciones que la de las pequeñas. La tendencia a la igualación de las tasas de ganancia, conviene recordar, solo comporta una tendencia reguladora en el horizonte. Los aparatos estadísticos disponibles, en cualquier caso, además, no son adecuados directamente para calcular una aproximación a una tasa (o tasas) de beneficio mundial[15].

De aquí emana la discusión sobre el papel de los oligopolios. En *El capitalismo tardío* (Mandel, 1972) señala que la oligopolización del capital explica las tasas duales de ganancia[16]. También nos advierte de que no debemos caer en el sobredimensionamiento, del fenómeno (Sweezy y Baran, 1982)[17], lo que equivaldría a correr el riesgo de dejar sin efecto la ley del valor. Mandel reconoce que podría producirse un aplazamiento o relativización por su incidencia, acotada por márgenes claros, no su interrupción. El cambio de denominación para este periodo, escogiendo el de capitalismo tardío, significó un gesto de disconformidad con la caracterización dominante (capitalismo monopolista). Con esta precisión acierta incluyendo los aspectos de la relativa y temporal limitación de la competencia o el papel de los monopsonios.

Los oligopolios cursan un ciclo de vida. Están afectados por la competencia, que nunca rige en condiciones perfectas. La mundialización y el cambio tecnológico, comercial e institucional son constantes, y ninguna ventaja es permanente. Mandel señala, correctamente, que, si se extiende la influencia del oligopolio en su sector, al final sus sobreganancias tenderán a acercarse a la tasa media. De tal modo que también están determinados por la ley del valor. Conviene, además, señalar que la extracción de plusvalía global precede a la competencia mercantil y la apropiación del excedente.

La cuestión de los oligopolios[18] presenta, posiblemente, excesivo énfasis, si bien no es irrelevante o errónea. Las observaciones (Mandel, 1972) referían al periodo de posguerra en el que las grandes compañías alcanzaron una presencia notable. Ahora, no fueron ni son la única causa que explica la diversidad de tasas desiguales. La división internacional del trabajo; la composición orgánica y la tasa de plusvalor diferenciada entre países (Katz, 2018)[19]; el trabajo potenciado (Astarita, 2010; Mateo, 2020) —merced a la mayor composición del capital en los procesos productivos de los países desarrollados—; también las políticas de los Estados —regulación fiscal, de gasto público o laboral—; o los acuerdos supranacionales, concurren como factores que influyen en esta formación diferenciada.

---

[15] Habitualmente el análisis de las ondas largas se ha circunscrito, normalmente por razones de disponibilidad estadística, a las potencias del norte. Michael Roberts ha avanzado recientemente en la estimación de una tasa de ganancia mundial (Roberts, 2016, 2017 y 2020).

[16] "La tasa media de superganancias, que disfrutan las corporaciones monopolistas, y la tasa más baja con las que tiene que conformarse el resto de los empresarios capitalistas" (Mandel, 1969:29).

[17] Estos sobredimensionan el papel de los oligopolios en varias formas. Primero, incluyen en el excedente, confundiéndolo con la masa de plusvalor, los costos de depreciación, que forman parte de la reproducción del capital constante (Mandel, 1969:30). Segundo, si los oligopolios conducen a un régimen permanente, la lógica de la administración de precios parecería que les exonera de la ley del valor, algo que no sucede en la práctica.

[18] Resulta pertinente también cómo funcionan hoy las corporaciones transnacionales, en su formato de red vertical, en la que la competencia está condicionada por acuerdos entre matrices, filiales, subcontratas o franquicias, que acuerdan un reparto de la plusvalía desigual en su interior.

[19] Katz refiere a la "remuneración internacional diferenciada del trabajo más productivo", citando a Machado Borges Neto, Joao. 2011. "Ruy Mauro Marini: dependencia e intercambio desigual", *Crítica Marxista,* n33.

En definitiva, los precios administrados por los oligopolios también tienen un margen de maniobra, sujeto a la competencia. Como el propio Mandel advierte, tampoco funciona sin límites. Ese margen del poder oligopólico solo puede aplazar el papel regulador de la competencia y la ganancia, no negarlo.

2.4. Políticas de financiarización y neoliberalismo de Estado

La tendencia a la caída de la tasa de ganancia que condujo a la crisis de los años setenta se interrumpe por varios factores de naturaleza sociopolítica. En primer lugar, el retroceso político y organizativo del movimiento obrero y, segundo, por la reconfiguración política de las clases dominantes, cristalizándose un modelo de gestión neoliberal singular.

La gestión neoliberal, con el propósito de restaurar la tasa de beneficio, marcó el nuevo periodo, si bien su forma de aplicación adoptó un carácter pragmático que no ha coincidido fielmente con los marcos teóricos de la escuela austríaca o neoclásica. El neoliberalismo realmente existente ha contado con la intervención del Estado, eso sí, produciéndose la mutación de su protagonismo (Albarracín, 2012b).

De haber seguido el consejo de los economistas ortodoxos se habría aplicado un ajuste salarial, la privatización de servicios públicos, una política monetaria restrictiva y una retirada del Estado para allanar el camino a una mayor iniciativa privada sin apoyos públicos. Cabe notar que el primero de los puntos se ha producido. Sobre el segundo, se han dado fórmulas híbridas de mercantilización, y que han contado con dinero público (Mazzucato, 2014), como la cooperación público-privada y la externalización de servicios mediante contratación y concesiones públicas. El tercero fue sustituido por una política monetaria flexible, relajación de la operativa bancaria y la titularización. Lo que viene a ser la financiarización, en los años 90 —que, sin embargo, seguiría privilegiando a la banca privada—, profundizándose en el siglo XXI, al menos hasta 2022, en que cambia la tendencia. El cuarto, tampoco se ha producido, el Estado ha intervenido más activamente para subvencionar y rescatar a empresas privadas y abandonar parte de sus políticas de bienestar o de producción pública. Esto es, el periodo puede caracterizarse como el del neoliberalismo de Estado, lo que pone en tela de juicio los análisis simplificadores habituales.

Estas políticas activaron contratendencias, no sin acumular nuevas contradicciones, especialmente desde 2008 y hasta la fecha actual, en la que se han alternado una fase recesiva hasta 2014, una de recuperación débil hasta 2019, una pandemia en 2020-2021 con efectos depresivos fruto de la hibernación inducida y cortocircuito en el suministro global, y un breve periodo con efecto rebote de recuperación, que ya muestra signos de agotamiento.

La tasa de explotación empezó a crecer desde aquella década de los 80. El salario real por hora perdió el ritmo seguido por la productividad horaria del trabajo desde entonces. La productividad también se ha ido ralentizado, salvo entre 1995 y 2004 (Husson, 2013) fruto de las mejoras en el campo de la microelectrónica. Esto, que conllevaba consecuencias recesivas al contener la capacidad adquisitiva en medio de una racionalización productiva y paro crecientes, se compensó con el descenso de los tipos de interés[20]. La caída paulatina e intensa de los tipos, también desde los años noventa, ocasionó que las inversiones fueran más fáciles y baratas de financiar y que el consumo recobrase protagonismo. El tipo de beneficio de las empresas remontó prácticamente a los niveles de posguerra al comenzar ya el nuevo milenio. La rentabilidad bruta de explotación era mayor al moderarse los costes laborales, y las tasas de interés eran bajas, por lo que la financiación cargaba con unos servicios de la deuda asumibles.

Pero esta dinámica se agotó pasado 2005, la tasa de beneficio se estaba reduciendo, la productividad fue estancándose y los costes de la financiarización, especialmente por el montante del principal de la deuda y no tanto por el tipo de interés, sentaron las bases de la Gran Recesión 2008-2013. El apalancamiento de las empresas y el endeudamiento familiar se multiplicaron. Por último, las tasas de interés llegaron a casi su suelo, para intentar evitar la depresión. La trampa de la liquidez, descrita por Keynes (1936), se ha extendido en la economía haciendo ineficaz cualquier política monetaria. En el mejor de los casos, estas medidas no hundieron más la economía, y supusieron un anabolizante financiero, a costa de la supervivencia de empresas zombi o la continuidad y aumento de un capital ficticio, a los que los *fundamentales* ya no respaldan.

Estas circunstancias han causado una fuerte crisis de inversión. El ciclo 2014-2019 solo cabe explicarlo como un ciclo industrial de recuperación débil, que abre paso a un nuevo estancamiento, tras año y medio de depresión pandémica y un lapso de efecto rebote que cierra el ciclo.

Mandel solo pudo observar el inicio de este fenómeno. Discípulos de Mandel, como Jesús Albarracín (1994), anticiparon también la hipertrofia financiera y sus consecuencias. Su incidencia, a pesar del papel de liderazgo que ha podido tener el capital bancario, no debe empujarnos al exceso de aceptar la falsa divisoria entre capital rentista e industrial (Astarita, 2009b); o a que se produzca un divorcio permanente entre tasa de beneficios y acumulación, como parecen afirmar Dumenill y Levy (2004). Los diferentes segmentos del capital

[20] "La tasa de ganancia general fue resucitada de su largo declive con un ataque concertado contra los trabajadores que hizo que los salarios reales después de 1982 crecieran mucho más despacio que en el pasado. (…) La tasa de interés cayó radicalmente después de 1982. (…) El efecto neto de estos dos movimientos sin precedentes históricos fue elevar de manera muy significativa la tasa de beneficio de empresa. Este es todo el secreto del gran boom que comenzó en los años 1980" (Shaikh, 2011:8).

en la cadena de valor (financiera, extractivista, logística, industrial, comercial) conducen dinámicas complementarias, interrelacionadas entre sí, e intereses interdependientes para completar el proceso de valorización. Las empresas compiten por la masa de plusvalor *a posteriori*, una vez extraída.

Hasta hace poco, las empresas financieras —también acreedoras y partícipes del resto de segmentos— habían liderado esta carrera competitiva. Ahora bien, el liderazgo que el capital financiero ha disfrutado sobre la cadena de valorización capitalista se encuentra debilitado en el nuevo contexto. Podría abrirse paso una nueva hegemonía de las grandes tecnológicas. Estas ascendieron formidablemente en los últimos años y ahora ocupan los primeros puestos del *ranking* de capitalización bursátil, a pesar de cierta reducción de su valor en los últimos meses[21]. Podrían jugar un papel de predominio competitivo sobre el resto de segmentos de capital en la nueva fase.

Las políticas públicas aplicadas han escogido enfrentar esta severa crisis de rentabilidad y solvencia empresarial con medidas que conjugan el ajuste salarial y laboral, el recorte de los salarios indirectos, la disminución de los costes de los servicios públicos y su privatización, con ayudas a las empresas privadas —mediante subvenciones— o la desfiscalización del capital —mediante desgravaciones, deducciones y caída de tipos impositivos— y formidables rescates al sistema financiero. El resultado ha causado una crisis fiscal sin precedentes, que ha generado un déficit público y un endeudamiento de los Estados cada vez mayor. Esto se canaliza mediante una gigantesca operación de conversión de la deuda privada en pública, en un nuevo formato y episodio de socialización de pérdidas a gran escala que, con las últimas medidas de la Unión Europea, ha supuesto también un fuerte traslado de la carga de la deuda a escala de las instituciones europeas (Toussaint, 2014).

3. Conclusiones y perspectivas

En este artículo hemos puesto de relieve la consistencia del modelo de ondas largas, no sin antes apuntar la controversia acerca de su duración, ni sin dejar de insistir en las difíciles condiciones para propiciar una nueva onda larga expansiva. Hemos identificado algunas potenciales debilidades explicativas del modelo en cuanto al papel del régimen oligopolístico y riesgos de la interpretación que se apoya en las transferencias de valor para dar cuenta como razones exclusivas del desarrollo desigual. Esta reflexión invita a una necesaria articulación compleja —pendiente de armar— entre la teoría de las ondas largas y la teoría de la dependencia para construir un modelo más completo, que incluya factores adicionales, como el trabajo potenciado, entre otros, y así dar cuenta del fenómeno de la divergencia entre centros y periferias o el margen de posibilidad de un desarrollo endógeno. También hemos reflejado la situación de la nueva fase que registra cambios políticos que fueron afectados por políticas monetarias expansivas, desde los 90 y hasta 2022, así como por un papel activo del Estado para rescatar a segmentos del capital en crisis, que pueden implicar además una mayor pasividad y menor generosidad en materia de política social. Un esquema político que, ante la mayor conflictividad que puede causar, puede contribuir a la profundización de rasgos más autoritarios para la gestión neoliberal predominante.

El modelo mandeliano construyó una base fértil de análisis que ofrece elementos que cobran aún sentido, si bien, necesitan desarrollo, y algunos necesitan mayor discusión. Siguiendo esas bases y enriqueciendo el análisis con nuevas aportaciones, podríamos apuntar ciertas perspectivas.

La suma de contradicciones y la incapacidad de superar la sobreproducción, junto a los límites socioecológicos, apuntan a una larga crisis que oscilaría entre la recuperación débil, el estancamiento y la depresión. La pandemia, la crisis climática y energética serían incluso factores para una decadencia y declive de la acumulación más acentuados, fruto de la degradación múltiple de varias dimensiones ambientales, y no solo de la lógica capitalista.

A nuestro juicio, si esta crisis sistémica no es confrontada con una alternativa organizada, el neoliberalismo pragmático aplicado hasta ahora, dadas las constricciones, podría dar paso a un neoliberalismo autoritario y disciplinario. En ausencia de una destrucción de capital a escala masiva, sea productivo o ficticio, la inercia no será otra que una profundización de la intensificación y extensión de la explotación laboral a escala global.

La alternativa que seguimos imaginando y construyendo, para evitarlo, consiste en un trabajo decidido y paciente por edificar una sociedad ecosocialista, libre, igualitaria y emancipada, que propicie de manera democrática los cambios y las transiciones para una nueva sociedad, relaciones y modelo productivo y de trabajo, solo concebibles bajo pautas radicalmente diferentes.

4. Bibliografía

Aglietta, M. (1998): Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de EE. UU., Madrid, Siglo XXI.

Albarracín, D. (2010a): "Capitalismo tardío, *¿quo vadis?* Cuestiones en litigio para la teoría de las ondas largas", *Viento Sur*, 110, pp. 1-25. Disponible en http://www.vientosur.info/documentos/Quo%20Vadis.pdf [Consulta: 6 de diciembre de 2023]

[21] https://cincodias.elpais.com/cincodias/2022/12/28/companias/1672253266_211989.html

Albarracín, D. (2012): "Entre el mercado autorregulado y las ondas largas: una lectura socioeconómica de la crisis", *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 31, pp. 139–149. Disponible en https://revistas.um.es/areas/article/view/165061 https://doi.org/10.6018/areas [Consulta: 6 de diciembre de 2023]
Albarracín, D. (2021): "La crisis desencadenada por la pandemia y la economía política de la Unión Europea", en VV. AA. Transformando el sufrimiento en lucha, Barcelona, Sylone, pp. 97-108.
Albarracín, D. (2022): "Controversias socioeconómicas sobre la tecnología. ¿Una nueva onda larga expansiva gracias a la revolución digital?", Revista Internacional de Pensamiento Pol*ítico*, I época - vol. 17 pp. 435-456. Disponible en https://upo.es/revistas/index.php/ripp/article/view/6810/6605 [Consulta: 6 de diciembre de 2023]
Albarracín, J. (1994): La economí*a de mercado*, Madrid, Trotta.
Albarracín, J. y P. Montes (1996): "El capitalismo tardío: la interpretación de Ernest Mandel del capitalismo contemporáneo", Ponencia presentada en el Centro de Estudios Ernest Mandel. Instituto Internacional de Investigación y Formación de Ámsterdam. Disponible en: https://www.anticapitalistas.org/spip.php?article22116&id_syndic_article=2439 [Consulta: 6 de diciembre de 2023]
Albarracín, J. y D. Albarracín (2010b): La crisis de la economí*a de mercado,* Madrid, Maia.
Alonso, L. E. (1999): Trabajo y ciudadanía: estudios sobre la crisis de la sociedad salarial, Madrid, Trotta.
Arrighi, G. (2014): El largo siglo XX, Madrid, Akal.
Astarita, R. (2009): *Monopolio, imperialismo e intercambio desigual*, Madrid, Maia.
Astarita, R. (2009b): El capitalismo roto. Anatomía de la crisis econó*mica*, Madrid, La linterna sorda.
Astarita, R. (2010): *Economí*a política de la dependencia y el subdesarrollo, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
Braudel, F. (1995): *A History of Civilizations,* United Kingdom, Penguin Books.
Carcanholo, M. (2017): Dependencia, superexplotación del trabajo y crisis*. Una interpretaci*ón desde Marx, Madrid, Maia.
Chesnais, F. (2019). "La teoría de las ondas largas y la tecnología contemporánea", Viento Sur, 2/11/2019, Disponible en https://vientosur.info/la-teoria-de-las-ondas-largas-y-la-tecnologia-contemporanea/ [Consulta: 6 de diciembre de 2023]

Duménil, G. y D. Levy (2004): *Capital resurgent: Roots of the neoliberal revolution*, Cambridge, Harvard University Press.
Escribano, A., A. Díaz y F. Jareño (2020): "Las grandes tecnológicas van a la caza del sector bancario", *The Conversation*, 3-03-2020, Disponible en: https://theconversation.com/las-grandes-tecnologicas-van-a-la-caza-del-sector-bancario-132129 [Consulta: 6 de diciembre de 2023]

Fernández, R. y L. González (2018): En la espiral de la energí*a*, Madrid, Libros en Acción y Baladre.
Freeman, A. (2012) "The Profit Rate in the Presence of Financial Markets: a Necessary Correction", *Journal of Australian Political Economy*, 70, pp. 167-192 Disponible en https://copejournal.com/wp-content/uploads/2017/11/The-Profit-Rate-in-the-Presence-of-Financial-Markets-a-Necessary-Correction-by-Alan-Freeman.pdf [Consulta: 6 de diciembre de 2023]
García, J. (2019): *Descolonizar Europa: ensayos para pensar históricamente desde el Sur*, Madrid, Brumaria.
Harman, Ch. (2008): "Capitalism's New Crisis:What Do Socialists Say?" Marxists' Internet Archive. Disponible en: https://www.marxists.org/archive/harman/2008/10/newcrisis.html [Consulta: 06 de diciembre de 2023]
Harvey, D. (2004): *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal.
Husson, M. (2009): *Capitalismo puro,* Madrid, Maia.
Husson, M. (2013): "La teoría de las ondas largas y la crisis del capitalismo contemporáneo" Viento Sur, 12/12/2003. Disponible en: https://vientosur.info/wp-content/uploads/spip/pdf/Ondas_largasHusson.pdf [Consulta: 06 de diciembre de 2023]
Katz, C. (2011): Bajo el imperio del capital, Buenos Aires, Espacio crítico.
Katz, C. (2018): *La teor*ía de la dependencia 50 años después, Buenos Aires, Batalla de las Ideas.
Keynes, J. M. (1947): *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México DF, Fondo de Cultura Económica.
Kliman, A. (2020): *Reivindicando El Capital de Marx. Una refutación del mito de su incoherencia*, Barcelona, El viejo topo.
Kondratiev, N. (1995): *Los Ciclos Económicos Largos*, Cheshunt, General Data.
Lipietz, A. (1997): Elegir la audacia: una alternativa para el siglo XXI, Madrid, Trotta.
Louça, F. (2019): "As time went by – Long Waves in the Light of Evolving Evolutionary Economics", *SPRU Working Paper Series 5*. Science Policy Research Unit. http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3333183
Mandel, E. (1969): Ensayos sobre el neocapitalismo, México DF, Era.
Mandel, E. (1972): El capitalismo tardío, México DF, Era.
Mandel, E. (1999): *Late capitalism,* London, Verso Classics.
Mandel, E. (1980): *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*, Madrid, Siglo XXI.
Mandel, E. (2018): "Ernest Mandel: How to Make No Sense of Marx (1989)", *Marxists Internet Archive*, Disponible en https://www.marxists.org/archive/mandel/1989/xx/nosense.htm [Consulta: 06 de diciembre de 2023]
Marini, R. M. (1992): *América Latina: dependência e integração,* Sao Paulo, Página Aberta.
Marx, K. (1992): *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 y el 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Espasa Calpe.
Marx, K. (2000): *El capital: crítica de la economía política*, Tres Cantos, Akal.
Mateo, J. P. (2010): "La financiarización como teoría de la crisis en perspectiva histórica: nada nuevo bajo el sol", *XII Jornadas de Economía Crítica*, Zaragoza, Asociación Economía Crítica.
Mateo, J. P. y R. Molero, coords., (2010): Otra teor*ía econ*ómica es posible. *Ensayos críticos de economía política*, Madrid, Popular.
Mateo, J.P. (2011): "The financialization as a theory of crisis in a historical perspective: nothing new under the sun", *Political Economy Research Institute,*Working Paper Series No. 262, July, University of Massachusetts –Amherst. Disponible en: http://www.peri.umass.edu/fileadmin/pdf/working_papers/working_papers_251-300/WP262.pdf [Consulta: 06 de diciembre de 2023]
Mateo, J. P. (2015): "La financiarización como teoría de la crisis en perspectiva histórica", *Cuadernos de Economía*, 34 (64), pp. 23-44. Disponible en https://doi.org/10.15446/cuad.econ.v34n64.45838 [Consulta: 06 de diciembre de 2023]

Mateo, J. P. (2020): "La acumulación de capital en la periferia. Una propuesta analítica de la economía política", Cuadernos de Economía, 43 (122), pp. 119-130. Disponible en https://doi.org/10.32826/cude.v42i122.173 [Consulta: 06 de diciembre de 2023]

Mazzucato, M. (2014): El estado emprendedor: Mitos del sector público frente al privado, Barcelona, RBA.

Roberts, M. (2016): *La larga depresión. Cómo ocurrió, por qué ocurrió y qué ocurrirá a continuación*, Barcelona, El Viejo Topo.

Roberts, M. (2017): "Hacia una tasa de ganancia mundial una vez más", *SinPermiso* 26/08/2020. Disponible en https://sinpermiso.info/textos/hacia-una-tasa-de-ganancia-mundial-una-vez-mas [Consulta: 06 de diciembre de 2023]

Roberts M. (2020): "More on the world rate of profit", *The Next Recession,* 20/09/2020, Disponible en: https://thenextrecession.wordpress.com/2020/09/20/more-on-a-world-rate-of-profit/ [Consulta: 06 de diciembre de 2023]

Shaikh, A. (1992): "The Falling Rate of Profit as the Cause of Long Waves: Theory and Evidence", en Kleinknecht, A., E. Mandel e I. Wallerstein, eds., *New findings in Long-Wave Research*, London, Palgrave Macmillan, pp. 174-195.

Shaikh, A. (2006): *Valor, acumulación* y crisis, Buenos Aires, RyR.

Shaikh, A. (2009): Teorías del Comercio internacional, Madrid, Maia.

Shaikh, A. (2011): "La primera gran depresión del siglo XXI", SinPermiso, 4/2/2011, Disponible en www.sinpermiso.info/textos/la-primera-gran-depresin-del-siglo-xxi [Consulta: 06 de diciembre de 2023]

Sweezy, P. (1972): Teoría del desarrollo capitalista, México DF, Fondo de Cultura Económica.

Sweezy, P. y P. Baran (1982): *El capital monopolista*, México DF, Siglo XXI.

Toussaint, E. (2014): *Bancocracia*, Barcelona, Icaria.

Trotsky, L. (1923): "La curva del desarrollo capitalista", en *Escritos de la Revolución - 1917*, Buenos Aires, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones Leon Trotsky. Disponible en: https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1923/junio/21.htm [Consulta: 07 de diciembre de 2023]

Turiel, A. (2020): *Petrocalipsis: crisis energética global y como (no) la vamos a solucionar*, Madrid, Alfabeto.

Vázquez, J. (2021): "Estados Unidos y China. Un análisis de la correlación de fuerzas en la lucha por la hegemonía mundial", en *Jornadas Internacionales de Política Económica*, Valencia, Universidad de Valencia.

Wallerstein, I. (2006): *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, Madrid, Siglo XXI.

CC BY

MISCELÁNEA

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.84667

EDICIONES COMPLUTENSE

Usos, desusos, abusos. La encrucijada del populismo y su comprensión desde la teoría política

Cristian Acosta Olaya[1]

Recibido: 13-11-2022 // Aprobado: 04-05-2023

Resumen. El presente artículo busca discutir algunos abordajes conceptuales del populismo en trabajos contemporáneos de la ciencia política y las ciencias sociales, especialmente desde América Latina, para reflexionar, puntualmente, sobre los usos peyorativos y apologéticos del término, así como también las disquisiciones críticas y simplificadoras del mismo. Con ello deseamos abrir el debate acerca de las potencialidades y limitaciones inherentes a la comprensión del populismo, sin que esto nos lleve a rehusar de su pertinencia analítica. El punto de partida epistemológico de este artículo es el resaltar la importancia y vigencia de la búsqueda de la especificidad del populismo.
Palabras clave: populismo; teoría política; comprensión; identidades políticas.

[en] Uses, disuses, abuses. Crossroads of Populism and its understanding from a political theory perspective

Abstract. This article seeks to discuss some conceptual approaches on Populism in contemporary works of both political and social sciences, especially from Latin America, in order to inquire, specifically, on the pejorative and apologetic uses of the term, as well as critical and simplistic disquisitions about it. Therefore, this paper expects to open the debate about the potentialities and limitations inherent in the understanding of populism, avoiding the rejection of its analytical relevance. The epistemological starting point of this article is to highlight the importance and validity of the research on populism's specificity.
Keywords: Populism; Political Theory; Understanding; Political Identities.

Sumario: 1. Introducción. 2. Populismo. Los usos y los abusos. 3. Los desusos. 4. Herramientas para la comprensión del populismo. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía.

Como citar: Acosta Olaya, C. (2023). Usos, desusos, abusos. La encrucijada del populismo y su comprensión desde la teoría política. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84667. https://dx.doi.org/10.5209/poso.84667

1. Introducción[2]

Cada vez que se aborda el tema del populismo en congresos, jornadas o conferencias de todo tipo, no resulta difícil notar que rápidamente una nube de prejuicios e intuiciones nubla el recinto (presencial o virtual por igual). Dicha obnubilación muestra, desde un principio, que proponer una discusión sesuda, analítica o, por lo menos, crítica del concepto es ya una "guerra perdida". Y es que, al menos desde mediados de siglo XX hasta nuestros días, resulta evidente el triunfo de una generalización peyorativa del término[3] que, efectivamente, dificulta todo ejercicio que se aboque a escudriñar su especificidad; generalización que, en definitiva, ha instalado una práctica harto común en la academia preocupada por el fenómeno en cuestión: se pasa rápidamente del interrogante "¿qué es el populismo?" a la respuesta apresurada ("peligro", "amenaza", "engaño"); o, incluso, se llega a la repregunta lapidaria: "¿realmente importa la especificidad de un insulto?".

[1] Centro de estudios sociopolíticos - Escuela IDAES-UNSAM/CONICET (Argentina)
ORCID: 0000-0002-0415-1186
E-mail: cjacostao@gmail.com

[2] Una versión preliminar de este artículo fue presentada para la Cátedra inaugural de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia) en marzo de 2022. Agradezco a las autoridades y estudiantes de dicha Maestría por sus sugestivas preguntas y, por supuesto, a los evaluadores anónimos de este trabajo por sus interesantes comentarios y sugerencias.

[3] Yannis Stavrakakis (2017: 4) considera que fue el historiador norteamericano Richard Hofstadter, en su clásico trabajo de 1955, *The Age of Reform*, el que instaló las lecturas peyorativas sobre el populismo en la academia anglosajona, y de allí a toda Europa y gran parte de América Latina.

El presente trabajo busca discutir algunos abordajes conceptuales del populismo en trabajos contemporáneos, dominantes en la ciencia política y las ciencias sociales, especialmente desde América Latina, para así reflexionar tanto sobre los usos peyorativos y apologéticos del término como también acerca de las disquisiciones críticas del mismo. De esta manera, y para evitar el camino que conduce a rehusar de su pertinencia analítica, la apuesta epistemológica y teórica de este artículo es la de repensar el debate acerca de las potencialidades y limitaciones inherentes a la comprensión del populismo. Por ello, sugerimos reconducir la discusión sobre el término sin renunciar a la búsqueda de su especificidad.

2. Populismo. Los usos y los abusos

La cuestión del populismo como "insulto", insinuada anteriormente, no es menor. De hecho, se podría afirmar que este uso del término remite justamente a un interrogante que el investigador argentino Julián Melo (2014) planteó de manera más o menos reciente: resulta evidente que el populismo carece de un consenso generalizado en lo que respecta a su definición; sin embargo, se pregunta Melo: ¿no es esta una cuestión propia de gran parte de la terminología política contemporánea?; ¿o es que acaso todos y todas entendemos lo mismo cuando hablamos de, por ejemplo, democracia, república, socialismo, liberalismo? (Melo, 2014: 74). Es innegable, pues, que la polisemia no es tanto un problema sino un rasgo propio de muchos conceptos políticos, permitiéndoles su pervivencia a lo largo del tiempo. Pero también es incuestionable que la ausencia del consenso respecto a la palabra populismo es aún más marcada que los ejemplos antes dados, y que habilita el lamento del analista francés Pierre-André Taguieff, cuando afirmaba que la palabra populismo "ha sufrido una irónica desventura: se ha hecho popular" (Taguieff, 1996: 29). En este sentido, la consideración de Melo sobre el fenómeno populista es sugerente, pues la particularidad del concepto aquí invocado es que ha carecido (al menos en gran parte del siglo xx) de una reivindicación normativa, especialmente desde actores abocados a la política profesional; es decir, poquísimos actores –por no decir ninguno, o algunos muy periféricos– han querido ser llamados o se han llamado a sí mismos *populistas*.[4] En contraste, la referencia normativa sobre el populismo es generalmente negativa y sigue teniendo un fuerte impacto en los distintos usos académicos del tema.

Ciertamente, resulta pertinente primero reparar brevemente acerca de no solo el empleo peyorativista del término que pulula en la mayoría de medios informativos del mundo, sino también su reproducción actual de esta perspectiva en el *mainstream* de la ciencia política.[5] Dicho en otros términos: si actualmente en toda coyuntura electoral los y las periodistas, opinadores y panelistas de todo tipo se jactan de clasificar de populistas a los candidatos que por lo general no son de su preferencia, en el mundo académico la cuestión no parece ser muy distinta. Mencionemos tan solo un ejemplo sobre esta generalización denigratoria del populismo.

En un libro publicado al fragor de las elecciones presidenciales de Colombia de 2018, Jorge Giraldo Ramírez publicó *Populistas a la colombiana*, texto que en sus cinco capítulos da muestra de una concepción particular del populismo. A pesar de tener pocos aciertos (como el conocimiento de la extensa bibliografía existente al respecto) y, más bien, varios desaciertos (las conclusiones apresuradas, los vínculos casi descabellados que el libro establece entre teoría y casos históricos colombianos), la definición allí usada por Giraldo de populismo es más que sugestiva. Tomando, principalmente, las reflexiones sobre el tema Francis Fukuyama (2017), para Giraldo el populismo –en tanto combinación de estilo político, movimiento político y retórica electoral y de gobierno– se puede definir por tres características generales: i) implementación de "políticas populares", a corto plazo insostenibles; ii) definición del pueblo como base de la legitimidad; y iii) un estilo de liderazgo personalista, basado en la autoridad carismática, que establece relaciones directas con el pueblo, independientemente de las instituciones y los mecanismos representativos (Giraldo, 2018: 82). Este tipo de "definición mínima", como es evidente, trae aparejado la comparación de múltiples actores en diversas épocas y geografías: sobre el caso colombiano, Giraldo considera populista a Jorge Eliécer Gaitán, Álvaro Uribe Vélez sin dar muchas explicaciones; y cree que el intelectual socialista colombiano Antonio García Nossa entra en su categorización, todo esto apelando a un "parecido de familia" que sirve de piedra de toque para definir a personajes tan disímiles –reiteramos, sin mucha justificación– como populistas. Frente a una definición, a todas luces errática, la caracterización del populismo sugerida por Giraldo termina por asumir los sentidos comunes que se han establecido con fuerza en la academia contemporánea, abocada a erigir una lectura denigratoria del fenómeno.

---

[4] Francisco Panizza (2011) trae el ejemplo del expresidente uruguayo Pepe Mujica, quien cuando un periodista lo tildó de populista, replicó airado: "¡Más populista será tu abuela!".

[5] Como aclara Casullo (2015), la ciencia política durante el siglo xx, en tanto disciplina y en el desarrollo de sus corrientes dominantes (*mainstream*), ha tenido una preocupación central: "La estabilidad institucional y su mantenimiento"; de allí que dichas corrientes tiendan a caracterizar al populismo como un "fenómeno que siempre amenaza la institucionalidad existente" (2015: 279). La vigencia de estos enfoques se evidencia en las múltiples compilaciones y *Handbooks* que han salido de manera reciente sobre fenómeno populista, editados en su gran mayoría por universidades de países anglosajones y en una clave de lectura –por lo general– profundamente denigratoria.

Si se toma la propuesta de Giraldo, se le podría preguntar: i) ¿cómo se define una "política popular"?; ¿es a corto plazo insostenible por qué motivos?;[6] ii) ¿es realmente posible decir que es exclusivo del populismo la idea de "legitimidad popular"?; ¿no es, antes bien, propio de la modernidad política hablar del pueblo como sujeto privilegiado del quehacer político?; y, finalmente, iii) ¿qué democracia competitiva, de disputa por el poder, puede prescindir de liderazgos políticos carismáticos?[7]

En definitiva, la preocupación de Giraldo desemboca en que el populismo puede y debe ser combatido por medio de líderes capaces de persuadir y tener empatía con las sensibilidades y necesidades de los ciudadanos y a través del fortalecimiento de una "cultura política cuyo núcleo sean los valores republicanos y liberales" (Giraldo, 2018: 182).[8] De nuevo, como resulta evidente, el estudio del populismo está atravesado por una lectura que contrasta el deber ser con el insulto: en tanto peligro inherente a las promesas incumplidas de la democracia liberal, el populismo es a grandes rasgos la forma política antiinstitucional e irresponsable de nuestro tiempo.[9]

Esta lectura no es exclusiva de Giraldo (ni de su referente principal, Fukuyama), sino que es muy propia de las actuales propuestas de "definiciones mínimas" del populismo. Se podría decir, incluso, que esta tarea –la de proponer definiciones mínimas de populismo– ha sido el objetivo de muchísimos autores, varios de ellos hoy referentes del tema a nivel mundial, cuyos presupuestos generales están atravesados por una consideración negativa del fenómeno populista. Como lo recuerda de manera reciente Gastón Souroujon (2021), existen por lo menos cuatro definiciones mínimas del fenómeno populista que circulan actualmente en la ciencia política y las ciencias sociales contemporáneas. Resulta importante mencionarlas porque todas ellas se vinculan con los presupuestos y caracterizaciones normativas del tópico del populismo que veníamos marcando:

i) El populismo entendido como *estrategia* política; así lo considera, por caso, Kurt Weyland (2004), para quien la estrategia populista es una forma bastante específica de ganar y mantener el poder, esto gracias al apoyo directo e inmediato de una "masa amorfa" o seguidores "desorganizados" a un líder carismático. De esta manera, el populismo remitiría a un craso menosprecio por las instituciones o las mediaciones institucionales, soslayadas por un vínculo sin mediaciones entre pueblo y líder carismático.

ii) El populismo como *estilo político*; para Pierre Ostiguy (2014), por ejemplo, el fenómeno populista consiste en establecer un antagonismo *sociocultural* que enfrenta al pueblo contra una élite particular; dicho antagonismo enaltecería "lo bajo" de lo popular frente a "lo alto", propio de las élites. En otros términos, este enfoque sugiere que la lógica derecha-izquierda debe complementarse con una dimensión arriba-abajo, siendo el populismo un repertorio de *performances* o escenificaciones de "lo vulgar, lo incorrecto, lo transgresor, lo provocador" (Souroujon, 2021: 7). Las malas palabras, salirse de la forma y de las pautas establecidas de comportamiento: todas estas dimensiones serían constitutivas de un estilo populista.[10]

iii) El populismo entendido como democracia iliberal, es decir, como una figuración política aunada a las tradiciones democráticas, mas no así a las liberales. De esta manera, los populistas aceptan, por ejemplo, participar en elecciones regulares pero, al mismo tiempo, rehúsan de los aspectos normativos del liberalismo: la composición plural de las sociedades (unanimismo, pueblo-Uno), el respeto a las minorías y, en definitiva, la primacía de la "moderación" política (Souroujon, 2021: 8). En síntesis, el populismo redundaría en la división de la sociedad entre dos grupos antagónicos, exaltando la le-

---

6 Aquí seguramente resuena la tensión recurrente entre redistribución vs. producción de la riqueza, explicitados a su manera por Dornbusch y Edwards (1990) en su trabajo sobre el populismo desde una perspectiva macroeconómica. También hizo parte de los debates primigenios sobre el populismo en Colombia, liderado por líderes destacados del bipartidismo de este país, como Álvaro Gómez Hurtado (1970) y Alfonso López Michelsen (1970).

7 Como aclara Gerardo Aboy Carlés (2004), en abierta discusión con las ideas de Kurt Weyland (2004), de ser lo carismático sinónimo de populista, el populismo perdería toda vigencia conceptual; o viceversa: el carisma no sería más que populismo, por lo que alguno de los dos términos resultaría analíticamente innecesario. De hecho, y en relación al vínculo entre liderazgo y carisma en la democracia liberal, podríamos retomar una anotación de Emilio de Ípola; este sociólogo argentino destaca una "versión débil" de la política, "que Laclau seguramente desaprobaría, pero, como ha señalado Silvia Sigal, es en términos generales inobjetable: […] contar con un líder estimado por la gente, elaborar un discurso político coherente que invoque al pueblo, que reclame su apoyo, que demande justicia social para los desfavorecidos y que se oponga frontalmente a los poderosos, son condiciones mínimas que debe cumplir todo movimiento político que aspire con razonables chances al poder" (De Ípola, 2009: 208).

8 Aquí resulta evidente que la mención de los valores liberales y republicanos (sin especificar en qué consisten, por cierto) es lo que permite que el supuesto remedio contra el populismo propuesto por Giraldo no incurra en ciertos lugares también condenados como "populistas" por el autor, a saber, un liderazgo carismático y la empatía de este último con la necesidad de las masas ciudadanas. Lo anterior, claramente, llama la atención sobre una temática que suele rondar las disquisiciones actuales sobre el populismo: ¿qué tipo de liderazgo es acorde a eso que Giraldo considera como la buena "cultura política"?

9 Es respecto a esta mistura entre reflexiones analíticas y propuestas normativas que hablamos de usos y abusos. Si bien se podría aseverar que dicha mezcla es inevitable (propia de todos los *usos*), creemos que es cuando se privilegia lo normativo por sobre lo analítico que estamos frente a los *abusos* del cualquier término, en este caso, del populismo. Ahora bien, con la idea de abusos no buscamos remitir a un uso "correcto" del término (o sea, no "excesivo" o "adecuado"); antes bien, pretendemos hacer hincapié en la tensión entre lo analítico y lo normativo que permea toda la discusión sobre la cuestión populista.

10 Desde un enfoque diferente, Benjamín Arditi consideró que una de las formas que puede tomar el populismo frente a la democracia liberal es la del "invitado incómodo" que "ha tomado varias copas de más": "Sea porque no respeta los 'modales de mes' de la política democrática o porque los observa de manera selectiva, el ruido inquietante del populismo funciona como el retorno de lo reprimido en el sentido de un retorno de la negatividad de lo político" (Arditi, 2010: 148 y 149).

gitimidad de las mayorías. De tal manera, se polariza la política, se avasallan las instituciones y los derechos que limitan el poder en nombre de la "voz del pueblo".[11]

iv) Finalmente, el populismo como *ideología delgada*. Este enfoque es importante de destacar aquí, no solo porque es el que más está en boga en la ciencia política actual, sino porque comparte múltiples elementos con las "definiciones mínimas" antes esbozadas. En efecto, desde el "enfoque ideacional" (*ideational approach*) de autores como Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2019), y cuyas conclusiones comparte en gran medida Jan-Werner Müller (2017), el populismo es considerado como una "ideología delgada" (*thin ideology*), es decir, como una que, a diferencia de las ideologías "robustas" –léase: liberalismo, socialismo, comunismo, etc.–, no brinda argumentos políticos complejos ni grandes horizontes de sentido. Antes bien, dada su estrechez ideológica, el populismo tiene la capacidad –según esta definición mínima– de "metabolizarse" (Souroujon, 2021: 5) con distintas ideologías y con diversos procesos sociopolíticos, sean de izquierda o de derecha.

Así pues, desde la aproximación ideacional, el populismo posee tres dimensiones nucleares: el pueblo, la elite y la voluntad general. La consideración del pueblo como un ente de pureza moral y autenticidad, que establece una relación antagónica con una elite corrupta, habilitaría a los populistas a aseverar que la política es expresión de la voluntad general, entendiendo a esta como sinónimo de los verdaderos intereses de un pueblo relativamente homogéneo (Hawkins, Read y Pauwels, 2017).[12] Así pues, para pensadores como Müller (2016), el populismo es antielitista pero, ante todo, antipluralista al poseer una concepción unanimista del pueblo. Por consiguiente, la concepción ideacional del populismo resulta operativa para infinidad de casos; de allí se desprende su uso generalizado y la fuerte repercusión que tuvo gracias a varios de los autores y editores de libros tan extensamente citados, como es el caso del *Oxford Handbook of Populism* (Rovira Kaltwasser, Taggart, Ochoa Espejo y Ostiguy, 2017).

De cualquier manera, también podría decirse que la formalización del concepto que nos brinda la *ideología delgada* trae aparejado una serie de problemas que van más allá de cuestionarles, por ejemplo, un trato menor acerca de los liderazgos en el populismo[13]. En primer lugar, Giorgos Katsambekis (2020) desarrolló una crítica, desde lo que él llama la "perspectiva discursiva", refutando algunos aspectos del enfoque ideacional para encarar el populismo. Según el autor griego, al referirse a la construcción específicamente populista de un "pueblo homogéneo" y "moralmente puro", el *ideational approach* pone en evidencia un sesgo normativo que termina equiparando el populismo a simplemente antipluralismo e iliberalismo. Katsambekis sugiere, no obstante, que el enfoque de Mudde y Rovira Kaltwasser no debería desecharse, sino que precisa simplemente de revisar alguno de sus propios postulados –homogeneidad y moralidad del pueblo, por ejemplo–, para así tener en cuenta la articulación de demandas plurales evidenciable en los casos de populismos con frecuencia estudiados.[14]

Ahora bien, en segundo lugar, uno de los problemas más serios de este enfoque,[15] tan caro del *mainstream* actual en las ciencias sociales, es que alcanza a abarcar a una serie casi infinita de actores políticos, no solo por

---

[11] Esta lectura es también compartida por académicos como Pierre Rosanvallon (2020). Para el historiador francés, los movimientos y regímenes populistas tienen rasgos variopintos pero siempre peligrosos para la democracia liberal: subrayan "la fuerza de los afectos" para justificar "el odio" contra las élites y "castas"; pretenden otorgarle "consistencia" a "la invocación de un "Pueblo-Uno"; alientan la democracia directa (sin cuerpos intermedios) y polarizada; azuzan "visiones complotistas" y brindan soluciones simples a problemas complejos; y finalmente, los populistas "radicalizan también la percepción de los opositores políticos como personas inmorales y corruptas, a sueldo de intereses apátridas. […] La legitimidad de la que presumen es excluyente, uniendo indisociablemente política y moral" (Rosanvallon, 2020: 36-38, 44-46, 73, 75 y 251). Claramente, el fino análisis de Rosanvallon sobre los problemas de la democracia moderna no evita replicar un gesto muy propio del *mainstream* sobre populismo: depositar en este nombre todos los problemas y amenazas que impiden el "normal" desempeño del régimen democrático contemporáneo.

[12] Estos tres autores consideran, en consonancia con Mudde (2017) que el populismo es: "a Manichaean discourse or a thin-centered ideology that posits a struggle between the will of the common people and a conspiring elite" ["un discurso maniqueo o una ideología de centro delgado que postula una lucha entre la voluntad de la gente común y una élite conspirativa"] (Hawkins, Read y Pauwels, 2017: 342).

[13] Esta es la crítica al enfoque ideacional que realiza Souroujon (2021: 8). En contraste, el autor argentino opta por reivindicar una perspectiva histórica (o histórico conceptual) del populismo, como la que vendría a representar el trabajo de Federico Finchelstein (2018); este último, dice Souroujon, señaló el problema de las definiciones mínimas: "El populismo no se puede reducir a una sola frase, sino que debe restituirse su carácter histórico. Los nuevos trabajos al tratar de definir el populismo en los términos más amplios posible lo tratan como un fenómeno sin una historia conceptual propia […]" (Souroujon, 2021: 9). Ahora bien, cabe preguntarse si esta salida "histórica" como la que propone Finchelstein –quien, dicho rápidamente, considera que el populismo es el fascismo posible dentro de las democracias de posguerra– es realmente una opción analítica viable frente al camino simplificador propuesto por el *mainstream* hasta aquí reseñado. Una reivindicación más clara del estudio del populismo, indagando su "carácter coconstitutivo, tanto histórico como conceptual", se puede encontrar en el trabajo de Sabrina Morán (2021: 41). Es importante aclarar que la perspectiva de estos autores es *en parte* afín a nuestros intereses teóricos, pues está abocada a auscultar el devenir de los usos del populismo. Sin embargo, sus limitaciones analíticas son evidentes a la hora de ir más allá de las manifestaciones históricas del concepto, es decir, cuando se indaga por la especificidad misma del fenómeno populista.

[14] Por supuesto, el sesgo normativo que señala Katsambekis no es desatendible: considerar que el populismo construye un pueblo homogéneo y moralmente puro contra una élite malvada sirve para pensar otros procesos políticos que, a mediados de siglo xx, fueron denominados totalitarismos. En todo caso, creer –como Katsambekis lo hace– que sin este prejuicio normativo el enfoque ideacional funcionaría a la perfección es suponer que dicho sesgo no es más que una pequeña avería técnica rápidamente reparable, y no –como creemos que es– el piso constitutivo de la aproximación ideacional.

[15] Como lo recuerda Benjamin Moffitt, el enfoque ideacional parte de la propuesta teórica de Michael Freeden, quien inicialmente propuso distinguir entre ideologías "delgadas" y "densas"; mientras que las segundas ofrecen una variedad de soluciones a los problemas políticos y sociales más importantes, las primeras tendían un núcleo ideológico simplificado y serían limitadas en cuanto a "sus ambiciones y alcances ideacionales" (Moffitt, 2022: 32). Sin embargo, ha sido el propio Freeden (2017) quien considera errado pensar al populismo como una ideología "delgada". Para

cumplir tres condiciones (invocación al pueblo, disputa contra el *statu quo* y la referencia a la voluntad popular), sino porque también permite hablar de "actitudes" o "rasgos populistas" al detectar en procesos o movimientos políticos –o en los ciudadanos que comulguen con ellos– alguna de las condiciones antes descritas. En este berenjenal conceptual, resta solo en la voluntad del analista el criterio para caracterizar como populista o no al fenómeno por auscultar. De allí que se recurra a hablar de "parecido de familia" para reforzar este tipo de análisis, en realidad arbitrario, muchas veces a los fines de realizar un ejercicio comparativo que se inscriba en el ahora conocido campo del *Global Populism* (Moffitt, 2016).

Yendo un paso más allá de una supuesta riqueza operativa de este tipo de definiciones, y de su evidente tensión con la especificidad misma del populismo, lo que resulta realmente problemático en este tipo de enfoques –y que comparte con otras aproximaciones antes descritas– es la serie de presupuestos y prejuicios normativos con los que parte para abordar el tema del populismo. Ya sea, como afirmaba Giraldo (2018), en nombre de la "cultura política republicana y liberal", o ya sea en nombre del modelo democrático europeo occidental, de un proyecto ilustrado y civilizatorio de la modernidad invocados hoy por Rosanvallon y también por el italiano Loris Zanatta (2014), la carga peyorativa con la que suele abordarse el tema no parece ser de ninguna manera cuestionada. A estas posturas solo restaría hacerles un interrogante general: ¿no hace parte de un ejercicio que se pretende científico el reflexionar sobre los propios términos y presupuestos de análisis?; este desdén apriorístico, ¿no nos conduce a realizar un ejercicio limitado y meramente prescriptivo de un fenómeno? En definitiva, ¿no nos lleva lo anterior a reproducir los "sentidos comunes" en torno al populismo desde refinamientos con halos teóricos variopintos?

Desde la posición epistemológica de este trabajo, se considera que la búsqueda de la especificidad del populismo no es una tarea baladí y, por lo tanto, creemos que la construcción de definiciones mínimas como la ideacional replica un ejercicio hartamente desalentador, a saber, la equiparación de todo tipo de experiencias que no coinciden con el canon poliárquico *à la* Dahl,[16] y que –para infortunio de gran parte de la ciencia política dominante– son, en definitiva, las que más pululan en el planeta. Así, llamar populismo a los casos que parecen desfasados del deber ser de la política enarbolada normativamente por el hemisferio noroccidental del globo, termina siendo (en el mejor de los casos) un ejercicio de apuro teórico, enmarcado en una urgencia por intervenir en la descripción condenatoria de aquellas experiencias que representarían –según los analistas– el desvío a la democracia.

Asimismo, para nosotros, el ejercicio inverso (reivindicativo) replicaría en sus propios términos aquel apresuramiento teórico del *mainstream*. Es importante hacer hincapié en lo anterior (el marco normativo con el que suele ser pensado el populismo), pues no es exclusivo de trabajos peyorativos sobre el tema. Como decíamos, trabajos celebratorios, como el de Chantal Mouffe (2018) y, más recientemente, el de Luciana Cadahia y Paula Biglieri (2021), sirven de ejemplos para comprender las limitaciones que poseen los estudios normativos del término, en este caso, positivo, aseverando que el populismo es la salida política a la crisis del neoliberalismo; como la actual vía, realista, para pensar y alcanzar la emancipación en nuestro tiempo. Si bien es verdad que Ernesto Laclau (2005; 2009) logró poner en el firmamento académico una reflexión del populismo que no fuera necesariamente peyorativa o denigratoria, no es menos cierto que cuando sus reflexiones desembocaron en una asimilación entre populismo-hegemonía-política, siendo en definitiva términos intercambiables, la lectura normativa del fenómeno populista (ahora de signo contrario al *mainstream*) se erigió a una velocidad alarmante. Recordemos que, para aquel autor argentino, el populismo remitía a la construcción de un pueblo, a la necesaria dicotomización del espacio comunitario, la equivalencia de demandas eslabonadas que confluyen en un símbolo o líder y, en general, de la puesta en cuestión del orden vigente. El populismo, para Laclau, devendría en la política *tout court* y que –por su propia culpa, quizás[17]–, para muchos de los continuadores de sus reflexiones, resultaría caracterizado como el *deber ser* de la política para sortear las distintas crisis del capitalismo global actual.[18]

3. Los desusos

Todo lo anterior insta a plantear una serie de interrogantes. Por un lado, desde la ciencia política, o incluso, desde las ciencias sociales contemporáneas, se puede preguntar: ¿qué hacer frente tanto a la devaluación gene-

el investigador británico, a diferencia de ideologías delgadas como el feminismo, el ecologismo e, incluso, el nacionalismo, el populismo es demasiado "escuálido" (*scrawny*) para ser siquiera una ideología fina: al ser más similar a un estilo, el populismo está lejos de tener un núcleo ideológico delgado; sería, en el mejor de los casos, una "ideología fantasma" (Freeden, 2017: 3, 4 y 10).

16 Al inicio mismo de su clásica obra *Poliarquía*, Robert Dahl considera que "el gobierno democrático se caracteriza fundamentalmente por su continua aptitud para responder a las preferencias de sus ciudadanos, *sin establecer diferencias políticas entre ellos*" (Dahl, 1989: 13 - el resaltado es nuestro). En esta lectura de la democracia como mera administración, los conflictos y los desacuerdos se consideran como problemas que la política misma produce. Extremando la lógica argumentativa de posturas como la de Dahl, entonces, aunque por motivos totalmente diferentes, el populismo y la política –como en el Laclau (2005) de *La razón populista*– terminarían siendo no más que sinónimos.

17 Sobre el itinerario crítico de las reflexiones del populismo por parte de Ernesto Laclau, recomendamos el trabajo de Melo y Aboy Carlés (2015).

18 Es importante destacar que en Laclau el populismo entendido como la política misma puede tener variantes de signo político diferentes. En cambio, como ya es sabido, muchos de sus seguidores y seguidoras teóricas considerarán que el populismo solo puede ser de signo progresista y emancipador (Cadahia y Biglieri, 2021).

ralizada como a la celebración acrítica del populismo?; y por el otro: ¿cómo podríamos otorgarle al populismo un estatuto de término clave para pensar los procesos políticos? Podría argumentarse, por supuesto, que estas preguntas están mal planteadas, pues el populismo no es un término ni importante ni mucho menos clave. Claramente, esta opción es sumamente tentadora.

Rechazar al populismo, por ejemplo, como un concepto "perro-gato" –al decir de Giovanni Sartori (1994: 36-40)–, cuyo alcance analítico y comparativo es limitado no deja de ser un camino válido para olvidar el tema.[19] Ciertamente, desde esta postura, lo mejor sería dejar fenecer al concepto, pasar la página para siempre y, mejor aún, dejarlo en el rincón de los insultos políticos. Esta salida es la que sostiene actualmente el pensador paraguayo Benjamín Arditi. Para este académico, radicado en México, y ciertamente rehusando de sus reflexiones anteriores sobre el tema (Arditi, 2010), el populismo nunca alcanzó a ser una categoría útil; al contrario de, por ejemplo, los "movimientos sociales", la palabra populismo debería permanecer en un lugar particular, esto es, como los medios de comunicación y la academia dominantes lo consideran: como un epíteto.[20] Por supuesto, este rehusar del populismo tiene un antecedente muy importante en el trabajo de Ian Roxborough (1984), donde se critican las "definiciones mínimas" de populismo y, por el contrario, se reivindica un estudio empírico sobre las correlaciones y alianzas de clase en América Latina a mediados de siglo XX; estudio que, realizado correctamente, develaría –insiste Roxborough– la inoperancia del "populismo" para entender la región.

Ahora bien, cabe preguntarse de nuevo: ¿es realmente satisfactoria esta perspectiva? Nuestra respuesta es negativa, y esto por dos motivos. Primero, porque reniega de una discusión teórica del término y supone, en cambio, que es el sentido común generalizado el que dictamina finalmente la pertinencia analítica de un término. De ser así, ¿qué pasaría con la democracia, la política y el poder, por poner algunos ejemplos, si los dejamos a la deriva de los sentidos que evocan o las intuiciones que generan en las sociedades contemporáneas?[21] El segundo motivo es simple: creemos que al evitar el trabajo analítico que implica pensar al populismo y simplemente renunciar a dar cuenta de qué nos dice (y, por supuesto, qué no nos dice), se está rehusando a la comprensión misma como eje transversal de la tradición de pensamiento al que se adscriben la ciencia y la teoría políticas.

En resumen: la opción recurrente en el entorno académico latinoamericano de tomar una posición –peyorativa o reivindicativa – y sostenerla de manera teórica (ya sea entendiéndolo como la configuración de un pueblo contra un antipueblo o como el uso irresponsable del gasto fiscal), o simplemente desdeñar el uso de la palabra, solo contribuye a acrecentar el tsunami de liviandad que existente en torno a las reflexiones sobre el fenómeno. De ser lo anterior cierto: ¿cuál es la alternativa para pensar al fenómeno populista?; ¿en qué consiste precisamente *comprender* un fenómeno político?

4. Herramientas para la comprensión del populismo

Sobre la tarea misma de *la comprensión*, Hannah Arendt brinda algunas pistas a mediados de la década de 1950.[22] Para esta pensadora alemana es importante partir de diferenciar entre la comprensión de un fenómeno (o un término) y los "atajos" que se le presenta al analista para explicarlo. Dichos atajos, según Arendt, son recurrentemente dos. En primer lugar, el adoctrinamiento, o sea, la reflexión como arma para disputas políticas particulares, de lo cual solo surgen clichés. Estos clichés son, agrega la autora, el compuesto principal de todo mal libro: "Solo los malos libros pueden ser buenas armas" (Arendt, 2002: 18 y 19). El segundo atajo es, para Arendt, la equiparación de los acontecimientos que pretendemos entender con conocidos "males del pasado". Al encontrar explicaciones por medio de la "sabiduría" de antaño, la novedad del acontecimiento es obviada para, en cambio, caracterizarla como el retorno de problemáticas indagadas en el pasado (por ejemplo, equiparar el totalitarismo con tiranía). Así pues, comprender para Arendt tendría como principio general buscar darles significado a los acontecimientos sin recurrir a los "malos libros": los libros-armas, ni tampoco permaneciendo en un lugar cómodo de reflexión que nos brindan las herramientas analíticas heredadas. Ahora, ¿no pueden ser

[19] El politólogo colombiano Francisco Gutiérrez Sanín (2018) retoma la idea de Sartori del "perro-gato" para hablar del populismo, al que considera como un concepto poco operativo, pues "su significado varía dependiendo de la persona y circunstancia". Consiguientemente, dice Gutiérrez Sanín, si se considera populista a la irresponsabilidad fiscal, a la demagogia, al contacto directo entre líder y masas, a la imprecación de un enemigo interno o externo en nombre de un "pueblo único" o a la pretensión de saltarse los contrapesos de la democracia liberal sin renunciar a la competencia electoral, entonces "casi todos los políticos terminan siendo populistas a tiempo parcial".

[20] Esta postura de Arditi no ha sido plasmada, hasta donde sabemos, en artículos y textos académicos. Tomamos como referencia algunas de sus intervenciones públicas, en especial la charla inaugural intitulada "El populismo y otros conceptos barco", del seminario universitario "El marco populista", de la Facultad de Ciencias Políticas y sociales de la UNAM (Arditi, 2021).

[21] Con esto, básicamente, estamos resaltando una tarea que excede al tópico del populismo, esto es, la necesidad de teorizar o, al menos, asumir reflexivamente (sin darlos por sentado) los conceptos políticos que solemos usar. O, dicho en otras palabras: discutir teóricamente el populismo es también discutir del mismo modo sobre la democracia, la política y el poder.

[22] Las ideas sobre la comprensión que desarrollamos más adelante las tomamos no solo de la lectura del texto de Arendt sino de la propuesta metodológica que extrae Anabella Di Pego (2016) de esta cuestión. Por supuesto, la vinculación del problema de la comprensión (*Understanding*) y el populismo es una apuesta propia de este texto. Para una contextualización de la reflexión arendtiana de la década de 1950, ver el trabajo de Diego Paredes Goicochea (2017).

pensadas estas reflexiones de Arendt como un llamado de atención a la tarea de comprensión del populismo que aquí se propone?

En el caso del populismo, su comprensión se ha visto sumamente tentada a recurrir a los dos atajos antes resaltados. Por una parte, no se puede desconocer la proliferación de "malos libros" sobre el tema, que se enarbolan como armas para combatirlo –dando réditos a reconocidas empresas editoriales, valga decirse–. En todo caso, esta proliferación ha logrado establecer una cantidad inaudita de clichés a través de los cuales se busca entender y combatir las experiencias políticas consideradas como populistas. Un ejemplo de esta lucha antipopulista es el éxito en ventas de 2016 titulado *El engaño populista* (Álvarez y Kaiser, 2016). Para sus autores, existen al menos "cinco desviaciones que configuran la mentalidad populista": el "desprecio por la libertad individual" e idolatría al Estado; el "complejo de víctima"; la "paranoia" antineoliberal; la concentración del poder; y finalmente, una "obsesión igualitarista" que va de la mano indefectiblemente con la corrupción (Álvarez y Kaiser, 2016:16-18). Y si bien el enfrentamiento contra el populismo propuesto por el libro efectivamente parece una caricatura, no por ello deja de reflejar una renuncia general a comprender a cabalidad el fenómeno populista. El nombre "populismo" sirve así para endilgarle la representación de todo lo malo: corrupción, autoritarismo, demagogia, restricciones de mercado, etc.

De vuelta a Arendt, ella aseguraba que el origen del ejercicio comprensivo tiene como base una "comprensión preliminar", entendida como una serie de juicios y prejuicios, propia del "lenguaje popular", que permea la comprensión inicial y de la cual surgen los "clichés políticos" y eslóganes (Arendt, 2002: 20 y 21). Por ejemplo, desde la "comprensión preliminar" se puede decir que el totalitarismo es un fenómeno que coarta las libertades; esto vendría a ser "preliminarmente" cierto, dice Arendt, pero este rasgo se podría equiparar también con la coacción de ciertas monarquías o con el despotismo del Antiguo Régimen. La tarea de los científicos y del conocimiento vendría a ser, pues, la de iluminar estas intuiciones iniciales y conducirlas hacia la comprensión cabal. Al parecer, entonces, si en la "comprensión preliminar" se gesta un camino hacia la iluminación de los acontecimientos, permanecer en ella no alcanza para dilucidar la especificidad de nuestros objetos de estudio.

¿Qué nos dice la "comprensión preliminar", en tanto "sentido común" del fenómeno populista? A primera vista, como ya vimos, nos atrevemos a aseverar que el populismo reenvía constantemente a la relación directa (o inmediata) entre masa y líder carismático. Sin embargo, el problema de permanecer solo en esta reflexión es que nos retendría en los clichés políticos y nos limitaría a reconocer viejos "demonios políticos" en el populismo. Tulio Halperín Donghi diría, por ejemplo, que el peronismo es "la máxima dosis" que puede aguantar la Argentina de un mal ya conocido: el fascismo.[23] Efectivamente, son muy comunes los intentos por explicar al populismo a partir de "la sabiduría del pasado", es decir, como una variación actualizada de "males conocidos" del pasado.

Así pues, no es difícil encontrar reflexiones sobre el populismo latinoamericano que lo relacionen con fenómenos tales como el cesarismo o, incluso, con el bonapartismo. De tal manera, como vimos con Weyland (2004), la relación entre *Lumpenproletariat* –en tanto sinónimo de masa desorganizada– y un líder carismático aparece ante el analista como propia de un escenario populista; escenario que, además, se repite en la región, como variante contemporánea del caudillismo latinoamericano (otro mal del pasado). Así mismo, desde un análisis histórico de "larga duración", Waldo Ansaldi y Verónica Giordano (2012) consideran que el populismo no vendría a ser más que una variante contemporánea de la tradición caudillista latinoamericana, que remontaría sus raíces en el siglo XIX. Los vestigios del pasado oligárquico se podían encontrar en el populismo, específicamente como amplificación de la relación "patrón-cliente", propia de la unidad económica preponderante de la región: la *hacienda*. Así, en una amplificación del vínculo hacendado patrón-cliente, "el clientelismo, ahora [en el populismo], fue una nota de *continuidad* entre el orden signado por el pacto oligárquico y el creado con el nuevo pacto de compromiso o, según el caso, el pacto populista […]" (Ansaldi y Giordano, 2012: 91; el resaltado es nuestro).

Al tomar ciertos rasgos que se evidencian en las experiencias caracterizadas populistas –por lo general, la relación entre líder y masas–, el caudillismo y el fascismo servirían como términos que, si bien no son sinónimos, sí terminan por guiar una lectura particular del populismo. Así pues, partiendo de problemas pretéritos y etiquetas existentes, la especificidad del fenómeno populista parece seguir siendo elusiva, aunque sin desatender a sus novedades. Recordemos el caso de las indagaciones de Gino Germani en 1956 (Germani, 1962). En su clásico trabajo, el autor ítalo-argentino buscó comprender un fenómeno que a pesar –según él– de tener rasgos similares al fascismo, establecía también particularidades inéditas. El intento de Germani por entender al populismo (o lo "nacional popular") no carecía ciertamente de una reflexión teleológica sobre el paso de lo tradicional y lo moderno en Argentina y América Latina. No obstante ello, su trabajo es pionero en tanto buscó superar la "comprensión preliminar" atribuyéndole al fenómeno populista rasgos de innovación propios

[23] Es importante aclarar que si bien en esta intervención de Halperín Donghi, en la revista *Contorno*, no hay una equiparación sin más entre peronismo y fascismo, sí lee al régimen erigido por Juan Domingo Perón como una solución de raigambre fascista a la crisis argentina posterior a la década de 1930. Dice el historiador argentino que el fundador del peronismo, "ante la experiencia de los hechos, elaboró lo que alberdianamente podríamos llamar el fascismo posible, estableció la máxima dosis de fascismo que la Argentina de la segunda postguerra era capaz de soportar" (Halperín Donghi, 1956: 21). Creemos que Finchelstein (2018) es continuador de esta perspectiva sobre el vínculo populismo/fascismo.

de la región latinoamericana: la constitución de una identidad, la participación de los sectores populares en la política, etc.

Sobre la dificultad de comprender la novedad de un acontecimiento, se pregunta también Arendt: ¿cómo es posible medir algo sin una vara de medición? Si traducimos este interrogante al tópico populista, es claro que Ernesto Laclau (2005; 2009) buscó superar la "comprensión preliminar" existente sobre el fenómeno populista. Sin embargo, y como ya se dijo, matizó la carga negativa del fenómeno habilitando también su reivindicación analítica, cuestión que terminó allanando el camino a múltiples clichés. Así, en la argumentación teórica de Chantal Mouffe (2018) la diada izquierda y derecha, usualmente esbozada para entender procesos y proyectos políticos diversos, es opacada por una bruma de tautologías autoevidentes. Para la autora, la xenofobia y el nacionalismo son del contrincante político (de derecha) y lo propio, en cambio, es la democratización y la fortaleza del Estado (la izquierda). De tal manera, definiendo a los buenos, rechazando a los malos, ubica actores según sus propias afinidades ideológicas y define al populismo de izquierda como el camino de todo militante progresista hoy. Este ejercicio, lejos de aportar elementos para entender la especificidad del populismo, termina condenándolo a su aparición constante en discusiones celebratorias, exacerbando a su vez el rechazo de sus más ácidos contrincantes político-teóricos.[24]

Por supuesto, la forma de encauzar reflexiones analíticas para desdibujar la especificidad del populismo no es exclusiva de Mouffe.[25] Recientemente, en el ámbito académico argentino, se pueden encontrar autores que indagan sobre el funcionamiento del populismo a partir de la relación entre el líder y el "mito populista". Al respecto, María Esperanza Casullo (2019) afirma, a grandes rasgos, que lo que caracteriza al populismo no es su antielitismo, sino el carácter vacío del significante "elite" y la falta de voluntad de los líderes populistas de superar de la división entre pueblo y antipueblo; y, de esta manera, los populismos no plantearían una instancia superadora de la confrontación que proponen (Casullo, 2019: 82). Lo que no queda claro del planteamiento de Casullo, empero, es si es posible pensar que su idea de mito no remita a la política moderna misma. Es más: ¿se podría hablar de identidades políticas que apunten a "superar" las fronteras respecto a sus otredades?

En todo caso, llamar hoy a todo líder que genere incomodidad como populista, ¿no termina abonando a la renuncia definitiva de comprender al populismo y así soslayar las posibilidades analíticas que este tipo de procesos puedan tener para pensar la política contemporánea?; ¿no resulta problemático calificar de populista a una organización de la vida comunitaria que construye al pueblo como una encarnadura estable (en términos raciales, religiosos, por ejemplo)? O dicho de otro modo: ¿qué trabajo analítico nos está ahorrando nominar a Donald Trump, Jair Bolsonaro –incluso a Margaret Thatcher o a Mauricio Macri– como "populistas"? Creemos que resulta por lo menos apresurado y problemático llamar a todos estos fenómenos tan disímiles como populistas, tanto aun como llamarlos simplemente "fascistas" o propios del "fascismo neoliberal" (Cadahia y Biglieri, 2021: 91).

Todo lo anterior en efecto nos lleva a plantear aquí más preguntas que respuestas acerca de cómo indagar en la novedad de los acontecimientos, de cómo evitar caer en atajos, clichés y, en últimas, en cómo no reproducir lecturas normativistas sobre el populismo. Si bien hay varios avances en esta tarea de comprender el concepto y los fenómenos a los cuales se les indilga ser populistas (Aboy Carlés, Barros y Melo, 2013), lo cierto es que la saturación de lugares comunes y reflexiones apresuradas empujan a las antípodas de la comprensión este tipo de reflexiones sobre el tema.

5. Conclusiones

Al final de "Comprensión y política", Arendt sugiere que para comprender la novedad y para superar viejas fórmulas y atajos es fundamental apelar a la imaginación. Es a partir de esta que se pueden "ver las cosas en su adecuada perspectiva"; la imaginación nos permitiría, pues, entender "sin predisposición y sin prejuicio" (Arendt, 2002: 30). En este sentido, el uso de los postulados teóricos sobre el populismo estaría revelando una falta de creatividad e imaginación para pensar fenómenos políticos que, al parecer, vienen excediendo las herramientas que tenemos para comprenderlos. ¿Es suficiente pensar, como asevera Katsambekis (2021), que hay un consenso analítico sobre el populismo, a saber, la centralidad de "un pueblo" y el antagonismo de este contra una elite?; ¿no deriva esto en, por ejemplo, ver populismo en todas partes, hasta en la antigua Roma, como cuando Maquiavelo denunciaba como motor de la República la tensión entre la plebe y los patricios? (Torres, 2013).

El presente trabajo ha buscado debatir críticamente distintos abordajes conceptuales e históricos sobre el populismo, especialmente aquellos dominantes en las ciencias sociales latinoamericanas contemporáneas.

---

[24] El ataque de Rosanvallon al posmarxismo es un ejemplo claro de esto. Para el francés, la centralidad del concepto de "antagonismo" en Mouffe devela la fascinación de la autora belga por el pensamiento de Carl Schmitt, "su teoría política y su antiliberalismo radical"; para Rosanvallon, por consiguiente, esta fascinación schmittiana permite establecer lazos intelectuales entre pensadores de derecha y de izquierda, como "lo atestigua la convergencia entre los análisis de Alain de Benoist y los de Ernesto Laclau" (Rosanvallon, 2020: 36).

[25] Recordemos que ella misma aclara que su intención no ha sido nunca contribuir al "campo ya pletórico" del estudio sobre el populismo (Mouffe, 2018: 23).

Tras reflexionar sobre los usos peyorativos y apologéticos, es decir, los usos eminentemente normativos del término, la apuesta epistemológica y teórica de este artículo ha sido la de reestablecer el debate acerca de las potencialidades y limitaciones inherentes a la comprensión del populismo. En este sentido, reconducimos la discusión sobre el término haciendo un llamado a no renunciar al mismo sino a seguir indagando y pensando su especificidad. Una vía posible para todo lo anterior, quizás, sea preguntarnos por la configuración discursiva que revalúa constantemente quiénes son y no son el pueblo, el *demos* legítimo, en la permanente inclusión y exclusión del adversario al campo solidario considerado como "popular" (Aboy Carlés, 2004). [26] Puede que este sea un camino mucho menos taxativo y, por consiguiente, más interrogativo, que ayude a contrarrestar la precariedad actual para entender los fenómenos políticos, antes de llamarlos sin más populistas. Tal vez es a través de "el tiempo" del populismo entendido como identidad política (Melo, 2014), que podamos establecer un equilibrio menos precario entre lo analítico y lo normativo, y que, en definitiva, privilegie al primero, contrarrestando así la preminencia actual en la académica del segundo.

6. Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2004): "Repensando el populismo", en K. Weyland, C. De la Torre, G. Aboy Carlés y H. Ibarra, *Releer los populismos*, Quito, Centro Andino de Acción Popular, pp. 81-125.

Aboy Carlés, G., S. Barros y J. Melo (2013): *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*, Los Polvorines, UNGS Ediciones.

Acosta Olaya, C. (2022): *Un dique en aguas turbulentas. Identidades políticas, populismo y violencia en la Colombia de Jorge Eliécer Gaitán, 1928-1948,* Bogotá, Universidad del Rosario.

Ansaldi, W. y V. Giordano (2012): *América Latina. La construcción del orden: de las sociedades de masas a las sociedades en proceso de reestructuración*, Buenos Aires, Ariel.

Arditi, B. (2010): *La política en los bordes del liberalismo: diferencia, populismo, revolución, emancipación*, Barcelona, Gedisa.

Arditi, B. (2021): *El populismo y otros conceptos barco,* [Vídeo online]. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=5tAvk7rSCic [Consulta: 11 de noviembre de 2022]

Arendt, H. (2002): "Comprensión y política (Las dificultades de la comprensión)", *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, 26, pp. 17-30.

Álvarez, G. y A. Kaiser (2016): *El engaño populista. Por qué se arruinan nuestros países y cómo arreglarlos*, Buenos Aires, Ariel.

Cadahia, L. y P. Biglieri (2021): *Siete Ensayos sobre populismo*, Barcelona, Herder.

Casullo, M. E. (2015): "¿En el nombre del pueblo? Por qué estudiar al populismo hoy", *Revista POSTData*, 19(2), pp. 277-313.

Dahl, R. (1989): *La poliarquía,* Madrid, Tecnos.

De Ípola, E. (2009): "La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau", en C. Hilb, comp., *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 197-220.

Di Pego, A. (2016): "La comprensión como perspectiva metodológica en Hannah Arendt", *Andamios. Revista de Investigación Social*, 13(31), pp. 61-83.

Dornbusch, R. y S. Edwards (1990): "La macroeconomía del populismo en la América Latina", *El Trimestre Económico*, 57(1), pp. 121-162.

Finchelstein, F. (2018): *Del Fascismo al Populismo en la Historia*, Buenos Aires, Taurus.

Freeden, M. (2017): "After the Brexit referendum: revisiting populism as an ideology", *Journal of Political Ideologies*, 22(1), pp. 1-11.

Fukuyama, F. (2017): "What is Populism? / Was ist Populismus?", *Atlantik-Brücke*, 8, pp. 5-31.

Germani, G. (1962): "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo", en, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, pp. 233-252.

Groppo, A. (2009): *The Two Princes. Juan D. Perón and Getulio Vargas: A Comparative Study of Latin American Populism*, Córdoba, Eduvim.

Katsambekis, G. (2020): "Constructing 'the people' of populism: a critique of the ideational approach from a discursive perspective", *Journal of Political Ideologies,* 27 (1) pp. 1-22, https://doi.org/10.1080/13569317.2020.1844372

Giraldo Ramírez, J. (2018): *Populistas a la colombiana*, Bogotá, Debate.

Gómez Hurtado, A. (1970): "Conservatismo y populismo", en A. Gómez Hurtado y A. López Michelsen, *Populismo*, Bogotá, Editorial Revista Colombiana, pp. 13-38.

Gutiérrez Sanín, F. (2018): "Fantasmas, perros y gatos", *El Espectador,* 11 de mayo. Disponible en: https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/francisco-gutierrez-sanin/fantasmas-perros-y-gatos-column-755039/ [Consulta: 11 de noviembre de 2022]

Halperín Donghi, T. (1956): "Del fascismo al peronismo", *Contorno*, 7-8, pp. 15-21.

Hawkins, K., M. Read y T. Pauwels (2017): "Populism and Its Causes", en C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy, eds., *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford, Oxford University Press, pp. 341-364.

Laclau, E. (2005): *La razón populista,* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

[26] Desde esta perspectiva, que podríamos denominar como una sociología de las identidades políticas, ya se han venido realizado exhaustivos y novedosos trabajos sobre el populismo en América Latina, destacando distintos casos de la región: el peronismo y el yrigoyenismo argentinos (Melo, 2009; Milne y Acosta Olaya, 2018), el varguismo brasileño (Groppo, 2009) y el gaitanismo colombiano (Acosta Olaya, 2022). Como es evidente, es en esta línea de investigación que nos inscribimos y desde la cual han partido gran parte de nuestras críticas a otros enfoques.

Laclau, E. (2009): "Populismo, ¿qué nos dice el nombre?", en F. Panizza, comp., *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 51-70.
López Michelsen, A. (1970): "El liberalismo y el populismo", en A. Gómez Hurtado y A. López Michelsen, *Populismo*, Bogotá, Editorial Revista Colombiana, pp. 39-64.
Melo, J. (2009): *Fronteras populistas. Populismo, peronismo y federalismo entre 1943 y 1955*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
Melo, J. (2014): "Los tiempos del populismo. Devenir de una categoría polisémica", *Colombia Internacional*, 82, pp. 71-98.
Melo, J. y G. Aboy Carlés (2015): "La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau", *Revista POSTData*, 19(2), pp. 395-427.
Milne, N. y C. Acosta Olaya (2018): "Yrigoyenismo, gaitanismo y los populismos latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX", *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* 67(2), pp. 95-118.
Moffitt, B. (2016): *The global rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*, Stanford, Stanford University Press.
Moffitt, B. (2022): *Populismo. Guía para entender la palabra clave de la política contemporánea*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Morán, S. (2021): "El populismo o los populismos. Actualidad y particularidades del concepto en América Latina", *América Latina Hoy*, 87, pp. 29-44.
Mouffe, C. (2018): *Por un populismo de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Mudde, C. (2017): "Populism. An Ideational Approach", en C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy, eds., *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford, Oxford University Press, pp. 46-70.
Mudde, C. y C. Rovira Kaltwasser (2019): *Populismo: una breve introducción*, Madrid, Alianza.
Müller, J. W. (2016): "Populismus. Symptom einer Krise der politischen Repräsentation? – Essay", *Aus Politik und Zeitgeschichte,* 40-42, pp. 24-29.
Müller, J. W. (2017): *¿Qué es el populismo?*, México D. F., Grano de sal.
Ostiguy, P. (2014): "Exceso, representación y fronteras cruzables: 'institucionalidad sucia', o la aporía del populismo en el poder", *Revista POSTData*, 19(2), pp. 345-375.
Panizza, F. (2011): "¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo? ¡Más populista será tu abuela!", *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Católica del Uruguay*, 2(2), pp. 15-37.
Paredes Goicochea, D. (2017): *Política, acción, libertad. Hannah Arendt, Maurice Merleau-Ponty y Karl Marx en discusión*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
Rosanvallon, P. (2020): *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*, Buenos Aires, Manantial.
Rovira Kaltwasser, C., P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy, eds., (2017): *The Oxford Handbook of Populism*, Oxford, Oxford University Press.
Roxborough, I. (1984): "Unity and Diversity in Latin American History", *Journal of Latin American Studies*, 16(1), pp. 1-26.
Sartori, G. (1994): "Comparación y método comparativo", en G. Sartori y L. Morlino, comp., *La comparación en las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, pp. 29-49.
Stavrakakis, Y. (2017): "How did 'populism' become a pejorative concept? And why is this important today? A genealogy of double hermeneutics", *POPULISMUS Working Papers*, 6, pp. 1-24.
Torres, S. (2013): *Vida y tiempo de la república. Contingencia y conflicto político en Maquiavelo*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.
Weyland, K. (2004): "Clarificando un concepto cuestionado: 'el populismo' en el estudio de la política latinoamericana", en K. Weyland, C. De la Torre, G. Aboy Carlés, G. y H. Ibarra, *Releer los populismos*, Quito, Centro Andino de Acción Popular, pp. 9-50.
Zanatta, L. (2014): *El populismo*, Buenos Aires, Katz.

CC BY

MISCELÁNEA

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.80473

EDICIONES COMPLUTENSE

Salud y espiritualidad en las sociedades postseculares de trascendencia inmanente

Pablo Echeverría-Esparza[1]

Recibido: 10-02-2022 // Aceptado: 14-04-2023

Resumen. Las primeras tesis sobre la secularización la comprendían como un proceso análogo y paralelo a la modernización, que implicaba la desaparición de la religiosidad y la trascendencia. Sin embargo, estas tesis han sido desmentidas por una perspectiva postsecular que advierte precisamente de la multiplicación de las formas y opciones religiosas y de trascendencia, así como de su reorientación hacia el plano inmanente, dada la creciente conciencia de finitud intramundana.

El artículo expone este escenario para así comprender la emergencia e integración en el mismo de las nuevas espiritualidades como formas altamente novedosas, plurales y dinámicas de religación entre salud y espiritualidad.

Estas nuevas espiritualidades suponen una exitosa ampliación del ya inaugurado mercado de opciones de sentido inmanentes y a la carta, profundizando en esta lógica de mercantilización religiosa, sanitaria y espiritual. Su éxito parece basarse en su capacidad para ofertar al individuo (1) la prolongación de la vida terrenal prometida por la medicina, (2) el significado ofrecido por la religión presecular y (3) la autonomía y decisión individual a menudo denegadas por ambas.

Se trata, por tanto, no solo de una nueva y relevante opción de sentido en las sociedades postseculares de trascendencia inmanente; sino también de una muestra paradigmática de la modificación de las propias estructuras de religiosidad, crecientemente afectadas por el liberalismo económico predominante.
Palabras clave: espiritualidad; pluralismo; pluralismo religioso; religiosidad; salud; secularización; sociología de la religión; trascendencia.

[en] Health and spirituality in postsecular societies of immanent transcendence

Abstract. The first theses on secularization understood it as a process analogous and parallel to modernization, which implied the disappearance of religiosity and transcendence. However, these theses have been refuted by a postsecular perspective that warns precisely of the multiplication of religious and transcendent forms and options, as well as of their reorientation towards the immanent plane, given the growing awareness of intramundane finitude.

This article exposes this scenario in order to understand the emergence and integration of new spiritualities as highly novel, plural and dynamic forms of reconnection between health and spirituality.

These new spiritualities represent a successful expansion of the already inaugurated market of immanent and *à la carte* meaning options, deepening into this logic of religious, health and spiritual commodification. Its success seems to be based on its ability to offer the individual (1) the extension of earthly life promised by medicine, (2) the meaning offered by presecular religion, and (3) the autonomy and individual decision often denied by both.

It is, therefore, not only a new and relevant option of meaning in postsecular societies of immanent transcendence; but also of a paradigmatic sample of the modification of the very structures of religiosity, increasingly affected by the predominant economic liberalism.
Keywords: spirituality; pluralism; religious pluralism; religiosity; health; secularization; sociology of religion; transcendence.

Sumario. 1. Introducción. 2. Religiosidad de abajo arriba, fluida y a la carta. 3. Secularizaciones múltiples y escenario postsecular dualista. 4. Medicalización de la muerte. 5. Corriente *new age* y nuevas espiritualidades. 6. Terapia espiritual y terapia laboral: el *coaching*. 7. Conclusiones. 8. Bibliografía.

Como citar: Echeverría-Esparza, P. (2023). Salud y espiritualidad en las sociedades postseculares de trascendencia inmanente (1991-2022). *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 80473. https://dx.doi.org/10.5209/poso.80473

[1] I-Communitas – Institute for Social Advanced Research, Universidad Pública de Navarra (España)
ORCID: 0000-0002-2546-9994
E-mail: pablo.echeverria@unavarra.es

1. Introducción

Las primeras tesis de la secularización, elaboradas en las décadas de 1960 y 1970, y cuyo principal representante puede ser Peter Berger, la comprendían como un proceso análogo y paralelo a la modernización, que implicaba un paulatino debilitamiento de la religiosidad en las sociedades modernas. Sin embargo, esta idea pronto se vio cuestionada por autores que trataban de refinar este análisis, como Martin (1969), Hervieu-Léger y Champion (1986), Tschannen (1992) o Casanova (2000). La pervivencia e incluso diversas (re)emergencias de lo religioso constituyen hoy una evidencia, por lo que el debate sociológico reciente se ha centrado en la forma y el papel tomados por esta religiosidad entendida como universal antropológico independiente de las religiones como manifestaciones históricas concretas (Simmel, 2012), en su relación con la esfera pública y la privada (Casanova, 2000) —dada la creciente relevancia socialmente otorgada al papel del individuo (Luckmann, 1973; Taylor, 2014; 2015)— o la dinamización y heterogeneización modernas (Bauman, 2000; Koselleck, 2003; Beriain, 2015), retomando a su vez problemáticas clásicas como su papel en el dominio material y racional del mundo (Weber, 1983; Marx, 2007).

Como explica Durkheim (1992), la religión es un elemento integrador de las sociedades humanas, inherente a ellas, aunque pueda estructurarse y manifestarse de muy diversas formas. Esta formulación sí parece haberse transformado radicalmente en la modernidad, dado que la raíz del proceso sacralizador ha pasado de estar "arriba" a situarse "abajo". En lugar de la divinidad extramundana que habita una trascendencia inaccesible y que integra sin fracturas internas al grupo, la fuente de la que emana en primer lugar esta religiosidad pasa a ser el propio grupo social, unido en torno a una divinidad secular que de antemano se sabe incierta, frágil, precaria. Es más, esta divinidad secular valorada por el grupo es en buena medida el individuo, lo cual multiplica las formas de vivir la religiosidad.

Como explicaremos en la primera parte del texto (epígrafes 1-3), esto no invalida la tesis de la secularización, sino que esta es compatible con la condición necesaria de la religiosidad. En una segunda parte (epígrafes 4-7), analizaremos el papel que ciertas formas de religiosidad asociadas a lo sanitario están jugando en un contexto de aparente cuestionamiento tanto de los postulados de la modernidad en general, como de la hegemonía médica en particular.

Los procesos de modernización y secularización han situado a la ciencia médica como principal interlocutor de la humanidad con su finitud, en detrimento de una religión que, no obstante, pervive y coexiste en una relación de tensión ambivalente con el saber médico. Emerge así un libremercado de opciones de sentido personalizadas, dentro del cual las nuevas espiritualidades se sitúan como opción que trata de religar el ámbito de la salud y el de la espiritualidad, mientras que el *coaching* intenta articular estos ámbitos en clave económica. Así, tanto las primeras como el segundo terminan reproduciendo por la vía de la individualización las mismas dinámicas intrascendentes que pretenden combatir.

En último término comenzaremos por detallar la "estructura ascendente" de la religiosidad, su diversificación y la coexistencia de múltiples formas de secularidad como característica del nuevo escenario postsecular. Posteriormente, explicaremos la relación entre este escenario y la medicalización de la muerte, así como el papel que toman las corrientes *new age* y las nuevas espiritualidades, erigiéndose como mediadoras entre la esfera sanitaria, la religiosa y la económica, ejemplificada en el *coaching* como terapia espiritual. De esta manera, realizaremos una aportación al debate sociológico vigente sobre la religiosidad, incorporando el análisis de una intersección económico-sanitario-espiritual particularmente relevante por su transversalidad y centralidad social.

2. Religiosidad de abajo arriba, fluida y a la carta

Como hemos adelantado, las consideraciones de los años sesenta y setenta sobre un mundo cada vez más moderno, más secularizado y, por tanto, menos religioso, se verían cuestionadas prácticamente desde su nacimiento, aludiendo en su lugar a la separación entre Iglesia y Estado (Martin, 1969), o la rearticulación de una religiosidad no enfrentada a la racionalidad sino en retroalimentación con ella (Hervieu-Léger y Champion, 1986), y desmentidas a partir de los años noventa por la evidencia de una modernidad que no implicaba la paulatina desaparición de la religiosidad y en la que la secularización operaba, no como teoría, sino como paradigma (Tschannen, 1992). La pretensión de sometimiento de las fuerzas naturales por parte del ser humano explicitada por Weber (1983: 435) al afirmar que "el racionalismo occidental moderno se basa en un dominio racional del mundo" no —o al menos no solo— implicaría la sustitución de la religiosidad por el racionalismo como método para esta dominación; sino la aplicación de un racionalismo intramundano como vía de acceso a la trascendencia secular. El desencantamiento del mundo supuso la evacuación de la magia y los espíritus como método explicativo de los sucesos cotidianos y extraordinarios; pero no por ello la desaparición de la aspiración de trascendencia humana. En su lugar, la explicación a la realidad circundante pasaría a centrarse en lo conocido y lo cognoscible (habitualmente constituido por factores intramundanos) en lugar de lo incognoscible (correspondiente a lo extramundano).

La modernidad occidental no es por tanto postreligiosa o antirreligiosa, aunque sea secular. La religión es, según Durkheim, inherente a la vida social. Actúa como argamasa que une al grupo en torno a una divinidad cuya sacralidad constituye un valor común para la sociedad, como "realidad específica que tiene sus caracteres propios" (Durkheim, 1987: 116) y que supera tanto la individualidad de cada sujeto como la mera suma de todas ellas. Es por ello que afirma no ver "en la divinidad sino la Sociedad transfigurada y pensada simbólicamente" (Durkheim, 2000: 76). En el caso de las sociedades modernas, su religiosidad, una vez pasada por el filtro del racionalismo desencantador, "venía presidida por un obsesivo énfasis en *inmanentizar* la naturaleza de lo religioso y, *por ende*, de lo trascendente. El proceso de secularización moderno se afanará en dar cuenta de lo extrasocial, de lo religioso, siempre desde lo social" (Carretero-Pasín, 2009: 3). El efecto de la secularización no fue por tanto una depuración y borrado de la trascendencia. Por el contrario, supuso la asunción generalizada de que esta puede hallarse en el orden de lo mundano y que, de hecho, es fundamentalmente en el terreno inmanente de la vida social y terrena donde debe ser perseguida y alcanzada. La estructura del proceso sacralizador quedaba transformada al conformarse la noción de una salvación intramundana en la que podía enraizar y asentarse la religiosidad de unas sociedades secularizadas y racionalistas.

El ascetismo intramundano había basado su visión de la trascendencia en la afirmación de la vida corriente, pero la prosperidad en la vida terrena no era sino una señal de predestinación a la salvación supramundana. Lo secular constituía un mero indicio, una proyección profana sobre la tierra de un valor supramundano y sagrado. El curso de la sacralización actuaba desde arriba hacia abajo, invistiendo de valor a la vida social a partir de una divinidad intangible pero alcanzable mediante el progreso material en el mundo. No obstante, en esta fase posterior, la vida extraterrena era puesta en duda, dando lugar a una *afirmación de la vida corriente por la vida corriente*. El plano de la experiencia intramundana pasaba a ser valioso y sagrado por sí mismo, lo cual hacía la trascendencia directamente accesible mediante conceptos como la política, la ciencia o el progreso que pretendían ofrecer una suerte de salvación terrenal y, hasta cierto punto, compartida. Se conformaba así la aplicación de este racionalismo intramundano como vía de acceso a la trascendencia secular, inmanente.

Esta era la aspiración emancipadora del racionalismo y que ya a mediados del siglo XIX había sido precisada por Marx (2007) no solo como dominio del ser humano sobre la naturaleza, sino como dominio de la relación entre el ser humano y la naturaleza. El hombre pretendía emanciparse del yugo religioso y de su indefensión ante la brutalidad natural y humana mediante un proceso de "desdivinización suprasensible" y posterior "redivinización secular" (Sánchez-Capdequi, 2021: 131). Dentro de las múltiples tendencias, ideologías y corrientes predominantes en las sociedades modernas herederas de la Ilustración, existía un factor común. Entidades a menudo abstractas, pero seculares, como el progreso o la nación, actuaban como nuevos depositarios de esta aspiración a la trascendencia, cuya vía primordial de acceso a la misma era la transformación humana de la realidad material, dado que la afirmación de la vida corriente imponía como prioridad la mejora de las condiciones de vida. Si la vida terrena ya no era un valle de lágrimas preludio de una futura vida eterna y plena, si esta primera era lo único seguro, no solo debía ser soportable, sino que podía *y debía ser disfrutada*.

Es esta última pretensión, o su malinterpretación e instrumentalización, lo que posteriormente transformaría el enfoque ofrecido a este intento de mejorar las condiciones de existencia. El disfrute se presentaba como un concepto mucho más variable, más personal, más singularizable que el bienestar, comúnmente identificable con la satisfacción de necesidades básicas como el alimento, la educación o la vivienda. De la mejora generalizada, para el conjunto de la humanidad o, al menos, para grupos sociales mayoritarios como la clase trabajadora, cuya aspiración sería la de lograr unas condiciones mínimas de existencia para estos grandes colectivos; el objetivo pasaría paulatinamente a ubicarse en la obtención de mejoras particulares, espectacularizadas y convertidas en fetiche, enfocadas a la vivencia particular de cada individuo, desconectándose de la narrativa del progreso como avance lineal y generalizado. Como ejemplo visible en el ámbito socioeconómico, la metáfora del ascensor social como oportunidad para la mejora de unos pocos individuos que se incorporasen a las minorías privilegiadas sustituiría a la de la lucha de clases como vía de consecución compartida de una mejor situación material mediante la destrucción de la burguesía como clase privilegiada. Este giro gradual hacia "la lógica social de las singularidades" como "fabricación social de particularidades enormemente dinámica en los planos de los objetos, sujetos, acontecimientos, lugares y colectivos" (Reckwitz, 2021: 91-92) se manifestaría no solo en el plano político, social y económico, sino también en el religioso. Taylor aludiría a este giro, denominando "impermeabilización" al proceso por el que el sujeto moderno deja de ser poroso, se aísla del exterior para no encontrar ya "la fuente de sus emociones más poderosas e importantes (…) fuera de la ‹mente›" (2014: 59), sino dentro de esta y, por tanto, de sí mismo.

Si Nietzsche (2011 [1882]) había anunciado la muerte de Dios y su sustitución por el individuo como nueva divinidad secular, este último celebraría su recién adquirida condición creando tantos dioses como vivencias particulares de la trascendencia y la religiosidad (intramundanas, y/o extramundanas) pudieran manifestarse. Así, además de divinidades seculares en una primera fase, en una segunda se ponían en circulación tantos dioses como individuos capaces de imaginar uno existiesen. Por tanto, en la tardomodernidad no solo "es cada individuo el que ha de decidir quién es para él Dios y quién el demonio" (Weber, 2004: 219), sino que este ha de crear su propio Dios a medida o, al menos, estar dispuesto a adaptarse a las cambiantes estructuras de una fe secularizada, seleccionando constantemente entre una multiplicidad de opciones religiosas a la carta,

en el contexto histórico de mayor aceleración social y alejamiento entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa conocidos (Koselleck, 2003). No solo debe decidir entre muy diversas opciones de sentido, sino además estar dispuesto a una constante actualización de su decisión pese a la escasez de información y asideros morales sólidos necesarios para hacerlo. El mandato señalado por Taylor como propio del "nuevo régimen posdurkheimiano del individualismo expresivo" (2015: 232) ("[Q]ue cada cual siga su senda de inspiración espiritual. No te apartes de tu senda por la acusación de que no encaja con determinada ortodoxia" [2015: 234]) parece haberse actualizado levemente. Si la primera frase se mantiene intacta, en la segunda la exigencia actual parece ser precisamente estar dispuesto a apartarse de cualquier senda para tomar como propia una nueva, sea esta ortodoxa u heterodoxa. El individuo torna así en nueva referencia religiosa con un cariz ambivalente: omnipotente al tiempo que desamparado y vulnerable, permanentemente clausurado en una individualidad establecida como principal límite que, al no ser roto ni superado, impide la pretendida autotrascendencia (Simmel, 2000). Esclavo de su propia soberanía, sometido a la condena de la elección constante en un entorno de incertidumbre y riesgo incontrolables y crecientes.

En esta fase la religiosidad no adquiere un carácter más débil o difuso, sino un carácter presentista mediado por la aceleración, así como cierto grado de fluidez equiparable al que Bauman (2000) adscribe a la propia modernidad tardía. Se torna así más adaptada al nuevo escenario social, fortaleciendo su posición mediante la multiplicación de sus formas y manifestaciones. Pese a la divinización del individuo, Dios no ha muerto. O si ha muerto, resucita con muchas caras, gracias precisamente a la religión de la individualidad.

> Corrigiendo una parte del diagnóstico que Durkheim realizó de la modernidad cuando afirmó que «los antiguos dioses envejecen o mueren, y todavía no han nacido otros (que los reemplacen)» (Durkheim, 1982: 398), podemos afirmar que (…) los antiguos «dioses» (véase formas sagradas) siguen vivos y han nacido otros modernos que los acompañan y compiten entre sí en una lucha sin fin (Beriain, 2015: 14).

Como afirmase Champion (1995: 709), "el mundo occidental se encuentra marcado hoy en día ante todo por el reflujo continuo de las religiones y por adhesiones religiosas flexibles". Y si el mundo sigue siendo "tan furiosamente religioso como lo fue alguna vez, y en algunos sitios más que antes" (Berger 1999: 2), esto no se debe a un recrudecimiento de los mandatos y rigideces morales que llevaron a su impugnación por parte de la modernidad liberal. Es decir, no se trata de un proceso reaccionario en el que la religión vuelve a la contienda con renovadas fuerzas, pero similares armas; sino de una verdadera metamorfosis auspiciada por la clase burguesa liberal y marcada con su sello, bañada por su espíritu. Una reacción adaptativa mediante (1) la transformación estructural del curso de la sacralización y la aspiración a la trascendencia, que pasa a emanar de lo secular (2) la multiplicación de las formas religiosas y las opciones de sentido personalizadas y a la carta, y (3) la flexibilización y fluidificación de sus estructuras institucionales y morales, así como de los códigos de adhesión a las mismas.

3. Secularizaciones múltiples y escenario postsecular dualista

Esta metamorfosis religiosa refuerza la tesis de la religiosidad como un universal inherente a la vida social cuya articulación concreta es contingente, variable y adaptable a las estructuras sociales y necesidades específicas de cada grupo humano. Las sociedades contemporáneas son crecientemente seculares, pero no por ello decrecientemente religiosas, sino incluso lo contrario. ¿Y si esto es así, qué ocurre entonces con la tesis de la secularización? Como sucedió con las manifestaciones religiosas en un contexto de secularización, la asunción del carácter ontológico de la religiosidad no ha llevado a las teorías de la secularización a verse superadas y desaparecer, sino a multiplicarse para adaptarse a una realidad que requiere nuevas formulaciones.

Desde la perspectiva actual, la secularización no puede pensarse en singular, desde un antagonismo secular/religioso, sino que ha de reformularse en plural, asumiendo la coexistencia y complementariedad entre procesos secularizadores y resurgimientos religiosos. En este sentido, y a partir de una indagación en los análisis epistemológicos sobre la secularización de Peter Berger, Larry Shiner, David Martin, José Casanova y Charles Taylor, Gil-Gimeno (2017) alude a un proceso de "secularizaciones múltiples" caracterizado por la pluralidad de opciones disponibles y el papel crucial de un sujeto *condenado a elegir* entre ellas. Y es que los cinco análisis "convergen en tres rasgos o dimensiones fundamentales que entienden como característicos de la secularización: la desacralización, cimentada en el declive de la capacidad de influencia de las instituciones religiosas sobre los sujetos y colectivos y, derivado de ella, un declive de la creencia y de la práctica religiosa; la diferenciación entre las esferas religiosas y las seculares, y, finalmente, la privatización de lo religioso" (Gil-Gimeno, 2017: 316).

Esto significa que, en efecto, tuvieron lugar múltiples procesos secularizadores interrelacionados, ninguno de los cuales, empero, supuso la desaparición de la religión, como tampoco un borrado de los remanentes dejados por la existencia de escenarios religiosos previos. Como explica Taylor (2015), la pervivencia en Occidente del legado histórico del cristianismo, que la instituye como religión más compartida, no es contradictoria con la búsqueda de nuevas formas de religiosidad inspiradas en la vida espiritual específica de cada

sujeto. Desde nuestra perspectiva es esta coexistencia competitiva entre ambas, unida al creciente cuestionamiento del concepto clásico de secularidad —cuestionamiento señalado por el propio Taylor como signo de postsecularidad—, lo que marca la diferencia entre el escenario presecular y el postsecular. Siguiendo a Beriain (2015: 15), podemos afirmar que es precisamente el reconocimiento de una multiplicidad de procesos secularizadores (muchos de ellos vigentes y otros posiblemente consumados) lo que nos permite comprender el actual escenario postsecular que "no se caracteriza por una desaparición de lo religioso (…), sino más bien por una ampliación continua de nuevas opciones, religiosas, espirituales y antirreligiosas". Si existe una norma predominante en cuanto a la vivencia de la religiosidad en las sociedades tardomodernas, esta es su extrema variabilidad, en la medida en que su origen y centro se sitúa progresivamente en un individuo dotado de (cierta) libertad de elección y cuya fundamental obligación es precisamente la de ejercerla de forma constante. Si el proceso de sacralización y la aspiración a la trascendencia que caracterizan la religiosidad han de surgir del plano inmanente y en este plano se hiperboliza la agencia del individuo, entonces "cada actor social es quien *debe*[2] tomar las decisiones relacionadas con el sentido de su existencia en un contexto de 'opciones de sentido a la carta', ya sean estas sagradas o profanas, racionales o irracionales, intramundanas o extramundanas" (Gil-Gimeno, 2017: 317).

Por ello podemos hablar de privatización de la religión como tendencia predominante en las sociedades modernas (y más específicamente en las europeas), aunque, como aclara Casanova (2000), y como es especialmente notorio en el escenario político estadounidense, siguen existiendo importantes manifestaciones religiosas llevadas a cabo en, desde y hacia el espacio público. Y es que esta privatización no siempre supone el recogimiento a la intimidad del hogar y apartamiento de la mirada social propia del espacio público. No se trata tanto de una *religión invisible* al "retirarse a la esfera privada", como plantea Luckmann (1973:113), sino que, habiéndose retirado previamente a esta esfera, se exterioriza y expresa, a menudo en el espacio público, como muestra exhibible de la socialmente valorada individualidad irrestricta del sujeto. Sí permanece vigente el resto del análisis llevado a cabo por Luckmann, cuya síntesis puede encontrarse en la referencia a "la identidad personal como una forma universal de la religiosidad individual" (1973: 82), resolviendo la aparente tensión con la concepción durkheimiana de la religiosidad como hecho social con funciones cohesionadoras para el grupo, dado que es el propio grupo social el que, en esta fase histórica, sacraliza y fortalece la individualidad.

De hecho, uno de los escasos puntos de consenso es precisamente la inviolabilidad de la autonomía individual en la construcción de sentido. La preferencia es a menudo esgrimida y aceptada como argumento de peso suficiente. La creciente heterogeneidad y flexibilización de los sistemas de creencias, así como de los códigos de adhesión a cada uno de ellos, demuestra el alto grado de reconocimiento colectivo ofrecido al individuo como actor social fundamental, ontológicamente independiente y soberano en la toma de las decisiones que atañen a la construcción de sentido, creencia a todas luces cuestionable, pero extraordinariamente sólida (o, si se prefiere, asentada) en la tardomodernidad líquida postsecular. Este individualismo se ve alimentado, al tiempo que menoscabado, por los procesos de medicalización de la muerte, en tanto que estos prolongan la existencia del Yo a costa de limitar su capacidad de decisión al final de la vida.

4. Medicalización de la muerte

La reorientación de la mirada hacia el plano intramundano por parte de la modernidad racionalista tuvo consecuencias si cabe más relevantes en lo relativo a la cuestión de la finitud y el abordaje de la muerte. Poner en cuestión la existencia de una vida ultraterrena suponía toda una revolución en el sistema de pensamiento, cuya primera consecuencia lógica era una revalorización de la vida terrena. Como ya hemos explicado, el plano mundano de la experiencia pasaba a ser valioso e importante *per se*, iniciando un proceso de inmanentización de la trascendencia. Esta pasaba a ubicarse en el plano inmanente, en la medida en que era el único cuya existencia resultaba indudable. Así, la vida terrena pasaba a ser sagrada, y su cuidado y preservación, imprescindibles. Estos ya no podían ejercerse desde una perspectiva fundamentalmente religiosa —puesto que esta apuntaba a la salvación ultraterrena—, sino técnica. El progreso racionalista suponía inevitablemente la asunción de la finitud humana y, como reacción a ella, la medicalización de la muerte. Esta última, a su vez, tendría dos consecuencias cruciales sobre la vivencia de la trascendencia y la finitud.

Por un lado, la prolongación de la vida lograda por la biomedicina supuso una análoga dilatación del Yo. Vidas individuales más largas hacían más relevante (más trascendente) al individuo, en detrimento de la importancia del grupo. Cuando la vida del sujeto duraba de media 35 o 40 años, la trascendencia era necesariamente alojada en el grupo, capaz de perdurar, recordar y progresar. En cambio, sujetos que viviesen 80 o incluso 100 años podían cobrar peso histórico, sobrevivir a las organizaciones y, en definitiva, pretender trascender por sí mismos *en lugar de* (y *además de)* mediante su inclusión en grupos relativamente inmortalizados por el ciclo reproductivo y la narrativa de su historia conjunta. Ello contribuiría enormemente a la hiperbolización tardomoderna del individuo como agente social, sujeto histórico y fundamento filosófico.

[2] Cursiva propia.

Por otro lado, la exacerbación de la confianza social en la ciencia biomédica, dados estos extraordinarios resultados en cuanto a la preservación y prolongación de la vida, llevaría a la instauración tácita e inconfesable de cierta creencia en la infinitud terrenal. La vida terrena se mostraba prolongable en una medida anteriormente inimaginable, por lo que resultaba difícil establecer unos límites para tales nuevas capacidades humanas; fantasía de inmortalidad que, paradójicamente, las epidemias que dejaron innumerables víctimas en el siglo XVIII ayudarían a alimentar. La conveniencia higiénica y logística de separar a los enfermos de los sanos, impuesta por el carácter contagioso de las epidemias y la creciente densidad poblacional en las ciudades (Foucault, 2001[1963]) que facilitaba tal contagio, se encargó de generar esta división social, haciendo que la muerte pareciese un problema que atañía únicamente a los moribundos —aislados en instituciones sanitarias— y a los profesionales encargados de atenderles. Ya no era una preocupación cotidiana, un problema humano omnipresente y unificador, sino una preocupación ajena, o si acaso futura. Un problema técnico, económico, político y políticamente disimulado (Fassin, 2010).

En un proceso de paulatina evacuación social de la muerte (Aries, 1984), la figura del enfermo y del moribundo fue trasladada del domicilio a la institución sanitaria. Allí podría ser atendido con mayor precisión y eficacia, al tiempo que con menor implicación de su entorno social tanto particular como general; es decir, tanto de su familia y comunidad cercana, como del número de contactos cotidianos notablemente ampliados por la generalización del estilo de vida urbano en la sociedad burguesa capitalista. Todo ello supuso la adquisición por parte del hombre de nuevos poderes y herramientas frente a la pavorosa imprevisibilidad e inevitabilidad del deceso. Sin embargo, también generaba nuevos problemas derivados de sus contradicciones internas. La higienización del proceso de enfermedad y fallecimiento consolidaban esta nueva fantasía de inmortalidad secular al apartar al enfermo y al moribundo de la vista de la sociedad.

Se produjo una marcada tecnificación y despersonalización de la atención al moribundo, que era atendido desde una protocolización notoriamente impersonal y mediante medios técnicos cada vez más avanzados, que separaban poco a poco al paciente de la cercanía del entorno social y familiar, e incluso del contacto directo, humano, con el profesional sanitario. Ello chocaba con la trascendentalización del individuo en la medida en que este era despojado precisamente de su individualidad —de su especificidad personal y su capacidad de decisión— en el crucial momento en que una vida terrena que se le había prometido potencialmente eterna le estaba siendo también arrebatada. El desengaño era doble: la muerte comparecía en un mundo en que parecía no existir, y el moribundo no podía siquiera ejercer su individualidad eligiendo cómo tratar de esquivarla, vivirla o aceptarla (lo cual no era una opción dentro de los criterios médicos de preservación de la vida). Así, la higienización y la evacuación social de la muerte supusieron tanto la potenciación de las fantasías de infinitud y la hiperbolización del individuo, como la repentina y drástica negación de ambas ilusiones en el contexto de la atención sanitaria al final de la vida.

Además, la evacuación de la muerte de la cotidianeidad había implicado la creación de espacios para la muerte cuyo único cometido para la sociedad y único significado para el moribundo era el de higienizar y privatizar el proceso. Hacer de ello un asunto aséptico, técnico, invisible al ser sustraído de la vida social y, por tanto, intrascendente. De esta manera, un proceso originado por el cuestionamiento de la vida ultraterrena, que hacía de la muerte terrenal no una puerta a otra vida, sino un punto final definitivo, la convirtió al mismo tiempo en un proceso alejado de toda trascendencia —también inmanente— al separarla tanto de la sagrada y sacralizadora vida social, como de la recientemente divinizada individualidad. Tan impersonal como ajena al grupo, convertida en final absoluto y en insignificancia relativa, la muerte devino en fuente suprema de angustia. El aislamiento higiénico, unido al sinsentido, volvieron a hacer de ella un suceso pavoroso, si cabe más terrorífico que cuando se había achacado a fuerzas sobrenaturales y designios divinos.

La humanidad, pese a su grado de dominio sin precedentes sobre las relaciones entre ser humano y naturaleza, al tiempo que precisamente por ello, permanece precaria y vulnerable ante la certeza de la muerte y la creciente inseguridad ontológica experimentada en un mundo cada vez más conectado, más complejo y menos predecible. El sujeto precisa certezas, pero todo lo externo supone incertidumbre, por lo que solo puede buscarlas en sí mismo. Tal enfoque individualista de la trascendencia supone la última y más extrema fase de su inmanentización. La sacralización de la vida terrenal del individuo, que constituye lo *sagrado profano* por excelencia en la religión intramundanista de la modernidad[3], requiere contrafuertes que protejan al actor social ante la irremediable finitud y, sobre todo, la conciencia de tal finitud. El pensamiento desencantado moderno no puede sino asumirla y tratar de postergarla o, en todo caso, olvidarla mediante su evacuación social. Enfrentarla y trascenderla exige cierta dosis de reencantamiento. Esta necesidad puede ser satisfecha en algunos casos por las religiones tradicionales, pero, como hemos visto, estas se ven obligadas a competir con nuevas opciones en el mencionado mercado religioso. Así, resulta necesaria e inevitable la proliferación de nuevas opciones religiosas complementarias y alternativas que, aludiendo a la espiritualidad y lo inmaterial, resulten compatibles con el racionalismo intramundano, el saber biomédico y su voluntad de preservar la vida terrenal;

[3] Sacralización que, como explica Joas (2013), queda consagrada como fundamental acuerdo compartido por la humanidad mediante la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.

al tiempo que oferten una seguridad ontológica basada en la capacidad humana de afrontar su precariedad intrínseca, desembocando en la falsa promesa de vencerla y trascenderla individualmente.

En este contexto, como respuesta a algunas de las carencias mostradas por el abordaje biomédico de la salud y a su "no abordaje" de la espiritualidad (dada la separación secular de las esferas sanitaria y espiritual), durante los últimos años ha tomado relevancia una corriente que combina elementos tradicionales y novedosos, a la par que pretende religar salud y espiritualidad mediante la crítica hacia las perspectivas normativizadas en los respectivos campos (la biomedicina y el cristianismo). Esta corriente, hasta cierto punto definitoria de la tardomodernidad postsecular y postmaterialista, nace en la segunda mitad de siglo XX bajo el nombre de *new age*, alcanzando cierta notoriedad durante las últimas décadas, ya entrados en el siglo XXI.

5. Corriente *new age* y nuevas espiritualidades

Además de la coexistencia de múltiples dioses, viejos y nuevos, en simultánea pugna y concomitancia entre sí, la modernidad tardía incorpora una tendencia muy característica que ayuda a comprender las relaciones establecidas entre las muchas religiosidades coexistentes. A diferencia de la modernidad temprana racionalista, "en esta fase de la modernidad no rige el predominio de la racionalidad formal, más bien predomina el afán de divergencia y cuestionamiento de lo viejo y canónico" (Sánchez Capdequí, 2020: 49). La (relativa) novedad y la apariencia transgresora suponen un importante punto a favor para todo producto sometido al competitivo mercado de la distribución de la atención en la tardomodernidad estético-creativa. La necesidad de llamar la atención marca la agenda empresarial y personal en el capitalismo estético. Al igual que el sino de cada individuo como actor social es *elegir*, el de cada producto es *ser elegido*. Y para ello, debe diferenciarse, sobresalir, resplandecer. También ha de hacerlo el individuo en tanto que no solo es sujeto, sino también objeto de esta economía de la atención. Debe diferenciarse como posible empleado, como posible pareja, como posible modelo de vida exitosa. Y para ello ha de ser singular, único. Las opciones minoritarias pueden devenir norma en la medida en que se castiga no solo el fracaso, sino también la mediocridad, premiando la novedad, la innovación y el riesgo convertidas en opción personal (con consecuencias también individuales). El término *average* (promedio) llega a utilizarse como insulto, como calificativo propio para una normalidad denostada frente a la originalidad normativizada. Individualización y régimen social de lo nuevo son dos caras de una misma moneda. Una mucho más dispuesta a ser invertida en un producto nuevo y transgresor que en otro "viejo y canónico". Los tiempos han cambiado, han tornado en tiempos cambiantes, de flexibilidad y adaptación en los que impera el "peor bueno conocido que malo por conocer".

Así, el papel hegemónico del sistema médico ha constituido uno de los motivos, o al menos condicionantes, de su puesta en entredicho. En la gestión individualista de la finitud y la vulnerabilidad, esto se ha manifestado mediante el surgimiento de nuevas formas de comprensión de la espiritualidad y la trascendencia que, pese a utilizar ocasionalmente ciertos discursos científicos y pseudocientíficos como métodos de legitimación, se cimentan precisamente sobre la crítica hacia la modernidad y lo canónico. La *new age* y las nuevas espiritualidades reclaman y defienden formas alternativas de abordaje de la salud y la enfermedad que pueden marchar tanto a la par como en contra de la medicina convencional. Constituyen por tanto una impugnación parcial de los postulados de la modernidad en general y de la biomedicina en particular, a la vez que se apoyan en aspectos concretos de esta última, presentándose como alternativa al tiempo que complemento a ella. Así, no es de extrañar que se hayan visto impulsadas por la relativa impotencia de la biomedicina para lidiar con un reto sin precedentes como fue la pandemia del covid-19. Impulso puntual pero enérgico que ha servido para darles un eco social mucho mayor del que tenían hasta la fecha.

Las llamadas nuevas espiritualidades y corrientes *new age* emergen como formas alternativas de abordaje de la salud y la espiritualidad, caracterizadas por el entrelazamiento de ambos campos. Constituyen así otra de las más recientes y destacables reacciones a la racionalidad materialista de la biomedicina y su excesiva tecnificación, protocolización, impersonalidad y desespiritualización. Además de la (relativa) *novedad*, ya presente en su nomenclatura, una de sus características paradigmáticas es la de reunir y religar los factores espirituales con los sanitarios, articulando una visión más integradora y holística de la *salud humana* que la aplicada por la *sanidad moderna,* aún con sus actualizaciones y revisiones en pos de tal holismo, como son la humanización o el enfoque biopsicosocial espiritual de la atención (Engel, 1977; Borrell-Carrió *et al.*, 2004; Román-Maestre, 2013). Las nuevas espiritualidades actualizan y personalizan lo que los sistemas sanitarios no pueden ofrecer sino de manera racionalizada, institucionalizada y general, menos moldeable al cambio y la preferencia individual. Bajo este paraguas se han popularizado prácticas muy diversas como la meditación o *mindfulness*, el yoga, el *Reiki*, la biodescodificación o la acupuntura. Prácticas que reafirman "valores postmateriales como la autonomía radical del individuo, el autocuidado en salud, o la desconfianza hacia las instituciones altamente burocratizadas", y cuya validación del conocimiento y la efectividad se basa en "preguntas en otro tiempo banales como ‹¿cómo te hace sentir esto?› o ‹¿funciona esto para mí?› (…) convirtiendo al individuo en lugar de la autoridad sobre lo divino y lo humano" (Cornejo y Blázquez, 2013: 23-25).

En la sociedad de las singularidades (Reckwitz, 2021), la raíz del curso sacralizador ya no solo es una divinidad secular y por ello absolutamente precaria e incierta, sino que se trata incluso de una divinidad individualizada. La búsqueda de sentido y de salvación, así como de alivio ante las diversas aflicciones de la vida terrena, no atañen a la comunidad, al grupo, sino a individuos desconectados entre sí y de toda certeza compartida. El individuo se convierte en "lugar de autoridad" y por ello también en lugar de responsabilidad ante las contingencias de una realidad cada vez más compleja e impredecible. Este es el principal precepto seguido por estas nuevas espiritualidades. El factor fundamental para su éxito no parece la incorporación de esta o aquella novedad, imbricada con este o aquel remedio tradicional, sino la fantasía momentánea de empoderamiento individual absoluto sobre la propia finitud y vulnerabilidad en un contexto de relativa impotencia generalizada, potenciada por el anhelo de reencantamientos dinámicos y particulares de parcelas delimitadas de una realidad circundante percibida como inabarcable. Frente a la indefensión premoderna y la medicalización despersonalizada moderna, la tardomodernidad inaugura espacios alternativos de soberanía individual que, además, se presentan como compatibles y complementarios con los postulados y tratamientos biomédicos, aun cuando impugnen, cuestionen o pongan en suspenso algunas de sus estructuras y/o sus lógicas operativas.

De esta manera, el paciente torna en agente protagonista de su curación, pudiendo elegir —siempre momentánea y provisionalmente— entre una amplia variedad de opciones flexibles y adaptables desde de las cuales ejercer como sujeto activo y soberano *sobre* y *desde* su propia vivencia subjetiva de la experiencia sanitaria y/o espiritual. Se satisfacen así a la perfección las tres mencionadas transformaciones acaecidas en la religiosidad tardomoderna. Recordemos: (1) la transformación estructural del curso de la sacralización y la aspiración a la trascendencia, que pasa a emanar de lo secular —en este caso del individuo como forma extrema de la precariedad secular—, (2) la multiplicación de las formas religiosas y las opciones de sentido personalizadas y a la carta, y (3) la flexibilización y fluidificación de sus estructuras institucionales y morales, así como de los códigos de adhesión a las mismas.

Ahora bien, debe tenerse en cuenta un factor no mencionado hasta ahora y que resulta clave para la dispensación de este tipo de servicios sanitario-espirituales en un marco de liberalización e individualización de las creencias. La instauración de una sociedad de las singularidades, que va sustituyendo y recuperando espacios anteriormente conquistados por la lucha colectiva en persecución de principios como el bien común, supone la adquisición de poder por parte de la esfera privada mediante su expresión más directa: la capacidad económica. De estar limitada por la rigidez de las instituciones altamente burocratizadas, en las redes informales y dinámicas de la *new age* la capacidad de empoderamiento del individuo pasa a depender fundamentalmente de sus posibilidades de pago. Así, en consonancia con el proceso general de privatización al que se ven sometidas las sociedades contemporáneas, en el contexto altamente individualista y liberalizador de la *new age* la posibilidad de acceder a tratamientos depende casi únicamente de la capacidad de cada sujeto para pagar por ellos.

Igualmente se privatiza la asunción de responsabilidades, extrayéndose tanto de las instituciones como, en el caso de estas terapias desinstitucionalizadas, de la relación con los proveedores del servicio en cuestión, en su papel de terapeutas. En el plano laboral y económico, el discurso neoliberal utiliza mantras motivacionales y de autosuperación para obviar los enormes condicionantes derivados de las estructuras socioeconómicas, sometiendo al sujeto a la carga moral de una responsabilidad exclusivamente propia e individual sobre su éxito o su (mucho más probable) fracaso. Este mismo funcionamiento se reproduce en las prácticas derivadas de la *new age*, que nacen al calor del auge del neoliberalismo y cubiertas de su pátina. Al tratarse de prácticas terapéuticas focalizadas en la vivencia subjetiva, hasta el punto de que esta constituya su principal criterio de validez y efectividad, la responsabilidad sobre los resultados de estos procesos de (auto)curación y (auto)cuidado recaen también sobre el doliente, lo cual resulta si cabe más problemático si tenemos en cuenta que algunas de estas terapias no ejercen ni pretenden ejercer otro efecto que el derivado de este convencimiento del sujeto sobre su curación, confiando su capacidad terapéutica a las bondades del efecto placebo. Así, la adaptación de la religiosidad postsecular a los dictados del capitalismo en su forma neoliberal queda optimizada y ultimada mediante la formación de lo que Cornejo y Blázquez (2013: 24), citando a Frigerio (2000) y Luckmann (1973), califican como "un mercado religioso en sentido estricto, esto es, un intercambio de servicios y bienes de salvación por dinero en un marco de oferta abierta y plural" en el que, como ya recogíamos de Gil-Gimeno (2017: 317), "cada actor social es quien debe tomar las decisiones relacionadas con el sentido de su existencia en un contexto de 'opciones de sentido a la carta', ya sean estas sagradas o profanas, racionales o irracionales, intramundanas o extramundanas". La lógica del libremercado y la competencia se extienden así hasta una búsqueda postsecular de sentido y salvación en la que quien paga, manda. Y en este caso, quien paga, se salva.

6. Terapia espiritual y terapia laboral: el *coaching*

La analogía trazable respecto a la esfera económica y que evidencia el carácter neoliberal (y por tanto poco o nada transgresor respecto a la estructura socioeconómica, en la medida en que fortalece la hegemonía del capitalismo en su última reformulación) de la *new age* no se agota aquí. Por el contrario, la comparación puede ampliarse hacia una de las últimas herramientas disciplinarias neoliberales, que extiende al contexto de la em-

presa su afán de generar subjetividades no solo *sometidas a*, sino también *convencidas de* y *favorables a* sus dictados políticos, económicos, y existenciales: el *coaching*.

> El llamado discurso gerencial o del *management* favorec[e] el desarrollo de un conjunto de técnicas de gestión de la subjetividad que van a estar orientadas a facilitar que el empleado de las organizaciones contemporáneas encuentre un sentido a su trabajo y rinda al máximo (…). [E]l discurso del *coaching* representa un ejemplo paradigmático de modelación de la subjetividad, orientando al individuo a una búsqueda personal de sus potencialidades y capacidades e invitándolo, de alguna forma, a una suerte de trascendencia personal en el espacio de la empresa (Alonso y Fernández, 2021: 151-152).

Siguiendo lo investigado por Alonso y Fernández sobre la cultura *managerialista* como "manipulación ideológica" que "redescubre la disciplina (…) en forma de control cultural" (Alonso y Fernández, 2009: 128) y el *coaching* como "ejemplo paradigmático" de dicha "modelación de la subjetividad" (Alonso y Fernández, 2021: 152), puede establecerse una clara conexión entre esta y la corriente *new age* como amalgama de formas culturales que promueven y aprovechan la proliferación de subjetividades individualistas, falsamente plenipotenciarias, autorreferenciales y autotrascendentes. De hecho, según estos autores, el *coaching* se presenta como trabajo terapéutico, sin serlo, constituyendo "un ritual que actúa como simulacro de dicho trabajo terapéutico" (*ibidem*: 153), en el cual el paciente (en este caso empleado), convertido en sujeto activo, lleva a cabo "un ejercicio de introspección en el que diagnostica sus posibilidades y límites; la idea es que, en una suerte de mayéutica, descubra por sí mismo cuáles son sus problemas, fortalezas y debilidades y, de alguna forma, sea capaz de poner en marcha los recursos necesarios para superar sus limitaciones" (*ibidem*: 155). Como vemos, es del *coachee*, al igual que del beneficiario de las terapias asociadas a la *new age*, de quien depende este proceso de autotransformación que lo capacita para la ruptura de los límites propios de la vida social, poniendo a su alcance una trascendencia inmanente y personal, amparado por sí mismo de la precariedad en su sentido más amplio y ontológico, así como de las incertidumbres específicas propias de la tardomodernidad capitalista.

El terapeuta, como el *coach*, aunque investido de una autoridad informal a menudo derivada de su éxito en otros procesos de autocuración, no llevará a cabo sino "una labor de retroalimentación, de *feedback*" (*ibidem*: 155). Ambos se cuidarán mucho de apuntar en su diagnóstico del problema a factores externos al propio sujeto, dado que ello debería trasladarse también al tratamiento propuesto y la responsabilización de sus resultados. Si el remedio se halla en el doliente, el causante debe ser por fuerza también él mismo; ya se deba a un desequilibrio vitamínico, emocional, de su chi, o una "mala gestión" del estrés que pueda desembocar en una depresión, obviando de tal manera los factores sistémicos —y, por tanto, ajenos al control del individuo— causantes y/o condicionantes de determinada enfermedad, dolencia o forma específica de sufrimiento. Como si, abundando en este último ejemplo, el gran aumento reciente de casos de depresión y suicidios constituyese una gigantesca coincidencia de casos individuales, autoprovocados e individualmente subsanables; y no una consecuencia del desarrollo del capitalismo y las pautas vitales que este impone.

> La proclamación neoliberal de la libertad se manifiesta, en realidad, como un imperativo paradójico: sé libre. Precipita al sujeto del rendimiento a la depresión y al agotamiento (Han, 2014: 9).

De esta manera, el individualismo que sustenta la cosmovisión y la estructura socioeconómica dominantes se encarga también de difuminar y diluir (mercado de terapias mediante) al tiempo que internalizar (ficción plenipotenciaria y de libre elección mediante) sus funestas consecuencias sobre el bienestar (físico, psicológico y espiritual) de la población, y especialmente de las mayorías desfavorecidas, responsabilizando a cada sujeto de su propio malestar. Ante tal variedad de opciones a la carta, y dada su aparente plenipotenciariedad, no cabe imaginar otro culpable de su fracaso económico, sanitario o espiritual, siendo la (inevitable) muerte el mayor de ellos, en tanto que límite de toda elección o potencialidad en cualquier ámbito.

Si la popularización del *coaching* forma parte de una estrategia disciplinaria enfocada en el plano cultural mediante la modelación de subjetividades de carácter individualista y alineadas con "los requerimientos de la compañía (o incluso del capitalismo en general) desde una acción terapéutica" (Alonso y Fernández, 2021: 153), las terapias asociadas a las nuevas espiritualidades parecen encontrar explicación en este mismo marco. En este caso no parece tratarse de productos directos del capitalismo neoliberal predominante en la tardomodernidad, destinados a reforzarlo mediante una estrategia de disciplinamiento cultural (y religioso), pero sí de subproductos derivados de las circunstancias y procesos históricos (sanitarios, religiosos, económicos y demográficos, entre otros) asociados al surgimiento y desarrollo del actual sistema productivo, así como de su concepción (neo)liberal, secular e individualista de la realidad. Estos contribuyen también al funcionamiento y actualización del sistema capitalista al permitir la extensión de las lógicas de consumo y de libremercado a un nuevo ámbito como la espiritualidad, aparentemente olvidada o desatendida —y por ello insuficientemente capitalizada— por el materialismo secular de la modernidad.

Como explica Beriain (2015: 12) citando lo investigado por Tocqueville (1990: 309) sobre el desarrollo de los procesos secularizadores en Estados Unidos, "el avance del racionalismo (es decir, la educación y el conocimiento científico) y del valor del individualismo (es decir, la democracia liberal y las libertades individuales)

no conducen necesariamente a un declive de la religión". Por el contrario, la separación entre el Estado y la Iglesia, que supone una parte clave de tal secularización —o, si lo preferimos, uno de los múltiples procesos de secularización—, se produce precisamente "para proteger el libre ejercicio de la religión, esto es, para construir las condiciones de posibilidad de un pluralismo religioso (denominacionalismo), en donde se parte del supuesto de que la diversidad religiosa es un ‹bien› para la sociedad o la nación" (Beriain, 2015: 12). Y es que, desde la perspectiva liberal, la religión se puede constituir como un bien (de consumo) más, siendo así valorado como a más diversificado y sometido a la lógica de la competencia, más funcional, eficiente y productivo. Cuestión que ya parecía anticipar Marx (2009 [1844]) en las primeras fases de este proceso, a tenor de las declaraciones de derechos humanos norteamericana y francesa de finales de siglo XVIII. Ambos documentos son antecesores de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, en la que se consagra la vida del individuo como sacralidad profana central para la modernidad (Han, 2012; Joas, 2013). En sus predecesoras enraíza el germen de este libremercado de sentido y salvación individuales.

> El privilegio de la fe es reconocido expresamente bien como un derecho humano, bien como consecuencia de un derecho humano, de la libertad. (…) [E]l derecho humano de la libertad no se basa en el vínculo del hombre con el hombre, sino, más bien, en la separación del hombre con respecto al hombre. Es el derecho a esta separación, el derecho del individuo delimitado, limitado a sí mismo. La aplicación práctica del derecho humano de la libertad es el derecho humano de la propiedad privada (…). Este hombre, el miembro de la sociedad burguesa, es ahora la base, la premisa del Estado político. Y como tal es reconocido por él en los derechos humanos. Pero la libertad del hombre egoísta y el reconocimiento de esta libertad es más bien el reconocimiento del movimiento desenfrenado de los elementos espirituales y materiales que forman su contenido de vida. Por ello, el hombre no fue liberado de la religión sino que obtuvo la libertad religiosa. No se vio liberado de la propiedad, obtuvo la libertad de la propiedad. No fue liberado del egoísmo del oficio, sino que obtuvo la libertad de industria (Marx, 2009 [1884]: 146-154).

Así intersecan lo sanitario, lo espiritual e incluso lo laboral como manifestaciones al tiempo que como soportes de un sistema político, económico y productivo que se asienta sobre la desintegración de los lazos sociales y que, por tanto, con el necesario objetivo de autoperpetuarse, crea e inventa de forma continua novedosas estrategias favorecedoras de dicha desintegración por la vía del individualismo político y ontológico, desplegándolas sobre la práctica totalidad de los ámbitos de la vida social y favoreciendo las transformaciones sufridas por la religiosidad en las sociedades postseculares. La fluidificación de las anteriormente rígidas instituciones burocráticas de las que emanaba el poder político, económico y religioso en la era presecular no supone la disolución de su capacidad coercitiva. Significa, por el contrario, el nacimiento de nuevas estructuras de poder más flexibles y fluidas, y por ello más capaces de penetrar en nuevas capas de la vida social y empapar nuevos rincones de la conciencia humana, responsabilizando de ello un sujeto individualista que, sumido en una incansable e infructuosa búsqueda de sentido y salvación personalizados, se siente libre en tanto que *es libre de continuar tal búsqueda*, aunque no lo sea de cesar en ella.

7. Conclusiones

Los procesos de secularización advertidos por autores como Berger desde las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX no supusieron una desaparición del sentido religioso y la noción de salvación, sino su inmanentización y liberalización. Tanto la religiosidad como la voluntad de salvación se desplazaron del plano supramundano al mundano, debilitando en este proceso su vinculación con las instituciones eclesiásticas mayoritarias, altamente burocratizadas y trascendentalistas. En su lugar, parece haberse instaurado un libremercado de sentido y salvación en el que prolifera una amplia diversidad de opciones religiosas flexibles y a la carta entre las que el individuo puede y debe escoger, siempre de forma provisional y revisable.

Para la conformación de este escenario resultó clave el papel de la ciencia médica como interlocutor de la modernidad racionalista entre el hombre y su finitud. Con la medicalización e higienización de la muerte y el consecuente cuestionamiento de la finitud terrena, la salvación devino en una cuestión primordialmente privada, vinculada a la secularidad, pero progresivamente apartada de la trascendencia inmanente de la vida social. Tanto la cuestionable muerte de Dios como la incuestionable prolongación de la vida terrenal producida en esta fase dominada por la racionalidad moderna favorecieron la instauración de la nueva divinidad secular del Yo. El individuo se (ens)alzaba como nuevo sujeto histórico y religioso; como fundamento político y filosófico. En definitiva, como actor social pretendidamente autónomo, capaz de hallar dentro de sí mismo incluso una trascendencia cuyo significado (como parece haberse olvidado) remite a la ruptura de los límites. Por el contrario, la construcción de este nuevo sujeto histórico suponía la creación de nuevos límites más angostos, de realidades más delimitadas y mutuamente excluyentes, profundamente contradictorias con la autotrascendencia planteada por Simmel (2000) como clausura de la individualidad que mira a su destrucción.

La instauración de la sociedad (postsecular) de las singularidades supuso así una nueva articulación de las utopías mundanas. Estas son singulares, *personales*, particulares y privadas. *De uno y para uno*. No se preten-

de transformación alguna de la realidad inmanente, sino una adaptación a la misma mediante la flexibilización de la estructura física y moral de la persona que, paradójica e inconscientemente, en su empoderamiento momentáneo e individualista, desiste de toda capacidad de transformación social de la realidad. La emancipación de la humanidad, la búsqueda de toda trascendencia compartida, de toda ruptura estructural, deviene víctima de la búsqueda individual y mutuamente competitiva de sentido y salvación. Así se consuma el proceso por el que el reconocimiento y la exacerbación del valor de la libertad individual queda profundamente conectado con la libertad religiosa, tal y como esta es percibida desde el espíritu burgués, sujeto activo de una revolución secularizante cuyo objeto no era la liberación del yugo de la religión, sino su flexibilización mediante la apertura de la posibilidad de *libre (auto)imposición* de múltiples yugos intercambiables, superponibles y mercantilizables.

Esta vinculación entre los procesos de secularización y de liberalización explica buena parte del escenario actual en el que las aspiraciones de emancipación de la humanidad quedan reducidas a una masa informe de búsquedas particulares y mutuamente desconectadas. Frente a la rigidez presecular, el poder coercitivo postsecular y liberalizado se ejerce desde la flexibilidad, el dinamismo y la hibridación ilimitados. El individuo emerge como forma de secularidad extrema y extremamente dinámica, cuya influencia en el pensamiento tardomoderno se dilata hasta ahogar toda base de acción distinta a este. Si la salvación inmanente se encuentra en uno mismo, no cabe su persecución compartida. La proliferación de opciones en un mercado competitivo se establece como vaga esperanza de hallazgo(s) de sentido. Por tanto, el sujeto habrá de experimentarlo todo, en un consumo desenfrenado de opciones de sentido que, a más diferenciadas y novedosas, se perciben como más plausiblemente exitosas, y que, a su vez, a más cortoplacistas y autorreferenciales, más profundizan en el desengaño del sujeto respecto a una realidad capaz de generar desorbitadas expectativas e igualmente desorbitadas decepciones, que volverán a atribuirse al individuo como causante único de su fracaso. La fantasía de libertad individual se une a la fantasía de infinitud terrenal como ilusiones compartidas que activan una constante búsqueda compulsiva, dinámica y cortoplacista de microrrealidades a reencantar en un contexto desencantado; desactivando en el acto la capacidad de pausa y articulación social de la experiencia necesarias para la búsqueda de sentido o salvación comunes, compartidas.

Las nuevas espiritualidades asociadas a la *new age* suponen la apertura de una nueva vía de individualización y liberalización en el mercado abierto de opciones de sentido a la carta que, en este caso, parte de la pretensión de religar lo sanitario y lo espiritual, abriendo nuevas tramas de interrelaciones en la red global capitalista de posibilidades (sanitarias, religiosas, laborales y cualesquiera otras) aparentemente ilimitadas y empoderantes, pero, en la práctica, autolimitantes. La ausencia de límites atribuidos al "Yo" en la tardomodernidad postsecular se traduce en una limitación extrema de la realidad, reducida a este "Yo" falsamente omnipotente, omniabarcante y terrenalmente eternizable. Secularización y liberalización convergen así en el concepto de individuo, instituido como base operativa del desarrollo de toda acción social, la cual queda despojada en este proceso de su trascendencia extramundana y, en último término, también de la trascendencia intramundana que emana de la vida social. Los proyectos de ruptura sistémica y de emancipación de la humanidad que explican el surgimiento de la modernidad como etapa histórica quedan reducidos a luchas particularizadas cuyas aspiraciones rara vez trascienden el intento de prolongar terrenalmente un Yo hiperbolizado, de diferenciarse mediante la novedad estético-afectiva, o de producir eternidades momentáneas mediante el énfasis en la experiencia y el presente individualizados. La hegemonía de estas cosmovisiones supone la disolución de los relatos compartidos, de las narrativas salvíficas o utópicas y, por ende, la práctica imposibilidad de toda transformación profunda de las estructuras políticas, económicas y sociales, estructuras que —pese a no satisfacer las necesidades y aspiraciones humanas más básicas—, al estar configuradas como redes fluidas y dinámicas en lugar de rígidas y estáticas, ya no pretenden ser rotas, sino asimiladas mediante la flexibilización individualizada. Es el individuo el que, en su diferenciación, pretende adaptarse. Ser tan distinto como todos los demás.

8. Bibliografía

Alonso, L. E. y C. J. Fernández (2009): "Usos del trabajo y formas de gobernabilidad: la precariedad como herramienta disciplinaria", en E. Crespo, C. Prieto y A. Serrano, coords., *Trabajo, subjetividad y ciudadanía. Paradojas del empleo en una sociedad en transformación*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 119-158.

Alonso, L. E. y C. J. Fernández (2021): "La gestión como terapia: el *coaching* como técnica de cuidado de las subjetividades emprendedoras", en C. Sánchez-Capdequi ed., *Surcos de trascendencia en la modernidad secular*, Madrid, Catarata, pp. 151-167.

Aries, P. (1984): *El hombre ante la muerte*, Madrid, Taurus.

Bauman, Z. (2000): *Liquid modernity*, London, Polity Press.

Berger, P. (1999): *The Desecularization of the World. Resurgent Religion and World Politics*, Washington D. C., Ethics and Public Policy Center.

Beriain, J. (2015): "Genealogía afirmativa" del hecho religioso en perspectiva sociológica", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 151, pp. 3-22. http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.151.3

Borrell-Carrió F., A. L. Suchman y R. M. Epstein (2004): "The biopsychosocial model 25 years later: principles, practice, and scientific inquiry", *The Annals of Family Medicine*, 2 (6), pp. 576-582. https://doi.org/10.1370/afm.245

Carretero-Pasin, A. E. (2009): "La ‹trascendencia inmanente›: un concepto para comprender la relación entre lo político y lo religioso en las sociedades contemporáneas", *Papeles del CEIC*, 48, pp. 1-27.
Casanova, J. (2000): *Religiones públicas en el mundo moderno*, Madrid, PPC.
Champion, F. (1995): "Persona religiosa fluctuante, eclecticismo y sincretismos", en J. Delumeau, dir., *El hecho religioso. Enciclopedia de las grandes religiones*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 705-737.
Chul-Han, B. (2012): *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder.
Chul-Han, B. (2014): *La agonía del Eros*, Barcelona, Herder.
Cornejo, M. y M. Blázquez (2013): "La convergencia de salud y espiritualidad en la sociedad postsecular. Las terapias alternativas y la constitución del ambiente holístico", *Revista de Antropología Experimental,* 13, pp. 11-30.
Durkheim, E. (1987): *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Akal.
Durkheim, E. (1992): *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal.
Durkheim, E. (2000): *Sociología y Filosofía*, Madrid, Miño y Dávila.
Engel, G. L. (1977): "The need for a new medical model: a challenge for biomedicine", *Science*, 196, pp. 129–136. doi: 10.1126/science.847460
Fassin, D. (2010): "Otra política de la vida es posible: crítica antropológica al biopoder", en V. Lemm, ed., *M. Foucault: neoliberalismo y biopolítica*, Santiago de Chile, Universidad Diego Portales, pp. 21-49.
Foucault, M. (2001 [1963]): *El nacimiento de la clínica: Una arqueología de la mirada médica*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Frigerio, A. (2000): "Teorías económicas aplicadas al estudio de la religión: ¿Hacia un nuevo paradigma?", *Boletín de Lecturas Sociales y Económicas*, 7(34), pp. 34-50.
Gil-Gimeno, J. (2017): "Secularizaciones múltiples", *Sociología Histórica*, 7, pp. 291-319.
Hervieu-Léger, D. y F. Champion (1986): *Vers un noveau christianisme? Introduction à la sociologie du christianisme occidental*, Paris, Cerf.
Joas, H. (2013): *The Sacredness of the Person: A New Genealogy of Human Rights*, Washington D. C., Georgetown University Press.
Koselleck, R. (2003): *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-textos.
Luckmann, T. (1973): *La religión invisible*, Salamanca, Sígueme.
Martin, D. (1969): *The religious and the secular: Studies in secularization*, London, Routledge & Kegan Paul.
Marx, K. (2007): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857~1858*, Ciudad de México, Siglo XXI.
Marx, K. (2009 [1844]): "Sobre la cuestión judía", en B. Bauer y K. Marx, *La cuestión judía*, R. Mate, trad., Madrid, Anthropos, pp. 127-163.
Nietzsche, F. (2011 [1882]): *La gaya ciencia*, Madrid, Akal.
Reckwitz, A. (2021): "¿Crisis de lo general?", en C. Sánchez-Capdequí, ed., *Surcos de trascendencia en la modernidad secular,* Madrid, Catarata, pp. 91-128.
Román-Maestre, B. (2013): "Para la humanización de la atención sanitaria: los cuidados
paliativos como modelo", *Medicina paliativa*, 20(1), pp. 19-25.
Sánchez-Capdequí, C. (2020): "Variedad de la experiencia creativa y trascendencias múltiples", en C. Sánchez-Capdequí, ed., *Creatividad: entre transgresión y normalización*, Madrid, Catarata, pp. 43-79.
Sánchez-Capdequí, C. (2021): "Trascendencia, religación y símbolo en la era secular", en C. Sánchez-Capdequí, ed., *Surcos de trascendencia en la modernidad secular*, Madrid, Catarata, pp. 129-147.
Simmel, G. (2000): "La trascendencia de la vida", C. Sánchez-Capdequí, trad., *Reis, 89*, 297–313. https://doi.org/10.2307/40184236
Simmel, G. (2012): *La religión*, Barcelona, Gedisa.
Taylor, C. (2014): *La era secular (Tomo I),* Barcelona, Gedisa.
Taylor, C. (2015): *La era secular (Tomo II),* Barcelona, Gedisa.
Tocqueville, A. (1990): *Democracy in America*, New York, Vintage.
Tschannen, O. (1992): *Les théories de la sécularisation*. Genève, Droz.
Weber, M. (1983): *Ensayos sobre sociología de la religión (Vol. 1)*, Madrid, Taurus.
Weber, M. (2004): *El político y el científico*, Madrid, Alianza.

CC BY

MISCELÁNEA

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.84347

EDICIONES COMPLUTENSE

Participación política y activismo de las personas mayores en España a través de la acción colectiva

Raúl Álvarez-Pérez[1]

Recibido: 22-10-2022 // Aceptado: 21-04-2023

Resumen. Este trabajo contribuye a identificar y explicar qué factores (individuales, organizativos y contextuales) condicionan la acción colectiva de las personas mayores, su intensidad y modalidades de participación. Las dos modalidades de participación política colectiva que se analizan son: (1) participación en organizaciones de carácter sociopolítico altamente formalizadas y (2) participación en eventos de protesta promovidos por estructuras organizativas vinculadas a nuevos movimientos sociales. Una muestra de 20 representantes/portavoces del mismo número de estructuras organizativas de mayores, a los que se aplica la técnica de la entrevista semiestructurada en profundidad, sirve de base para desarrollar una estrategia multimétodo. Esta permite identificar un conjuntos de factores relevantes en la dimensión individual de la participación colectiva que predisponen a la implicación como activista. Los factores individuales son relacionados con factores organizativos y contextuales para identificar las interrelaciones existentes.
Palabras clave: participación política; activismo; personas mayores; estructuras organizativas; acción colectiva; intermediación; protesta.

[en] Political Participation and Activism of older people in Spain through collective action

Abstract. This paper contributes to identifying and explaining which factors (individual, organisational and contextual) condition the collective action of older people, its intensity and modes of participation. The two modalities of collective political participation analysed are: (1) participation in highly formalised socio-political organisations and (2) participation in protest events promoted by organisational structures linked to new social movements. A sample of 20 representatives/spokespersons from different organisational structures of older people, to whom the semi-structured in-depth interview technique is applied, serves as the basis for developing a multi-method strategy, which allows for the identification of a set of relevant factors in the individual dimension of collective participation that predispose to activist involvement. Individual factors are related to organisational and contextual factors to identify interrelationships.
Keywords: political participation; activism; older people; organisational structures; collective action; mediation; protest.

Sumario. 1. Introducción. 2. Factores individuales que condicionan la participación en organizaciones. 3. Factores individuales y organizativos que propician el activismo. 4. Metodología. 5. Resultados. 6. Discusión y conclusiones. 7. Bibliografía.

Como citar: Álvarez-Pérez, R. (2023). Participación política y activismo de las personas mayores en España a través de la acción colectiva. *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84347. https://dx.doi.org/10.5209/poso.84347

1. Introducción

Tradicionalmente los estudios sobre participación política se han centrado principalmente en las características sociodemográficas y políticas de los ciudadanos. Sin embargo, explicar esta en grupos y organizaciones con objetivos políticos requiere prestar atención a factores relacionados con el contexto político (Morales, 2001) y con las características de las organizaciones, cómo y por qué se produce la afiliación de los ciudadanos a estas.

Según Serrat *et al.* (2020), la investigación sobre la participación cívica de las personas mayores en los últimos cincuenta años ha seguido una tendencia creciente, sin embargo, cuando se trata de la participación a través de organizaciones, lo que ha crecido sobre todo es la investigación relacionada con el voluntariado. Esto

[1] Universidad Pablo de Olavide (España)
ORCID: 0000-0001-8389-0819
E-mail: ralvper@upo.es

indica que los aspectos contextuales y las dinámicas de la participación cívica de las personas mayores siguen estando aún poco investigadas.

Es necesario seguir investigando sobre cuestiones como los repertorios de participación política y la combinación de formas de participación por parte de la ciudadanía (Quaranta, 2018), sobre las condiciones institucionales de esa participación (Falanga *et al.,* 2021) y sobre los factores contextuales (Serrat *et al.,* 2015) que facilitan la participación política de las personas mayores.

A pesar de saber que las organizaciones desempeñan un papel importante en aspectos relevantes como la captación y retención de participantes (Devaney *et al.*, 2015) o los beneficios y procesos de aprendizaje (Piercy *et al.*, 2011), se sabe poco sobre su función en materia de participación colectiva y sus implicaciones posteriores.

Por otra parte, y relacionado con el comportamiento político de las personas mayores, tradicionalmente las investigaciones se han centrado sobre todo en la participación electoral y en aspectos relacionados con esta como las actitudes (Justel, 1996; Goerres, 2009, entre muchos otros). A nivel internacional podemos destacar algunas investigaciones que abordan aspectos como el capital humano y social (Burr *et al.*, 2002), las motivaciones (Serrat *et al.*, 2016), las actitudes políticas (Goodwin y Allen, 2000) o las generaciones políticas (Brown y Rohlinger, 2016). Todo esto sin olvidar otras sobre las identidades personales que las personas mayores atribuyen a la participación (Fox y Quinn, 2012), sobre los factores de apoyo y facilitación de la participación (Reed *et al.*, 2006) o los aprendizajes adquiridos durante la misma (Serrat *et al.*, 2016).

Sin embargo, la influencia de los aspectos organizativos en la participación apenas ha estado presente (*ibidem*) en la literatura científica, al igual que las comparaciones transculturales. Sobre esta cuestión destaca el estudio realizado por Fourcade y Evans (2016), pero la mayoría se han limitado a países europeos (Nygård *et al.*, 2015) o la participación de las personas mayores en la elaboración de políticas públicas (Falanga, 2021). En el caso de España, la participación de las personas mayores se ha analizado mayormente desde un enfoque más de carácter social que político (Durán, 2007; Funes, 2011; Subirats, 2011).

En algún caso se ha investigado el asociacionismo y la intervención de las personas mayores en el diseño de las políticas públicas (Núñez, 2017) o las motivaciones para participar en organizaciones políticas de distinta índole (Serrat *et al.*, 2015, 2016). Sí que se han realizado en años recientes algunas investigaciones centradas en la participación de las personas en novedosas estructuras organizativas que han promovido acciones colectivas de protesta en las que el protagonismo de las personas mayores ha sido cada vez más visible (Jiménez *et al.*, 2021; Amezcua y Alberich, 2020, Schwarz, 2019).

Sin embargo, queda aún mucho por saber sobre dónde y cuándo tiene lugar esta participación (aspectos contextuales), las características de la participación, sus dinámicas y experiencias personales (componente procesual) y otros aspectos como el de identificar quiénes participan teniendo en cuenta la diversidad que caracteriza a las personas mayores en la actualidad (Serrat, 2020).

En este trabajo el interés se centra en las dos modalidades de participación colectiva en las que las personas mayores están teniendo un especial protagonismo como actores políticos, más allá de actores clásicos como los partidos políticos y los sindicatos. Se trata de la participación a través de los canales institucionales (Falanga, 2021) y de la participación extrainstitucional y, más concretamente de la que se ejerce a través de acciones colectivas de protesta. Autores como Amezcua y Sotomayor (2021) han planteado en sus trabajos recientes sobre participación cívica de personas mayores la necesidad de incorporar en futuras investigaciones a movimientos ciudadanos relacionados con este colectivo, como el movimiento de pensionistas y jubilados.

En esta investigación, y relacionada con esta reclamación, se analiza la participación política de las personas mayores a través de la pertenencia a organizaciones formales de carácter sociopolítico y a través de las estructuras promotoras de eventos de protesta surgidas alrededor del movimiento en defensa de las pensiones públicas.

Una de las preguntas de investigación formuladas para desarrollar este trabajo ha sido la siguiente: ¿Qué características individuales de las personas mayores, de las estructuras organizativas en las que participan y del propio contexto en el que estas se desenvuelven, favorecen u obstaculizan la participación, su modalidad e intensidad?

A partir de esta se pretenden identificar y explicar los factores individuales, organizativos y contextuales que condicionan la participación colectiva de las personas mayores, su intensidad y modalidades de participación. El análisis se centra tanto en organizaciones de carácter sociopolítico altamente formalizadas, como en estructuras organizativas promotoras de eventos de protesta, puesto que ambas persiguen incidir en la toma de decisiones públicas.

En este artículo abordamos solo la dimensión individual de la participación colectiva referida al perfil de mayores activistas[2]. Nos ha interesado conocer las principales características sociodemográficas de las perso-

[2] Conviene realizar una aclaración sobre el significado del término activista o activismo. El activismo se ha equiparado habitualmente con la definición de militancia de Duverger (1965). Para este el militante es aquel miembro de una organización que ejerce un rol activo en el seno de un grupo. Sin embargo, la palabra militancia tiene usos diferentes según los países, por lo que en España quizás es más apropiado utilizar el término activista (Anduiza *et al.*, 2006). En el contexto anglosajón el término militante se refiere a personas con un rol activo en el seno de partidos políticos y sindicatos, mientras que en Francia su uso es más amplio, incluyendo también a quienes ejercen este rol activo en cualquier tipo de organización o asociación.

nas mayores activistas, los factores individuales que determinan en mayor medida su implicación organizativa, las razones, motivaciones e intereses por las que participan, así como los beneficios esperados. De manera transversal se ha tenido presente en la descripción y explicación del fenómeno cuestiones como el progresivo envejecimiento de la población y el reemplazo generacional producido bajo el marco normativo del envejecimiento activo.

2. Factores individuales que condicionan la participación en organizaciones

Con carácter general, los factores individuales que posibilitan la participación en estructuras organizativas de diversa índole se podrían agrupar en tres categorías: los recursos socioeconómicos (educación e ingresos, sobre todo), posición social y experiencias vitales (clase social u ocupación, edad, sexo, situación familiar y comunidad de residencia) y grado de integración social (hábitos religiosos, tiempo de residencia en la comunidad, procedencia de los progenitores e integración en grupos de pares) (Morales *et al.*, 2006).

En el caso de las personas mayores, Serrat *et al.* (2015) pone en evidencia cómo el nivel educativo, junto con actividades de aprendizaje y de carácter productivo, pueden asociarse con la pertenencia a organizaciones de este tipo y con mayor predisposición a la participación. A su vez, la situación económica de la persona determinará la posibilidad y forma de afrontar los costes (tiempo y voluntariado recursos) asociados a su participación. Las oportunidades de una persona para participar estarán condicionadas también por factores como la clase social, la edad, el sexo o el estado civil.

La clase social determina los intereses socioeconómicos y políticos de la persona, y estos a su vez condicionarán el tipo de organizaciones que pueden satisfacer sus intereses. La edad condiciona la participación, pero con variaciones importantes dependiendo del tipo de organización y del contexto. El sexo y la situación de convivencia también han mostrado su capacidad explicativa (Morales *et al.*, 2006) junto con los vínculos con la comunidad de pertenencia, la autoidentificación con ella, redes sociales establecidas y duración de la residencia. Conviene recordar en este sentido que la mayoría de las personas construyen su idea de participación según ven a personas próximas, a partir de su propia autoimagen y a partir de cómo se ven de capaces, informados y competentes ante las cuestiones políticas (García-Espín y Ganuza, 2020: 125).

Respecto de las orientaciones políticas destaca el grado de implicación con la política, que se compone de elementos como el interés por la política, la importancia en la vida de la persona, los sentimientos que esta genera y la percepción de la eficacia interna. Sobre las orientaciones cívicas hay que destacar el concepto que cada persona tiene de lo que supone ser un buen ciudadano. Aquellas personas que consideran la participación un derecho y/o deber tienen una actitud más positiva hacia esta y una mayor propensión a implicarse (Morales *et al.*, 2006). Por otro lado, las posibilidades de participación de las personas mayores podrían estar condicionadas por sus trayectorias participativas previas (McMunn *et al.*, 2009) debido a que han tenido un recorrido vital más amplio.

Del mismo modo, la disponibilidad de tiempo libre tras la jubilación puede servir para intensificar o diversificar las actividades, lo que puede suponer dar continuidad a la trayectoria anterior o el inicio de nuevas actividades y modalidades de participación (Johnson y Bungum, 2008).

Por último señalar que, a pesar de conocer un conjunto de factores individuales que contribuyen a explicar la implicación organizativa de los ciudadanos, sus efectos son bastante variados. El impacto de estos es diferente según el grado de implicación organizativa y del tipo de organización, de tal modo que la participación en organizaciones resulta de un conjunto complejo de factores y características individuales que debe abordarse también de forma compleja (Morales *et al.*, 2006).

3. Factores organizativos e individuales que propician el activismo

Dos factores organizativos que propician la implicación son los incentivos que las estructuras proporcionan a sus miembros a cambio de los recursos de que disponen (Barnard, 1947) y los beneficios afectivos y normativos (Knoke y Adams, 1987) que se obtienen. En concreto, el carácter emocional de la actividad condiciona la implicación activa y sus actividades (Fireman y Gamson, 1979), puesto que esa dimensión emocional del comportamiento político permite expresar una idea con emoción vinculándolas ambas (Funes y Lagoma, 2020). Las emociones explican por qué personas que comparten argumentos y estímulos ante determinadas situaciones finalmente reaccionan de manera diferente (Van Steckelelnburg y Klandermans, 2010).

Por todo ello, para explicar la participación activa de los miembros de una organización habrá que tener en cuenta los factores relacionados con el cálculo racional de costes y beneficios, los lazos emocionales establecidos, los valores de la persona y el cumplimiento de las normas por parte de esta (Knoke, 1990).

Además de a estos factores, resultará importante prestar atención a otros como la percepción de los miembros sobre su capacidad de influir en la toma de decisiones en la organización, el grado de eficacia externa demostrado por esta y cómo lo percibe la persona. El efecto de estos factores sobre el grado de implicación

de los miembros variará según el tipo de organización, siendo más relevantes en las organizaciones político-institucionales (Medina y Ramiro, 2006) como es nuestro caso.

Para las personas mayores existen además razones asociadas al contexto (coyuntura socioeconómica y política) que pueden influir positivamente en la implicación activa de estas en estructuras organizativas de carácter político: la desconfianza creciente en la sostenibilidad del estado de bienestar, las pensiones y la creciente desigualdad de ingresos, el aumento de la deuda de los hogares o la disminución de los ahorros (Phillipson, 2019). Estas circunstancias pueden movilizar la idea de responsabilidad social entre las personas mayores, lo que facilita su autoorganización y la demanda de mejoras sociales (Majón-Valpuesta *et al.*, 2021).

En la distinción entre miembros activos y pasivos (conformistas) de una organización han demostrado su capacidad explicativa desde la dimensión individual características sociodemográficas como el nivel educativo, los recursos y la posición social, por encima de la ideología (Morales, 2005). También la disponibilidad de tiempo, las habilidades y las actitudes cívicas, sociales y políticas, puesto que representan incentivos favorecedores del activismo (Anduiza *et al.*, 2006). Conviene no olvidar que la implicación activa se verá condicionada también por factores como los bienes perseguidos por la estructura y las características organizativas como la forma de gobierno, por cómo perciben esta sus miembros, por la capacidad de influencia que la persona considera que tiene en su organización, por la existencia o no de contactos cooperativos (beneficios afectivos) y lo que representa esta en la vida de la persona.

4. Metodología

El diseño de la investigación responde a un enfoque cualitativo, emergente e inductivo y caracterizado por la flexibilidad en la planificación (Olabuénaga, 2013; Valles, 2014). Este permite ahondar en los factores personales, motivacionales y comportamentales que hacen mantener a la persona determinadas posiciones vitales sobre los fenómenos (Fernández-Mayoralas *et al.*, 2021).

Se adopta una estrategia multimétodo[3] que combina el estudio de casos (Coller, 2005) con la investigación documental y el análisis de encuestas. La elección de este diseño se debe a las características del objeto de estudio, así como a la complejidad de las relaciones que se producen en torno a este. La finalidad última es la de comprender y explicar cómo interactúan y se retroalimentan los modelos organizativos de las dos modalidades de participación colectiva elegidas con las características sociodemográficas, motivaciones, objetivos e intereses de las personas mayores que participan en ellas.

Esta metodología permite la reconstrucción de distintos puntos de vista sobre el fenómeno analizado (Olabuénaga, 2013) y permite tener en cuenta una variedad de factores y dimensiones que afectan a la participación y que forman parte de la experiencia subjetiva de las personas mayores (Joop *et al.*, 2014).

Las técnicas de investigación empleadas figuran en la siguiente tabla:

Tabla 1. Técnicas de investigación

Técnica	Tipo
Entrevista cualitativa	• Semiestructurada en profundidad (n=20). • Focalizada (n=24).
Análisis documental (formal y de contenido)	• Documentos internos de las organizaciones (n=76).
Análisis de encuestas	• Barómetros de opinión del CIS. Diciembre (periodo 2000-2021). • Bases de datos Encuesta Social Europea (ESE, periodo 2000-2018).

Fuente: elaboración propia.

La principal técnica empleada ha sido la entrevista cualitativa en profundidad (Valles, 2014). El análisis documental y de encuestas (Barómetros de opinión del CIS y Encuesta Social Europea) ha permitido la triangulación como forma de control de calidad (Olabuénaga, 2013).

[3] La estrategia multimétodo ha permitido abordar en el proceso de investigación desarrollado la dimensión individual (micro), organizativa (meso) y contextual de la participación política de las personas mayores en la diversidad de estructuras organizativas de carácter político existentes en la actualidad en España. Sin embargo, en este artículo los resultados se centran sobre todo en la dimensión individual del fenómeno.

La entrevista en profundidad con preguntas semiestructuradas (Packer *et al.*, 2018) se ha empleado con los representantes y portavoces de los dos tipos de estructuras organizativas[4] objeto de interés (activistas en ambos casos). El guion utilizado se compone de 25 preguntas semiestructuradas (Merton y Kendall, 1946) agrupadas en torno a dos bloques: (1) "personal-individual" y (2) "representante-organización". Este último ha permitido el análisis de la dimensión organizativa.

La escasez de estudios, datos y análisis específicos relacionados con las organizaciones de personas mayores hace difícil una aproximación cuantificada a este universo organizativo. Por esta razón, sería deseable avanzar en este sentido para disponer de información básica sobre el asociacionismo de las personas mayores (Núñez, 2017). Este panorama actual ha provocado en nuestro caso que se haya optado por establecer un marco analítico propio que permita delimitar con mayor claridad el tipo de organizaciones que son objeto de interés en este trabajo.

Por otra parte, y según el criterio número de casos, la modalidad empleada ha sido el estudio de casos múltiples. Un total de 20 estructuras organizativas, que van desde las más formalizadas hasta otras novedosas y que encajan en la lógica de los nuevos movimientos sociales, han sido analizadas. Todos los casos comparten similitudes en aspectos esenciales como la consideración de actor político y la pretensión de influir en la toma de decisiones públicas que afectan a las personas mayores.

Esta modalidad de estudio de casos múltiples se considera la opción más idónea para realizar un análisis amplio y ajustado a la diversidad organizativa que en términos de participación política desde una perspectiva colectiva están poniendo en evidencia las personas mayores.

Para la elección de los casos se establecieron un conjunto de criterios analíticos que han permitido una selección de estructuras organizativas que reflejan la diversidad existente en la actualidad. Criterios como (1) grado de oficialidad, (2) naturaleza y objetivos, (3) perfil de integrantes, (4) temática central que abordan, (5) fuentes de financiación, (6) modo de operar, (7) recursos humanos, (8) implantación territorial y (9) modelo de organización y funcionamiento. Otros criterios complementarios fueron la (10) presencia en órganos de participación, (11) año de constitución y (12) autopercepción como actor político.

La muestra de representantes y portavoces de los casos de análisis incluidos responde a un muestreo intencional y opinático mediante el contacto progresivo con representantes y portavoces representativos del universo a estudiar (Olabuénaga, 2013). De este proceso se obtiene una muestra diversa, con homogeneidad intergrupal y heterogeneidad intragrupal (Fernández-Mayoralas *et al.*, 2021), y ajustada al marco analítico establecido. El procedimiento de casilleros tipológicos ha garantizado la heterogeneidad muestral y la economía del proceso (Valles, 2014: 77).

La estrategia de contactación supuso, gracias a informantes claves, el acceso a los primeros representantes de organizaciones (secciones sindicales de jubilados). Estos a su vez, mediante un proceso de "bola de nieve" (Salamanca y Martín-Crespo, 2007; Valles, 2014), facilitarían el acceso a nuevos contactos. De entre los contactos realizados cabe destacar a los yayoflautas, ya que, a través de estos, se inician contactos con incipientes estructuras organizativas de protesta que surgen en torno a la crisis económica de 2008 (plataformas, mareas y coordinadoras).

Las entrevistas, con una duración media de 90 minutos, fueron presenciales y virtuales (*online*). Los entrevistados enviaron la documentación, que sirvió de base para el análisis documental. Los documentos facilitados por las organizaciones se expresan en la siguiente tabla.

Tabla 2. Tipos de documentos utilizados para el análisis documental

Análisis documental
• Estatutos (n=10).
• Memorias de actividades (n=8).
• Informes técnicos (n=4).
• Actas reuniones y asambleas (n=6).
• Organigramas organizativos (n=12).
• Documentos y Powers Point "Presentación Organizativa" (n=4).
• Programas de acción (n=3).
• Manifiestos (n=8).
• Documentos de logros conseguidos y reivindicaciones pendientes (n= 3).
• Planes de igualdad (hombres y mujeres sindicalistas) (n=2).
• Documentos de posicionamiento y reivindicación sobre temas concretos (envejecimiento activo, contrato social, intergeneracionalidad, preferentes...) (n=8).
• Carteles de convocatorias (eventos de protestas y otras acciones) (n=7).
• Tabla de reivindicaciones (n=1).

Fuente: elaboración propia.

[4] La entrevista focalizada ha sido empleada con miembros no activistas del movimiento de jubilados y pensionistas en defensa del sistema público de pensiones para dar respuesta a objetivos de investigación que no son abordados en este trabajo. Estos han estado relacionados con el proceso de aprendizaje y cambio de actitudes entre participantes no activistas en eventos de protesta.

La fase de entrada, recogida productiva y análisis preliminares se produce a mediados del año 2017 (pilotaje con dos entrevistas). A mediados de 2018 se completó la recogida de información. El contenido de las entrevistas se ha sistematizado y segmentado diferenciando entre contenidos descriptivos e interpretativos. La lectura y sistematización de la información del primer tipo ha generado tablas descriptivas a nivel organizativo (no se exponen en este trabajo por las razones mencionadas anteriormente). El análisis de la información de naturaleza interpretativa se realiza bajo los principios básicos del análisis discursivo y en tres fases: preanálisis, codificación y categorización (Fernández-Mayoralas *et al.*, 2021).

Se generaron 22 códigos en el proceso relacionados con 10 áreas temáticas y con un total de 36 categorías de respuesta que permiten identificar posiciones discursivas, configuraciones narrativas comunes y divergentes (Conde, 2010), intenciones y convenciones sociales (Ballester, 2006). En el proceso de análisis textual se ha utilizado ATLAS.ti versión 8 y se han generado documentos gráficos de apoyo a las descripciones y explicaciones obtenidas. La mayoría de los gráficos se han procesado con el programa VUE (Visual Understanding Environment).

El bloque "personal-individual" se compone de cinco preguntas abiertas destinadas a la presentación personal y al registro de su percepción individual y colectiva como actor político. Además se plantea una batería de preguntas cerradas sobre variables sociodemográficas para determinar el perfil de las personas mayores activistas.

Tabla 3. Variables sociodemográficas activistas

Variables sociodemográficas "Representantes y Portavoces" (activistas)
a) Edad.
b) Sexo.
c) Lugar de procedencia.
d) Ocupación. Trayectoria laboral.
e) Nivel socioeconómico.
f) Nivel educativo o de estudios.
g) Autodenominación en clase social.
h) Confesión religiosa.
i) Estado civil.
j) Situación de convivencia.
k) Autoubicación ideológica.
l) Autodefinición ideológica
m) Interés por la política.
n) Identificación-cercanía con un partido.

Fuente: elaboración propia.

La muestra final de representantes y portavoces ha sido de 20 personas. También se ha contado con una informante clave, representante de una organización de ámbito estatal que, sin ser formalmente una organización de personas mayores, representa en la práctica a las personas mayores y sus familiares[5].

Criterios básicos para la selección de la muestra fueron el nivel de implicación organizativa, sexo y trayectoria asociativa previa. De las 20 personas que han constituido la muestra de activistas, 16 son representantes de organizaciones sociopolíticas altamente formalizadas y 4 son portavoces de estructuras organizativas promotoras de eventos de protesta. Desde el punto de vista territorial se han incluido estructuras organizativas de ámbito europeo (1), estatal (9), autonómico (6), provincial (1), local (3).

5. Resultados

Las actitudes de los activistas

Como prueba de la importancia del aprendizaje a lo largo de la vida se han identificado personas mayores que, con edades avanzadas y sin predisposición previa e interés por la participación política, cambian de actitud a

[5] Se trata de la representante de la Confederación Estatal de Familiares y Enfermos de Alzheimer (CEAFA). Se consideró que podía aportar información relevante desde su posición de observadora ante cuestiones de interés relacionadas con la participación política de las personas mayores, especialmente desde la modalidad de participación institucional a través de los órganos de participación promovidos por los poderes públicos, en los que esta organización está presente.

partir de la jubilación. Ese cambio de actitud les hace estar interesados y con mayor predisposición para asumir responsabilidades organizativas. Este activismo tras la jubilación se identifica en más de la mitad de los representantes de organizaciones altamente formalizadas.

Las transformaciones políticas en el contexto, la interiorización de estas por parte de los mayores y los cambios normativos promovidos en las dos últimas décadas en relación con la nueva imagen del colectivo podrían estar propiciándolo. Como prueba de ello indicar que el discurso de los representantes refleja la importancia de estos factores haciendo alusión de manera reiterada a su condición de ciudadanos activos, al envejecimiento activo y al derecho a la participación política que tienen los mayores. Estos discursos muestran que también los mayores adquieren nuevas creencias, nuevos valores y desarrollan nuevas actitudes y comportamientos políticos según contextos. También se observa cómo quienes tienen un sentimiento más positivo de eficacia interna y externa y un interés alto por la política pertenecen a la categoría de miembros activistas en los dos tipos de estructuras analizadas.

Características sociodemográficas y recursos personales de los activistas

El perfil de socio activista en organizaciones sociopolíticas de mayores y el de miembro activista de estructuras organizativas asociadas a la protesta comparten, en su mayoría, cinco variables a la hora de establecer el grado de implicación organizativa: nivel educativo, recursos y habilidades personales asociados a esta, nivel socioeconómico, interés por la política y sexo.

Tabla 4. Distribución de representantes y portavoces de estructuras organizativas según variables relevantes para el grado de implicación organizativa

	N. educativo	Posición socioeconómica	Interés por la política	Sexo	Edad	Trayectoria asociativa previa	Autoubicación ideológica
Universitarios	n=11						
Medios	n=7						
Primarios	n=2						
Alta		n=2					
Media		n=17					
Baja		n=1					
Mucho			n=18				
Normal			n=2				
Poco							
Hombre				n=17			
Mujer				n=3			
-60-69					n=12		
70-80					n=7		
+80					n=1		
SÍ						n=10	
NO						n=10	
Derecha							n=4
Centro							n=1
Izquierda							n=15

Fuente: elaboración propia.

Quienes asumen funciones de representación poseen un nivel educativo medio-alto y mayoritariamente son hombres casados que viven en pareja. Algo más de la mitad, 11 en concreto, tienen estudios superiores, y 7 personas tienen un nivel de instrucción medio. Las dos excepciones, con estudios primarios, son dos personas con una amplia trayectoria sindical y de militancia social. Parece claro que el nivel educativo constituye un factor explicativo relevante para la predisposición a implicarse.

La segunda variable relevante, dependiente del nivel educativo, es la posición económica. Según nuestros resultados es necesario al menos un nivel medio de ingresos para que se produzca la participación en el grado de implicación mayor.

A la vista de estos resultados se puede afirmar que las personas mayores tienen un comportamiento político similar a otros grupos de edad cuando tienen oportunidades educativas y desarrollan trayectorias vitales acordes a ellas (en términos de situación económica, recursos, habilidades personales y disponibilidad de tiempo).

Por otra parte, la mayoría de los activistas son hombres. Esto nos viene a indicar que el sexo es muy relevante a la hora de determinar el grado de implicación organizativa. En este sentido, los resultados profundizan

en las características de las mujeres que, de forma excepcional aún, asumen funciones directivas y de representación en las estructuras organizativas.

En las 20 estructuras analizadas, solo hay 3 mujeres, además de la informante clave. La primera de ellas representa a una estructura organizativa formalizada. Reúne otras características que aumentan la posibilidad de implicarse como son la edad (66 años), nivel educativo y económico medio y una trayectoria asociativa previa; además es viuda, lo que podría suponer que tiene más tiempo disponible.

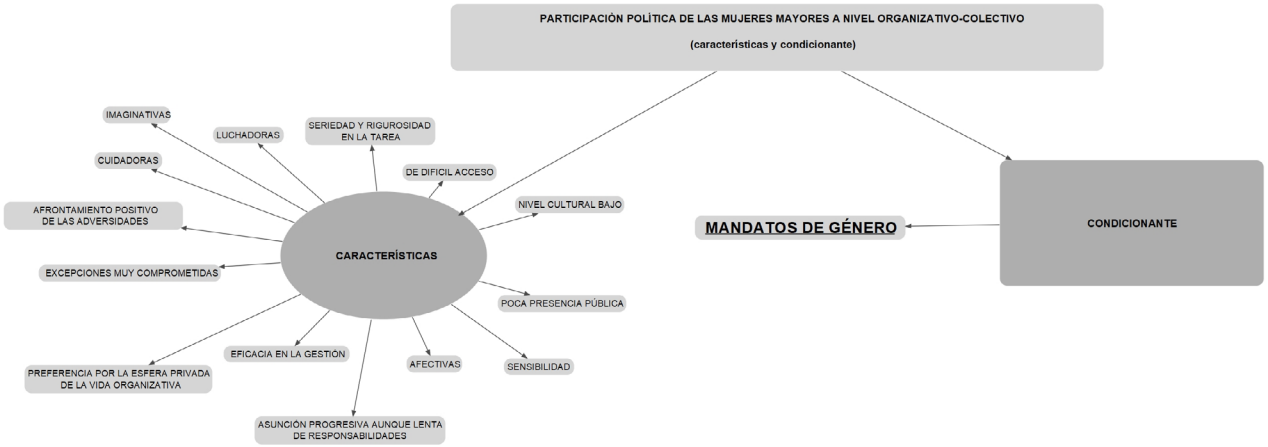
La segunda, aún en activo, representa a una organización cuyo objetivo principal es la protección y defensa jurídica de los intereses de personas mayores que poseen la condición de abuelos. Joven, con un nivel educativo medio y una situación socioeconómica similar. La tercera mujer es portavoz de una estructura organizativa vinculada al movimiento de jubilados y pensionistas, solo tiene 40 años, posee estudios universitarios y trayectoria asociativa previa.

El último caso es el de la informante clave que, aunque no forma parte de la muestra, tiene un perfil muy similar al de los hombres en cuanto a titulación superior y mucho interés por la política. El motivo principal de su implicación fueron los problemas asociados al cuidado de los más mayores en su propia familia.

La juventud de estas mujeres se puede interpretar como un indicio del cambio generacional que se apunta en el horizonte. Mujeres que curiosamente comparten tres condiciones que son las que han permitido su implicación organizativa en un grado alto: nivel educativo medio-alto, condiciones socioeconómicas similares y situación personal y/o familiar favorable para implicarse. Resulta llamativo que mientras que hay hombres que se implican activamente a pesar de no cumplir con estas condiciones, en el caso de las mujeres todos los casos cumplen con estas.

Es evidente que, también en el ámbito de la participación, las exigencias para las mujeres son mayores que para los hombres. El siguiente gráfico expresa con claridad el principal factor que condiciona y obstaculiza la implicación de las mujeres como representantes de organizaciones. A su vez, en el mismo gráfico podemos ver cómo los propios hombres representantes identifican en las mujeres no activistas de sus respectivas estructuras organizativas toda una serie de virtudes y cualidades que las convierten, o más bien las deberían de convertir según ellos mismos, en candidatas ideales para ocupar puestos de responsabilidad.

Gráfico 1. Características y condicionantes de la participación política de las mujeres mayores a nivel organizativo



Fuente: elaboración propia con *Virtual Understanding Environment* a partir del análisis con ATLAS.ti

Otra característica de los activistas es el elevado interés por la política asociado a un sentimiento positivo de eficacia interna. Confían en sus recursos personales para desarrollar las funciones de representación e intermediación de intereses, no así respecto de la receptividad que puedan encontrar en los representantes públicos y partidos políticos (eficacia externa). Esta elevada percepción de su eficacia interna estaría asociada al nivel de instrucción y los recursos y habilidades de que disponen.

La característica individual con mayor variabilidad es la trayectoria asociativa previa. En estructuras formalizadas con un marcado carácter político (secciones de jubilados de partidos y sindicatos), así como en grupos locales (mareas y plataformas) y estructuras intermedias como la coordinadora estatal en defensa del sistema público de pensiones, sus representantes y portavoces han tenido una trayectoria asociativa previa. Su actividad supone la continuación de su activismo social y sindical. Además a todos ellos les une un nivel de desencanto elevado con el papel desempeñado por actores políticos tradicionales. Sin embargo, la otra mitad de la muestra no posee historial asociativo. Su implicación activa es a partir de la jubilación y motivada por los temores e incertidumbres que les suscita la jubilación, además del deseo de sentirse útiles y productivos. Estos manifiestan interés por trabajar por una sociedad que reconozca a la persona mayor como un ciudadano más, rechazando los estereotipos y comportamientos que vulneren sus derechos.

En estos representantes de organizaciones formales que se implican una vez jubilados es donde se percibe con mayor claridad el efecto provocado por el discurso e imagen social asociada al envejecimiento activo. Este marco normativo junto con las decisiones políticas sobre las pensiones públicas ha generado en el colectivo una mayor inquietud por participar. Es probable que ya no haya marcha atrás y las personas mayores estén dispuestas a implicarse políticamente siempre que la situación requiera, es decir, siempre que perciban la necesidad de influir en la toma de decisiones públicas sobre asuntos que les afectan. En este sentido, puede resultar ilustrativo este fragmento discursivo:

> Desde el punto de vista puramente político, los partidos no nos llaman, nos piden que seamos militantes y votantes, pero no nos llaman a participar en los órganos de dirección del partido… Quiero decir, yo no quiero que me miren como mayor, a mí me han de mirar y atenderme como ciudadano. No por ser mayor, soy un ciudadano con edad (CA-68-18).

Por otra parte destacar que los activistas con una trayectoria asociativa previa intensa han experimentado un proceso de socialización temprana muy politizado en contextos como familia, barrio y/o trabajo.

Con respecto a la variable edad, el rango de edades de los entrevistados es bastante amplio, por lo que esta no desempeña un papel determinante en la modalidad de participación política o el grado de implicación organizativa. La edad de los representantes de organizaciones altamente formalizadas oscila entre los 57 y los 92 años. En el caso de los portavoces de grupos locales y estructuras intermedias, entre los 40 y los 69 años. En cuanto a la autoubicación ideológica, la mayoría de los representantes y portavoces se autoubican ideológicamente en la izquierda, y solo una minoría en posiciones de centro-derecha o nacionalistas[6].

En resumen, las variables con mayor capacidad explicativa con respecto a la participación política de las personas mayores activistas en las diversas estructuras organizativas analizadas son el nivel educativo, recursos y habilidades personales asociados a la educación, posición socioeconómica, interés por la política y sexo. La trayectoria asociativa previa también es importante, aunque no resulta ser tan determinante como las anteriores.

Beneficios e incentivos para la participación como activistas

Las dos principales razones expuestas por los representantes y portavoces de las estructuras organizativas para participar activamente son dos: (1) la necesidad de dar sentido a la jubilación con actividades satisfactorias y útiles para otras personas y (2) la defensa de los intereses y derechos del colectivo. Ambas deben ser consideradas *motivaciones públicas o generales* con las que se persigue el beneficio de todo el colectivo de personas mayores e incluso de la sociedad en su conjunto. También destacan razones de carácter ético como el compromiso social, el sentido del deber moral y el deseo de pertenencia a una identidad colectiva superior.

En el caso de quienes no tienen trayectoria asociativa previa, estos se implican activamente a partir de la jubilación y tras la propuesta de otra persona conocida que le anima. Sus recursos y habilidades personales, la disponibilidad de tiempo y las dificultades de afrontamiento de la jubilación tras una vida laboral intensa serán determinantes para su predisposición a participar.

Las diferencias con respecto a las personas que tienen antecedentes de participación social y política se manifiestan a nivel discursivo en el énfasis puesto en las razones para participar. Por ejemplo, el siguiente fragmento discursivo:

> Las primeras inquietudes mías fueron con 23 años, o sea que mi primera actividad social de lucha fue el movimiento sindical. Después ya salí elegido delegado sindical, y la lucha ha sido sindical. Cuando me vine a este barrio, resulta que el 80% somos mayores de 65 años. Bien pues, entonces, me meto también en el movimiento ciudadano y salgo secretario de la asociación de vecinos, y compaginaba el movimiento ciudadano con el movimiento sindical. La preocupación ya como mayor y como jubilado fue que tú sabes que en el 2011 fue cuando se modificó la ley de pensiones. La experiencia era denunciar el incumplimiento del artículo 50 de la Constitución y del artículo 48 sobre el Instituto Nacional de la Seguridad Social. Eso dio origen a otra cosa, a preocuparnos por el futuro de nuestros hijos y nuestros nietos (PV-65-18).

Con respecto a los sentimientos asociados a las razones para implicarse activamente se observan ciertas diferencias en los discursos, al menos en su intensidad y en el componente emocional de estos. En los/as representantes de organizaciones sin trayectoria previa (socio activista) el *sentimiento de utilidad* es central. Sirva de ejemplo lo manifestado por uno de los representantes entrevistados:

> Este (referido a una persona que le acompaña) me invitó a venir aquí y no les caí muy mal de principio (risas), y ya me admiten y me aguantan. Y bueno, pues la razón era eso, tener cosas para hacer, que tuviera un poco de

[6] Las posiciones nacionalistas se observan en representantes de organizaciones sociopolíticas de ámbito territorial autonómico y se circunscriben a territorios como el País Vasco y Cataluña.

> vidilla, el estrés y tal, y sabiendo pues eso, que aquí puedes aportar, que se trabajan proyectos…, pero sobre todo tener ocupaciones, tener contacto con gente y tal. Y bueno, aprovechar la experiencia que tienes de tu vida laboral y esto ¿no? (PV-69-18).

Sin embargo, en el caso de los miembros activistas de estructuras orientadas a la protesta predomina un sentimiento de injusticia, de agravio, de vulneración de derechos y la preocupación por las generaciones futuras. La relevancia del componente afectivo-emocional en estos casos es muy clara:

> Bueno, en esto estamos... Vimos la necesidad de estar ciertamente organizados, de crear este espacio para poco a poco concienciar a este sector de la población de que realmente debe de ser un colectivo en lucha, por las medidas que están tomando con las pensiones y por lo que suponen para las generaciones futuras. Hay que decir también que la crisis ha machacado al colectivo. Un colectivo que se suponía que, a partir de los 65 años, se iba jubilar, tenía su pensioncita, iba a tirar para adelante…, de pronto el mazazo; su familia entera en paro, familias con solamente una pensión con la que tienen que subsistir, y gente que tiene que ir en busca de la caridad (SE-71-18).

En cuanto a los beneficios esperados, tanto representantes como portavoces reconocen obtener beneficios de tipo expresivo como el sentimiento de utilidad (productividad), la satisfacción de ampliar y diversificar sus relaciones personales (sociabilidad) y la de representar al colectivo.

Si nos referimos ahora a los incentivos promovidos por las estructuras para atraer a la persona y conseguir su implicación, señalar que todas promueven los incentivos de tipo utilitario. En el caso de las altamente formalizadas, estos giran sobre todo en torno a la prestación de servicios. Esta circunstancia, junto con el perfil individual que hasta ahora ha predominado en el seno de estas organizaciones (socio conformista), influye según sus propios representantes, en la predisposición del asociado para asumir responsabilidades organizativas y en la capacidad de la organización para movilizar a sus miembros en torno a actividades de carácter reivindicativo y de protesta. A modo de ejemplo, la queja de un representante sobre las dificultades de ceder sus responsabilidades por falta de implicación de otros miembros:

> En 2006 cuando me jubilé, nada más jubilarme me vinieron a buscar aquí de la federación para que trabajara como secretario y a los pocos meses me hicieron presidente. Y llevo, pues aquí, no sabes cómo entras, pero lo difícil es salir. Y fíjate yo, con 78 años, pues tengo que buscar un relevo y eso es enormemente difícil (entrevista nº 18).

Por el contrario, las estructuras organizativas promotoras de eventos de protesta no tienen entre sus objetivos la prestación de ningún tipo de servicio a sus miembros. Este tipo de incentivos instrumentales, basados en una lógica cercana a la que establece un usuario/cliente con cualquier prestador de servicios, la consideran contraproducente para sus objetivos. Precisamente este alejamiento de la lógica instrumental orientada a los servicios, junto con otros elementos diferenciadores, son los que más tienen en cuenta los miembros activistas cuando tratan de generar las mejores condiciones organizativas posibles para la movilización, presión e incidencia política.

6. Discusión y conclusiones

La participación e implicación organizativa en la vejez en unos casos es solo una etapa más dentro de una trayectoria vital de participación e implicación activa (McMunn *et al.*, 2009), sin embargo, en otros casos, producto de aprendizajes a lo largo de la vida (Sigel, 1989), esta se produce tras la jubilación.

La relación positiva entre el sentimiento de eficacia interna y nivel educativo representa un factor facilitador de la predisposición a la implicación organizativa en las personas mayores (Dabbag, 2018). El nivel educativo, sobre todo los estudios superiores, es la variable sociodemográfica con mayor poder explicativo por encima de otras como la ideología (Morales, 2005), de ahí que la titulación universitaria sea uno de los factores que influyen positivamente en el desarrollo de actitudes proparticipativas (Serrat *et al.*, 2015).

Un nivel educativo medio-alto entre socios/as y miembros activistas supone mayores recursos cognitivos, económicos, habilidades personales y de disponibilidad de tiempo necesarios para el activismo (Verba y Nie, 1972). Otro factor relevante asociado a este será el poseer mayores ingresos (Hudson, 2016). La mejora de los niveles educativos y de las condiciones de vida en las nuevas generaciones de mayores pueden explicar el aumento lento, pero progresivo, de la participación política de estos (Dabbag, 2018).

Por otra parte, el descenso en la participación de las personas de edad más avanzada está más relacionado con la reducción de la capacidad funcional derivada de problemas de salud (Amezcua y Sotomayor, 2021) que con la variable edad en sí mismo. Esto es compatible con la constatación del aumento generalizado de la participación de las personas mayores en todos los ámbitos y modalidades, especialmente en el intervalo de edad comprendido entre los 60 y 70 años (Molina *et al.*, 2018). Además, con una tendencia hacia formas no institucionalizadas (Ganuza y Francés, 2015).

Debido a que el sexo también resulta ser muy relevante, autoras como Rodríguez (2021) y Majón (2020) reclaman la incorporación de la perspectiva feminista e interseccional en la investigación gerontológica para explicar la escasa presencia de mujeres mayores en organizaciones de carácter sociopolítico, especialmente desarrollando funciones de representación.

El tiempo que las mujeres dedican a las responsabilidades domésticas, a los cuidados, su incorporación gradual al mercado de trabajo, la desigual distribución de las tareas domésticas que derivan de los roles tradicionales de género, el poco tiempo libre del que disponen y sus dotaciones en términos de habilidades, recursos y conexiones sociales condicionan la participación política de estas (Tormos y Verge, 2012).

La tradicional división sexual del trabajo que asigna a la mujer el trabajo reproductivo y al hombre el productivo sigue teniendo sus consecuencias también en la vejez (Huertas y Prieto, 2015). El aumento de la demanda de cuidados y la segregación de estas actividades podría ser una de las principales amenazas para el envejecimiento activo de las mujeres (Agulló *et al.*, 2018), especialmente en lo que se refiere a sus posibilidades de participación política.

Sobre el envejecimiento activo y sus repercusiones como marco normativo en el ámbito de la participación política, algunos investigadores señalan que el desarrollo de este y su difusión entre las personas mayores todavía es limitado (Rodríguez *et al.*, 2018), aunque a la vez otros reconocen la participación de las personas mayores como un componente central del paradigma del envejecimiento (Del Barrio *et al.*, 2018).

Dos cualidades que las personas mayores atribuyen al concepto de participación son la autonomía y autodeterminación de la persona y el propio colectivo (Olazabal, 2009). A su vez, y con respecto a la influencia de la trayectoria asociativa previa en el grado de implicación organizativa de las personas mayores, los resultados obtenidos en nuestra muestra son coincidentes con los obtenidos por Serrat *et al.* (2016).

En referencia a las motivaciones y beneficios esperados, en las personas mayores activistas predomina el sentido de autonomía moral y de conformidad normativa, en consonancia con lo expuesto por Funes y Cámara (2020). Como novedad desde la dimensión organizativa de la participación colectiva de las personas mayores, las estructuras que promueven la acción colectiva mediante la propuesta incorporan, como estrategia organizativa y de acción, la creación de marcos de injusticia a partir de un sentimiento de agravio. Este marco de injusticia permite la configuración de un marco de identidad desde el que se crea la agencia o capacidad para incidir en los acontecimientos (Funes y Lagoma, 2020: 95).

En cuanto a los beneficios esperados figuran tanto los de tipo expresivo como los instrumentales, sin olvidar que ambos están relacionados con los incentivos organizativos ofrecidos (Knoke y Adams, 1987). Esto evidencia la necesidad de abordar al mismo tiempo la dimensión individual y organizativa de la participación política colectiva de las personas mayores (Serrat *et al.*, 2020). Dicho de otro modo, la participación de los mayores está motivada tanto por factores propios como ajenos, y tanto por factores prácticos como abstractos (Petriwskyj *et al.*, 2014).

Para finalizar, y a modo de conclusiones, señalar que en relación a la pregunta de investigación inicialmente planteada, el grado de implicación de las personas mayores se ve condicionado por características sociodemográficas, dotación de recursos para la participación y actitudes hacia la política. Todo estos factores interaccionan con las características organizativas concretas de cada estructura y las propiedades del entorno. A su vez, factores contextuales individuales que destacan son la herencia cultural recibida y los procesos de socialización experimentados a lo largo de la vida.

Este trabajo ha sido capaz de apuntar las similitudes y diferencias de los perfiles de participantes activistas en las distintas estructuras organizativas de acción política de personas mayores. En este sentido, sería de gran interés poder ampliar el rango de variables individuales como el origen cultura étnico, la discapacidad o la orientación social. También ha destacado la importancia del sexo en la explicación de la participación política de las personas mayores. Hasta el momento, los enfoques feministas han prestado escasa atención a la vejez y el proceso de envejecimiento (Agulló *et al.*, 2018). Autores como Rodríguez (2021) han reclamado la importancia de incorporar la perspectiva de género a la investigación general sobre el envejecimiento por la feminización de la vejez y porque el género sigue siendo precursor de diferencias en comportamientos y actitudes entre las personas mayores.

Futuras investigaciones deben seguir indagando en la dimensión organizativa de la participación política de las personas mayores. Existen evidencias de que las organizaciones y sus características desempeñan un papel relevante en lo que se refiere a captación de las personas mayores y, una vez que han sido captadas, en el grado en el que participan o se implican en la acción política (Devaney *et al.*, 2015).

Además, resulta necesario poner el foco de atención en el contexto social en el que se desenvuelve la vida cotidiana de las personas mayores, prestando atención a aspectos como las redes comunitarias que se establecen, la densidad de estas, la intensidad de las interacciones y la cantidad y la naturaleza de la información que discurre a través de ellas, puesto que son factores que pueden facilitar u obstaculizar la participación y que modulan su intensidad.

La diversidad organizativa contemplada en esta investigación puede considerarse un ejemplo de la capacidad de adaptación del agregado de personas mayores a los cambios sociales. Es importante poner en valor el panorama cada vez más diverso que presenta el fenómeno de la participación política de los mayores a nivel

colectivo. Sin dejar de ser cierto que las actitudes políticas conservadoras y con reticencias claras hacia la participación siguen estando presentes en el colectivo de personas mayores, también se van reconociendo cada vez más actitudes hacia la política en las que la participación e implicación en estructuras organizativas diversas están cada vez más normalizadas.

En este sentido, el progresivo cambio en la imagen social de las personas mayores está teniendo consecuencias sobre la participación social y política de los mayores, aunque se trate de un cambio progresivo y relativamente lento. Esos cambios se manifiestan ya en cuestiones tan relevantes como el proceso de individualización de la política que también les está afectando.

Hasta 2011 la participación política de las personas mayores obedecía a esquemas tradicionales e institucionales. Sin embargo, a partir de esta fecha, se han mostrado más abiertos a otras formas de participación colectiva; formas más flexibles, menos institucionales y más centradas en la reivindicación y presión política a través de la movilización. Se ha producido una ampliación del repertorio de acciones y estrategias de incidencia política. No existe ninguna incompatibilidad entre estas formas más novedosas y las tradicionales, y ambas pueden promoverse desde las organizaciones formales y las estructuras más informales, sin embargo, hasta fechas muy recientes estos comportamientos no se habían manifestado con tanta claridad.

La evolución de la participación política de los mayores demuestra en qué medida las personas mayores pueden seguir siendo permeables a las coyunturas socioeconómicas y políticas que les toca vivir y responder activamente a estas. Los comportamientos políticos que vienen desarrollando en estos últimos años, hasta hace poco tiempo, se consideraban exclusivos de otros grupos de edades o, incluso, estaban vetados para las personas mayores. Este comportamiento, en contra de los estereotipos o la imagen tradicional de los mayores como pasivos o desentendidos, supone derribar una nueva frontera de la edad.

El nuevo ciudadano mayor tiene más interés por la participación política y, cuando cree que debe hacerlo y dispone de los recursos necesarios, participa. Las nuevas estructuras organizativas y las nuevas formas de ser y estar en ellas lo demuestran. Sin embargo, una buena parte del peso e influencia de estos ciudadanos dependerá de sus características internas y de su capacidad para afrontar las amenazas y debilidades que pesan sobre esta forma de participación y de su capacidad para aprovechar los retos y las oportunidades que les ofrezca el contexto en el que se desenvuelvan.

Las estructuras organizativas de personas mayores pueden convertirse progresivamente en actores sociales y políticos relevantes con influencia en la toma de decisiones públicas. Todavía la capacidad de influencia de estas estructuras organizativas es limitada, pero puede ser mayor en un futuro cercano.

Agradecimientos

A la Dra. Lourdes Pérez Ortiz por la dirección de la Tesis Doctoral *Participación política y acción colectiva de las personas mayores: Las consecuencias del envejecimiento y el reemplazo generacional en la España democrática* (http://hdl.handle.net/10486/703884) y al Dr. Manuel Jiménez Sánchez por mi participación en el proyecto PROTEiCA: *Protesta, aprendizaje y cambio político* financiado por FEDER/ Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades-Agencia Estatal de Investigación (Referencia CSO2017-84861-P).

7. Bibliografía

Agulló-Tomás, M. S., V. Zorrilla-Muñoz y M. V. Gómez-García (2018): "Investigación y Evaluación sobre Género/Feminismo y Envejecimiento/Vejez", *Prisma Social 21,* pp. 391-415.

Amezcua, T. y T. Alberich (2020): "Personas mayores: motor de movimientos sociales posindustriales. La marea de pensionistas y jubilados en España y el movimiento Stuttgart 21 en Alemania", *Revista Crítica de Ciencia Sociales*, 19, a1902.

Amezcua-Aguilar, T. y E. Sotomayor-Morales (2021): "Dinámicas de participación en la vejez. Del asociacionismo tradicional al activismo sin carné", *Revista de Ciencias Sociales*, 16(1), pp. 35-34. https://doi.org/10.14198/OBETS2021.16.1.02

Anduiza, E., E. Bonet y L. Morales (2006): "La participación en Asociaciones: niveles, perfiles y efectos", en J. R. Montero, J. Font y M. Torcalbo, eds., *Ciudadanos, asociaciones y participación en España,* Madrid, CIS, pp. 261-280.

Ballester, L. (2006): "El análisis semántico y pragmático de las entrevistas de investigación", *Empiria, Revista de metodología en ciencias sociales,* 11, pp. 107-132.

Barnard, C. (1947): *The functions of the executive*, Cambridge, Harvard University Press.

Brown, R. y D. A. Rohlinger (2016): "The effect of political generation on identity and social change: Age cohort consequences", *Journal of Women and Aging*, 28, pp. 96–111. https://doi.org/10.1080/08952841.2014.950138

Burr, J., F. G. Caro y J. Moorhead (2002): "Productive aging and civic participation", *Journal of Aging Studies*, 16, pp. 87–105. https://doi.org/10.1016/S0890-4065(01)00036-6

Coller, X. (2005): *Estudio de casos*, Cuadernos Metodológicos, 30, Madrid, CIS.

Conde, F. (2010): *Análisis sociológico del sistema de discursos*, Cuadernos Metodológicos, 43, Madrid, CIS.

Dabbag, V.O. (2018): "Participación política de las personas mayores. Más allá de ir a votar", *Revista de Ciencias Sociales,* 79, pp. 146-180.

Del Barrio, E., S. Marsillas, S. y M. Sancho (2018): "Del envejecimiento activo a la ciudadanía activa: el papel de la amigabilidad", *Aula Abierta*, 47 (1), pp. 37-44.
Devaney, C., N. Kearns, A. Fives, J. Canavan, R. Lyons y P. Eaton (2015): "Recruiting and retaining older adult volunteers: Implications for practice", *Journal of Nonprofit and Public Sector Marketing*, 27, pp. 331–350. https: doi:10.1080/10495142.2015.1015373
Durán, M. A. (2007): "La democracia de nuestros mayores. Compromiso cívico y envejecimiento en España", *RIPS,* 6 (2), pp. 91-105.
Duverger, M. (1965): *Los partidos políticos,* Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
Falanga, R., A. Cebulla, A. Principi y M. Socci (2021). "The participation of senior citizens in policy-making: Patterning initiatives in Europe", *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(1), pp. 1–21. https://doi.org/10.3390/ijerph18010034
Fernández-Mayoralas, G., F. Rojo-Pérez, V. Rodríguez-Rodríguez, M. Sánchez-Román, R. Schettini, C. Rodríguez-Blázquez, M. S Agulló-Tomás y F. Abad (2021): "Marco teórico y estudio de diseño de implementación de investigación cualitativa en Envejecimiento activo, calidad de vida y género", en G. Fernández-Mayoralas y F. Rojo-Pérez, eds., *Envejecimiento activo, calidad de vida y género. Las miradas académica, institucional y social,* Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 47-75.
Fireman, B. y W. Gamson (1979): "Utilitarian logic in the resource Mobilization perspective", en M. Zald y J. McCarthy, eds., *The dynamics of social movements: resource Mobilization, social control and tactics*, Cambridge, Winthrop, pp. 8-44.
Fourcade, M. y E. Schofer (2016): "Political Structures and Political Mores: Varieties of Politics in Comparative Perspective", *Sociological Science*, 3, pp. 413-443. https://doi.org/10.15195/v3.a19
Fox, J. y S. Quinn (2012): "The meaning of social activism to older adults in Ireland", *Journal of Occupational Science*, 19, pp. 358–370. https://doi.org/10.1080/14427591.2012.701179
Funes, M. J y C. Lagoma (2020a): "¿Hay alguien ahí? El sujeto político: cuestión de agencia", en M. J. Funes, E. Ganuza y P. García-Espín, eds., *El descontento movilizador. Cultura y discursos sobre la política en un marco de crisis (2011-2013)*, Politeya, Estudios de Política y Sociedad, Madrid, CSIC, pp. 95-122.
Funes, M. J y C. Lagoma (2020b): "¿Qué sienten los ciudadanos cuando se les propone hablar de política?", en M. J. Funes, E. Ganuza y P. García-Espín, eds., *El descontento movilizador. Cultura y discursos sobre la política en un marco de crisis (2011-2013),* Politeya, Estudios de Política y Sociedad, Madrid, CSIC, pp. 49-66.
Funes, M. J. (2003): "La dimensión individual de la acción colectiva. Activistas por la solidaridad y los derechos humanos", en M. J. Funes y R. Adell, eds., *Movimientos Sociales: cambios social y participación,* Madrid, UNED, pp. 225-254.
Funes, M. J. (2011): "La participación en asociaciones de la población mayor de sesenta y cinco años en España", *Revista Internacional de Sociología*, 69(1), pp.167-193. https://doi.org/10.3989/ris.2009.04.14
Funes, M. J. y M. J. Cámara (2020): "Fundamentos culturales de los imaginarios políticos", en M. J. Funes, E. Ganuza y P. García-Espín, eds., *El descontento movilizador. Cultura y discursos sobre la política en un marco de crisis (2011-2013),* Politeya, Estudios de Política y Sociedad, Madrid, CSIC, pp. 31-48.
Ganuza, E. y F. Francés (2015): "La participación ciudadana en Europa: un análisis comparado desde los contextos sociopolíticos", *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*, 10(1), pp. 235-260. https://doi.org/10.14198/OBETS2015.10.1.09
Ganuza, E. y P. García-Espín (2020): "Y la política, entonces, ¿hacia dónde?", en M. J. Funes, E. Ganuza y P. García-Espín, eds., *El descontento movilizador. Cultura y discursos sobre la política en un marco de crisis (2011-2013),* Politeya, Estudios de Política y Sociedad, Madrid, CSIC, pp. 173-196.
Goerres, A. (2009): *The Political Participation of Older People in Europe: The Greying of our Democracies,* Londres, Palgrave Macmillan.
Goodwin, R. y P. Allen (2000): "Democracy and fatalism in the former Soviet Union", *Journal of Applied Social Psychology*, 30, pp. 2558–2574. https://doi.org/10.1111/j.1559–1816.2000.tb02450.x
Hudson, R. B. (2016): "Politics and Policies of Aging in the United States", en K. Linda, F. Kenneth y D. Car, eds., *Handbook on ageing and social sciences,* 8ª ed., Elsevier Science, San Diego, California, pp. 441-459. https://doi.org/10.1016/B978-0-12-417235-7.00021-4
Huertas, T. y C. Prieto (2015): "Trabajo, familia, tiempo libre y relaciones de género. Perspectiva institucional", en C. Prieto, ed., *Trabajo, cuidados, tiempo libre y relaciones de género en la sociedad española,* Madrid, Ediciones Cinca, pp. 29-52.
Jiménez, M., R. Álvarez y G. Bentacor (2021): "La movilización de pensionistas en España como proceso de construcción y aprendizaje de una nueva identidad colectiva", *Empiria, Revista de metodología de ciencias sociales*, 52, pp. 97-124. DOI/empiria.52.2021.31366
Johnson, M. L. y T. Bungum (2008): "Aging adults learning new avocations: Potential increases in activity among educated baby-boomers", *Educational Gerontology,* 34(11), pp. 970-996. https://doi.org/10.1080/03601270802042156
Justel, M. (1996): "Los viejos y la política", *REIS*, 73, pp. 269-297. https://doi.org/10.17811/rifie.47.1.2018.21-28.
Knoke, D. (1990): "Organizing for collective action organizations", *American Sociological Review*, 53, pp. 311-329. https://doi.org/10.2307/2095641
Knoke, D. y R. Adams (1987): "Voluntary Associations and the personal social services", en W. Powell, ed., *The Nonprofit sector: a research handbook*, New Haven, Yale University Press, pp. 240-257.
Majón, D. (2020): *Nuevos horizontes de la participación social en la vejez: las voces de la generación baby boom*, Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla, Sevilla.
Majón-Valpuesta, D., M. Pérez-Salanova, P. Ramos Valverde y A. Haye Molina (2021): "Agencia y participación en la vejez de la generación baby boom: reclamación de espacios alternativos", *Athenea Digital*, 21(1), e2696. https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2696
McMunn, A., J. Nazroo, M. Wahrendorf, E. Breeze y P. Zaninotto (2009): "Participation in socially productive activities, reciprocity and wellbeing in later life: baseline results in England", *Ageing and society*, 29(05), pp. 765-782. http://dx.doi.org/10.1017/s0144686x08008350

Medina, L. y L. Ramiro (2006): "La participación en asociaciones. Actitudes y estructuras organizativas", en J. R. Montero, J. Font y M. Torcal, eds., *Ciudadanos, asociaciones y participación en España,* Madrid, CIS, pp. 281-300.
Merton, R. K. y P. L. Kendall (1946): "The focused interview", *American Journal of Sociology,* 51, pp. 541-547.
Molina, M. A., J. L. Cañadas-Reche y R. Serrano-del-Rosal (2018): " Social Participation of the Elders in Europe: The Influence of Individual and Contextual Variables", Ageing International, 43, n.º 2, pp. 190-206. https://doi.org/10.1007/s12126-017-9300-z
Morales, L. (2001) : "Participación Política y Pertenencia a Grupos Políticos: los límites de las explicaciones individuales y la necesidad de considerar el contexto político", *REIS,* 94*,* pp. 153-184. https://doi.org/10.2307/40184316
Morales, L. (2005) : "¿Existe una crisis participativa? La evolución de la participación política y el asociacionismo en España", *Revista Española de Ciencia Política,* 13, pp. 51-87.
Morales, L., F. Mota y S. Pérez-Nievas (2006): "La participación en asociaciones: factores individuales", en J. R. Montero, J. Font, y M. Torcal, eds., *Ciudadanos, asociaciones y participación en España,* Madrid, CIS, pp.157-182.
Núñez, C. (2017): "El asociacionismo de las personas mayores como instrumento para la participación en la elaboración de las políticas públicas", en A. I. Lima, E. Pastor y C. Verde, coords., *Comunidades sostenibles: dilemas y retos desde el trabajo social,* Pamplona, Aranzadi. pp. 1664-1672
Nygard, M., F. Nyqvist, W. Streenbeek y G. Jakobsson (2015): "Does social capital enhance political participation of older adults? A multi-level analysis of older Finns and Swedes", *Journal of International and Comparative Social Policy*, 31 (3), pp. 234-254. https://doi.org/10.1080/21699763.2015.1069207
Olabuénaga, J. I. (2013): *Metodología de la investigación cualitativa,* Bilbao, Universidad de Deusto.
Olazabal, I. (2009): *¿Que sont les baby-boomers devenus? Aspects sociaux d'une génération vieillissante,* Madrid*,* Editions Nota Bene.
Packer, M. J., A. Cera, C. Parada y P. Torres (2018): *La ciencia de la investigación cualitativa*, Bogotá, Universidad de los Andes.
Petriwskyj, A., J. Warburton, J. A. Everingham y M. Cuthill (2014): "Seniors' motivations for participation in local governance: Evidence from an Australian study", *Local Government Studies*, 40(2), pp. 240-263. https://doi.org/10.1080/03003930.2013.790812
Pérez, L. (1996): "La posición económica de los ancianos españoles", *REIS*, 73, pp. 149-176.
Phillipson, C. (2019): "Fuller or extended working lives? Critical perspectives on changing transitions from work to retirement", *Ageing & Society*, 39(3), pp. 629- 650. https://doi.org/10.1017/S0144686X18000016
Piercy, K. W., C. Cheek y B. Teemant (2011): "Challenges and psychosocial growth for older volunteers giving intensive humanitarian service", *The Gerontologist*, 51, pp. 550–560. https://doi.org/10.1093/geront/gnr013
Quaranta, M. (2018): "Repertoires of political participation: macroeconomic conditions, socioeconomic, resources, and participation gaps in Europe", *International Journal of comparative sociology,* 59 (4), pp. 319-342. https://doi.org/10.1177/0020715218800526
Reed, J., G. Cook, V. Bolter y B. Douglas (2006): *Older people getting things done, Involvement in policy and planning initiatives,* York, Joseph Rowntree Foundation.
Rodríguez, P. (2021): *Género y envejecimiento en España. Perfiles, datos y reflexiones*. Colección Papeles de la Fundación, nº 6, Madrid, Fundación Pilares.
Rodríguez, V., M. Rojo-Pérez, G. Fernández-Mayorales y M. E. Prieto-Flores (2018): "¿Cómo interpretan el envejecimiento activo las personas mayores en España? Evidencias desde una perspectiva no profesional", *Aula Abierta*, 47 (1), pp. 67-78. Oviedo, Universidad de Oviedo. https://doi.org/10.17811/rifie.47.1.2018.67-78
Schwarz, C. (2019): "Collective Memory and Intergenerational Transmission in Social Movements: The Grandparents'Movement Yayoflautas, the Indignados Protests, and the Spanish Transition", *Memory Studies*, pp. 1-18. https://doi.org/10.1177/1750698019856058
Serrat, R., A. Petriwskyj, F. Villar y J. Warburton (2016): "Learning Through Political Participation: A Case Study of Spanish Elders Involved in Political Organizations", *Adult Education Quarterly*, 66(2), pp. 169–187. https://doi.org/10.1177/0741713615627013
Serrat, R., T. Scharf, F. Villar y C. Gomen (2020): "Fifty- five years of research into older people´s civic participation: recent trends, future directions", *The Gerotologist*, 60 (1), pp. 38-51. https://doi.org/10.1093/geront/gnz021
Serrat, R., F. Villar y M. Celdrán (2015): "Factors associated with Spanish older people's membership in political organizations: the role of active aging activities", *European Journal of Ageing*, 12(3), pp. 239–247. https://doi.org/10.1007/s10433-015-0341-4
Sigel, R. (1989): *Political learning in adulthood*, New York, Random House.
Subirats, J. (2011): "El reto de la nueva ciudadanía. Nuevos relatos y nuevas políticas para distintas personas mayores", en P. Causapié *et al.*, coords., *Libro Blanco del Envejecimiento Activo,* Madrid, IMSERSO, pp. 85-102.
Tormos, R. y T. Verge (2012): "La persistencia de las diferencias de género en el interés por la política", *REIS*, 138, pp. 89-108. https://doi.org/10.5477/cis/reis.138.89
Vallés, M. S. (1997) : *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional,* Madrid, Síntesis.
Vallés, M. S. (2014): *Entrevistas cualitativas*, Madrid, CIS.
Van Stekelenburg, J. y B. Klandermans (2010): "The social psychology of protest", *Sociopedia.isa*, pp. 1-13. http://dx.doi.org/10.1177/20568460107
Verba, S. y N. H. Nie (1972): *Participation in America: Political Democracy and Social Equality,* New York*,* Harper y Row. https://doi.org/10.2307/2129120

CC BY

MISCELÁNEA

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.84616

EDICIONES COMPLUTENSE

Parto o muerte: la extinción de España. Una revisión sistematizada de la literatura sobre la construcción de "pánicos demográficos"

Alba María Aragón Morales[1] y Antonia María Ruiz Jiménez[2]

Recibido: 09-11-2022 // Aceptado: 16-05-2023

Resumen. El proceso de cambio demográfico en el que se encuentra inmersa la sociedad europea, y particularmente la española, viene siendo objeto de una gran atención mediática y política. Esta atención no es ajena a los recientes éxitos electorales de diferentes partidos de derecha radical, de manera que los mensajes que recibimos de forma cotidiana están profundamente impregnados por su ideología antifeminista, nativista y xenófoba. De este modo, el cambio demográfico se está construyendo en clave de crisis, como "catástrofe demográfica", con importantes consecuencias de género y sobre la población inmigrante y refugiada en materia de derechos sexuales y reproductivos, entre otros.
Para abordar esta realidad, contextualizamos el cambio a través de diferentes indicadores demográficos, y llevamos a cabo una revisión sistematizada de la literatura. Nos centramos en la bibliografía sobre pánicos demográficos como la más relevante para entender la construcción del cambio demográfico como problema, y finalizamos con una reflexión sobre la necesidad de analizar el pánico al cambio demográfico en España tras la irrupción de Vox en el Congreso de los Diputados.
Palabras clave: envejecimiento demográfico; natalismo; derecha radical; nacionalismo; género.

[en] Breeding or burying: the extinction of the Spanish nation. A systematized literature review about demographic panics construction

Abstract. The ongoing process of demographic change in European and Spanish societies deserved considerable media and political attention. This attention is also related to the recent electoral successes of different radical right-wing parties. Thus, the messages we receive daily are deeply influenced by their anti-feminist, nativist, and xenophobic ideology. In this way, demographic change is being constructed as a crisis, as a "demographic catastrophe", which bears important consequences for gender and the immigrant and refugee population in terms of sexual and reproductive rights, among others.
We contextualize the change through different demographic indicators and conduct a systematized literature review to address this reality. We focus on the bibliography dealing with demographic panics as the most relevant to understand the construction of demographic change as a problem. We conclude with a reflection on the need to analyse demographic change panics in Spain after Vox's irruption on the national political scene.
Keywords: ageing population; natalism; radical right; nationalism; gender.

Sumario. 1. Introducción. 2. Contextualización: La distribución poblacional y sus interpretaciones. 3. Metodología. 4. Resultados. 5. Reflexiones finales. 6. Bibliografía.

Agradecimientos. La investigación presentada en este artículo ha sido posible gracias a una ayuda predoctoral FPU (2020) del Ministerio de Universidades para el desarrollo del proyecto "¿España necesita madres? La agenda de la reproducción biológica de la nación española".

Como citar: Aragón Morales, A. M. y Ruiz Jiménez, A. M. (2023). Parto o muerte: la extinción de España. Una revisión sistematizada de la literatura sobre la construcción de "pánicos demográficos". *Polít. Soc. (Madr.)* 60(3), 84616. https://dx.doi.org/10.5209/poso.84616

[1] Universidad Pablo de Olavide (España).
E-mail: amaramor@upo.es
ORCID: 0000-0001-8813-9880

[2] Universidad Pablo de Olavide (España).
E-mail: amruiz@upo.es
ORCID: 0000-0001-9666-946X

1. Introducción

Actualmente, en España, es frecuente encontrar metáforas apocalípticas sobre nuestro futuro como nación, vinculadas con diferentes aspectos del cambio demográfico experimentado en nuestro país.

> El invierno demográfico es una auténtica amenaza existencial que pesa sobre la supervivencia misma de España como nación (…). Nuestra pirámide demográfica exhibe ya una pavorosa dentellada en su mitad inferior, de tal forma que en algún momento se derrumbará sobre nosotros y nos aplastarán sus cascotes. Ciertamente este es un cáncer que afecta a todo el país, pero avanza en unos territorios más rápido que en otros[3].

Esta intervención tenía lugar el pasado día 25 de febrero de 2021, en el marco del debate sobre la proposición no de ley relativa a las medidas necesarias para paliar los efectos de la despoblación en España. Pero es igualmente frecuente encontrar titulares del mismo tono en los medios de comunicación[4], enfatizando el carácter negativo y amenazador del cambio demográfico para el progreso económico de España. Las estadísticas oficiales sobre población muestran un descenso agudo en la fecundidad y un incremento de la esperanza de vida sin precedentes, lo que se ha traducido en una reducción del tamaño de los grupos de edad más jóvenes y un aumento proporcional del grupo integrado por personas mayores de sesenta y cuatro años, elevando la edad media de la población.

Así, el descenso de la natalidad, el aumento de la esperanza de vida, la despoblación de algunos territorios o la amenaza que el envejecimiento de la población puede representar para la financiación de las pensiones en el futuro son temas recurrentes en la agenda mediática (Fernández, 2020). Y, de hecho, encontramos también reacciones políticas a este fenómeno, que ha sido reconocido en los últimos años como uno de los grandes retos de las sociedades contemporáneas, tanto por instituciones nacionales como internacionales. En la mayoría de los Estados miembros de Naciones Unidas se identifican diversos ejercicios de ingeniería demográfica, políticas orientadas al control de la población, con el objetivo de incidir en sus tasas de fecundidad e inmigración (Vanhuysse & Goerres, 2021).

Estas respuestas políticas ante el cambio demográfico oscilan desde la defensa de las migraciones y de las políticas de conciliación, hasta diversas expresiones del natalismo e incluso del nativismo. Estas últimas, están siendo articuladas en los últimos años principalmente por los partidos de ultraderecha[5] europea, que pretenden incrementar la población autóctona de los Estados frente a los flujos de personas de origen inmigrante que reciben sus fronteras.

La interpretación del cambio demográfico en términos de envejecimiento hace que persistan determinados temores en torno al devenir de las poblaciones (Pérez, 2016), lo que facilita su manipulación por parte de diferentes actores políticos. Frente a las alarmas de crisis, el cambio demográfico puede entenderse como consecuencia de la adquisición de derechos sociales en materia de igualdad, salud y bienestar de la población (Domingo, 2018). La literatura científica en los últimos años se ha encargado de analizar en gran medida la evolución histórica y los retos presentes y futuros que este fenómeno traerá consigo. Sin embargo, se ha prestado una atención menor al proceso de construcción del envejecimiento de la población como problema público.

Las autoras de este artículo compartimos la hipótesis de que la construcción del problema del "envejecimiento demográfico" es un ejemplo de estrategia desplegada desde posiciones ideológicas conservadoras para promover determinados modelos sociales. Estos guardan relación con la defensa de la familia y la maternidad cisheteropatriarcal, el rechazo al aborto y a la diversidad sexual, entre otros. Proponemos que la construcción del marco interpretativo sobre el problema demográfico se asienta sobre la creación de "estados de miedo" en torno al devenir de la nación si su población nativa no se mantiene estable y, más concretamente, si los poderes públicos no adoptan medidas para favorecer que esto suceda. Este estado de "pánico demográfico" trata de fundamentarse en estadísticas oficiales y opiniones de expertos aparentemente objetivas, un recurso con el que se aspira a racionalizar y naturalizar la necesidad de mantener modelos, roles y estereotipos heteronormativos (Trimble, 2013).

Por tanto, el objetivo general de este artículo es realizar una revisión sistematizada de la literatura (RSL) sobre las principales aportaciones teóricas que pueden orientar el análisis de la construcción del envejecimiento como un pánico demográfico. Para ello se realizará una contextualización del fenómeno en España, considerando las perspectivas desde las que se han interpretado los procesos demográficos por los que ha transitado nuestro país. Se prestará atención a la interpretación del envejecimiento demográfico como un problema, en términos de amenaza para la supervivencia nacional, constituyendo lo que se han considerado "pánicos demográficos", así como a su utilización política en la actualidad por parte de los partidos de derecha radical.

---

[3] Diario de Sesiones Pleno del Congreso de los Diputados. 25/02/2021. p.7.

[4] Como ejemplo, véanse titulares de prensa referenciados en anexo 1. Los anexos 1 y 2 se encuentran disponibles en el siguiente enlace: http://hdl.handle.net/10433/16704.

[5] Se ha utilizado "ultraderecha" como un "concepto paraguas" que aglutina las subcategorías ideológicas de derecha radical, que desafía los fundamentos liberales de las democracias avanzadas contemporáneas sin abogar por la destrucción del sistema democrático, y de extrema derecha, fundamentalmente antidemocrática (Pirro, 2022).

Posteriormente, se presentará la metodología y los resultados obtenidos mediante la RSL sobre pánicos demográficos, señalando las principales aportaciones sobre su origen, caracterización y consecuencias. Finalmente, se identificarán algunas lagunas existentes en la producción científica revisada y se esbozará una propuesta de análisis que permita ampliar el campo de conocimiento existente hasta la fecha sobre la construcción de la crisis demográfica en España.

2. Contextualización. La distribución poblacional y sus interpretaciones

A lo largo de la historia, las distribuciones poblacionales se han visto afectadas por el contexto histórico, político y social del momento, siendo sensibles a eventos importantes como enfrentamientos bélicos, avances médicos o cambios de valores en la población, entre otros. Hasta el siglo XIX Europa se caracterizó por mantener poblaciones "jóvenes", definidas por una alta fecundidad y mortalidad. En el siglo XX, debido a la reducción de la mortalidad y la fecundidad, la tendencia cambia, incrementándose paulatinamente la población de edad más avanzada. Por otro lado, es en este siglo cuando la consolidación del censo y los métodos estadísticos para el control de la población permiten observar dichos cambios de tendencia con mayor claridad (Pérez, 1994).

Estas transformaciones se han manifestado de forma especialmente acelerada en España a partir de mediados de los años setenta, coincidiendo con la Transición democrática y los avances que trajo aparejada. Entre ellas, la legalización de medidas e instrumentos de planificación familiar, el incremento de las oportunidades educativas y laborales, y políticas como la legalización del divorcio o la despenalización del aborto tuvieron un impacto destacado sobre la vida de las mujeres españolas y sus calendarios de fecundidad (Valero, 1997). El resultado fue un descenso sostenido en las tasas de fecundidad. Aunque se detecta un repunte de nacimientos en el año 2000, a partir de 2008, coincidiendo la precarización de las condiciones de vida en el país, la tendencia vuelve a ser claramente decreciente.

En resumen, según datos del INE (2022) la tasa de fecundidad en España ha pasado de 78,3 por cada mil mujeres en 1975 al 32,42 (para el año 2021). No obstante, cabe señalar que el volumen de mujeres emigrantes en edad fértil que ha recibido el país durante las tres últimas décadas ha contribuido a sostener la fecundidad y el número de niños en la población total (Castro y Rosero, 2011). Es decir, el número medio de hijos por mujer en edad fértil presenta diferencias notables entre mujeres españolas (1,16 en 2021) y mujeres extranjeras (1,39 en el mismo año), aunque ambos grupos presentan valores muy alejados de la conocida tasa de reemplazo generacional situada en 2,1 hijos por mujer.

Estas tendencias están acompañadas por el aumento de la supervivencia, la otra constante a lo largo del siglo XX. En España, la esperanza de vida ha pasado de 73,44 años en 1975, a 83,07 años en 2021. La proporción de personas mayores de 64 años con respecto al total de población española ha pasado del 10 por ciento en el año 1975, al 19 por ciento en 2020 (INE, 2021), previéndose que dicha proporción supere el 26% en 2035 (Serrano, Latorre y Gatz, 2014). A partir de estos datos encontramos, sin embargo, interpretaciones muy dispares, tanto sobre su significado como sobre la necesidad de intervenir (y los mecanismos que deben utilizarse) para corregir estas tendencias demográficas.

2.1. Perspectivas sobre el envejecimiento demográfico en Europa

El envejecimiento demográfico en las sociedades occidentales es un hecho constatado que, lejos de ser coyuntural, marca una tendencia. Existen dos interpretaciones principales en torno a las causas y posibles consecuencias que este fenómeno traerá consigo. La primera presenta una visión pesimista y alarmante sobre el presente y el futuro de la población, considerando que el declive en la fecundidad abocará a los países europeos al desastre económico y social. La segunda defiende una interpretación más optimista, que identifica el cambio demográfico como resultado de los avances políticos y sociales que han permitido elevar la esperanza de vida a niveles sin precedentes.

Para la interpretación pesimista, el descenso de la natalidad es una amenaza que debe reflexionarse y solventarse antes de que sus consecuencias sean irreversibles para el desarrollo de los Estados (Van Dalen y Henkens, 2021). La literatura que sustenta esta interpretación utiliza sinónimos del proceso de cambio demográfico como "invierno demográfico", "catástrofe demográfica" e incluso "suicidio demográfico", que apelan a un carácter dramático y peligroso del fenómeno, contribuyendo a su definición como un "pánico".

Entre las causas que habrían llevado a los países europeos a esta situación, se identifican el deterioro de los valores tradicionales, el materialismo, la incertidumbre y el declive del sistema de creencias religioso que se ha traducido en un auge del individualismo (Contreras, 2012). La priorización de las aspiraciones personales y una atenuación del compromiso familiar tendrían consecuencias sobre la decisión de tener hijos. Otros elementos causales, en esta interpretación, están relacionados con los cambios en la dimensión de género: el acceso de las mujeres a todos los niveles educativos, su incorporación al mercado laboral, la despenalización del aborto y la extensión del uso de métodos anticonceptivos.

En contraposición, la postura optimista considera el cambio demográfico como una consecuencia de los avances políticos y sociales de las democracias contemporáneas. Reivindica la necesidad de cambiar el enfoque conservador que correlaciona progreso económico y altas tasas de natalidad. Partiendo del rechazo al "alarmismo", los autores que se posicionan en esta línea definen el cambio poblacional en términos de "revolución reproductiva" (Pérez y Abellán, 2018). La población se considera como un sistema, en el que tanto los nacimientos como los movimientos migratorios mantienen el grupo humano frente a la mortalidad de sus miembros (a menor mortalidad, por tanto, menor necesidad de nacimientos o migración). El cambio demográfico se caracterizaría por una transición, desde un modelo natalista a otro más eficiente, que garantizaría que sus miembros alcancen la edad necesaria para reproducirse (Pérez, 2019). Esta transformación supone la extensión a todos los estratos sociales de la posibilidad de disfrutar de una vida larga.

La postura pesimista ha ganado peso en muchos partidos de derecha radical europeos, convirtiéndose en el principal soporte argumental de discursos y propuestas políticas. Como señala Pérez (2020: 51), estos planteamientos se están adueñando del "relato". No solo eso, sino que los partidos que comparten estos planteamientos están logrando influir en las políticas sociales acorde con estos principios. Esto se produce de forma directa en aquellos Gobiernos en los que participan, o indirectamente apoyando al partido del Gobierno (Ennser, 2022). Asistimos así al renacimiento de políticas que limitan la recién adquirida libertad sexual[6] de las mujeres, imponiéndoles un deber maternal, o que rechazan nuevos modelos de sexualidad o de familias "no reproductoras" (homosexuales).

2.2. El nativismo como respuesta al envejecimiento de la población: nacionalismo demográfico en la agenda de la derecha radical

Como hemos señalado, la propagación de la interpretación pesimista sobre el cambio demográfico está ligada al relativo éxito electoral[7] que los partidos de derecha radical han alcanzado en Europa, unido a la habilidad de estos partidos para difundir sus mensajes en redes. Las políticas de control de la población han demostrado ser ineficaces para alcanzar sus fines (Bricker e Ibbitson, 2019). Sin embargo, la articulación de políticas natalistas sigue siendo una solución extendida entre los partidos de derecha radical para solventar la "crisis demográfica". Entre ellas, prestaciones económicas a las familias con hijos, beneficios fiscales a las familias numerosas, prestaciones por maternidad, etc. Pero también existen otras propuestas restrictivas de derechos y libertades reproductivas como la prohibición del aborto o de la utilización de métodos anticonceptivos, con importantes consecuencias de género.

Entre los argumentos principales, estos discursos incluyen la decadencia de la cultura nacional, la crítica al multiculturalismo y el peligro que supone la inmigración para Occidente, especialmente la procedente de los países islámicos. Un elemento común, especialmente relevante para su análisis desde el punto de vista demográfico, es el nativismo (Dâmaso, 2018). El nativismo es una doctrina política que argumenta la necesidad de defender y favorecer a la población autóctona de la nación frente a la no nativa (o extranjera), al considerar que esta amenaza la homogeneidad, el bienestar y la identidad del grupo nativo (Mudde y Rovira, 2018). El nativismo es uno de los componentes principales de la familia de partidos de derecha radical y una de las expresiones básicas de la combinación entre nacionalismo y xenofobia (Ferreira, 2019).

En síntesis, debido a sus concepciones nativistas, los partidos de derecha radical introducen un notable interés por la composición demográfica de sus países de origen, manifestando lo que Neubert, Gökariksel y Smith (2019) han definido como "sueños febriles demográficos". La demografía se usa políticamente. Se crean y difunden mensajes, a menudo solo parcialmente basados en la realidad, para crear estados de miedo o de ansiedad en la población, facilitándose la aplicación de las políticas nativistas de estos partidos de derecha radical. Se produce una utilización selectiva y a menudo descontextualizada de determinados datos y/o indicadores demográficos para sostener los argumentos esgrimidos por estas formaciones. También la adopción de narrativas pseudocausales contrarias a la evidencia empírica existente sobre el contexto demográfico (Zaun y Nantemoz, 2021). Este "contraconocimiento[8]" juega un papel clave para la articulación de "narrativas del miedo" en torno al devenir de las poblaciones, que tienen la finalidad de legitimar políticas vinculadas a intereses antiinmigratorios y antifeministas (Wodak, 2015).

En resumen, las narrativas sobre el cambio demográfico, basadas en el temor a la diversidad racial y enmarcadas en la definición de una sociedad mayoritaria-minoritaria, influyen poderosamente en la percepción social sobre el fenómeno del cambio demográfico y las respuestas políticas al mismo, pudiendo desencadenar oleadas xenófobas e islamofóbicas (Levy y Myers, 2021). Por ello, resulta necesario profundizar en los procesos de construcción de los "pánicos" al cambio demográfico sobre los que se construyen tales narrativas, así como sobre las motivaciones y

---

[6] Cabe destacar las recientes medidas "provida" propuestas por Vox en Castilla y León, como el ofrecimiento del latido fetal o ecografías en 4D a mujeres que deseen abortar en la comunidad.

[7] Aunque su éxito electoral ha sido moderado en comparación a otros partidos *mainstream*, la presencia de la derecha radical en las esferas políticas nacionales se ha relacionado con el posible contagio de temáticas a las agendas de formaciones consolidadas, así como con mayores niveles de polarización política (Spanje, 2010; Abou y Werner, 2018).

[8] El contraconocimiento hace referencia a la impugnación de las autoridades tradicionales de conocimiento mediante la defensa de autoridades cognitivas alternativas que tratan de desafiar el "conocimiento impuesto por las élites".

contextos en los que estos han surgido previamente. Esto nos permitirá conocer mejor sobre qué narrativas se articulan los temores a las crisis demográficas y qué argumentos se utilizan para alimentarlos.

3. Metodología

El objetivo del artículo es ofrecer una síntesis cualitativa de las principales aportaciones que se han realizado sobre la construcción de "pánicos demográficos" y, más concretamente, sobre el envejecimiento demográfico como una causa de pánico. La RSL permite realizar una recopilación sistematizada de la información científica más relevante disponible sobre el objeto de estudio y detectar futuras líneas de investigación todavía no exploradas (Ferreira, Urrútia y Alonso-Coello, 2011). La aplicación de este sistema de revisión facilita su reproducción, verificación y transparencia; así como la actualización de las fuentes, en un contexto en el que la producción científica internacional aumenta continuamente (Sánchez y Botella, 2010; Pertegal, Oliva y Meirinhos, 2019).

Esta revisión se ha llevado a cabo atendiendo los estándares de la declaración PRISMA y a través de cuatro fases, adaptando el método propuesto por Codina (2018) para la realización de revisiones sistematizadas. Estas fases comprenden 1) búsqueda de información en bases de datos especializadas; 2) evaluación de los documentos encontrados a partir de la aplicación de criterios de inclusión y exclusión; 3) análisis temático de los hallazgos más relevantes y 4) síntesis de los resultados obtenidos. El protocolo empleado para la búsqueda y selección de la literatura especializada se detalla en la tabla 1.

Tabla 1. Estrategia utilizada para la búsqueda y selección de documentos para la revisión sistematizada de la literatura

Criterios de búsqueda	***Criterios de selección***	
Palabras clave	**Inclusión**	**Exclusión**
"ageing population" AND "policy making" AND crisis overpopulation AND "policy making" "ageing population" AND fear "birth control" AND "policy making" AND gender	- Aportaciones incluidas en los siguientes dominios de investigación: ▪ WOS: Sociology. ▪ Scopus: Social Science. ▪ Dialnet: búsqueda general. ▪ IBSS: búsqueda general. - Aportaciones que incluyan los términos de búsqueda en su título, resumen y/o palabras clave. - Adecuación temática al objeto de estudio planteado, que recojan información acerca de: ▪ Definición de pánicos demográficos. ▪ Origen y contextos en los que se han desarrollado y/o se están desarrollando en la actualidad pánicos demográficos. ▪ Consecuencias de la inserción de los pánicos demográficos en la agenda política (discursos políticos, políticas públicas, etc.) - Documentos que correspondan a artículos científicos, tesis doctorales y capítulos de libro.	- Estudios publicados fuera del periodo temporal acotado: 2012-2022. - Trabajos realizados desde disciplinas de investigación diferentes a las recogidas en los dominios de investigación considerados (disciplinas no afines a las Ciencias Sociales).

Nota: las comillas impiden que el operador AND actúe por defecto cuando los conceptos están formados por varias palabras.

Fuente: elaboración propia.

Como refleja la tabla 1, la búsqueda se ha basado en palabras clave. El listado inicial, desarrollado a partir de la literatura revisada para la contextualización del objeto de estudio y del tesauro especializado de la UNESCO para el área de Ciencias Sociales, se ha refinado de forma iterativa. Se han eliminado aquellos términos que no producían resultados, o que generaban mucho ruido, y se han incluido otros nuevos, para terminar ajustando el listado a los términos más utilizados en la literatura disponible en las bases de datos seleccionadas.

Se han utilizado cuatro bases de datos, tres generales y una específica del área de Ciencias Sociales. En el primer caso se ha optado por *Web of Science* (WOS), *Scopus* y Dialnet[9]. En el segundo se ha seleccionado la

[9] Aunque Dialnet no ofrece motor de búsqueda avanzada como las demás bases de datos consideradas, es el principal repositorio documental de acceso abierto en castellano.

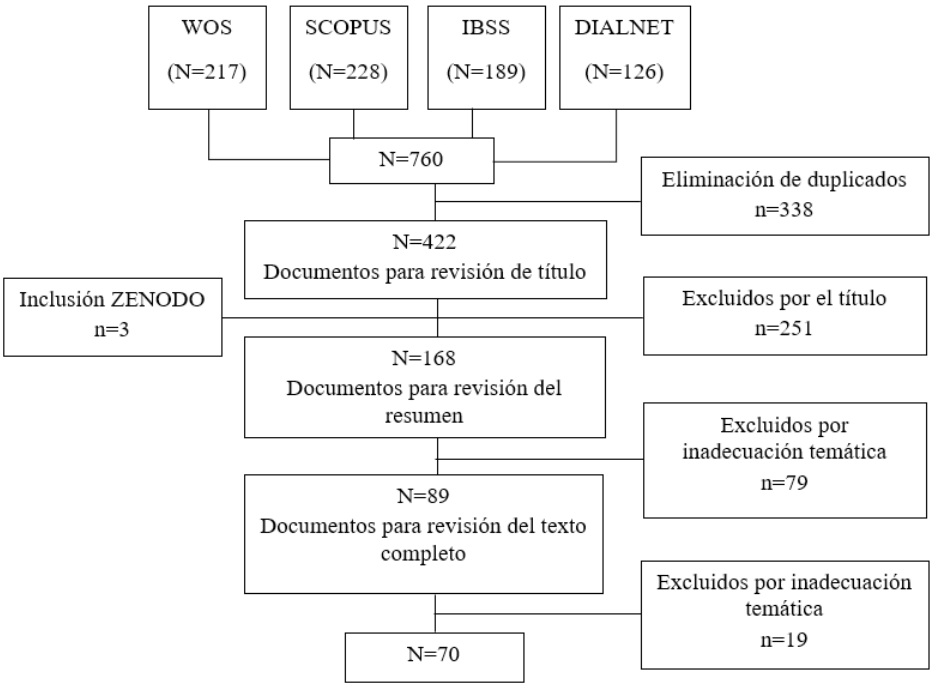
International Bibliography of the Social Science (IBSS). El rastreo de documentos se ha realizado mediante la función de búsqueda avanzada por palabras clave y operadores lógicos que ofrecen todos los motores seleccionados. Dado el amplio volumen de documentación recuperada de las bases de datos, se ha establecido la relevancia como criterio para ordenar los resultados de las búsquedas[10]. En aquellos casos para los que se han obtenido más de cincuenta documentos, se han tenido en consideración solo aquellos que, por relevancia, figuraban entre los cincuenta primeros. El periodo temporal de búsqueda se ha acotado a aquellos registros realizados entre el año 2012 y 2022, ambos inclusive, para dar cuenta de las aportaciones más recientes en la materia.

En cuanto a la selección de los trabajos, se ha atendido a los criterios de inclusión-exclusión detallados en la tabla 1. Para considerar la inclusión de cada documento en la RSL, se ha atendido de forma preliminar el título y su posible relevancia para el objeto de estudio. Se han contemplado como documentos de interés tanto artículos publicados en revistas científicas como tesis doctorales y capítulos de libros. La inclusión de estos dos últimos formatos responde al interés en evitar el denominado "sesgo del archivador" (*file-drawer problem*). Utilizados adecuadamente, estos pueden dar cuenta de hallazgos novedosos e innovadores en torno a temas poco explorados en la literatura, facilitando también la identificación de lagunas existentes sobre el tema de estudio (Gorard, 2013: 27). También con este objetivo, y de forma complementaria a lo reflejado en la tabla 1, se ha realizado una exploración en la plataforma Zenodo que, mediante acceso abierto, permite la consulta de documentos de investigación de diverso tipo (bases de datos, informes…), incluyendo la procedente de proyectos actualmente en curso[11].

4. Resultados

La aplicación de los criterios de búsqueda y selección de los documentos preestablecidos han permitido acotar y sistematizar la información disponible para las palabras clave consideradas. La figura 1 muestra el diagrama de flujo que recoge el proceso de inclusión y exclusión de registros atendiendo a los criterios señalados. De los 760 documentos identificados, finalmente se han incluido en el análisis 70 aportaciones científicas[12], atendiendo a su vinculación temática con el objeto de estudio planteado.

Figura 1. Diagrama del proceso de selección de los documentos identificados en las bases de datos tras la aplicación de los criterios de búsqueda



N: número total de documentos que componen la RSL.
N: número de documentos que se extraen del total de documentos que componen la RSL.
Fuente: elaboración propia a partir de la propuesta de Arnau y Sala (2020: 10).

[10] Este criterio ordena los registros en función a cuántos de los términos de búsqueda indicados se incluyen en cada uno, atendiendo a los campos de título, resumen y palabras clave.

[11] Zenodo no dispone de motor de búsqueda avanzada, por lo que se ha realizado una búsqueda exploratoria introduciendo individualmente las palabras clave consideradas.

[12] La relación completa de aportaciones analizadas se encuentra en el anexo 2. En adelante solo se han citado y referenciado aquellas aportaciones de la RSL que se han considerado en la redacción de los resultados.

En la tabla 2 se sintetiza la distribución cuantitativa de los documentos identificados (Ident.) y seleccionados (Selecc.). Como puede apreciarse, la mayoría de los documentos, identificados y seleccionados, corresponden a artículos científicos, aunque cabe destacar también la existencia en los registros de capítulos de libro y de tesis doctorales.

Tabla 2. Número de documentos identificados y seleccionados tras la aplicación de los criterios para la revisión sistemática de la literatura

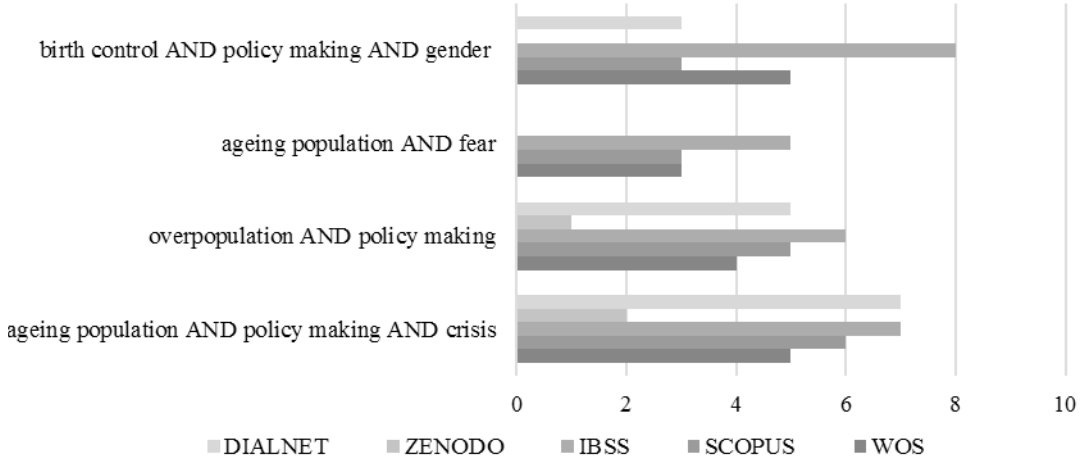
Palabras clave	Artículos		Capítulos		Tesis y tesinas		Otros	
	Ident.	Selecc.	Ident.	Selecc.	Ident.	Selecc.	Ident.	Selecc.
"ageing population" AND "policy making" AND crisis	243	19	17	2	2	0	56	2
overpopulation AND "policy making"	114	18	10	1	2	0	3	1
"ageing population" AND fear	170	10	9	1	0	0	52	0
"birth control" AND "policy making" AND gender	158	17	3	0	7	2	0	0
TOTAL	685	64	39	4	36	2	108	3

Nota: en la selección final se han suprimido los artículos que se encontraban duplicados, considerándose cada artículo solo una vez.

Fuente: elaboración propia.

La mayoría de los documentos seleccionados han sido publicados en los años más recientes del periodo temporal acotado para la búsqueda, concretamente a partir del año 2016 hasta 2022 (véase anexo 2). Se ha podido incorporar un mayor número de documentos relacionados con el dominio de búsqueda "ageing population AND policy making AND crisis" (N=20); mientras que se ha detectado una menor disponibilidad de información relevante para el interés de la revisión aplicando los términos "ageing population AND fear" (N=11). En cuanto a las bases de datos seleccionadas, IBSS ha permitido el acceso a un mayor número de documentos de interés para las diferentes ecuaciones de búsqueda, dado su carácter especializado en el área de Ciencias Sociales (gráfico 1).

Gráfico 1. Número de documentos seleccionados según base de datos y palabras clave introducidas para la búsqueda



Fuente: elaboración propia.

Tras la aplicación de los criterios de inclusión detallados en el apartado metodológico sobre los documentos encontrados (tabla 1), se procedió a su análisis temático, siguiendo el método de índices propuesto por Arnau y Sala (2020). Este tiene como objetivo identificar y organizar las principales evidencias existentes en la literatura sobre pánicos demográficos (tabla 3). Este método consiste en la construcción de un índice de temas y subtemas presentes en la literatura, asociando los documentos seleccionados a cada uno de ellos.

Tabla 3. Índice temático para la organización de la literatura revisada sobre la construcción de pánicos demográficos

PÁNICOS DEMOGRÁFICOS	
Pánico a la superpoblación	**Pánico al suicidio de la raza**
Antecedentes históricos/teóricos	
Malthusianismo **El crecimiento de la población mundial como "bomba demográfica"**	La decadencia de Occidente El festín de Cronos: el futuro de la población en Europa
Causas según el relato	
Recursos naturales limitados **Altas tasas de fecundidad en los países del sur global** **Flujos migratorios sur-norte**	Incremento de la esperanza de vida Bajas tasas de fecundidad en los países del norte global Flujos migratorios sur-norte
Efectos según el relato	
Degradación medioambiental **Crisis climática** **Agotamiento/desabastecimiento de recursos** **Extinción de la raza humana**	Población envejecida Declive nacional biológico/cultural Insostenibilidad económica Extinción de la raza humana
Soluciones/medidas políticas	
Límites al crecimiento de la población en los países del sur **Antinatalismo/Planificación familiar** **Discursos securitarios/antiinmigratorios**	Crecimiento de la población en los países del norte Natalismo Discursos securitarios/ antiinmigratorios

Fuente: elaboración propia.

En este proceso se identificaron dos pánicos demográficos principales: el pánico a la superpoblación y el pánico al suicidio de la raza, sobre los que se ha realizado una caracterización de su origen, contexto de desarrollo y consecuencias políticas. El análisis temático ha permitido reconstruir los relatos que acompañan a cada uno de los pánicos identificados, estableciéndose la definición de sus causas y posibles consecuencias políticas. A continuación se ponen en relación las principales evidencias presentadas en el índice temático obtenidas a partir de la RSL.

4.1. El demonio de la superpoblación y el demonio del suicidio de la raza: definición, origen y contextos de los pánicos al cambio demográfico

La interpretación política sobre los cambios en la composición de la población ha dado lugar a dos pánicos demográficos principales. Estos fueron definidos de forma ilustrativa por el demógrafo Eugene Grebenik en 1989 como "el demonio de la superpoblación" y "el demonio del suicidio de la raza" (Simpson, 2012). El primero de ellos, de inspiración malthusiana, parte de la consideración de una existencia limitada de recursos en el planeta, cuya provisión se ve amenazada por el crecimiento continuado de la población mundial. Así, la preocupación se centra en la sostenibilidad medioambiental, la contaminación y la capacidad para mantener el abastecimiento alimenticio, especialmente en aquellos países más poblados (Ojeda, Sasser y Lunstrum, 2020). El segundo guarda relación con el temor al declive de la población autóctona de determinados territorios. La interpretación del descenso en las tasas de fecundidad en los países europeos y de los flujos migratorios recibidos en sus fronteras como amenazas alimentan el pánico demográfico al "suicidio de la raza".

La articulación de narrativas políticas basadas en estos pánicos encuentra con frecuencia sus raíces en la defensa de la eugenesia, el nacionalismo y el nativismo. La eugenesia, acuñada por Galton (1883) e inspirada en las ideas de Malthus, Darwin o Spencer, aspira a conformar naciones fuertes y saludables mediante la mejora de la calidad genética humana (Reilly, 2015). En el pasado, algunos defensores de la eugenesia argumentaban que la sobrepoblación y el aumento de la tasa de natalidad entre las poblaciones consideradas "indeseables" podrían conducir a la disminución de su calidad y, por lo tanto, debían ser controlados. Para evitar el "suicidio de la raza", estos defensores de la eugenesia promovían la reproducción de los colectivos considerados "superiores", desalentando la de aquellos considerados "inferiores".

Desde el temor a la superpoblación, se interpreta que los mismos avances sociales que permitieron la disminución de la mortalidad y el incremento de la esperanza de vida podrían ser también el principal desencadenante del deterioro ambiental que, en última instancia, sería fatal para la supervivencia humana. Esta preocupación ha dado lugar a una profunda discusión sobre el tamaño óptimo de la población y cuáles deben ser sus límites, algo que ya se encuentra presente en la *Política* de Aristóteles (s. IV a. C). El debate sobre el establecimiento de tales límites fue retomado posteriormente por autores como Malthus (1978), Ehrlich (1968), Mill (1970), Daily *et al.* (1994) y Cohen (2005) citados en Lianos (2013). Con frecuencia el límite inferior suele establecerse en la autosuficiencia de la población que garantice una vida digna, mientras que el límite superior se establece en

la insuficiencia de recursos, los problemas de gestión política y/o la inseguridad sanitaria. Según la teoría de la población malthusiana el equilibrio entre el volumen de población "sostenible" y los recursos disponibles en el planeta se habría mantenido estable durante siglos debido a las guerras, epidemias, hambrunas y catástrofes naturales, que servían de mecanismos reguladores del crecimiento de la población (Jargin, 2019). Esta teoría sirvió como fundamento a partir de mediados del siglo xx para la preocupación occidental en torno al crecimiento de la población en los países en vías de desarrollo. Por el contrario, el bloque soviético rechazó el temor a la superpoblación adoptando la "política marxista de población", en la que el Estado debía ser capaz de proveer recursos a todos sus nuevos ciudadanos (Kuzma-Markowska, 2019).

En 1946 Naciones Unidas asumió la necesidad de establecer mecanismos de medición de la población estandarizados en todos los países del mundo. La inserción de la población como *issue* en la agenda política internacional dio lugar a la creación de comisiones especializadas (Comisión de Población) e informes periódicos sobre la evolución de la población de sus Estados miembros. La inquietud ante el rápido aumento de la población registrado en determinados países orientó la Primera Conferencia Mundial de Población (1954). En este encuentro se instó a los Gobiernos de estos países a incentivar políticas de planificación familiar con el objetivo de limitar su crecimiento. Esta misma preocupación se mantuvo en la Segunda Conferencia (1965), en la que la OMS reconoció por primera vez la planificación familiar como un asunto de salud pública. En Estados Unidos cabe destacar el auge del movimiento por la planificación familiar a partir de los sesenta, coincidiendo con la creciente preocupación por la superpoblación (aunque no intrínseca a este). El movimiento promovió el acceso a servicios de salud reproductiva como el aborto, la anticoncepción o la atención parental.

Tras la crisis económica de los setenta, el contexto occidental continuaba observando con particular preocupación el crecimiento demográfico de países como China, Brasil o India. El aumento de la población mundial fue descrito por Ehrlich (1968 citado en Bergaglio, 2017) como una "bomba demográfica" que, de no ser incorporada en las agendas políticas de los diferentes Estados, causaría en las siguientes décadas severas consecuencias ecológicas, hambrunas e incluso la propia extinción de la especie humana. Esta preocupación también fue divulgada en el informe "Los límites del crecimiento" publicado por el Club de Roma (1972), que tuvo un eco importante en las agendas política y mediática. Este diagnóstico fue reformulado años más tarde por autores como Cohen (1995) y Sartori y Mazzoleni (2003) citados en Simpson (2012), señalando los riesgos para la supervivencia que entraña el tránsito de la humanidad hacia el punto de no retorno ambiental.

Las alarmas pusieron el foco sobre la necesidad de establecer límites al crecimiento de la población, sobre todo a través de la articulación de políticas antinatalistas (planificación familiar y limitación de los derechos reproductivos). En conferencias de población posteriores se incorporaron programas de acción específicos como referentes internacionales para las políticas de población (1974). Estos programas vincularon el desarrollo de los Estados a las variables demográficas, al considerar que las políticas demográficas son imprescindibles para su desarrollo socioeconómico. Entre los ejemplos de implementación estatal de políticas antinatalistas, podemos citar la propaganda a favor del uso de métodos anticonceptivos y la esterilización de la población mediante incentivos en India, o la conocida como "política del hijo único" china (De Silva y Tenreyro, 2017). Tanto en su formulación inicial, como en las versiones neomalthusianas más recientes, el debate sobre la necesidad inminente de establecer límites al crecimiento de la población en determinados países ha recibido numerosas críticas:

— En primer lugar, porque la trayectoria histórica evidencia que la humanidad ha sobrevivido, al menos hasta la actualidad, a la "bomba demográfica" (Lam, 2011 citado en Becker, 2013). A pesar de lo ello, persisten narrativas sobre "la degradación ambiental", que mantienen el temor a la superpoblación en determinados países del sur global, especialmente cuando esta se yuxtapone a la supuesta carga de una población envejecida estancada en el norte (Gotmark, Cafaro y O'Sullivan, 2018). En esta narrativa, la degradación ambiental causada por la sobrepoblación del sur sería el origen de peligrosos flujos migratorios hacia el norte causados por problemas de escasez y emergencia climática en los países de origen.

  A partir de los años 90 del siglo xx, muchos países del norte comenzaron a incorporar estas narrativas en sus discursos políticos sobre seguridad nacional, estableciendo vínculos causales entre migraciones, cambio climático y el desencadenamiento de conflictos violentos basado en estereotipos raciales y de género. Esta vinculación toma como punto de partida que el acceso desigual de la población inmigrante a la propiedad de tierras o a la vivienda contribuye a la concentración de estas personas en núcleos marginales y a la cronificación de su situación de pobreza y exclusión social. En las áreas urbanas, la socialización en este contexto se ha relacionado con la gravitación de jóvenes de determinadas minorías étnicas, especialmente la musulmana, hacia expresiones de radicalización y extremismo político (Kaya, 2021).
— En segundo lugar, porque estas narrativas naturalizan la desigualdad que sufren los territorios de origen de las personas migrantes, excluyendo como elemento causal la explotación de recursos naturales y humanos realizada por las cadenas de producción global, controladas por el norte (Hendrixson y Hartmann, 2019).

El segundo de los demonios, identificados por Grebenik, y al que nos hemos referido más arriba como el "suicidio de la raza", guarda relación con el temor al declive de la población autóctona de determinados territorios frente a la población de origen inmigrante. Este pánico, inspirado en la eugenesia, tuvo una importante influencia en Estados Unidos entre 1920 y 1930, derivando en fuertes políticas antiinmigratorias de este país. Paralelamente, en el contexto demográfico francés de principios del siglo xx, el descenso de la fecundidad fue interpretado políticamente como una amenaza para la supervivencia de la nación. En este sentido, se relacionó la derrota de Francia en la Segunda Guerra Mundial como una evidencia de la "decadencia demográfica", y se señalaron los riesgos que la inmigración suponía para la pervivencia de la cultura y la lengua francesas (Plant, 2018). Las "terribles advertencias de extinción nacional" motivaron numerosas estrategias de propaganda estatal a favor de la familia y la maternidad y políticas natalistas (Van Dalen y Henkens, 2012).

La extensión de la pauta del descenso de la fecundidad por los países europeos durante el siglo xx, en el contexto de crisis económica a partir de 1929, generalizaron la interpretación política del cambio demográfico como un acontecimiento apocalíptico. En este contexto, diversos regímenes nacionalistas y autoritarios como la Italia de Mussolini y, particularmente, la Alemania de Hitler utilizaron la eugenesia para justificar la adopción de políticas de población "agresivas" para la preservación racial del ideal ario (Teitelbaum, 2015).

A través de una "biologización" de elementos culturales, el pánico al suicidio de la raza promueve la fecundidad entre determinados grupos de clase, étnicos o raciales preferentes, mientras que la desincentiva entre otros. Las raíces de este pánico se encuentran en la interpretación de que para preservar la nación[13], es necesario mantener un crecimiento continuado de la población autóctona. Dicho crecimiento debería mantener la homogeneidad étnico-cultural del grupo nativo, basada en elementos como la lengua, las tradiciones o el sistema de creencias, entre otros. Por tanto, la inmigración es considerada una amenaza para la convivencia y supervivencia del grupo de población originario de un determinado territorio.

La defensa de una colectividad de "origen común" vinculada a un proyecto nacional otorga una gran relevancia a la reproducción biológica, ya que con frecuencia, la condición establecida para pertenecer al proyecto nacional es descender de progenitores nacionales. No obstante, la adscripción nacional en función al origen de las madres y padres presenta diferencias sustanciales en las distintas sociedades.

La incorporación de ambos pánicos en la agenda política ha dado lugar a programas públicos para combatir las terribles amenazas que el cambio demográfico supondría para los Estados. Las políticas de natalidad que se han puesto en marcha, en ambos casos, tienen fuertes implicaciones sobre la inmigración y sobre los derechos sexuales y reproductivos de la población en general y de las mujeres en particular.

4.2. Consecuencias políticas de los pánicos demográficos: natalismo y antinatalismo. Regulación de los derechos reproductivos de las mujeres[14]

Los Gobiernos más preocupados por el demonio de la superpoblación han propuesto estrategias antinatalistas, dirigidas a limitar el crecimiento de población inmigrante y refugiada, no autóctona. Por otro lado, aquellos más preocupados por la extinción de la raza, han articulado políticas pronatalistas dirigidas a la población autóctona para solventar el problema. No obstante, la interrelación existente entre ambos demonios, suicidio de la raza por baja fecundidad en los países del norte y superpoblación en los países del sur, ha dado lugar, en algunos casos, al despliegue de ambas estrategias simultáneamente: natalismo y antinatalismo. Estas se han dirigido selectivamente a diferentes colectivos, basándose en condiciones de clase, género, etnia y/o raza (Waterbury, 2020). Este control de la reproducción humana por parte de los Estados remite al concepto foucaultiano de biopolítica (1976), es decir, al conjunto de medidas utilizadas por el poder político para administrar la vida y la salud de la población. En algunos casos el control reproductivo se ha utilizado como herramienta de opresión y discriminación de determinados colectivos, repercutiendo particularmente en las mujeres como reproductoras (Palomera, 2017; Francés 2021).

Esto se ilustra en políticas eugenésicas antinatalistas, como la esterilización forzada de mujeres negras en Estados Unidos entre 1930 y 1960 por ser consideradas "reproductoras indeseables". Otros países que han desarrollado políticas de esterilización masiva durante el siglo xx de colectivos "amenazantes" o no deseados son Alemania, Noruega, República Checa, Japón, China, India o Israel (Reilly, 2015). En contraposición, en ese mismo siglo, encontramos antecedentes de "natalismo feroz" en defensa de la población autóctona en países como Francia, Rumanía, la URSS y España, que trajeron consigo medidas como la prohibición del aborto,

---

[13] La nación se concibe como un grupo genéticamente semejante conformado mediante la reproducción biológica (Hobsbawm, 1992), que comparte una cultura nacional homogénea, monolítica e inmutable, basada irreflexivamente en símbolos históricos selectivos (Anderson, 1992 citado en Vincent, 1996).

[14] El creciente protagonismo de la ultraderecha en Europa se ha visto acompañado de una considerable atención académica en los últimos años. Este interés puede explicar el notable volumen de aportaciones que vinculan los pánicos demográficos y la agenda de estas derechas, aunque la instrumentalización política de los temores al cambio demográfico no sea exclusiva de estas formaciones.

y/o de la utilización de métodos anticonceptivos, así como incentivos económicos y honoríficos a las familias numerosas.

Atendiendo a la literatura consultada, actualmente el miedo a la extinción de la raza es uno de los ejes fundamentales sobre los que se articula el discurso de la ultraderecha europea, dotando a las narrativas sobre el cambio demográfico de una importante dimensión política. La política nativista[15] promovida por la derecha radical ante el "declive demográfico" se fundamenta en el natalismo. Es decir, en conseguir aumentar las tasas de fecundidad de la población autóctona frente a las de la población inmigrante, normalmente más altas y consideradas como una amenaza (Kinvall, 2015). Los inmigrantes se construyen como "el otro", y su alta fecundidad se interpreta como una amenaza inminente para la seguridad, la cultura autóctona, la estabilidad económica y la convivencia. Esta construcción de la inmigración en términos de riesgo justifica la urgencia de tomar medidas a corto y largo plazo; y, para dotarlas de objetividad, se recurre a estadísticas oficiales nacionales. La "política del miedo", característica de estos partidos, contribuye a la normalización y éxito de sus discursos, también en lo que al cambio demográfico[16] se refiere (Wodak, 2015).

En este sentido, el nativismo otorga a las mujeres un papel íntimamente ligado a la reproducción de la nación, tanto biológica, apelando a su condición de madres, como cultural, en la medida en que son transmisoras de educación y valores; así como de las tradiciones y la lengua. La supervivencia biológica de la nación, una tarea que se hace recaer sobre las mujeres, se presenta como estrategia en una guerra biopolítica, frente a la población inmigrante, en la que el decrecimiento de la población autóctona se interpreta como un síntoma de crisis nacional (Šabec, Mencin y Perger, 2021).

Otra derivada del nativismo, con una clara dimensión de género, se manifiesta en el concepto de "repronormatividad", que alude a la normalización de un discurso político y social más favorable a las relaciones sexuales orientadas a la reproducción que a aquellas otras mantenidas sin este objetivo. Es decir, las relaciones heterosexuales se encuentran legitimadas en mayor medida que las homosexuales, pues son las que contribuyen a la reproducción biológica y, por tanto, a la resiliencia nacional (Marchesi, 2012). Por ello se apuesta por la defensa del modelo de familia heteropatriarcal como unidad básica del orden social en contraposición a modelos de familia monoparentales o integrados por personas del mismo sexo.

La normatividad reproductiva vincula la identidad sexual femenina a la reproducción y, por tanto, presenta la maternidad como una característica "natural", inherente a ser mujer (Thompson, 2020). En este sentido, el nativismo de la derecha radical europea se convierte en una ideología nacionalista en tanto que enfatiza el deber de las mujeres como "madres de la nación", instrumentalizando sus roles al servicio del proyecto nacional. Esto provoca un rechazo frontal de los derechos reproductivos de la mujer, tratando de controlar sus cuerpos desde el fortalecimiento de la feminidad hegemónica. La regulación de la natalidad de estas mujeres, especialmente el recurso al aborto, se considera no solo una amenaza contra la vida, sino también contra la supervivencia de la nación en su conjunto (Bognar, 2019).

Las aportaciones consideradas señalan que el poder de decisión adquirido por las mujeres europeas, en el último siglo, sobre su calendario de fecundidad, se instrumentaliza por esta retórica, de manera que estas mujeres se presentan como las responsables de la crisis de fecundidad. En consecuencia, la posibilidad de revertir el envejecimiento demográfico se hace recaer sobre las decisiones reproductivas individuales de las mujeres (Briggs, 2021). Mediante una retórica nativista liberal con respecto a la igualdad de género, los partidos de derecha radical europeos combinan la defensa de la libertad de elección (de las mujeres europeas que desean ser madres) con políticas altamente restrictivas en materia de derechos sexuales y reproductivos, como la prohibición del aborto (Spierings y Zaslove, 2015).

La otra cara de moneda, en este mismo ámbito reproductivo, la encarnan las mujeres migrantes, que son presentadas como una amenaza, llegando a tildar el crecimiento de la fecundidad en estos colectivos de "invasión". Los principios de la igualdad de género son instrumentalizados para fomentar el rechazo a la población inmigrante, especialmente de origen islámico, enfatizando la amenaza que suponen para la cultura y los derechos alcanzados en el sistema occidental (Hayes y Dudek, 2020).

En resumen, los antecedentes presentados ilustran cómo las narrativas basadas en el pánico a la superpoblación y el pánico al suicidio de la raza han sido instrumentalizadas para la articulación de ingenierías demográficas orientadas a controlar la composición poblacional de diversos países. En la actualidad, asistimos a un resurgimiento de la presencia de estos relatos en las agendas políticas nacionales, promovidos por diversas posiciones de ultraderecha en Europa y vinculados a la propuesta de políticas antiinmigratorias y antigénero.

---

[15] El nativismo defiende a la población nativa de un determinado territorio al tiempo que define la inmigración como una amenaza para su homogeneidad (véase apartado 2).

[16] Como ejemplo, en los últimos años se ha integrado la metáfora del "gran reemplazo" en el discurso de diversas formaciones de derecha radical. Esta alude a una supuesta conspiración impulsada por élites globalistas para la sustitución de europeos por inmigrantes no blancos (Stefanoni, 2019).

5. Reflexiones finales

La interpretación del cambio demográfico como sinónimo de crisis y el énfasis en su carácter amenazador para la supervivencia de los Estados permea la agenda política y mediática actual. Aunque el temor al devenir de las poblaciones cuenta con numerosos antecedentes históricos, la irrupción de los partidos de ultraderecha en el contexto occidental ha implicado la aparición de nuevas características y ramificaciones en la consideración del fenómeno del cambio demográfico. Si bien estas dinámicas han sido analizadas desde las ciencias sociales, fundamentalmente desde perspectivas teóricas, la escasez de trabajos empíricos, que analicen los mecanismos de construcción del envejecimiento demográfico como un pánico, es muy notable.

Considerando la atención que han recibido en la literatura los partidos de derecha radical en Europa y particularmente en España en los últimos años, resulta escasa la producción científica que analiza los discursos de los partidos de derecha radical sobre la crisis demográfica. En España, la entrada de Vox en el Congreso de los Diputados, en diferentes parlamentos regionales y en algún Gobierno autonómico, apuntan a que la retórica nativista puede entrar en la agenda política nacional española como marco interpretativo sobre el cambio demográfico.

Durante la última legislatura, iniciada en 2019, la preocupación por la natalidad española, la despoblación o la inmigración, entre otros temas, han estado presentes de forma notoria en los discursos defendidos por Vox en la Cámara baja. En sus intervenciones se dibuja un escenario temeroso y apocalíptico mediante discursos de miedo sobre el devenir de la población española, que presenta rasgos semejantes a los identificados en los relatos políticos basados en el pánico al suicidio de la raza. En este sentido, la preocupación de Vox por la composición de la población responde a una lógica cualitativa nativista sobre cómo debe preservarse la nación española, basada en criterios de exclusión étnicos y raciales. Desde esta perspectiva, la baja natalidad y el incremento de población de origen inmigrante constituyen un problema en la medida en que supone una reducción proporcional del grupo de población autóctono frente a la población extranjera, como se ilustra en las siguientes declaraciones:

> La solución a este desierto demográfico que sus políticas, las de todos ustedes, han impuesto en España no es la inmigración ilegal, que lleva a un reemplazo poblacional y a la desaparición de la nación, sino la protección de la familia y el fomento de la natalidad, porque 47 millones de marroquíes en España no hacen España, hacen Marruecos[17].

> Había aumentado la población española sin que nacieran más niños (…). Entonces, lo que ha aumentado, precisamente, no es la población española, sino la población extranjera. Es decir, es la culminación de su plan que, en última instancia, es un ejercicio de sustitución del globalismo económico[18].

La instauración del pánico al suicidio de la raza española presente en el discurso de Vox como marco traería consigo, como se ha señalado, consecuencias de género y sobre la población inmigrante. Aunque el éxito electoral alcanzado por los partidos de derecha radical en Europa y particularmente en España en los últimos años puede considerarse relativo, estudios previos han evidenciado su influencia en la introducción de temas en la agenda política; así como su relación con mayores niveles de polarización política. En este sentido, la presencia de estas formaciones en las Cámaras de representación nacionales, unidas al eco mediático que reciben sus propuestas, podría incidir en las posiciones adoptadas por otros partidos *mainstream* en torno a "temas calientes" para estas formaciones, como las políticas migratorias y de género, dando lugar a un "contagio de temáticas", con el objetivo de maximizar la captación y retención del electorado.

Todo ello justifica la necesidad de un examen en profundidad del proceso de construcción de la agenda política española sobre el envejecimiento demográfico. Para dar respuesta al problema detectado sería necesario un análisis de los marcos interpretativos a través de los que se aborda el cambio (o problema) demográfico en España y otros países del entorno europeo en perspectiva comparada. Este análisis no debería perder de vista ni la clave nacionalista de los mensajes nativistas, ni el impacto de la agenda en cuestiones de género. Atendiendo a lo expuesto en este artículo, estos marcos interpretativos guardan una estrecha relación con las propuestas políticas realizadas desde la derecha radical sobre fenómenos actuales y de alto impacto económico y social como la despoblación, la conciliación o el envejecimiento, entre otros.

La inserción en la agenda política de relatos nativistas y propuestas natalistas, construidos sobre el pánico al suicidio de la raza, puede derivar en importantes consecuencias de género vinculadas a la perpetuación de roles de género heteronormativos, la limitación de derechos y libertades sexuales y reproductivas alcanzados en las democracias occidentales consolidadas como el derecho al aborto, financiación pública de métodos anticonceptivos, visibilización y apoyo institucional al colectivo LGTBI y a familias monoparentales, entre otros. Asimismo, el discurso nativista de la derecha radical, y particularmente de Vox, sitúa las consecuencias del

[17] Diario de sesiones Pleno del Congreso de los Diputados. 22/03/2022. p.17.

[18] Diario de sesiones Comisión de Trabajo, Inclusión, Seguridad Social y Migraciones. 01/07/2021. p. 49.

cambio demográfico en el plano de las "guerras culturales" a través de una utilización falaz de las estadísticas demográficas y de metáforas como el "invierno demográfico" o el "gran reemplazo". Esto puede derivar en el desarrollo de actitudes xenófobas y de rechazo al multiculturalismo entre hombres blancos, así como en la restricción de derechos de la población inmigrante y refugiada, lo que supone un riesgo para la convivencia y la tolerancia.

6. Bibliografía

Abou, T. y K. Werner (2018): "The Causal Effect of Radical Right Success on Mainstream Parties' Policy Positions: A Regression Discontinuity Approach", *British Journal of Political Science*, pp. 1-19. Disponible en: https://doi.org/10.1017/S0007123418000029.

Arnau, L. y J. Sala (2020): *La revisión de la literatura científica: pautas, procedimientos y criterios de calidad. Disponible en: https://ddd.uab.cat/pub/recdoc/2020/222109/revliltcie_a2020.pdf.*

Becker, S. (2013): "Has the world really survived the population bomb?", *Demography*, 50(6), pp. 2173-2181. Disponible en: https://doi.org/10.1007/s13524-013-0236-y.

Bergaglio, M. (2017): "The contemporary illusion: population growth and sustainability", *Environment, Development and Sustainability*, 19(5), pp. 2023-2038. Disponible en: https://doi.org/10.1007/s10668-016-9842-3.

Bognar, G. (2019): "Overpopulation and procreative liberty", *Ethics, Policy & Environment*, 22(3), pp. 319-330. Disponible en: https://doi.org/10.1080/21550085.2019.1652232.

Bricker, D. y J. Ibbitson (2019): *El planeta vacío: el impacto del descenso demográfico global*, Barcelona, Penguin Random House.

Briggs, L. (2021): "Reproductive politics and grand strategy", en E. Borgwardt, C. M. Nichols y A. Preston, ed., *Rethinking American Grand Strategy*, Oxford, Oxford University Press, pp. 401-424.

Castro, T. y L. Rosero (2011): "Maternidades y fronteras. La fecundidad de las mujeres inmigrantes en España", *Revista Internacional de Sociología*, 69(1), pp. 105-138. Disponible en: https://doi.org/10.3989/ris.2011.iM1.388.

Codina, L. (2018): *Revisiones bibliográficas sistematizadas: Procedimientos generales y Framework para Ciencias Humanas y Sociales. Disponible en: http://hdl.handle.net/10230/34497 [Consulta: 26 de septiembre de 2023].*

Contreras, F. J. (2012): "El invierno demográfico europeo: causas, consecuencias, propuestas", *Cuadernos de Pensamiento Político*, (33), pp. 103-134.

Dámaso, M. (2018): "From the cultural and foreign policies of Western European far-right parties to the European Union's 2015–2018 Work Plan for Culture: Identifying and opposing nativism", *International Journal of Cultural Policy*, 24(6), pp. 811-825. Disponible en: https://doi.org/10.1080/10286632.2018.1526927.

De Silva, T. y S. Tenreyro (2017): "Population control policies and fertility convergence", *Journal of Economic Perspectives*, 31(4), pp. 205-228. Disponible en: https://doi.org/10.1257/jep.31.4.205.

Domingo, A. (2018): "Posverdad, gobierno y población. Relatos demográficos para no dormir", *Revista Tiempo de Paz*, 130, pp. 81-88.

Ennser, L. (2021): "The impact of radical right parties on family benefits", *West European Politics*, 45(1), pp. 154-176. Disponible en: https://doi.org/10.1080/01402382.2021.1936944.

Fernández, J. A. (2020): "Demografía: cambios en el modelo reproductivo", *Dossieres Economistas Sin Fronteras, 36, pp. 4-7.*

Ferreira, C. (2019): "Vox como representante de la derecha radical en España: un estudio sobre su ideología", *Revista Española de Ciencia Política*, (51), pp. 73-98. Disponible en: https://doi.org/10.21308/recp.51.03.

Ferreira, I., G. Urrútia y O. Alonso (2011): "Revisiones sistemáticas y metaanálisis: bases conceptuales e interpretación", *Revista Española de Cardiología*, 64(8), pp. 688-696. Disponible en: https://doi.org/10.1016/j.recesp.2011.03.029.

Francés, P. (2021): "La criminalización de las mujeres. De la caza de brujas a las propuestas de transformación del abordaje del delito", *Millars*, 2(51), pp. 209-241. Disponible en: https://doi.org/10.6035/Millars.2021.51.8.

Gorard, S. (2013): *Research Design. Creating robust approaches for the Social Science*, Londres, Sage.

Gotmark, F., P. Cafaro y J. O'Sullivan (2018): "Aging human populations: good for us, good for earth", *Trends in Ecology & Evolution*, 33(11), pp. 851-862. Disponible en: https://doi.org/10.1016/j.tree.2018.08.015.

Hayes, A. R. y C. M. Dudek (2020): "How radical right-wing populism has shaped recent migration policy in Austria and Germany", *Journal of Immigrant & Refugee Studies*, 18(2), pp. 133-150. Disponible en: https://doi.org/10.1080/15562948.2019.1587130.

Hendrixson, A. y B. Hartmann (2019): "Threats and burdens: Challenging scarcity-driven narratives of overpopulation", *Geoforum*, 101, pp. 250-259. Disponible en: https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2018.08.009.

Jargin, S. (2019): "International conflicts and overpopulation", *Current Politics and Economics of Northern and Western Asia*, 28(2-3), pp. 111-123.

Kaya, A. (2021): "Islamist and Nativist Reactionary Radicalisation in Europe", *Politics and Governance*, 9(3), pp. 204-214. Disponible en: https://doi.org/10.17645/pag.v9i3.3877.

Kinvall, C. (2015): "Borders and Fear: Insecurity, Gender and the Far Right in Europe", *Journal of Contemporary European Studies*, 23(4), pp. 514-529. Disponible en: https://doi.org/10.1080/14782804.2015.1056115.

Kuzma-Markowska, S. (2019): "Marx or Malthus? Population debates and the reproductive politics of state-socialist Poland in the 1950s and 1960s", *The History of the Family*, 25(4), pp. 576-598. Disponible en: https://doi.org/10.1080/1081602X.2019.1702889.

Levy, M. y D. Myers (2021): "Racial projections in perspective: public reactions to narratives about rising diversity", *Perspectives on Politics*, 19(4), pp. 1147-1164. Disponible en: https://doi.org/10.1017/S1537592720003679.

Lianos, T. P. (2013): "The world budget constraint", *Environment, Development and Sustainability*, 15(6), pp. 1543-1553.

Marchesi, M. (2012): "Reproducing Italians: Contested biopolitics in the age of 'replacement anxiety'", *Anthropology and Medicine*, 19(2), pp. 171-188.
Mudde, C. y C. Rovira (2018): "Studying Populism in Comparative Perspective: Reflections on the Contemporary and Future Research Agenda", *Comparative Critical Studies*, 51(13), pp. 1667-1693. Disponible en: https://doi.org/10.1177%2F0010414018789490.
Neubert, C., B. Gökariksel y S. Smith (2019): "Demographic fever dreams: fragile masculinity and population politics in the rise of the global right", *Signs*, 44(3), pp. 561-587. Disponible en: https://doi.org/10.1086/701154.
Ojeda, D., J. S. Sasser y E. Lunstrum (2020): "Malthus's spectre and the Anthropocene", *Gender, place, and culture*, 27(3), pp. 316-332. Disponible en: https://doi.org/10.1080/0966369X.2018.1553858.
Palomera, A. (2017): "Mujer, control natal y sexualidad en los anarquistas clásicos y neomalthusianismo", *Rumbos TS*, 16, pp. 35-51.
Pérez, J. (1994): "La política mundial de población en el siglo XX", *Papers de Demografía*. Disponible en: http://hdl.handle.net/10261/3703.
Pérez, J. (2016): "El temor al envejecimiento demográfico", en J. Subirats, ed., *Edades en transición. Envejecer en el siglo XXI*, Barcelona, Ariel, pp. 44-54.
Pérez, J. (2019): "Duración de la vida, natalidad y migraciones en España", *Ekonomiaz, 96(2), pp. 52-79.*
Pérez, J. (2020): "Cambio demográfico y natalismo", *Dossieres Economistas Sin Fronteras*, 36, pp. 45-51.
Pérez, J. y A. Abellán (2018): "Envejecimiento demográfico y vejez en España", *Panorama social*, 28, pp. 11-47.
Pertegal, M. A., A. Oliva y A. Meirinhos (2019): "Revisión sistemática del panorama de la investigación sobre redes sociales: taxonomía sobre experiencias de uso", *Comunicar*, 60, pp. 81-91. Disponible en: https://doi.org/10.3916/C60-2019-08.
Pirro, A. L. P. (2022): "Far right: the significance of an umbrella concept", *Nations and Nationalism*, pp. 1-12. Disponible en: https://doi.org/10.1111/nana.12860.
Plant, J. (2018): *Population policies for developed states in Eastern Europe: a framework for comprehensive national responses to demographic change*, Tesis doctoral inédita, George Mason University, Fairfax.
Reilly, P. R. (2015): "Eugenics and involuntary sterilization: 1907-2015", *Annual Review of Genomics and Human Genetics*, 16, pp. 351-368. Disponible en: https://doi.org/10.1146/annurev-genom-090314-024930.
Šabec, K., M. Mencin y N. Perger (2021): "A dry branch on the nation's body: The nation's biological reproduction between gender and sexuality", *Journal of Ethnic Studies*, (87), pp. 69-85. Disponible en: https://doi.org/10.36144/RiG87.dec21.69-85
Sánchez, J. y J. Botella (2010): "Revisiones sistemáticas y meta-análisis. Herramientas para la práctica profesional", *Papeles del psicólogo, 31(1), pp. 7-17.*
Serrano, J. P., J. M. Latorre y M. Gatz (2014): "Spain: promoting the welfare of older adults in the context of population aging", *The Gerontologist*, 54(5), pp. 733-740. Disponible en: https://doi.org/10.1093/geront/gnu010.
Simpson, L. (2012): "El demonio de la superpoblación", *Astrolabio Nueva Época*, 8, pp. 59-81. Disponible en: https://doi.org/10.55441/1668.7515.n8.1968.
Spanje, J. V. (2010): "Contagious Parties: Anti-Immigration Parties and Their Impact on Other Parties Immigration Stances in Contemporary Western Europe", *Party Politics*, 16(5), pp. 563–86. Disponible en: https://doi.org/10.1177/1354068809346002.
Spierings, N. y A. Zaslove (2015): "Dividing the populist radical right between 'liberal nativism' and traditional conceptions of gender", *Patterns of Prejudice*, 49(1-2), pp. 163-173. Disponible en: https://doi.org/10.1080/0031322X.2015.1024466.
Stefanoni, P. (2019): "El futuro como 'gran reemplazo'. Extremas derechas, homosexualidad y xenofobia", *Nueva Sociedad*, 283, pp. 95-110.
Thompson, J. (2020): "Gender and nationalism", *Nationalities Papers*, 48(1), pp. 3-11. Disponible en: https://doi.org/10.1017/nps.2019.98.
Trimble, R. (2013): "The Threat of "Demographic Winter": A Transnational Politics of Motherhood and Endangered Populations in Pro-Family Documentaries", *Feminist Formations*, 25(2), pp. 30-54. Disponible en: https://doi.org/10.1353/ff.2013.0028.
Valero, Á. (1997): "La fecundidad en España. ¿Caída sin límites o recuperación? Hacia un nuevo régimen demográfico", *Política y Sociedad*, 26, pp. 25-39.
Van Dalen, H. P y K. Henkens (2012): "What is on a demographer's mind? A worldwide survey", *Demographic Research*, 26, pp. 363-408. Disponible en: https://doi.org/10.4054/DemRes.2012.26.16.
Van Dalen, H. P y K. Henkens (2021): "When is fertility too low or too high? Population policy preferences of demographers around the world", *Population Studies*, 75(2), pp. 289-303. Disponible en: https://doi.org/10.1080/00324728.2020.1784986.
Vanhuysse, P. y A. Goerres (2021): *Global Political Demography. The Politics of Population Change*, Cham, Palgrave Macmillan.
Vincent, J. (1996): "Who's afraid of an ageing population? Nationalism, the free market, and the construction of old age as an issue", *Critical Social Policy*, 16(47), pp. 3-26. Disponible en: https://doi.org/10.1177%2F026101839601604701.
Waterbury, M. A. (2020): "Populist nationalism and challenges of divided nationhood: the politics of migration, mobility, and demography in post-2010 Hungary", *East European Politics and Societies and Cultures*, XX(X), pp. 1-22. Disponible en: https://doi.org/10.1177/0888325419897772.
Wodak, R. (2015): *The Politics of Fear: what right wing populist discourses mean*, Londres, Sage.

CC BY

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.90181

EDICIONES COMPLUTENSE

AA.VV. (Azaola, B.; Desrues, T..; Larramendi, M. H. de; Planet, A. I. y Ramírez, A.) (eds.) (2022): *Cambio, crisis y movilizaciones en el Mediterráneo Occidental*, Granada, Comares, 441 pp.

Cambio, crisis y movilizaciones en el Mediterráneo Occidental es una obra de gran interés editada por cinco reconocidos/as académicos/as que demuestra el sólido prestigio de la academia española en el estudio de esta región. Esta obra colectiva resigue las características más relevantes de esta área tan cercana que abarca desde Marruecos hasta Egipto. La red de investigación, liderada por Ana Planet y Ángeles Ramírez de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), Miguel Hernando de Larramendi y Bárbara Azaola de Castilla-La Mancha, y Thierry Desrues del Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA-CSIC) ha logrado reunir una valiosa colección de ensayos que confirman una de las fortalezas de la academia española en estos estudios de área: su capacidad para crear ciencia fruto de la colaboración y el intercambio.

Esta obra se presenta como una lectura necesaria para ir más allá de las evidencias de las crisis poliédricas que han afectado a la región, tales como la crisis económica de 2008, la crisis político-sanitaria del COVID-19 o las incertidumbres securitarias. El libro se sumerge en el apasionante objeto de estudio que representan estas crisis, marcadas por la incertidumbre política y vital. Estas crisis se presentan en la obra como choques endógenos y exógenos que generan resultados inesperados, tanto desde la perspectiva española —de la que se destaca que concentra amplios intereses políticos, económicos y de seguridad para España—, como del Norte de África. Asimismo, se destaca que estas crisis afectan tanto a las políticas internas como a las exteriores, y se afirma que su impacto más significativo se produce más en el campo de lo político y normativo que en términos estrictamente materiales.

El primer capítulo escrito por Irene Fernández-Molina y Miguel Hernando de Larramendi constituye un valioso ejercicio teórico que enmarca la visión de la región al presentar de manera evolutiva lo específico de la misma, centrándose en el Magreb (y no en el Mediterráneo Occidental en su totalidad). Esta perspectiva que se amplía al contenido del libro es digna de reconocimiento, ya que representa una actualización de los escasos estudios de la región con voluntad omnicomprensiva. En este análisis, se destacan aspectos clave como el funcionamiento de la norma de la unidad, la limitada horizontalidad de las relaciones intramagrebíes, las disputas territoriales y el nacionalismo. Además, se lleva a cabo un detallado examen de las estructuras, procesos, instituciones e ideas presentes en la región. Esto se realiza a través de un repaso de las diferentes aproximaciones teóricas que han influido en los análisis disciplinarios de la región, especialmente del realismo, el (neo)liberalismo, el constructivismo y el postcolonialismo, lo que proporciona una sólida base teórica para comprender los fenómenos en juego. Además, se destaca la importancia de considerar los procesos coloniales y postcoloniales como elementos fundamentales en el análisis de la región.

Si bien los anteriores aspectos son de interés y su análisis no ha sido realizado de forma global en lengua castellana, lo verdaderamente interesante de este apertura de la obra son algunas de las proposiciones propuestas para comprender el momento actual. En su análisis aplicado al período de postguerra fría se examinan las transformaciones y los desafíos que surgieron después de este importante hito histórico. Si en otras partes del mundo la crisis económica de 2008 es una fecha clave, aquí lo es también 2011, fecha de desarrollo de la llamada Primavera Árabe y Amazig. Se conjuntan pues cambios significativos en la estructura del sistema internacional, con un cuestionamiento profundo de las instituciones, normas y reglas que rigen la región.

Merece la pena detenerse en algunas de las proposiciones postuladas. Entre ellas destacaría, en primer lugar, la aparente deseuropeización, desvinculación e incluso desconexión de los países magrebíes con respecto a la Unión Europea (UE). Este "desenganche relativo" se debería tanto a la introversión de las políticas de la UE hacia su vecindad, casi reducidas a una "política antiinmigratoria sobredimensionada", como a la agencia de cada uno de los Estados de la región, con sus motivos particulares. Otra afirmación de interés es la observación de una difuminación progresiva de la segregación entre el espacio magrebí y el subsahariano al sur, visible también en las agendas de diferentes actores internacionales, que se complementa con la afirmación de que más allá de su frontera oriental, las dinámicas que vinculan el Mediterráneo Occidental con Oriente Medio son el resultado sobre todo de la competición por el poder de los Estados del Golfo.

A partir de este brillante inicio, el libro desgrana una gran variedad de casuísticas, agrupadas en tres bloques que abordan procesos vinculados con las diversas crisis identificadas. El primer bloque está dedicado a analizar la reconfiguración regional bajo varios prismas; el segundo al impacto de las crisis sobre la gobernanza y los procesos de resistencia, tomando como eje central las migraciones internacionales; y por último, el tercer

bloque se centra en las crisis en su dimensión interna. Resulta inevitable buscar en la sucesión de capítulos, cuyos autores no nos es posible citar dado su número y el hecho de que cada uno de ellos merecería un espacio propio, las pruebas o refutaciones de las tendencias apuntadas en el capítulo inicial antes comentado. Muchos de estos elementos los vemos en la política exterior de Francia, en las segregaciones de la frontera ceutí o en el populismo de Kais Saied en Túnez. Pero el libro va mucho más allá, ya que contiene contribuciones muy dispares desde perspectivas también muy dispares: desde la etnografía de la caridad y las tácticas corporizadas de las personas musulmanas a las cuotas de jóvenes en Marruecos. Se trata pues de un caleidoscopio que escapa a los intentos de encorsetamiento. Esta pluralidad a medias ordenada es también su atractivo, por su capacidad de llevarnos sobre el terreno con estudios de caso muy concretos que nos abren a otros factores, a otras miradas no esperadas y dan idea de la complejidad de los procesos en liza. Y además, teniendo como guía para la lectura, como ya he dicho, una pauta que nos sirve para situar aquello que estamos descifrando.

Para concluir, se puede afirmar que *Cambio, crisis y movilizaciones en el Mediterráneo Occidental* es una obra sumamente ilustrativa de los procesos ocultos que atraviesan la región y que al ser leída enriquecerá sin duda de manera perceptible nuestra comprensión de la región y cambiará quizás nuestra propia percepción sobre ella.

Laura Feliu
Universitat Autònoma de Barcelona
Laura.feliu@uab.cat

CC BY

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.82968

EDICIONES COMPLUTENSE

Andrés de Francisco y Francisco Herreros, 2022: *Podemos. Izquierda y "nueva política"*, España, El viejo topo, 200 pp.

Desde que Podemos fue fundado como partido político el año 2014 hasta la actualidad —nada más y nada menos que ocho años de historia partidista—, se ha escrito una notable cantidad de literatura abocada exclusivamente a estudiarlo como un fenómeno anómalo de la historia política española reciente, ya se trate de investigaciones tanto a favor como en contra, al punto tal que cada vez que nos topamos con un nuevo libro sobre Podemos, la primera pregunta que a muchos probablemente nos surge es, ¿qué novedad, qué aporte nos entregará este libro sobre un tema tan manoseado como lo es el de Podemos? Mucha bibliografía sobre un mismo tema tiende a caer ineludiblemente en la iteración de las tesis, argumentos o incluso metodologías analíticas, como si ya todo hubiese sido dicho y no hubiera nada más por aportar. Frente a esto, Andrés de Francisco —profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid, experto en tradición analítica, racionalismo y sobre todo en la tradición republicano-democrática— y Francisco Herreros —investigador titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, especialista en el análisis de la violencia política, el capital social y la confianza, y la teoría democrática— logran sortear con creces este complejo escenario aportando una innovadora mirada y un nuevo enfoque analítico que sin lugar a dudas será imposible de eludir para los próximos estudiosos del fenómeno Podemos.

Se trata de un libro-ensayo crítico cuyo objetivo es interpretar a Podemos desde una nueva óptica ideológica, a saber, la perspectiva republicano-democrática. Este novedoso enfoque interpretativo permite a los autores llegar a conclusiones raramente vistas antes en otros estudios, algunas incluso contrarias a lo que intuitivamente podría pensarse, siendo una de ellas el hecho de que en Podemos subyacería una cultura política bastante alejada de la tradición republicana a pesar del alegato público en favor de una república que tanto les caracteriza. En un acto académico honesto y metodológicamente serio, los autores comienzan señalando las dificultades a que tuvieron que hacer frente al escribir el libro destacándose, por ejemplo, la complejidad de la investigación al tratarse de un objeto de estudio sumamente dinámico y cambiante, la carencia de datos académicos serios, objetivos y no polarizados o la falta de una perspectiva temporal suficiente —Podemos y su coalición siguen siendo gobierno al momento de publicarse este libro— entre otras. Nada de esto les impide llevar a cabo un trabajo crítico fundamentado en un análisis cuantitativo y cualitativo de Podemos, que va desde una identificación y evolución de sus votantes hasta una caracterización de su ideología política.

El objetivo de la primera parte del libro es analizar el historial electoral de Podemos, las dinámicas del voto, sus votantes, el punto más alto de votación así como su estrepitoso descenso, todo esto a partir de dos explicaciones posibles sobre la intención del voto: los "perdedores de la globalización" y la teoría de la "frustración relativa". Realizando un estudio de fuentes cuantitativa para analizar la evolución electoral de Podemos en comparación, por un lado, con todos los partidos políticos en general y, por otro, con el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en particular, los autores concluyen que el voto de Podemos jamás provino de las capas más vulnerables, de baja educación y pobres de la sociedad española (los así llamados "perdedores de la globalización"), sino más bien de jóvenes mayoritariamente hombres con un nivel educativo superior al de la media, encajando más adecuadamente con la teoría de la "privación relativa".

En la segunda parte los autores tienen por objetivo determinar si Podemos logró efectivamente cumplir con su pretensión de ser y llevar a la praxis una "nueva política" en desmedro de la "vieja política" tradicional encarnada principalmente por el bipartidismo Partido Popular (PP)-PSOE. Analizando una serie de fenómenos tales como la estrategia comunicacional o la discursiva superficial y profunda, la conclusión general a la que llegan es que Podemos terminó siendo una política vieja y continuista aunque con ciertas innovaciones que, en el mejor de los casos, contribuyó a la desinfección y regeneración de la política española.

Finalmente, en la tercera parte del libro los autores se abocan a analizar detallada y rigurosamente los fundamentos ideológicos intrínsecos de Podemos, concluyendo una serie de elementos dignos de tomar en consideración. A partir de un modelo de acción política que ellos catalogan como *neoperonista latinoamericano* —caudillista, populista, estatalista, clientelar y nepotista—, sostienen que el marco ideológico que le subyace se fundamentaría en una fuerte raíz schmittiana, mas no marxista ni republicana.

No existiría una raíz ideológica marxista porque Podemos jamás tuvo un discurso anticapitalista; careció de una visión materialista de la historia y un análisis económico de la realidad; y adoleció de una praxis política cabalmente revolucionaria. Este análisis es fundamental por cuanto que los autores llegan a una conclusión bastante inesperada pero persuasivamente acertada, a saber, la renuncia de Podemos a la categoría de clase so-

cial. Con suficientes fuentes primarias así como con la utilización de diversas declaraciones de sus principales dirigentes políticos —entre ellos Íñigo Errejón y Pablo Iglesias—, de Francisco y Herreros demuestran que el populismo de Podemos y su énfasis en el eje vertical descendente fue tan relevante en su ideario político que no hizo más que hacerles renunciar a la clase social como categoría de acción política, discursiva e ideológica, "el eje horizontal izquierda-derecha había sido sustituido por el eje vertical arriba-abajo, y la clase quedó diluida en el pueblo o la gente, y consecuentemente olvidada, algo que ni Marx ni Lenin ni Gramsci osaron hacer jamás" (p. 113).

Tampoco habría una raíz republicana por cuanto que, procedimentalmente hablando, terminó siendo ante todo un neopopulismo que se olvidó (o lisa y llanamente despreció) los mecanismos republicanos; y sustantivamente, si bien llevó a cabo acciones políticas que reivindicaban los objetivos esenciales del republicanismo —combatir la corrupción, defender la libertad frente a la opresión, promover la igualdad—, también cometió actos que conllevaron consecuencias adversas de carácter antirrepublicano. A partir de lo anterior, los autores aseveran que el verdadero marco ideológico se fundamentaría en el pensamiento de Carl Schmitt, reflejándose en varios elementos dentro de los cuales se destacan la utilización de un *pathos* schmittiano (antagonismo y relación amigo-enemigo) en aras a forjar una propia identidad a partir del conflicto; la relación entre técnica y política aunque concebida de varias formas distintas, ya sea como separación para beneficiar el voluntarismo político, sea como unión para beneficiar determinados actos políticos y/o como reduccionismo de la política a mera psicotecnia comunicacional; y la separación entre liberalismo y democracia en aras a defender al segundo a través de una crítica al primero pero fortaleciendo, consciente o inconscientemente, una suerte de Estado gubernativo *a la Schmitt* evidenciado en la ordenación interna del partido (organización vertical, centralización, carencia pesos, contrapesos y controles desde las bases, entre otros más).

Los autores culminan el trabajo argumentando que el pensador que iluminaría la praxis política de Podemos, sobre todo bajo la dirección de Pablo Iglesias, sería Maquiavelo, aunque uno cuya lectura sería la más superficial y ordinaria de *El príncipe*. Aquello se podría apreciar en las distintas acciones ejecutadas por Iglesias, guiándose por la fortuna y la audacia o el actuar a la vez como zorro y león. Sin embargo, reafirman que se trata de una lectura muy banal del pensador florentino por cuanto que Iglesias se olvidaría del fuerte componente republicano presente en aquella obra, y es que para Maquiavelo la adquisición del poder del Estado no se trataría de un fin en sí mismo, todo lo contrario, tendría por finalidad lograr la gloria a través de la realización de grandes cosas, lo que en política se traduciría en el establecimiento de instituciones y leyes que ennoblezcan la patria y la vuelvan más prospera. Por el contrario, "Pablo Iglesias se olvidó de la gloria. Llegó supuestamente para regenerar la política (…) y no hizo sino reproducir los peores vicios de la vieja política" (p. 186).

En resumidas cuentas, estamos frente a un libro que a pesar de lo reiterativo de su objeto de estudio es capaz de aportar nuevas luces analíticas al fenómeno de Podemos. Puedo reconocer a lo menos tres grandes virtudes a esta obra: poseer una escritura amena y de fácil entendimiento a pesar de la complejidad del tema tratado; tener una estructura clara y concisa que permite entrever un hilo argumental a lo largo de todo el libro; ostentar un contenido en sí mismo novedoso, siendo sobre todo el tercer apartado la culminación perfecta entre interpretación académica y crítica ideológica. En palabras simples, es un libro que no dejará indiferente a nadie y cuyo aporte más grande, mas no el único, son las conclusiones totalmente nuevas que se logran establecer, muchas de ellas lo suficientemente polémicas pero al mismo tiempo bien argumentadas que en el mejor de los casos persuadirán al lector, y en el "peor" animarán a un debate con nuevas miras interpretativas que enriquecerán aún más el tema en cuestión.

Camilo Soto Suárez
Universidad Complutense de Madrid
ORCID: 0000-0001-6675-4305
E-mail: camsoto@ucm.es

CC BY

Política y Sociedad
ISSN-e: 1988-3129

https://dx.doi.org/10.5209/poso.88566

EDICIONES COMPLUTENSE

Castelló-Cogollos, R. (2022): *Camins d'incertesa i frustració. Les classes mitjanes valencianes (2004-2018),* València: Institució Alfons el Magnànim, 196 pp.

En su libro *Camins d'incertesa i frustració* Rafael Castelló se adentra en el inacabable, y con frecuencia confuso, debate sobre las clases medias. No es un propósito sencillo. En el ámbito académico son innumerables los intentos de captar las diferentes dimensiones de la estructura de clases y con esta definir y medir las clases medias. Por otro lado, la lucha entre partidos políticos por erigirse en portavoces de la clase media, como representación de la mayoría social, ha contribuido al uso indiscriminado del concepto con acepciones a veces contradictorias entre sí. Y, por último, los medios de comunicación más generalistas, con su afán de acumular clics, no han ayudado a clarificar el debate; al contrario, lo han amplificado y han difuminado más todavía sus contornos.

Aun así, pese a la dificultad que intuimos, la obra de Castelló únicamente nos traslada nitidez y claridad. El libro de Rafael Castelló aborda la compleja tarea de dibujar los contornos de la clase media y de averiguar cómo le han afectado las transformaciones económicas, políticas y sociales de los últimos años. Con rigor y creatividad el trabajo de Castelló nos devuelve un dibujo de las clases medias de trazos marcados, precisos y reveladores. Su propósito es enunciado al inicio del libro: realizar una observación empírica de las clases medias. El autor estructura su análisis sobre las clases medias valencianas alrededor de cuatro cuestiones básicas: a) cuál es su dimensión y sus componentes; b) cuáles son las condiciones de acceso a las clases medias y cómo han evolucionada en el tiempo; c) si ha existido realmente un proceso de empobrecimiento de las clases medias como se ha repetido con profusión; d) y, por último, cuál ha sido su relación con el estado de bienestar —identificado con su acceso a los bienes públicos— en el periodo considerado.

Con el fin de contestar a las preguntas enunciadas, Castelló conforma una herramienta empírica de análisis a partir de la integración de tres modelos teóricos fundamentales en el análisis de las clases sociales (los modelos teóricos marxista, weberiano y gradacional). Y lo hace construyendo un indicador único a partir de la combinación de las dimensiones básicas que identifica en estos modelos teóricos: la relación con los medios de producción, el desigual acceso al empleo y los diferentes niveles de renta. Obtiene de esta manera un concepto suficientemente complejo, y por ello más sólido en términos empíricos, que aplica a los resultados de la Encuesta de Condiciones de Vida del Instituto Nacional de Estadística (INE) principalmente, pero también de la Encuesta de Presupuestos Familiares (INE), en el periodo comprendido entre los años 2004 y 2018. Recoge así los efectos de la Gran Recesión y, aunque no alcanza a los efectos de la pandemia, nos ofrece múltiples respuestas a la situación actual. Y es este uno de los principales valores de la obra de Castelló: ofrecer al análisis de las clases medias, y con ello al análisis de la estructura de clases, un valioso instrumento de medida, consistente, claro y manejable. Un modelo que nos ha de permitir conocer la posición de estas clases en cualquier otra dimensión de la vida social (educación, prácticas culturales o relaciones familiares, por ejemplo). Castelló plantea una solución operativa a las dificultades de definición y medida de aquello que denominamos clase media, y comparte con sus lectores/as el proceso completo de toma de decisiones en su investigación. No solo intenta comprender por tanto, sino que en este tránsito de construcción y avance de conocimiento, incorpora al lector/a y lo hace partícipe en su proceso de desvelamiento.

Construida esta herramienta de análisis, Castelló aborda su estudio de las clases medias valencianas y concluye que con el paso del tiempo han empequeñecido pero sobre todo se han empobrecido y, además, están más polarizadas. Sus resultados desmontan el relato central que considera el País Valenciano como un país de clases medias. Al contrario, el autor evidencia que somos una tierra de asalariados/as, incluso más que en el resto de España. Y unos asalariados/as más pobres, puesto que a pesar de que las clases bajas han perdido mucho en la sucesión de crisis que hemos vivido en la sociedad occidental, también lo han hecho las clases medias valencianas que han visto mermada la renta disponible de sus hogares, cosa que no ocurre en los hogares de clase media del resto del conjunto del territorio español. Ello es en gran parte debido al modelo económico valenciano de baja productividad del capital, que ha premiado a las rentas de capital y no así a las rentas de trabajo. Sin embargo, el consumo de las clases medias se acerca más a las clases altas en un intento de distinción, aunque el constante deterioro de los servicios públicos haga mella en esta pauta de consumo. Los recortes y la privatización del estado de bienestar han constituido un ataque directo a la consistencia, reproducción y mantenimiento de las clases medias, a su existencia, en definitiva, nos señala Castelló. Y en el caso valenciano esta debilidad de los servicios públicos es incluso mayor que en el resto del Estado español. Y no se trata, o no solo, de la tremenda pérdida de recursos que han supuesto años y años de corrupción en la gestión de los

recursos públicos (Alcaraz, 2009; Terrassa, 2021). El ya histórico desajuste de las balanzas fiscales supone un lastre transcendental en la capacidad de respuestas de la Administración pública valenciana a las necesidades de la ciudadanía. La infrafinanciación que arrastra el País Valenciano supone una menor capacidad en el sostenimiento de servicios públicos fundamentales, pero también en la implementación de nuevas políticas que puedan contribuir al desarrollo económico y social del territorio y, con ello, a ampliar el acceso de la población a derechos sociales (Pérez, Cucarella y Hernández, 2015; Varcher, 2017). Según el análisis realizado por Castelló, las condiciones de vida de las clases medias han empeorado tanto si se mira de manera diacrónica en el tiempo, como si se compara con la situación que viven las clases altas valencianas, pero también las clases medias en el conjunto del Estado español, son las perdedoras de la gestión económica, laboral y sobre todo de bienestar a la que hemos asistido en la sociedad valenciana en las últimas décadas. Con todo, las clases medias valencianas, apunta Castelló, se parecen a las clases bajas en lo material y a las altas en lo simbólico, y esta disonancia es interpretada por el autor como una enorme fuente de incertidumbre pero también de frustración con efectos, avanza, en la polarización de la vida política.

La investigación de Rafael Castelló erige el País Valenciano como centro de interés investigador, y traslada así el centro habitual de nuestras investigaciones imbuidos por ese nacionalismo banal del que nos habla Billig (2014) que nos ha llevado a interiorizar un marco legítimo de investigación en Ciencias Sociales. Castelló toma el testigo de la primera Sociología valenciana (Ninyoles, 1982) y se aproxima a un debate general y constante en la sociedad occidental —cómo definir la estructura de clases sociales— desde su aquí, el País Valenciano, trastocando la relación habitual entre centro y periferia. Lo hace no solo dirigiendo su interés a la realidad valenciana, sino con pequeñas decisiones metodológicas que se invisten de profunda relevancia, como es el hecho de comparar la realidad valenciana con la española sin incluir en esta última datos valencianos. Es el País Valenciano su marco de análisis central, sin subsumirlo a una unidad territorial superior, lo que permite captar con mayor precisión diferencias y similitudes en el objeto de análisis. Y esto es fundamental porque simplemente el cambio de mirada ha conducido a Castelló a una lectura más incisiva de la realidad.

En conclusión, *Camins d'incertesa i frustració* es un libro fundamental en el análisis de la estructura de clases actual. Por sus avances metodológicos, por su capacidad de desvelamiento de las relaciones de poder que subyacen en la conformación de los marcos de análisis de nuestras investigaciones y, sobre todo, porque nos desvela posiciones en el acceso y goce de los recursos de nuestra sociedad que contribuyen a entender mejor otros fenómenos importantes, como la construcción de marcos colectivos de significado en nuestra vida cotidiana.

Bibliografía

Alcaraz, M. (2009): *De l'èxit a la crisi. Pamflet sobre política valenciana*, València, Publicacions de la Universitat de València.

Billig, M. (2014): *Nacionalismo banal*. Madrid, Capitán Swing Libros.

Ninyoles, R. (coord.) (1982): *Estructura Social del País Valencià,* València, Diputació de València.

Pérez, F., V. Cucarella y L. Hernández (2015): *Servicios públicos, diferencias territoriales e igualdad de oportunidades*, Madrid, Fundación BBVA.

Varcher, N. (2017): "Financiación autonómica: un elemento de tensión en la economía valenciana", *Revista de Economía Crítica*, 2(24), pp.53-71. Recuperado a partir de https://www.revistaeconomiacritica.org/index.php/rec/article/view/167

Terrasa, R. (2021): *La ciudad de la euforia: una hipótesis de la mafia,* Madrid, Libros del K.O.

Sandra Obiol-Francés,
Universitat de València
ORCID: 0000-0001-6598-9022
Sandra.Obiol@uv.es